

Selección RNR

LOS CABALLEROS DEL TIEMPO I

La elegida

JIMENA COOK



Viaje en el tiempo

La elegida
Los caballeros del tiempo, libro 1º

Jimena Cook

Contenido

Portadilla
Créditos

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

Nota de la autora

Agradecimientos

Promoción

Prólogo

Kimball se giró para mirarme. No pude resistirme: fui corriendo hacia donde estaba él. Necesitaba abrazarlo, aunque fuese la última vez. Sus brazos rodearon mi cintura; lo amaba. ¿Por qué el destino era tan cruel? ¿Por qué me alejaba de él? Las lágrimas rodaban por mis mejillas. Él me apartó con delicadeza. Lo conocía muy bien: no podía verme llorar; la tristeza se reflejaba en su rostro.

—Te amo. Volveremos a estar juntos. Buscaré la forma de que vuelvas a mí.

—¡No quiero separarme de ti!

—¡Debes hacerlo! Corres peligro y no estoy dispuesto a perderte. —Levantó mi barbilla—. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí.

—Te doy mi palabra; te buscaré. No descansaré hasta que volvamos a estar juntos.

Bajó su rostro y me besó. Sentía la suavidad de sus labios sobre los míos.

Se alejaba de mí. Su imagen se desvanecía. Dejé de sentir, de verle... Me ahogaba.

—¡Kimball! —grité.

No obtuve respuesta.

I

Me desperté agitada, sudando, otra vez el mismo sueño. Miré el reloj; marcaba la misma hora de todas las noches: las tres. Estaba temblando. Lo recordaba muy bien, todo un año repitiéndose la misma pesadilla: un bosque. Corría temerosa; algo o alguien, que no alcanzaba a ver, me perseguía. Después aparecía otra secuencia imágenes: una anciana, campesina, vestida de otra época. Solo me acordaba de sus intensos ojos azules y sus palabras: «Tú eres esa mujer». En ese momento gritaba: «¿Qué quieres decir? ¡No te entiendo!». Entonces aparecía al borde de unos acantilados. No estaba sola. Me giraba, y ahí estaba él. No alcanzaba a ver su rostro, pero había algo que siempre quedaba impreso en mi mente: la empuñadura de su espada. Esta llevaba un símbolo, dos espadas de color negro sobre fondo blanco, que se cruzaban.

Me levanté. Necesitaba lavarme la cara. Me miré en el espejo: estaba sudando, pálida. Todavía seguía impactada por aquella visión. Todas las noches sucedía lo mismo; era demasiado real, como si las escenas estuviesen grabadas en mi subconsciente por algún motivo. «Solo ha sido un sueño, Isabel», me dije. Fui directo a la ventana del dormitorio; a lo lejos estaba la torre de Londres, iluminada. Suspiré. Observé la tienda de los chinos que había justo en la acera de enfrente; estaba abierta. Nunca descansaban: la luz amarilla siempre intermitente. Tenía frío; era el mes de febrero y justo esa noche había nevado, las calles estaban cubiertas de un manto blanco. Me metí en la cama, abracé mi almohada y me acurruqué. ¿Quién sería el hombre del sueño? Tenía la sensación de que lo conocía.

La alarma de mi reloj sonó. ¡Las siete! Llegaba tarde al trabajo. Hacía apenas dos meses que había abandonado mi país, España, para perfeccionar mi inglés en Londres. Había conseguido un trabajo de camarera en una cadena de comida rápida gracias a Ricardo, un amigo de Madrid que llevaba tiempo en la ciudad británica. Entre nosotros solo existía una atracción que no se había materializado en nada más que una amistad. Había quedado con él ese fin de semana.

Mi progenitor era directivo de un banco, y mi madre, profesora de la universidad. Ellos hubieran preferido que hubiese hecho la carrera de ingeniería o de matemáticas, pero yo, rebelde y alocada, siempre me había opuesto a las exigencias de mis padres. En cuanto terminé mi último curso de enfermería decidí marcharme a Londres; mi decisión no les disgustó, ya que siempre había sabido que para ellos era más un estorbo que una hija. Desde bien pequeña me ingresaron en un internado femenino en Segovia. Durante los períodos vacacionales jamás estuve con ellos. Siempre se marchaban de viaje al extranjero sin mí. Durante mi infancia y adolescencia lloré mucho por esa falta de cariño de mis padres, pero poco a poco me fui fortaleciendo hasta que mi corazón se endureció. Jamás volví a llorar por ellos; su indiferencia me había hecho fuerte, rebelde e independiente.

Ahí estaba, con mi delantal marrón atendiendo a los clientes del restaurante, sin ilusión; sentía que mi lugar no era ese. Había huido de mi hogar en España pensando que ese viaje me daría paz y podría encontrar mi sino, pero no había sido así.

—¿Qué te pasa? —dijo Ann.

—He dormido poco.

—¿Otra vez el mismo sueño?

Me miraba con intensidad. Sus grandes ojos verdes estaban fijos en los míos. Bajé el rostro.

—Sí, otra vez. ¡No lo entiendo; siempre es lo mismo! Además, tengo la sensación de que he estado en esos lugares y...

—¡Daos prisa! ¡Hay muchos clientes! —dijo el encargado.

—Luego hablamos —susurró Ann.

Ann había sido mi apoyo desde que había llegado a Londres. Nos habíamos conocido en el restaurante y, desde entonces, ella representaba todo para mí: mi familia, amiga y confidente.

La jornada de trabajo había terminado.

—¿Te vienes a tomar una cerveza, Elizabeth? —Ella siempre me llamaba así,

a pesar de que yo insistía en que dijese mi nombre en español: Isabel.

—Hoy no, estoy cansada.

Me puse el abrigo, me tapé con mi bufanda y salí a la calle. Me dirigía al metro cuando me percaté de la presencia de una mujer cubierta con una capa negra. Me miraba con atención desde la acera de enfrente. En ese momento pasó un autobús y la perdí de vista. Retomé el paso. Hacía mucho frío. Volví a mirar hacia la otra acera y allí estaba otra vez, observándome. Me fijé en ella: su rostro era muy pálido, sus labios se movían; estaba diciéndome algo que no entendía. Me dejé llevar por la curiosidad y crucé la carretera sin mirar. Mi única intención era llegar hasta donde estaba ese personaje. Entonces oí aquel claxon y me giré. «¡No!», grité. Sentí un fuerte golpe en la cabeza y en el cuerpo.

No veía nada. Notaba como me cogían en brazos y escuchaba voces desconocidas. En un momento creí oír la voz de Ann. Dejé de sentir, percibir y ver. Lo último que escuché fue una frase de una voz masculina totalmente desconocida para mí: «¡La perdemos, ha entrado en coma!».

II

—Hace un mes que llegaste de las cruzadas, y ahora... ¿te atreves a decirme que vuelves a marcharte!

—Sí, padre. Sé que tienes otros intereses para mí, pero yo quiero estar junto al rey Ricardo luchando por mis ideales.

—¡Kimball! Ya estoy viejo, no puedo hacerme cargo de las tierras. —Se sentó y ocultó su rostro con sus manos—. Tu madre está enferma y tu hermana... Si desapareces será el conde Oton el que se hará cargo de lo que te pertenece. —Me miró—. Hijo, ese hombre quiere apropiarse de todo lo nuestro. De ahí que esté deseando casarse con Mildred. No me fío de él.

En el fondo sabía que tenía razón.

—¿Por qué has consentido ese matrimonio? —le reproché.

—Me lo impuso el rey Juan. —Se levantó—. Sé que si no lo hubiese aceptado su exigencia nos habría llevado a una guerra. Es lo que menos deseo en estos momentos. No tengo fuerzas para luchar, hijo.

Se fue directo a su escritorio, extrajo una carta del cajón, se aproximó a mí, extendió su brazo y me la dio. Observé el sello rojo con el que Juan i firmaba sus escritos. Leí la primera frase:

Al conde de Essex:

Agradezco que haya tenido en cuenta mi opinión respecto al casamiento de su hija. El enlace con el conde Oton, heredero del condado de Wessex...

No pude seguir leyendo, me sentía dolido. Ese conde era ambicioso, frío. Había escuchado las torturas que realizaba a los campesinos que no le pagaban por cultivar sus tierras. Era conocido entre los granjeros como “El diablo”. No admitía el hecho de que mi padre hubiese accedido a esa alianza. Extendí mi mano con aquella carta y se la di a mi padre.

—Quiero que la acompañes, hijo. Yo no puedo ir. Deseo estar con tu madre en estos momentos en los que ella me necesita. El conde ha organizado un torneo

y un baile para celebrar su compromiso con tu hermana. Tú deberás participar en este y proteger y representar a nuestra familia. —Hizo una pausa—. Si te vuelves a marchar, él se apropiará de todo lo que nos pertenece. ¿Lo entiendes?

Estaba enfadado, quería gritar, pero en esos instantes me compadecía del hombre que tenía frente a mí.

—¡No voy a permitir que mi hermana se case con ese ser despreciable!

Mi padre se giró para mirarme.

—No podemos hacer nada. Mildred sabe cuál es su deber. Si no se casa, el rey lo verá como una ofensa. Le habría desobedecido. ¿Sabes lo que eso significaría?

Claro que lo sabía: supondría la ruina, la muerte y la destrucción para nuestra familia.

—De acuerdo, iré. Pero solo lo haré por ella.

—Lo sé, hijo. Sé que por tu hermana darías tu vida si fuera necesario.

III

—¡Señorita Elisabeth! ¡Es muy tarde!

La luz del exterior me obligó a taparme el rostro con la sábana. Estaba cansada y con un fuerte dolor de cabeza y de todo el cuerpo. Apenas podía moverme. Entonces recordé que había recibido un gran golpe sobre mi cuerpo porque un coche me había atropellado.

Abrí los ojos, parpadeé varias veces seguidas. ¿Dónde estaba? Me asusté. Aquella joven había descorrido las cortinas del balcón y se disponía a abrir un armario de madera que había frente a mí. Llevaba un traje de otra época: blusa blanca, una falda marrón, de lana, que le llegaba hasta los pies; una especie de delantal y una cofia de color blanco que tapaba su pelo, a excepción de un mechón rubio que se escapaba por uno de sus lados. Se giró para mirarme.

—La señora ha preguntado varias veces por usted. Está muy enfadada. —Se acercó a la cama—. El caballero que la trajo tras su caída también se ha interesado por su estado físico. Ha venido muy temprano a ver qué tal se encontraba. Es muy atractivo. Por lo visto, su hermana es la prometida del conde de Wessex; se alojan en su castillo.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

Su rostro se tornó serio.

—¿Está bien? El doctor dijo que no había sido grave.

«Debo estar soñando otra vez», pensé.

—¿Quiere que le diga que suba a verla? La señora la ha vuelto a llamar. Quería que el médico la volviese a reconocer. No se acuerda, ¿verdad?

—¿De qué tengo que acordarme?

La joven se puso al lado de la cama.

—Ayer, tras la conversación que mantuvo con su tía, salió a cabalgar muy enfadada. Tardaba mucho en regresar y, de repente, vimos llegar al caballero con usted, inconsciente. Nos dijo que la había encontrado en el suelo, medio moribunda. Su caballo regresó minutos más tarde al castillo. El señor la subió a

la habitación y estuvo muy pendiente de usted durante todo el día, preocupado por su estado de salud.

—Esto es un sueño. ¡Despierta ya, Isabel! —dije en voz alta.

—¡Señorita!, me está preocupando. Voy a avisar a su tía.

La muchacha salió con rapidez, pálida y bastante seria. Cerró la puerta. Escuché cómo bajaba las escaleras.

Me levanté. Tenía un camisón blanco que caía hasta el suelo. Me miré al espejo. Apenas podía moverme del dolor en el costado. Estaba muy blanca, con ojeras. Observé mis brazos, estaban con muchos moratones, al igual que mis piernas. «¡Dios mío! Debo estar volviéndome loca, el golpe me ha afectado a la cabeza», pensé.

Fui a observar por el balcón. Necesitaba saber dónde estaba. Mi habitación daba a un jardín, con árboles y flores por todas partes. Escuché pasos, y en ese momento abrieron la puerta. Ante mí había una mujer alta, de constitución fuerte, pelo blanco recogido en un moño y un vestido sobrio, de lana, ceñido hasta la cintura. Sus ojos azules se centraron en mí. Tras ella estaba la doncella y un hombre delgado y demacrado. Me analizaban.

—¡Beth! —dijo la dama.

Me giré. Empezaba a sentir miedo.

—Te va a ver el doctor.

Aquel hombre serio se acercó a mí.

—Por favor, señorita Elizabeth, siéntese en esta silla. —Señaló la que estaba próxima a él.

Obedecí; era lo único que podía hacer.

—¿Recuerda cómo fue?

—Sí...

Observé sus rostros, escrutándome, alertas, pendientes de mi respuesta. Decidí mentir, no podía decirles que yo no pertenecía a esa época y que no sabía por qué me encontraba allí. Pensarían que estaba loca.

—¿Y bien? —volvió a preguntar el doctor.

—Bueno, no..., no recuerdo nada.

—Eso puede ser normal —dijo mirando a la dama.

Me tocó la cabeza y me hizo hacer una serie de movimientos.

—El peligro ya ha pasado. Para los dolores y las heridas se tiene que aplicar este unguento. —Extrajo un bote de color verde. Verlo resultaba repulsivo—. Es lógico que ahora no se acuerde de nada y esté un poco desubicada. Conforme pasen los días se le irá pasando.

El hombre se levantó y desapareció de mi habitación acompañado de la dama.

—¡Uff! Me había asustado, señorita.

—¡Esme!, ve a la cocina y sube el desayuno a Elizabeth.

La doncella obedeció y se marchó ante las indicaciones de la dama. Nos quedamos solas. Me miró mientras se acercaba a mí.

—¡Eres una inconsciente! Esto te pasa por ser tan impulsiva. ¡Podrías haber muerto! Si no llegaba a ser por el conde de Essex, no sé qué hubiera sido de ti.

La observaba. No entendía nada.

—¿No vas a decir nada? ¿Ni siquiera vas a pedirme perdón por tu comportamiento?

—¿Perdón? —respondí.

—¡Eres incorregible! Como tu padre; así le pasó. —Me miró. Estaba enfadada—. Al fin y al cabo, el capitán está muy próximo al rey. Ha luchado en batallas importantes y tiene muchas tierras y poder. ¿Qué más puedes pedir? Se ha interesado por ti y créeme que eso es difícil. Tu forma de comportarte no es la que se espera en una dama. Te casarás con él.

—¿Casarme? ¡No! No entra en mis planes.

Se puso frente a mí, con los brazos en jarra.

—Sí, querida, casarte. Mañana iremos al castillo del conde Oton. Recuerda que estamos invitadas al anuncio de su compromiso. El evento durará todo el fin de semana; allí tendrás ocasión de conocer más a tu futuro esposo.

Dicho esto, se dio media vuelta y desapareció.

¿Qué estaba pasando? Lo único que recordaba era esa frase: «La estamos perdiendo; se nos va; entra en coma». Podría ser que estuviera muerta, pero aquello no era, ni mucho menos, el paraíso. ¡Me querían obligar a casarme!; yo,

que jamás había contemplado el matrimonio en mi vida. No entraba en mis planes de futuro. Era muy joven, tenía veinticuatro años y no estaba dispuesta a atarme de por vida a un hombre. ¡Quería despertar de esa pesadilla!

En ese momento irrumpió Esme en mi habitación. Portaba una bandeja con fruta, leche y dulces muy apetecibles. La depositó sobre la mesa próxima a la silla en la que estaba sentada. Tenía que obtener más información.

—Aquí se lo dejo, señorita. ¿Qué vestido desea ponerse?

—Gracias, Esme. No se preocupe; luego lo pienso y lo cojo yo misma.

La doncella se sorprendió ante mi respuesta. Me miró con intensidad con sus grandes ojos azules.

—¿Usted?

—Sí, yo.

Hizo un movimiento de hombros y ladeó su bonito rostro. Se iba a marchar. La abordé; necesitaba saber más.

—¡Esme!

—Sí, señorita Elisabeth.

—Todavía no recuerdo muchas cosas. ¿Dónde vamos hoy? ¿Conozco a ese capitán con el que la señora me quiere casar?

—Su tía —corrigió—. ¡Claro que lo conoce! De ahí su descontento. Él... luchó junto a su padre. ¿No lo recuerda?

—No recuerdo nada. No quiero decírselo a mi tía para no preocuparla —mentí—. ¡Bastantes disgustos le he dado!

Me miró y sonrió ante mi comentario.

—Muy bien, pero no le diga que he estado de chismes con usted. Ya sabe que no lo soporta y luego me reprende. Lo hago porque la aprecio y sé que entre la muerte de su padre y el golpe que se ha dado en la cabeza... En fin. —Hizo una pausa, tomó aire—. Su padre nunca le habló bien del capitán Alexander. Criticaba sus malas artes en la batalla, su crueldad. Tras la muerte de su progenitor, Alexander nos visitó en muchas ocasiones con la excusa de ver a su tía y consolarla, pero lo que pretendía, eso ya son suposiciones mías, era verla a usted. Su belleza lo impactó desde el primer momento, y así fue como él llegó al

acuerdo con la señora para casarse. —Me miró—. A usted, señorita, no le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Su padre le enseñó a vivir según sus principios, a ser independiente y a amar su libertad. La señora siempre ha criticado esas ideas, así como su comportamiento inapropiado para una joven de su clase; de ahí que, cuando le comunicó el acuerdo matrimonial, usted se enfrentó a ella y se negó a este. ¿Va recordando?

—Sí, creo que sí...

Me hubiese gustado hacerle más preguntas, pero sabía que podía alarmar a la joven. Lo que menos necesitaba en ese momento era que pensase que había perdido la cabeza; bastantes problemas tenía ya. Suponía que en algún momento me despertaría de aquella pesadilla.

—Gracias, Esmé.

La joven sonrió y se dirigió a la puerta.

—¡Desayune; le hará bien! —Guardó silencio—. Su padre era un buen hombre. Todos lo queríamos. Él defendió a los aldeanos que trabajaban sus tierras y jamás les exigió más de lo que pudieran darle, siempre les ayudó. Su tía... es diferente.

Se marchó.

Tapé mi rostro con ambas manos. ¿Por qué a mí? Era demasiado real lo que me estaba pasando. Me levanté de la silla, abrí el armario. Había muchos vestidos, todos ellos de bonitos colores y de corte medieval. Me decidí por uno rojo con bordados dorados. Lo puse sobre la cama. Era precioso. Me vestí. Me quedaba a la perfección. Sus largas mangas tapaban la mitad de mi mano. Tenía un discreto escote y en la cintura una cinta dorada que se ajustaba a esta. Tuve dificultades para abrochármelo, resultaba imposible, por la parte de atrás había una serie de botones. Decidí esperar a que regresara Esmé a retirar el desayuno para que me ayudase. Cogí un calzado muy simple que había en el interior del armario. Era de cuero suave, se ceñía a la piel, estaba decorado con bordados dorados. Me miré en el espejo y peiné mi pelo liso que caía hasta la mitad de la espalda. Cuando terminé fui a mirar por el balcón. Observé que había llegado un hombre, el cual de un salto bajó de su caballo negro dejando las riendas de su animal a un mozo que había acudido con rapidez a su encuentro. Aquel caballero

me impactó: era fuerte, alto; su pelo negro, ondulado, se mecía, al igual que su capa oscura, con la brisa de la mañana. Llevaba una cota de malla sobre un gambesón; sobre esta, una camisa metálica. La veste, que le caía hasta por encima del tobillo, era de color negro y blanco. Sujetaba con una mano unos guantes que se había quitado nada más bajarse del caballo y llevaba un cinturón de cuero negro al que se ceñía la vaina que enfundaba su espada. Despareció. Segundos más tarde, Esme tocó a la puerta.

—¡Señorita! El caballero que la salvó ha venido para ver qué tal está usted. Va a acompañar a su tía y a usted al castillo del conde Oton. —Observó mi vestido. Se dirigió a mí y fue directo a abrochármelo, sin que yo le dijera nada.

—Gracias, Esme.

—¡Está muy bonita! ¡Baje ya! Su tía y el señor la esperan.

—Esme, por favor, llévame hasta donde están. Temo marearme —mentí.

—¡Por supuesto! ¿Sabe? El conde de Essex es..., bueno..., ¡qué es una lástima que esté ya comprometida!

—¿Comprometida? No, Esme, no me pienso casar con ese capitán. —Sonrió ante mi respuesta.

Atravesamos una galería oscura repleta de retratos, bajamos unas escaleras y llegamos hasta una pequeña antesala. Esme fue directa hacía una puerta de madera, me miró. Intuí que habíamos llegado.

—Gracias, Esme —susurré.

La muchacha desapareció y allí me quedé yo, ante una situación totalmente desconocida, asustada. Abrí la puerta. Observé cómo el caballero, nada más escuchar el ruido, se giraba hacia donde yo estaba y después lo hacía mi tía. Esta se adelantó y vino hacia mí.

—¡Por fin has llegado, Beth! Ven querida.

Mis ojos no se apartaban de ese hombre que tenía frente a mí. Era muy apuesto, moreno, muy alto. Sus grandes ojos verdes estaban fijos en mí. Su semblante era serio.

—Elisabeth, este es el conde de Essex. Él fue el que te recogió tras tu caída.

Me cogió de la mano. Aquel roce me hizo estremecer. Sus recias manos envolvían la mía. Se inclinó y la besó. Me miró.

—¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. Gracias.

—¿Recuerda qué es lo que pasó?

—No, mi sobrina no se acuerda de nada. —Se adelantó a responder mi tía.

Él se llevó la mano con la que sujetaba sus guantes a la empuñadura de su espada. Fue entonces cuando me percaté que en esta había dos espadas negras que se cruzaban sobre fondo blanco, el emblema que aparecía en mi sueño. Me alarmé. ¿Qué estaba pasando? Lo observé asustada. Él debió percibir que algo no marchaba bien.

—¿Le ocurre algo, está bien?

—Estoy bien..., gracias.

—Querida, el caballero se ha ofrecido a acompañarnos al castillo del conde. Hay muchos ladronzuelos por el bosque y ha pensado en nuestra seguridad. Voy a avisar a los mozos para que lleven nuestro equipaje al carruaje. —Miró al conde—. Enseguida partimos, caballero.

Dicho esto, mi tía se marchó, y me quedé a solas con el desconocido que llevaba el mismo símbolo en la empuñadura de su espada que el caballero de mis sueños.

Su presencia me intimidaba. Era diferente a cualquier joven con el que yo había estado acostumbrada a tratar.

—Mi nombre es Kimball.

—Muchas gracias por traerme hasta aquí. La verdad es que no recuerdo lo que sucedió.

—Se dio un buen golpe en la cabeza. Me sorprende verla levantada. Me la imaginaba en cama.

—Aunque me muriese de dolor, dudo que pudiera estar reposando. Soy inquieta; necesito estar haciendo cosas.

Sonrió ante mi respuesta.

—Me asusté; pensé que estaba muerta.

—Créame que yo también...

—Me alegro de que no sea así y de haber llegado a tiempo para salvarla.

IV

—¡Mildred!, no tienes que casarte con el conde.

Me miró. Su expresión era de resignación.

—Kimball, debo hacerlo. Hermano, sabes que es mi deber.

—Cuento con el apoyo del rey Ricardo. Si él desaprueba este matrimonio su hermano Juan no tendrá más remedio que acatarlo. Le escribiré; no me negará esta petición.

—Te lo agradezco, pero ya he tomado una decisión. No estoy dispuesta a hacer sufrir a nuestro padre.

Me acerqué a ella. Quería a aquella jovencita de grandes ojos azules. La amaba. Lo que menos deseaba era su desgracia. La así con suavidad de los hombros.

—Hermana, piénsalo. No temo a nada ni a nadie, lo sabes. Estaría dispuesto a enfrentarme con quien fuese, hasta con el mismísimo rey Juan si fuese necesario, con tal de que fueses feliz.

—Lo sé, pero está decidido. Además, el conde pasa largas temporadas fuera de sus tierras; eso hará que tenga muchos momentos para mí.

La atraje hacia mi pecho. La besé en su rubia cabellera.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? Papá me dijo que querías volver a las cruzadas.

—Sí, pero esperaré a ver cómo evoluciona nuestra madre. No quiero dejaros solos en estos momentos tan delicados.

—¿No has pensado en casarte, Kimball? Hay muchas jóvenes que estarían deseando contraer matrimonio contigo. He visto cómo te miran. Eres muy guapo, hermano, y muy noble. Cualquiera mujer querría tenerte como esposo. ¡Ojalá el conde fuese como tú!

—Exageras. —Ambos nos reímos de sus comentarios.

Jamás me casaría: tenía un espíritu libre, aventurero. Ese había sido el motivo por el que me había ido a combatir a las cruzadas. No era hombre de matrimonio

ni de una sola mujer.

Salí de la habitación de Mildred; necesitaba respirar. El torneo sería al día siguiente, y en unas horas tendría lugar el baile. Detestaba esas fiestas, aunque tenía que reconocer que en esta ocasión había una mujer que captaba mi atención. La misma joven que me había encontrado herida e inconsciente en el camino. Me asusté al ver el cuerpo de la bonita muchacha en el suelo. No respondía a ningún estímulo. Pensé que estaba muerta. Era muy bella. Su forma de actuar me atraía. No era una mujer muy típica; se mostraba distante, como si ocultara o temiera algo.

Bajé las escaleras. Necesitaba coger mi caballo y cabalgar. Había muchos invitados en el castillo y lo menos que deseaba en ese momento era toparme con el conde Oton.

Fui a las cuadras y subí con rapidez al lomo de mi animal. Luego salí al galope. Me metí en aquel bosque lleno de leyendas y misterios. Sentía la humedad del ambiente penetrar por todos mis huesos. La espesura del bosque no terminaba. Salí a un llano y, desde allí, se divisaba la colina Glastonbury y, en su cúspide, la ermita. Me dirigí allí a gran velocidad. De repente la vi: era ella. ¿Qué hacía la joven ahí? ¿No se daba cuenta de que era peligroso que una muchacha tan bonita anduviese sola por estos bosques y praderas? Además, todavía no estaba recuperada, así me lo había asegurado su tía. Detuve al animal en seco. Ella ni se inmutó; iba ensimismada en sus pensamientos.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? —pregunté.

Me miró.

—Eso mismo le pregunto a usted.

—¡No se da cuenta de que es arriesgado!

—Me dan más miedo los hombres que están reunidos en el castillo que estos bosques.

—¡Ja, ja, ja! En eso le doy la razón. ¿Hacia dónde se dirigía?

—Iba sin rumbo. Necesitaba pensar.

—Entonces vendrá conmigo.

Sin pensarlo, incliné mi cuerpo, la agarré de la cintura y la subí al lomo de mi caballo, justo delante de mí.

—¡Qué hace! ¡Es usted un salvaje! —Reí ante su reacción.

—No sé qué le provoca tanta gracia. ¡Bájeme!

—Cuando lleguemos al lugar que quiero que vea. Además, no pienso dejarla sola. Me veo en la responsabilidad de protegerla.

—No necesito a nadie que vele por mí. Sé cuidarme sola, gracias.

Sonreí. La forma de hablar de aquella mujer era muy particular. Ninguna dama de su clase osaría a responder así a un caballero. Me gustaba. Siempre había admirado la valentía y decisión en una dama, algo que nunca había encontrado, a pesar de haber estado con muchas mujeres.

—No lo dudo. ¡Ja, ja, ja!

Ante nosotros estaba la colina. Nos acercamos a los pies de esta. Detuve al animal, bajé de un salto y, sin pensarlo, agarré a la dama de la cintura y la bajé.

—¿Usted siempre es así con las mujeres?

—¿A qué se refiere?

—A que, para ser señor de un castillo y unas tierras, sus modales dejan mucho que desear.

—Elisabeth, siento haberla defraudado, pero me he visto en la obligación de actuar de este modo. —Sonreí ante su comentario—. Después de lo que le ha pasado, no puedo dejarla sola deambulando por la arboleda.

—¿Adónde me lleva?

—Allí. —Señalé la cima de la colina—. Desde arriba hay una vista espectacular.

—¿No pensará que voy a subir andando hasta ahí?

—Sí, claro que lo pienso, a no ser que no se vea capaz, en ese caso... —No me dejó continuar.

—Claro que soy capaz, conde de Essex.

—Kimball. —La interrumpí.

—Kimball, pero hay un baile y mi tía ha insistido en que no me demorase mucho, tengo que regresar. Solo he salido a respirar aire puro; necesito pensar.

—¡Hum...! Tiene razón. La llevaré si me promete que mañana, después del torneo y la gran fiesta, me acompañará hasta este lugar. Deseo enseñárselo. Hay

muchas leyendas entorno a él; le gustará llegar a la cima.

—De acuerdo, aunque no es necesario que ahora me acompañe. Me sé el camino de vuelta.

—¿De dónde ha salido usted? —Me carcajeé ante su respuesta—. Soy un caballero, jamás dejaría sola a una dama.

Me gustaba.

Cabalgamos en dirección al castillo. Le rodeaba la cintura con mi brazo. Cuando llegamos, ella se quedó observando el emblema grabado en la empuñadura de mi espada.

—¿Qué significan esas espadas? —me preguntó.

—Son el símbolo de mi familia. Representan al condado de Essex. Su significado es el honor y la libertad. —Me miró con intensidad a los ojos, apenas pestañeaba—. ¿Por qué lo pregunta?

—No..., por nada, simple curiosidad.

—¡Beth! —Era su tía.

—Muchas gracias..., Kimball, he de irme. —Observé cómo se alejaba.

Decidí ir a ver a Mildred antes del baile. Intuía que debía estar muy nerviosa. Todavía no había visto a su futuro esposo y esto sucedería en la fiesta, en la que sería presentada como su prometida.

Atravesé el patio de armas y me introduje por una de las puertas de la parte occidental, a través de las cuales se accedía a la segunda planta. Allí se encontraban los aposentos de mi hermana y los míos.

Subí las empinadas y estrechas escaleras de caracol hasta llegar a una galería oscura y con retratos de antepasados. Me detuve frente a la habitación de mi hermana. Llamé a la puerta, Mildred me abrió con los ojos cubiertos de lágrimas y el rostro pálido.

V

—¿Se puede saber dónde te has metido? ¿Y qué hacías con el conde de Essex? Tu comportamiento deja mucho que desear, señorita. Estás comprometida con el capitán Alexander y, a pesar de ello, te paseas sola con el conde. Además, por todos es sabido el enfrentamiento que hay entre él y el capitán. Si te llega a ver este último... Prefiero no pensar en lo que podría pasar.

Aquella mujer no dejaba hablar y estaba empezando a cansarme de ella, siempre recriminando mi comportamiento. Yo, que siempre había hecho lo que había querido, tenía que aguantar en ese momento sus reprimendas.

—Tía, tenemos que hablar de ese supuesto enlace matrimonial.

—¿Supuesto? ¡Ahora me vienes con eso! —Aceleró el paso—. Está todo decidido, señorita mal criada. Ahora date prisa, tienes que arreglarte para el baile.

Se adelantó. Me quedé rezagada. En ese momento un niño captó mi atención. Sus ojos negros estaban fijos en mí. Tenía una espada y un escudo. Su mirada era triste. Sentía que quería decirme algo. No hablaba; solo me observaba.

—¡Beth! —El grito de mi tía hizo que me centrara en ella.

¡No sabía cómo iba a poder soportarla!».

Subí las escaleras con rapidez. Entré en la habitación. Solo quería perder de vista a aquella mujer. Cerré la puerta y me apoyé sobre esta. Suspiré. ¿Qué estaba pasando? No entendía nada. ¡Quería despertarme ya! Me tumbé sobre la cama y tapé mi rostro con las manos. No pude retener las lágrimas. En ese momento alguien se acercaba a la habitación, era Esme.

—Vengo a ayudarla. —Me miró—. ¿Qué le pasa, señorita? —Se aproximó a la cama.

—Nada, Esme, gracias.

—No le creo. ¿Ya no tiene confianza conmigo?

—Esme, no me acuerdo de nada.

—Es normal, ya lo dijo el doctor. —Cogió una silla y se sentó a mi lado—. Su padre no la querría ver así.

—¿Mi padre?

—Sí, él la amaba mucho.

—¿Qué le pasó? Lo he olvidado.

Me sonrió con dulzura.

—Quizás contándolo lo recuerde. No diga nada a su tía. Todo el tema de su padre está vetado.

—¿Por qué?

—Su madre... murió, la mataron. Él la amaba. Se llamaba Ceridwen. Usted se parece mucho a ella.

¿Yo? ¿Por qué no me despertaba ya de aquella pesadilla?

—Ningún amigo de su padre vio bien el casamiento. Lo interpretaron como una amenaza y una provocación. Una noche su madre apareció muerta en el bosque. Tenía clavado un puñal en el corazón.

—¡Dios mío! ¿Y él?... Me refiero a mi padre.

—Su abuelo, que en paz descansa, lo expulsó de las tierras de sus antepasados. Su tía nunca se casó y echó la culpa de todo ello a su padre. Los aislaron.

—¿Dónde fuimos?

—No lo sé. Cuando apareció su progenitor por el castillo, su abuelo acababa de morir. Su padre estaba muy enfermo y fue su tía la que se encargó de usted. Él le dejó una carta para cuando tuviese la mayoría de edad. —Guardó silencio—. Aquella mañana en la que tuvo la horrible caída acababa de leerla; la vi sobre la cama al entrar en su habitación. No sé lo que le decía su padre en esta, pero lo que sí le puedo asegurar, es que siempre que la lee, su rostro se vuelve pálido y su semblante se entristece.

—¿Dónde está esa carta? —pregunté.

VI

—¿Se puede saber qué es lo que te ocurre, Mildred?

Me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos.

—Ese hombre me da miedo.

—Él no te hará daño: lo mataré si te toca. ¡No tienes por qué casarte!

—Sí, hermano, he de hacerlo. Nuestro padre cuenta con ello, al igual que mamá.

—¿Mamá?

—Sí, me hizo prometer que obedecería en todo a nuestro padre; eso incluía también mi boda.

—No debieron obligarte.

—El conde Oton sabe cómo conseguir lo que quiere. Papá tenía miedo. Ese hombre...

—Ese hombre, ¿qué?

—Es cruel, lo amenazó.

—¿Cómo que lo amenazó?

—No lo sé. Hay algo del pasado de nuestro padre que ese hombre sabe, no me explicó qué. Nuestra madre también tenía conocimiento de ello. Él quiere hacerse con nuestra herencia.

Ese comentario me intrigó y me preocupó. ¿Qué sería lo que escondía?

—¡Lo odio! —grité—. ¡Jamás se quedará con nuestras tierras mientras yo viva! No te vas a casar con él.

—Sí, di mi palabra y la cumpliré.

—Todavía estás a tiempo de dar marcha atrás: falta un mes para la boda. —La besé en la mejilla.

No entendía cómo mi padre, un hombre valiente que siempre había predicado su amor por la libertad, hubiese accedido al chantaje de ese personaje. Estaba

preocupado por la felicidad de mi hermana. Era una muchacha bonita que podía tener al hombre que quisiese. Bajé las escaleras con ella. Era el momento de la cena y del baile.

Al llegar a la sala, por instinto, observé en todas las direcciones en busca de Elizabeth. No la veía. Sentía curiosidad por esa mujer. Había algo en ella que me había atraído desde el primer momento en que la había visto indefensa y tirada en el suelo. Intuía que había algo que la preocupaba.

El conde nos vio y centró su mirada en mi hermana. Sentía asco de solo de pensar que la podía tocar. Él era mucho mayor que ella. Se acercaba más a la edad de mi padre que a la de Mildred. Su pelo blanco y su barba del mismo color estaban sucios. Era fuerte, con una prominente barriga. Noté que ella se ponía tensa ante su presencia.

—Querida, ¡está preciosa! ¡Kimball! —Me miró con interés. ¿Ya has vuelto de jugar a las batallas?

—Los consideran juegos solo aquellos que jamás han luchado por un ideal; eso sí, están como aves de rapiña esperando para apropiarse de los frutos ajenos.

—¿Qué estás insinuando? —Su rostro se tensó.

—¡Caballeros!

Nos interrumpió Grace. Hacía mucho tiempo que no la veía. Me sonrió. Tuvimos un idilio antes de que ella contrajese matrimonio, que para mí, al igual que para la joven, significó una aventura. Eso había sido antes de que me enterase de que el conde era su tío, momento en el que decidí que el flirteo había terminado. Estaba muy bonita.

—¡Kimball! ¡Cuánto tiempo! —Sus intensos ojos azules se clavaron en los míos. Después miró al conde—. Querido tío, te agradezco tu invitación a la fiesta. Si me permiten les voy a robar al joven guerrero.

Me apartó de ellos. Vi la mirada de miedo en las pupilas de mi hermana. La dejaba sola con ese hombre despiadado.

—No sabía que ya habías vuelto de las cruzadas. ¡Qué alegría verte! Sigues tan guapo como siempre; es más, el paso de los años te favorece.

—¡Ja,ja,ja! ¡Siempre tan directa! Estás preciosa. ¿Qué tal tu vida de casada?

—Si yo te contaré... Muy sola. Philip está más en el mar que en nuestro

hogar. —Me miró—. Te echo de menos.

—Grace, sabes que lo nuestro terminó; además, jamás sería el amante de una mujer casada. —Le guiñé un ojo—. Soy un hombre de principios, ya lo sabes.

—¡Qué pena! ¡Con lo bien que lo pasábamos! —Me guiñó un ojo al recordar los viejos tiempos. Sujetaba mi mano con fuerza.

—¡Ja, ja, ja!

Mientras hablaba con Grace observaba con disimulo a Elizabeth. Vi que se dirigía hacia el jardín. Era imposible que la joven pudiese pasar desapercibida para los hombres allí presentes; de hecho, observé cómo Alexander, amigo del conde Oton, la analizaba y seguía sus pasos. La presencia del capitán me repugnaba: era mujeriego, cruel y frío. ¿Qué interés tendría en la muchacha? Desde que la había salvado, la consideraba de mi propiedad; estaba bajo mi protección, sentimiento absurdo, ya que ella no era nada mío, pero sentía la necesidad de estar cerca de la joven en todo momento.

—Grace, ¿me disculpas un momento? Prometo regresar enseguida y continuar con nuestra charla. —Le sonreí.

—Solo si das tu palabra de que me reservarás el primer baile.

—Eso está hecho.

Cogí su blanca mano entre las mías y la besé.

—Enseguida estoy contigo.

Fui hacia el jardín en busca de Elizabeth. La música de las gaitas y de las flautas se escuchaba en el exterior. Mi hermana había desaparecido de la sala. Entre tanta gente resultaba difícil localizarla. El conde Oton había empezado a beber vino, al igual que el resto de comensales.

Me asomé al jardín. Allí estaba ella, sentada en un banco de piedra, y junto a la muchacha estaba Alexander. Me acerqué. Ese capitán solo me infundía asco. Tenía que apartarlo de ella.

Escuché su conversación.

—¡Por fin se digna a aparecer! —dijo Alexander.

—No sé quién es usted, caballero —respondió ella incorporándose y alejándose unos pasos de aquel hombre.

—No se haga la despistada. Su tía me dijo que ya le había comunicado nuestro enlace.

—¿Enlace? No tengo ninguna intención de casarme, me da igual lo que le haya dicho mi tía.

¿Casarse? Me estaba divirtiendo.

—¿Qué dice? ¿Cómo se atreve? —dijo él aproximándose a ella.

—¡Lo que oye, caballero! No sé lo que le ha prometido mi tía, pero mi intención no es casarme con nadie, y menos con usted.

Se acercó y la asió del brazo con violencia. Saqué mi espada y con grandes zancadas me posicioné tras él. Coloqué la punta de mi acero en su cuello.

—¡Suelte a la dama!

—¡Es mi prometida! Tengo derechos sobre ella.

—¡Usted no tiene ningún derecho sobre mí! —respondió la joven.

—Ya lo ha oído, así que le ordeno que la suelte. Si no, me veré forzado a matarlo, capitán.

Me miró con odio, la soltó. Sus mejillas se habían tornado rojas de la ira acumulada.

—¡Me las pagará, conde!

Miró a la joven con odio y se marchó. Envainé mi espada.

—¡Ya es la segunda vez que la salvo!

—Nadie se lo ha pedido. Sé defenderme sola.

—No lo dudo. —Me carcajeé ante su respuesta—. Me tiene intrigado, Elisabeth. Es una mujer como las demás. Ninguna dama osaría enfrentarse a un hombre de la manera que usted lo ha hecho, y menos si es su prometido.

—¡No es mi prometido; nadie me ha consultado!

—Los matrimonios no se consultan, se negocian.

—Pues conmigo no se negocia. No soy una propiedad ni unas tierras. Nadie me va a imponer un marido a la fuerza.

Crucé los brazos y la observé. La joven me gustaba.

—¿Por qué no entra en el salón?

Bajó el rostro.

—Si le soy sincera, me siento fuera de lugar. No me gustan las fiestas.

—¡Ja, ja, ja! En eso coincidimos.

—Le agradezco mucho haber intervenido con ese hombre, pero le rogaría que me dejase sola. Además, creo que una joven le espera en el salón. Lo he visto muy bien acompañado.

—Así que me ha estado espiando...

—No se equivoque, solo le he visto.

Sentía la necesidad de besarla; lo deseaba. Me fui aproximando a ella. La joven retrocedía hasta que se topó con un árbol. Se quedó quieta. Apoyé mis manos en el tronco, su rostro quedó en medio de estas.

—¿Curiosidad, quizás? —le pregunté.

—Ni eso. No se confunda. Resulta muy fácil verlo debido a su gran altura; es difícil no distinguirlo.

Mis ojos estaban fijos en sus pupilas. Nuestros rostros estaban muy próximos. Ella estaba nerviosa, y yo la deseaba cada vez más.

—¿Qué piensa hacer, Kimball?

En ese momento se escabulló y se apartó. Se disponía a marcharse, la agarré de la mano con fuerza y la atraje hasta mí. Cayó sobre mi pecho. Sentía su piel suave y el latir de su corazón. ¿Qué me pasaba con Elizabeth? Sentía una atracción fuerte, algo que jamás me había sucedido por ninguna otra.

—¿Me concederá un baile?

—No me gusta bailar; tendrá que conformarse con la señorita con la que estaba.

Me carcajeé.

Me empujó y salió corriendo hacia el interior de la sala. Allí me quedé yo, observándola. Era una fierecilla. Deseaba tenerla entre mis brazos y sentir la suavidad de sus labios sobre los míos.

VII

El corazón me latía aceleradamente; ese hombre me atraía como ningún otro lo había hecho hasta el momento.

Sentía mis mejillas arder. Mi tía se estaba acercando a mí. Sabía que no tenía intención de ser cariñosa conmigo.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? El capitán está muy ofendido contigo.

—¡No me importa ese capitán!

—Te desconozco, Beth. Ya hablaremos después. —Estaba seria, enfadada. Dicho esto se marchó, algo que agradecí.

—Voy a bailar con mi futura esposa. —Era un ser repugnante. Estaba bebido. La música empezó a sonar y aquel hombre me sostuvo la mano con fuerza.

—¡Déjeme! No quiero bailar con usted.

—Es mi prometida y lo hará.

Me llevó a la fuerza al centro de la pista. Me hacía daño. Sabía que negarme le enfurecería más; era agresivo.

—No sé bailar esto —le susurré—. Si no quiere que seamos el centro de atención y de las risas entre los comensales, es mejor que no me obligue a bailar.

—¡Tiene que aprender! Mi esposa debe saber bailar. ¡Sígueme! No tiene mucha dificultad.

El baile era un tanto absurdo: un paso delante y otro hacia atrás. Si me hubiera visto mi madre no lo creería. La pieza se me estaba haciendo eterna y me resultaba asqueroso el contacto con la mano sudorosa de ese hombre. Su barba era abundante, su mirada obscena y su aliento olía a alcohol.

—Estoy deseando casarme con usted. La voy a domar.

—¡Ni lo sueñe! Ya se lo he dicho antes y se lo vuelvo a repetir.

—¡Ja, ja, ja! Eso ya lo veremos. Será mía, aunque sea a la fuerza.

La música cesó. ¡Por fin! Alexander hizo intención de agarrarme otra vez,

pero en ese momento Kimball cogió mis manos entre las suyas y me aproximó hacia él. Alexander no supo ni pudo reaccionar.

—Es mi turno —le dijo Kimball a Alexander. Después me miró para centrarse en el baile y me susurró—. Creo que su prometido me odia.

—¡No es mi prometido!

—Pues eso no es lo que él piensa.

—¡Esto es una pesadilla! —dije.

—¿Por qué dice eso?

Me sentía muy ridícula bailando esa danza. Con le di un pisotón. Me miró y arqueó las cejas sorprendido.

—Lo siento. —Pero justo acababa de pedirle perdón cuando le pisé el otro pie.

—¡Ja, ja, ja! ¿De dónde ha salido, Elisabeth? Jamás me habían pisado tanto en los pies como lo está haciendo usted en esta pieza.

—No me gusta la danza; además, jamás he bailado esto.

Arqueó las cejas. Era muy atractivo.

—Sígame, déjese llevar.

¡Quién no se iba a dejar llevar por aquel hombre! Era alto, fuerte y guapo, y abandonarme en sus brazos no me resultaba nada difícil. Notaba cómo me miraba a los ojos. Con timidez lo observaba. Él sonrió.

—Está muy bonita esta noche.

—Usted tampoco está nada mal, caballero.

Ante mi comentario soltó una risotada.

—Es descarada, orgullosa, valiente, poco convencional. Pero... ¿sabe una cosa?

—Después de todos los piropos que acaba de decirme, estoy deseando saber qué es lo que dirá a continuación.

—¡Qué me gusta!

Me sonrojé, el hecho de escuchar aquello me hacía sentir pletórica. Algo hizo que desviase la mirada. La música acababa de terminar.

—Perdóneme, Elisabeth, tengo que ir a hablar con mi hermana.

Observé cómo se alejaba; su cuerpo atlético y fuerte avanzaba con gran agilidad entre los comensales. Suspiré. En ese momento mi mirada se encontró con la de ese capitán odioso: sujetaba una jarra de cerveza. La levantó hacia donde yo estaba y desapareció de mi vista. Decidí subir a mi habitación. Volví a mirar hacia donde estaba Kimball. Se había encontrado con la prometida del conde Oton, y los perdí de vista. Me escabullí entre la gente. Salí de la sala. En ese momento noté cómo me apretaban con fuerza mi antebrazo, me vi forzada a girarme: era Alexander. ¡Otra vez ese hombre!

—Voy a hablar con su tía para adelantar la boda.

—Me da igual lo que diga mi tía, capitán. Soy una mujer libre y he tomado una decisión respecto a ese tema.

—¡Es mía!

Me atrajo hacia él e intentó besarme. Ese me repugnaba. Le di una patada en la espinilla. La reacción inesperada hizo que me soltara, instante que aproveché para correr hacia las escaleras que conducían al primer piso donde se encontraban las habitaciones de mi tía y la mía, entre otras de invitados. La galería del primer piso estaba muy oscura. Corría mirando de vez en cuando hacia atrás por si aquel hombre me perseguía; mientras avanzaba me asusté. Justo al final del pasillo había una figura humana, un niño, inmóvil, con un candelabro en una de sus manos. Me detuve. Mi corazón latía con rapidez. Era el muchacho que había visto en el patio de armas. Me fui acercando a él despacio. Estaba serio, en pijama; no hablaba; me miraba con intensidad, apenas pestañeaba. Estaba frente a él.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

No contestaba.

—Al menos, ¿podrías decirme tu nombre?

Escuché ruidos al fondo del pasillo. El niño me miró, se acercó a mí y dibujó en el aire las letras de su nombre.

—¡Eamon!, ¿ese es tu nombre?

Volví a escuchar ruidos. Giré mi rostro para observar. Al volver a mirar al lugar donde estaba el niño, este ya no se encontraba allí. ¿Dónde se había metido? Me apresuré a entrar en mi habitación y cerrar la puerta. Puse varias

sillas bloqueando el pomo de la misma para que nadie pudiese entrar. Estaba cansada. Los pasos se acercaban con lentitud hacia mi habitación. El pomo se giró muy despacio. Temí que accediese al interior, se detuvo y quien fuese se alejó de allí. Tenía las pulsaciones muy altas; estaba asustada. ¿Quién era la persona que había estado al otro lado de la puerta? ¿El capitán? Me senté en la cama y empecé a llorar. Estaba viviendo una pesadilla y lo peor de todo era que no sabía cómo salir de ella. Tocaron a la puerta.

—¡Señorita Elisabeth! Soy Esme.

Fui a quitar las sillas. Entró. Se quedó mirándome sin apenas pestañear.

—¿Qué la ocurre? ¿Está llorando?

—Me siento cansada. No te preocupes. —Me tumbé en la cama. Esme se sentó a mi lado.

—Su tía me ha dicho que la busque y la obligue a bajar a la fiesta.

—No voy a ir, Esme. Si la ves, dile que me encuentro mal.

Me observaba. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo un papel. Me lo dio.

—Recuerda lo que la dije. Cuando usted se marchó aquella mañana, se la cayó la carta de su padre. La guardé en mi bolsillo. Tome. Le pertenece.

—Muchas gracias, Esme.

—De nada, señorita. Que descanse.

Dicho esto, se marchó. Volví a poner las sillas bloqueando el pomo de la puerta. Me tumbé en la cama y empecé a leer.

Querida hija:

Cuando leas esta carta ya no estaré junto a ti para protegerte y explicarte muchas cosas sobre tu presente y tu futuro. Tu madre, Ceridwen, era la hija secreta de una campesina y el conde Agnew. Esas mujeres tienen prohibido enamorarse y casarse con hombres como tu abuelo. La familia de tu madre mantuvo este secreto oculto hasta que fue descubierto. Tus abuelos la consideraron una hija del mal. Imagínate lo que eso significa. Tu madre se vio forzada a huir de su hogar. Ahí fue cuando yo la conocí y supe del peligro que corría su vida. Nos enamoramos y, fruto de ese amor, naciste tú. A ella la asesinaron.

Ceridwen temía por tu vida. Me hizo prometer que, si algún día le pasaba algo, te ocultaría del mundo, ya que tú, mi princesa, también correrías peligro; por ese motivo te llevé a la casa de tu tía, para protegerte.

Tu madre, un día antes de morir, me dijo estas palabras para que yo te las escribiese: «Hija mía, habrá un momento en el que tu vida se verá amenazada. Llegado este, debes huir a las Tierras Altas, a la isla Maree, y buscar el castillo del conde Agnew. Dile mi nombre y que eres mi hija. Él es tu abuelo. Te protegerá. No confíes en nadie. Deberás descifrar el mensaje de los tiempos que vivirás. Hacer justicia. Allí sabrás a lo que me refiero».

Te quiero mucho, hija mía. Nunca lo olvides. Espero que algún día puedas perdonarnos.

Doblé aquella carta. «Descifrar el mensaje de los tiempos». ¿Qué mensaje? ¡Lo que me faltaba! Más incógnitas. Entonces recordé mi sueño y el mensaje que repetía una y otra vez la campesina: «Tú eres esa mujer». ¡Dios mío! ¿Qué estaba pasando? No entendía nada. Quería regresar a mi vida en Londres, con mi querida amiga Ann. Debía ser un sueño. Me iría a la cama y, quizás, al día siguiente, cuando despertase, volvería a estar en mi piso de alquiler.

Me acosté y volví a recordar todas las sensaciones que Kimball me había hecho sentir. Ese guerrero me gustaba. Cada vez que me miraba, un escalofrío recorría todo mi cuerpo.

Los tambores y las gaitas me despertaron. La luz penetraba por el pequeño balcón de mi habitación. Me tapé el rostro con las sábanas, después recordé dónde me encontraba. Abrí los ojos, me destapé y observé a mi alrededor, seguía allí. Me levanté. ¿Por qué tanto ruido? Estaban todos los caballeros ataviados con sus armaduras. Iba a haber un torneo. Distinguí a Kimball entre tanto guerrero. ¡Qué guapo estaba! Me escondí tras las cortinas para analizarlo sin ser vista. Llevaba una cota de malla gris que le llegaba por encima de las rodillas y un gambesón para protegerle de los golpes. Su pelo negro, ondulado, se mecía con la suave brisa de la mañana. Se giró, la dama con la que había estado la noche anterior se acercó a él. Este envainó su espada y fue al encuentro de la mujer con una sonrisa dibujada en su rostro.

Llamaron a la puerta. Fui a quitar todas las sillas que bloqueaban la cerradura.

—¿Todavía está así? —Era Esme—. Su tía la está buscando. No está de muy buen humor.

—Como siempre, desde que llegamos aquí no la he visto ni un solo momento sonreír. ¡Qué mujer más amargada!

Esme me miró seria.

—No te preocupes, Esme, me visto ahora mismo y bajo enseguida.

—Su vestido está en el armario; ya sabe, el blanco con cintas doradas.

Prácticamente eché a la doncella. Me ponía nerviosa que estuviesen tan pendientes de mí. La carta de mi supuesto padre estaba en la mesilla de al lado de la cama. ¡Uff! Abrí las puertas del armario y allí vi un vestido largo, de anchas mangas de color blanco. Su acabado, la cintura y la falda del vestido, llevaban una cinta dorada. Tenía un gran escote. Me daba la sensación de que iba disfrazada. Era precioso. Yo, que siempre vestía con vaqueros, me tenía que embutir en aquel traje, bonito, pero al fin y al cabo era un vestido.

La música de tambores y gaitas cada vez era más intensa. Había un ambiente de festividad y diversión. Cogí la carta y la guardé en el amplio bolsillo del vestido. Tenía un problema: era imposible abotonármelo hasta arriba. En ese momento sí que echaba de menos a Esme. En fin, tendría que salir con parte de la espalda al descubierto. Menos mal que mi pelo me la tapaba.

Esme había dejado una tiara para que me la pusiera en la cabeza. Estaba adornada con pequeñas flores blancas y una cinta roja que caía por el pelo. Me observé en un pequeño espejo. No parecía yo: estaba transformada, como si fuese la protagonista de una de las películas de época que tanto había visto en el cine.

Salí de la habitación. Bajé las escaleras hasta llegar al gran patio donde estaban los jinetes preparándose para batirse en el torneo. Los invitados se habían posicionado en grandes gradas alrededor del juego. De repente, todo el mundo guardó silencio y un hombre empezó a hablar. Yo tenía la intención de aprovechar ese instante para huir de allí. La noche anterior había tomado la determinación de partir hacia las Tierras Altas. Tenía que encontrar respuestas a todo lo que me estaba sucediendo.

En mi intento de huir, vi a mi tía, miraba para todas partes. Sabía que me estaba buscando. Mientras yo estaba centrada en esconderme de ella para que no se percatase de mi presencia, percibí cómo todo el mundo giraba sus rostros en dirección hacia donde yo estaba. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué me miraban? Entonces vi que un soldado se acercaba a mí y me ofrecía su brazo. Los invitados me observaban. Mi intento de escapar había fracasado. Ese hombre me acompañó hasta un palco, y me senté junto con otras damas. A mi lado estaba la hermana del guerrero. La situación me superaba: me sentía examinada y el centro de atención, algo que detestaba. Kimball se acercó hacia el lugar en el que me encontraba, montado en su caballo. Portaba su armadura, su almófar sobre los hombros, el casco en una mano y en la otra sujetaba una lanza que en la punta llevaba enganchado un pañuelo blanco, de seda. Sus ojos verdes contrastaban con su piel dorada y su pelo negro. Inclino su cabeza hacia donde yo estaba. Miré a mi alrededor, ya que suponía que ese saludo no sería para mí. Él, al ver mi reacción, sonrió y levantó su lanza.

—Compito por usted. Seré su caballero en la batalla. Adelantó su lanza hacia donde yo estaba.

No sabía qué era lo que tenía que hacer. Me sentía ridícula.

—Tiene que coger el pañuelo —me susurró su hermana.

Obedecí, me levanté y sujeté el pañuelo blanco. Al tacto era muy suave y olía muy bien. Él volvió a inclinar su cabeza y me sonrió.

—¡Levántese e incline la cabeza! Sonría un poco —me volvió a susurrar su hermana.

Me levanté precipitadamente e hice todo lo que ella me dijo. Kimball se alejó y se posicionó a un extremo del campo.

—Ya puede sentarse. —La joven tiró de mi vestido, me miró.

Era muy bonita. Alexander pasó delante de mí y su mirada era de odio, al menos así me pareció. Él se posicionó en el extremo opuesto a donde estaba Kimball. Aquello me disgustó. Aquel capitán, tosco y bárbaro lucharía contra mi caballero.

—Tranquila —me dijo la joven—, mi hermano es un gran guerrero. Lleva en batallas y luchando al lado del rey Ricardo desde muy joven. Sabe pelear y

defenderse muy bien. —Me sonrió, le devolví el gesto—. ¿Nunca ha estado en un torneo?

—No. Gracias por decirme lo que tenía que hacer.

—Es raro que una joven de su posición haya estado apartada de todo esto.

—Pues sí. Hasta a mí me parece increíble estar viviendo esto. —La joven se rio ante mi comentario.

—A mi hermano le ha gustado. —Me miraba con atención—. Él nunca ha ofrecido la competición a una dama.

—¡Ah! No lo creo.

—Sí, le ha gustado. Cuando un caballero ofrece el juego a una dama se le da un pañuelo como señal de lealtad y protección de por vida. Si gana en la competición, la dama tendrá que anudarse el pañuelo en la muñeca y llevarlo junto a ella, en señal de agradecimiento.

—Curioso. ¿Un poco incómodo llevar el pañuelo anudado? —Se carcajeó ante mi comentario. Me reí con ella.

El ruido de los tambores retumbaba por todas partes. Un hombre se acercó a la hermana de Kimball y le ofreció su mano. Esta se la dio y se fue con él hasta un palco. El conde Otón era mucho mayor que ella y de aspecto desagradable. Se la notaba a disgusto a su lado.

El primero en batirse con un caballero cuyo traje era negro sería Kimball. La gente guardó silencio, y el hombre que estaba junto a la hermana de mi guerrero dio la salida. Los caballos empezaron a galopar. Los dos luchadores pusieron sus escudos protegiéndose el pecho, levantaron las lanzas. Me tapé los ojos con las manos; no quería mirar; temía que le hicieran daño a Kimball. Se escuchó un golpe y después todo el mundo empezó a gritar de la excitación de la batalla. Abrí los dedos para poder ver entre ellos lo que había sucedido. Kimball estaba sonriente, sobre su caballo. Se había quitado su casco y su mirada se dirigía hacia donde yo me encontraba. Sonreía de verme en aquella situación ridícula. Retiré mis manos. Otra vez el sonido de los tambores anunciaba la siguiente batalla. El ganador de cada contienda luchaba contra el siguiente oponente hasta quedar uno victorioso. Kimball se preparaba para el siguiente enfrentamiento. Levantó la lanza en dirección hacia donde yo estaba. La gente aplaudía y yo me

sentía muy orgullosa de ser la dama que él había elegido. Jamás hubiera imaginado, en mi otra vida, que un hombre tan guapo y valiente se fijaría y competiría por mí.

—Es guapo, ¿verdad? —Se había sentado a mi lado aquella mujer que coqueteaba con él.

La miré sorprendida, ella sonrió.

—Me llamo Grace. Soy una buena amiga del caballero que la tiene tan absorta.

—Mi nombre es Elisabeth.

—Encantada. Disfrute de la batalla, joven.

Se levantó y se marchó con un caballero. Se sentó en el palco junto a la hermana de Kimball.

Por primera vez, después de todo lo acontecido, estaba disfrutando.

Kimball volvió a ponerse el casco y se concentró en su siguiente contrincante; esta vez no me tapé los ojos, quería verle luchar. Los caballos empezaron a galopar a gran velocidad. El caballo negro de Kimball se aproximaba al de su oponente, quien ubicó su escudo protegiendo su pecho y levantó la lanza. El otro guerrero y él se aproximaban; ambas armas chocaron en los escudos contrarios. Kimball golpeó tan fuerte al otro caballero que este cayó al suelo mientras su caballo se detuvo con brusquedad. Kimball detuvo a su animal, dio un salto y se bajó, se acercó a su contrincante y le ayudó a levantarse. Ambos se quitaron los cascos, y él volvió a centrar su mirada en donde me encontraba. Estaba emocionada. Retenía su pañuelo blanco con fuerza entre mis manos. Kimball fue ganando a cada luchador que se enfrentaba a él. Después de todos ellos, solo quedaba un contrincante, el capitán Alexander. Este último me miró antes de ponerse el casco; observé cómo mi guerrero lo seguía con la mirada. Los dos caballeros agarraron sus lanzas y empezaron a acercarse uno a otro a gran velocidad con sus caballos. El impacto de sus lanzas fue tan fuerte por parte de ambos que los dos se tambalearon, pero ninguno cayó al suelo. Cada uno fue a un extremo y volvieron a batirse. Volvió a suceder lo mismo, y tuvieron que luchar una tercera vez. En esta ocasión Kimball fue el que derrotó al capitán, quien cayó al suelo. Kimball se quitó el casco y fue a ayudarle a levantarse, pero

aquel hombre rechazó su mano, se incorporó, desenvainó su espada e hirió con esta el hombro a Kimball. Este se llevó su mano al hombro dañado, con rapidez extrajo su acero y empezaron a luchar. El hombre que estaba sentado con la hermana de Kimball se puso de pie y gritó desde su asiento.

—¡Caballeros, esto es un juego! ¡Bajen sus espadas!

Ambos le miraron y obedecieron.

—¡El ganador es el Conde de Essex! —gritó.

Se escucharon vítores de entusiasmo. Yo me uní a todo ese clamor. Entonces empezó la ceremonia. Kimball se montó en su caballo y se acercó al lugar donde yo estaba. Me miró, sonrió y me guiñó un ojo mientras hacía una reverencia. Yo me levanté, al igual que la vez anterior, incliné la cabeza. Kimball me hizo un gesto indicándome que tenía que hacer algo con el pañuelo. Recordé lo que me había dicho su hermana y me lo até en la muñeca. Los invitados aplaudieron y comenzó la música. Kimball fue a dejar su caballo a las cuerdas. Estaba emocionada: aquel hombre me gustaba y me había hecho sentir especial.

—¿Dónde te habías metido?

Era mi tía. Me chafó el momento.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Joven insensata! Estás comprometida, Elizabeth, no tendrías que haber cogido el pañuelo de otro hombre. Ha sido una gran ofensa para el capitán. ¿Pero en qué mundo vives? ¡Vamos! —Me agarró del brazo.

Aquella mujer me ponía de los nervios. Me llevó con rapidez hacia el interior del castillo. En ese momento Kimball se interpuso en su camino.

—Señora, lamento robarle a la señorita, pero esta dama tiene que abrir el baile conmigo, si nos disculpa.

Cogió mi mano y me apartó de ella.

—Gracias —le dije.

—¿Por haberla alejado de su tía? —Se carcajeó.

—Sí. —Me reí con él—. Y... por haber luchado en mi honor.

Se detuvo y me miró.

—¡Vaya! Por fin unas palabras amables.

—Bueno, esta vez se las ha merecido. —Le sonreí.

La música se escuchaba.

—No tendré que bailar otra vez, ¿verdad?

—No va a tener más remedio, ¡ja, ja, ja! No se preocupe, usted sígame. Míreme a los ojos y déjese llevar.

Me cogió la mano y el baile comenzó.

Sus pupilas se clavaban en las mías. Tenía una sensación extraña al estar tan cerca de él.

—Está muy bonita, Elizabeth.

—Usted tampoco está nada mal. —Se sorprendió ante mi respuesta. Soltó una carcajada.

En ese momento la música cesó. Desvié mi mirada y vi como Alexander nos observaba con cara de odio. Me concentré en mi caballero. No estaba dispuesta a que aquel hombre enturbiara el momento. Kimball hizo un gesto de dolor, entonces recordé que le había herido el capitán.

—¡Tiene sangre!

—No es nada.

—Sí, sí que es. ¡Venga conmigo! —No se movía. Me miraba con gesto divertido —. ¡Vamos! ¿Se puede saber qué espera?

—Cada vez me sorprende más.

Le cogí de la mano y tiré de él, su mirada se desvió a mi mano, que agarraba con fuerza la suya. La retiré. En aquella época esos gestos podrían ser mal interpretados.

—Esa herida hay que lavarla y vendarla.

Tenía que encontrar a Esmé. Subí las escaleras en dirección a mi habitación. Él me seguía. Sabía que la doncella estaría en los aposentos de mi tía. No hizo falta ir a buscarla, ella subía de las cocinas.

—¿Señorita? ¿Qué hace en esta zona con el caballero?

—¡Qué bien que te he encontrado, Esmé!

Pasé al interior de la habitación. Él se quedó en la entrada.

—¡Por favor, entre! Siéntese en esta silla

Encendí varias velas.

—¿Se puede saber qué está haciendo, Elisabeth? No es propio de una señorita de su clase traer a un hombre a sus aposentos. Si se enterase su tía...

—Esme, este hombre está herido. Me da igual lo que sea propio o impropio de una señorita y tampoco me importa lo que pueda opinar o pensar mi tía y el resto de la gente. Tengo mi conciencia tranquila y mi dignidad sigue intacta. Y ahora, si eres tan amable, tráeme agua tibia y miel, por favor.

Esme se fue, y Kimball soltó una carcajada.

—¿Y usted de que se ríe?

—Me tiene intrigado. —Se reía—. No conozco dama que se comporte como usted y créame que damas conozco muchas.

—No lo dudo, tiene toda la pinta de eso.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Va a seguir riéndose o quiere que le cure esa herida?

—Estoy a sus órdenes, Beth. —Me sonrió. Me sorprendió que me llamase así.

—Entonces quítese esa malla y lo que lleva debajo. Tengo que verle la herida.

—No sabía que tuviese conocimientos de medicina. ¿En qué más me va a sorprender?

En ese momento entró Esme. Traía un cuenco con agua tibia, unas telas blancas y la miel.

—¡Señorita, no la conozco! Desde que se dio ese golpe se comporta de forma diferente.

—Gracias, Esme. Ya puedes marcharte.

—No, me quedaré en el pasillo a esperar que este caballero se marche y a vigilar por si su tía aparece. ¡Es incorregible! Empezaba a tener cariño a esa muchachita de ojos azules.

Mientras preparaba las telas y la miel observaba de reojo cómo se quitaba su malla y la tela que cubría su tórax. ¡Dios mío! Me puse nerviosa solo de observar el cuerpo musculoso del guerrero. Sus fuertes brazos, su espalda y pectorales que quedaron al descubierto. Se marcaba cada músculo con cada movimiento que él hacía. ¡Uff, cómo estaba! Él giró su rostro para mirarme. Me pilló infraganti,

observándole. Disimulé muy mal, me sonrojé, y lo notó. Me acerqué a él con el agua, la miel y las telas.

—¿Tiene calor? —preguntó.

—No, ¿por qué lo pregunta?

—Porque está muy sonrojada. — Me guiñó el ojo.

—Pues no sé... Déjese de observaciones y no se mueva.

La herida era superficial, pero sangraba bastante. La limpié y después apliqué la miel sobre esta.

—¿Qué esconde, Beth?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Vi cómo quería escaparse cuando iba a empezar el torneo.

—¿Por qué supone que quería marcharme?

—Soy un guerrero, acostumbrado a librar batallas. Sé cuando alguien intenta huir.

—¿Por eso me eligió cómo su dama para el torneo?

—No, eso ya lo había decidido la noche anterior.

Sus ojos verdes me miraban con intensidad. Me sonrojé.

—¡Quiere dejar de hablar y ayudarme! No se mueva para que le pueda vendar la herida.

Fui rodeando sus pectorales hasta el hombro herido con los paños que Esme me había traído. Intentaba evitar el contacto con su piel, pero era inevitable. Mis manos temblaban cada vez que rozaba la suavidad de esta. Sabía que él observaba, en silencio, cada movimiento que hacía. Podía sentir su respiración, así como los latidos de su corazón.

—¡Ya está! —dije.

En ese momento él posó su mano sobre la mía. La agarró con suavidad. Lo miré.

—¡Gracias, Beth! Es usted una caja de sorpresas.

La retiré con rapidez y en su rostro se dibujó una gran sonrisa. Se vistió y se levantó. Era muy alto y fuerte. A su lado me sentía frágil y diminuta. Se acercó y se posicionó tras de mí mientras yo recogía las telas que habían sobrado. Sentía

su proximidad. Mis pulsaciones se aceleraban. Sus manos se posaron en mis hombros. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me quedé inmóvil: no podía ni quería reaccionar. Deseaba su contacto. Sus manos acariciaron mis hombros bajando con suavidad por mis brazos. Fue entonces cuando noté la humedad de sus labios sobre mi cuello. Me aparté.

—¿Qué pretende? ¡No soy como una de sus conquistas! Solo lo he curado; era mi obligación.

Sonreía. En ese momento entró Esme.

—Caballero debe salir de la habitación. Sube alguien y puede ser su tía.

VIII

Estaba intranquilo. ¿Por qué no bajaba? Hacía bastante tiempo que había salido de su habitación. Se suponía que ella vendría tras de mí, pero no fue así, no la vi aparecer. No podía esperar más, iba a subir a por mi dama. En ese momento era la protagonista tras el torneo; además, tenía que acompañarme, y yo no estaba dispuesto a que ella no estuviese junto a mí aquel día.

La joven me gustaba; había algo en ella diferente: su forma de actuar estaba lejos de todo convencionalismo, y me atraía. A pesar del empeño de mi madre y de mi padre, me había negado a contraer matrimonio con las jóvenes casaderas sajonas. No me gustaban las mujeres sumisas y no estaba dispuesto a perder mi libertad para ligarme de por vida a un matrimonio. Me gustaban demasiado las féminas como para entregarme a una sola, de ahí que decidiera acompañar al rey Ricardo a las cruzadas. Pero ella... era distinta; a pesar de querer convencerme de que era una más entre todas mis conquistas, en el fondo sabía que no era así. Desde que la había visto herida y desmayada había sentido algo por la joven que no supe definir, y cuanto más la iba conociendo, más me gustaba. Era diferente, sí, pero era la que yo tanto buscaba y jamás había encontrado.

Subí las escaleras a grandes zancadas. Intuía que algo no iba bien. Avancé con rapidez por el largo pasillo. La puerta de su habitación estaba abierta. Entré; estaba todo desordenado. ¿Qué había pasado? Aquello empezó a inquietarme. La ropa de cama estaba revuelta, la silla donde me había curado estaba tirada al suelo, así como otros tantos objetos. Escuché un ruido en la habitación contigua, fui hacia allí. Era la doncella, Esme.

—¿Qué ha ocurrido? —Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Señor, se la han llevado!

—¿Quién? —Empecé a preocuparme de verdad.

—Ese capitán —Me acerqué a ella, impaciente.

—¿Qué capitán, Esme? ¡Responde!

—El que estaba prometido con ella.

—¡Alexander!

—La estaba esperando, señor. Le prometo que yo no sabía nada. Entró con varios hombres, y la agarraron. Ella luchó, pero no pudo hacer nada. ¡Mi Elizabeth! La señora me va a matar. La amordazaron y la sacaron por el ala sur, la zona destinada a los empleados.

—¿Cuánto hace de esto?

—Fue nada más irse usted.

—¡Canalla! No te preocupes, la encontraré. ¡Lo mataré como le haga algo!

Estaba decidido a ir tras él. Tendría que haberlo previsto, sabía cómo era aquel bárbaro y cómo observaba a la joven. Lo había visto analizarla con esa mirada que tanto detestaba en él. No era la primera vez que teníamos algún encontronazo. Me eché la culpa en ese momento. ¡No tendría que haberla elegido como mi dama en el torneo! Había visto su odio reflejado en su rostro. Además, lo había vencido; eso jamás me lo perdonaría. Alexander se dirigiría a sus tierras, en Norwich. Tenía que ir tras él. Debía partir. En ese momento me acordé de Mildred. No la podía dejar allí; tenía que llevármela. Todavía faltaban dos meses para su boda con el conde Oton, algo que estaba decidido a que no sucediese. Debíamos marcharnos cuanto antes. Iría a Essex, dejaría a mi hermana y me llevaría a David conmigo.

—No entiendo nada, hermano —dijo Mildred, se había ubicado con su caballo a mi lado—. ¿Por qué hemos partido tan rápido? Teníamos que haber regresado un día después.

—Lo sé.

—¿Entonces...? ¿Me lo puedes explicar?

—La joven ha sido secuestrada.

—¿Quién? ¿La dama que elegiste para el torneo?

—La misma. Ha sido el capitán Alexander. Tengo que ir a Norwich. He de rescatarla de ese bárbaro.

—¿Te gusta la muchacha?

La miré.

—No hace falta que me contestes, hermano. Sé que no lo vas a admitir. Sí, te gusta. Actúas como si fueses su prometido.

—No, ya sabes que no soporto las injusticias y la crueldad de las personas. Esta muchacha ha sido secuestrada y he de ayudarla.

—Di lo que quieras. —Se rio—. ¡Y qué casualidad que fue justo la mujer que eliges para el torneo!, con la que te veo bailando la noche anterior, la que salvamos cuando veníamos a Glastonbury... Muchas coincidencias.

Estaba deseando llegar a Essex para dejar sana y salva a mi hermana y continuar el viaje hasta Norwich. El bosque quedó atrás y ante nosotros se levantaba el castillo. Atravesamos el puente y accedimos al interior de este. Allí vi a mi gran amigo y compañero de batallas, David. Vino corriendo hacia nosotros y ayudó a mi hermana a bajar de su caballo. Lo miré de reojo, aunque él nunca me lo había confesado, sabía que David siempre había estado enamorado de mi hermana e intuía que a ella también le agradaba su compañía.

Di un salto y fui corriendo hacia donde estaba mi amigo. Nos abrazamos. Era como un hermano para mí.

—Mildred, voy a hablar un momento con David.

Observé cómo mi hermana se dirigía al interior del castillo.

—¿Qué te pasa? —dijo David—. Te conozco demasiado como para saber que hay algo que ronda por tu cabeza.

—Tengo que ir a Norwich.

—¿A Norwich? ¿Qué se te ha perdido allí? —Arqueó las cejas.

—Una joven muy bonita.

—¡Ja, ja, ja! Entonces, si es por una mujer, no hay nada más que hablar.

—La ha secuestrado Morrison.

—¿Alexander Morrison?

—Sí, el mismo.

—Te acompañaré. —Sonreí ante su respuesta.

—Sabía que podía contar contigo, amigo.

—Luego me comentas más detalles.

Le di una palmada en la espalada, y él me la devolvió.

Subí con rapidez las escaleras en dirección a la habitación de mi madre. Temía que hubiese empeorado. Toqué a la puerta. Mildred estaba sentada en la cama, con la mano de su madre entre las suyas. La habitación estaba a oscuras, sentí frío al entrar. Antes de avanzar hacia ellas salí a buscar a Lili.

—Lili, quiero que la habitación de mi madre esté siempre caliente.

Volví a pasar y me acerqué a la cama. Solo verla tan débil y pálida, con los ojos entornados, hacía que sintiese ganas de llorar. Amaba a la mujer que estaba ahí tendida. Respiré. Ella me conocía muy bien: mi madre intentaría disimular para que yo no sufriera por su estado de salud.

—¿Qué hace esta bonita dama aquí tumbada? —Le di un beso en la mejilla.

Abrió sus ojos y esbozó una tímida sonrisa.

—¡Hijo!

Aparté mi rostro, me levanté y fui directo a la chimenea. No quería que percibiese mi angustia y pena. Avivé el fuego mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—¡Kimball! ¡Ven aquí para que te vea! Apenas estuviste conmigo cuando regresaste de las cruzadas.

Suspiré, retiré las lágrimas con mi mano, me armé de valor y disimulé—. ¿Cómo me ves?

—Estás diferente.

—¿Y eso es bueno o malo? —Le acaricié su mejilla mientras llevaba su delgada y huesuda mano a mis labios.

Sonrió.

—Estás más delgado. Ya no eres el muchachito que partió con el rey Ricardo a Jerusalén. Te has hecho un hombre. —Me observaba—. Han pasado muchos años desde entonces. Pensé que te habíamos perdido. Estoy feliz de que estés aquí para poder despedirme de ti.

—¿Despedirte? ¿No pensarás ir ahora a Francia a ver tu prima Alice? —bromeé.

—Ya no va a poder ser. Hijo, me muero. Cada día que pasa me siento más

débil.

—¡No, madre! No digas eso. Tienes que alimentarte: apenas comes y de ahí tu debilidad. Además, no puedes estar postrada en cama siempre, necesitas que te de la luz del sol.

—No gastes tus energías en mí, hijo. No tengo fuerzas ni para comer.

No podía seguir escuchándola. El corazón se rasgaba con cada suspiro y cada palabra que salía de su boca.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? Tu padre ya no puede llevar solo estas tierras. Él te necesita.

Miré a Mildred.

—Esta noche tengo que partir. Pero regresaré pronto.

—No te demores a la vuelta. Quiero despedirme de ti.

—Prométeme que me esperarás, madre, que harás lo posible por recuperar tus fuerzas.

Volvió a cerrar los ojos.

—Te lo prometo —susurró.

Cerré la puerta. En el interior se quedó Mildred con mi madre. Apoyé mi mano sobre el macizo muro de piedra, frío, húmedo. Hundí mi rostro sobre mi brazo. Amaba a aquella mujer a la que apenas le quedaba aliento de vida. «¡Dios mío!, no te la llesves justo ahora que acabo de regresar», me dije.

—¡Kimball!

Di media vuelta.

—¡Padre! Iba a ir a verlo.

Me puso su mano sobre mi hombro.

—Está peor.

Asentí.

—Me ha dicho David que te vuelves a marchar.

—Sí, me veo en la obligación...

—Pero... ¿Por qué? David me ha explicado un poco el motivo de tu partida. No lo entiendo. Esa mujer no es tu prometida, aquí te necesitamos.

—¡Padre!, usted hace mucho me inculcó la importancia de mantenerse firme

en sus principios. Cuando uno ve que algo es injusto y cruel, tiene que luchar contra ello.

Sus pupilas estaban fijas en las mías.

—Haz lo que tengas que hacer, pero regresa pronto.

IX

Abrí los ojos. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Mis muñecas estaban atadas y me habían amordazado. El carro avanzaba a una gran velocidad. Me iba dando golpes en el interior de este. Entonces recordé: acababa de marcharse Kimball cuando escuché un ruido en el pasillo. Yo iba a seguirlo. Esme me esperaba en la puerta recriminando mi comportamiento. En ese momento, dos hombres armados se abalanzaron sobre mí; uno de ellos me agarró con fuerza de las muñecas con la intención de llevarme con él. Estaba asustada, pero me defendí. El otro guerrero me cogió y me posicionó sobre su hombro, y empujó violentamente a Esme, a quien apartó de su camino. Me llevaron hasta las cuadras. Allí estaba ese capitán con cuatro hombres más. Me dejó en el suelo, y Alexander se aproximó a mí.

—Ya te dije que serías mía.

—¡Jamás!

Levantó su mano para acariciar mi rostro. Aproveché ese momento para morderlo, me escabullí y empecé a correr. Fue entonces cuando sentí un fuerte golpe en la cabeza.

No me había percatado de que no estaba sola en el carro. Frente a mí se encontraba ese niño al que había visto en el castillo. Me miraba con interés, apenas pestañeaba. ¿Quién sería? Me sonrió.

El carro se detuvo. Estaba mareada y dolorida. No se podía ver nada del exterior. Escuché la voz de Alexander. La puerta se abrió. Quería protestar, pero no podía. Me agarró con fuerza del brazo y me sacó de la galera. Me quitó la cinta que tapaba mi boca.

—Ya estás en tu hogar —dijo esbozando una sonrisa irónica.

—¡Nunca seré su esposa! —grité.

Me atrajo hacia él.

—Sí, muchachita, claro que sí. Antes de lo que tú te piensas. —Soltó una carcajada—. ¡Llevala a sus aposentos! —Aproximó su rostro al mío—. Y que

estén muy próximos a los míos.

—¿Qué hacemos con el chico?

Lo miró. Se acercó a él. El rostro del niño se puso tenso.

—Ponedlo con la chica. Dadle la habitación contigua a la de ella. Los quiero cerca a los dos. Espero que hables, muchachito. No voy a tener ningún tipo de contemplación contigo.

Dicho esto, se marchó. Sus hombres nos llevaron al interior del castillo. Allí se acercó una doncella, de pelo blanco, delgada, pálida y nariz aguileña. Nos miró de arriba abajo con gesto serio, se dio media vuelta y nos guio hasta los que serían nuestros aposentos. Subimos unas escaleras de caracol, estrechas, que desembocaron en una galería oscura, húmeda, con paredes desnudas, sin ningún tipo de decoración, solo la tenue luz de las antorchas. Al final de este se detuvo, miró al chico, abrió la puerta, y uno de los soldados lo empujó al interior. Al lado estaba la mía, accedí a ella, y en la puerta se quedó uno de sus hombres custodiándola.

La habitación solo tenía una pequeña ventana por la que apenas entraba luz. Sentía frío. No había lumbre en la chimenea. La cama estaba en el centro de la estancia y había una silla justo a su lado. Me senté sobre el lecho. Tenía que salir de allí. Pero... ¿cómo? Escuché unos toques suaves en una puerta que daba a mi habitación. Fui directo a abrirla. Ante mí tenía a ese pequeño mirándome con sus grandes ojos negros. Estaba asustado. Me puse de rodillas para estar a su altura.

—¡Hola!, Eamon, así te llamas, ¿no? —Me miraba sin apenas pestañear—. Me llamo Isabel, aunque me llaman Elizabeth.

En el rostro del niño se dibujó una tímida sonrisa. No respondía.

—¿No puedes hablar? —le dije.

Asintió.

—¡Vaya! ¿Y cómo podemos solucionar ese pequeño detalle? —Le guiñé un ojo.

Entonces él hizo un gesto con su mano indicándome que lo esperase. Fue a su cama y cogió una pequeña bolsa de color marrón y regresó hacia donde yo estaba. Me miró, se puso de rodillas y abrió la bolsa. De su interior extrajo muchas piedras, todas ellas negras, que parecían turmalinas. Me miró para

después concentrarse en estas. Las fue moviendo con rapidez formando palabras. Cuando terminó me miró y señaló con el dedo la palabra que había creado para que la leyese. Le sonreí y lo dije en alto.

—E...A...M...O...N... ¡Eamon! —El niño asintió—. ¡Lo sabía! — Le acaricié su mejilla—. Me gusta. Es original. Nunca lo había escuchado.

Volvió a mover las piedras y construyó letras con ellas. Leí.

—G...U...A...R...D...I...A...N.

—¡Guardián!

No sabía a qué se refería. El muchacho se percató de ello y empezó a señalarse él mismo y luego a la palabra. Después de un tiempo jugando con las piedras y los gestos entendí lo que el niño me quería decir.

—¿Eamon significa guardián? —El niño empezó a aplaudir. Nos reímos.

—¿Y de qué eres guardián?

Su rostro se ensombreció, bajó su cabecita. Al verle así sentí cariño por aquel muchachito que apenas contaría con unos diez años. Le acaricié su mejilla con mi mano.

—Tranquilo, Eamon, yo no soy como ellos. No te voy a hacer daño.

Me miró, levantó una especie de camisola marrón y me mostró un pequeño tatuaje de la estrella de David próximo a su ombligo, símbolo de los judíos. ¿Qué significaría aquello?

—¿Por qué llevas ese dibujo ahí?

El niño empezó a construir una frase con las piedras.

—Soy el guardián —leí.

Escuchamos pisadas en el pasillo. Eamon recogió sus piedras y se encerró en su habitación. Tocaron a la puerta.

Era otra vez esa mujer.

—El señor la espera. Me ha dicho que la acompañe.

—Pues dígle a su señor que no pienso obedecer sus órdenes.

—¡Pero señorita!

—Gracias, pero no voy a acompañarla.

Cerré la puerta, me apoyé sobre esta y suspiré. ¡Qué iba a ser de mí! Fui al

encuentro del niño. Ahí estaba, en su habitación, pendiente de lo que sucedía; en cuanto me vio se acercó corriendo y me abrazó la cintura.

—Eamon, tenemos que escapar de aquí. Lo sabes, ¿verdad? —El niño asintió—. Pero necesito saber por qué te tiene retenido.

El niño se puso de rodillas y empezó a construir palabras con sus piedras. Leí en voz alta.

—Sé algo que ellos quieren.

Lo miré.

—¿Qué?

El niño fijó sus pupilas en las mías, recogió las piedras del suelo y señaló la puerta. Los pasos se escuchaban muy cerca de la habitación. Fui a mi habitación y me senté en la silla. Entraron dos de los hombres del capitán Alexander con una sonrisa en los labios. ¿Qué pretendían?

Sin hablar, se acercaron a mí. Uno de ellos me agarró del brazo con fuerza. Me estaba haciendo daño. Me levantó, y ambos me llevaron retenida hasta una sala donde se encontraba mi secuestrador.

Había una mesa en el centro de la sala, que Alexander presidía. Me observaba, sin apenas pestañear, mientras sujetaba una copa de vino.

—¡Siéntese! —ordenó.

Esos hombres me forzaron a ello. Estaba frente a aquel hombre, borracho, sucio, con su copa de vino en los labios y que me miraba con mucho interés. En ese momento tenía claro que o huía o ese hombre acabaría matándome. Yo no era una dama de su época y estaba dispuesta a luchar con todas mis fuerzas por defender mi dignidad como mujer. Al fin y al cabo, no sabía si estaba viva o qué. Nada me importaba a excepción de no seguir las órdenes de aquel ser depravado que había osado a secuestrarme.

Los hombres me sentaron al lado de su señor y se posicionaron tras de mí. ¡Qué intimidad!

—¡Come! No quiero que mañana te desmayes en nuestra boda.

Me quedé en silencio, retándolo con la mirada.

—¿No me has oído?

—Sí.

—¡Pues come!

—¡No!

—¿Qué has dicho? —dijo dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡He dicho que no! —Me daba miedo, era muy agresivo, pero no iba a permitir que lo notase.

Se levantó y se acercó hacia mí con el rostro desencajado. Se tambaleaba del alcohol que llevaba encima; olía a vino.

—Muy bien, pues si no quieres comer no lo harás, ni tú ni el niño. Ninguno de los dos probará bocado hasta que no se celebre la boda.

Eso no lo podía permitir, una cosa era yo, pero el niño... Lo miré. Me fastidiaba acceder a su chantaje, pero no podía permitir que esa criatura inocente sufriera las consecuencias.

—Es usted cruel y despiadado.

—Sí, lo soy. —Soltó una carcajada. Me agarró del brazo y me levantó para ponerme frente a él—. Y tú me encantas, jovencita. Estoy deseando casarme contigo para hacerte mía. —Acercó su rostro al mío. Notaba su respiración y su mal aliento. Giré el rostro para otro lado.

—¡Jamás!

—¿Jamás? ¡Ja, ja, ja! —Me miraba—. ¿Vas a comer o mando retirar la carne?

—Comeré.

—Así me gusta. ¡Bajad al niño!

Se sentó frente a mí. Me miraba con atención con una sonrisa victoriosa en sus labios. Permanecimos en silencio. La doncella fue trayendo la comida para los tres. El niño entró en la sala. Estaba asustado, al verme se tranquilizó.

—El muchacho se sienta a mi lado.

Le miré y le guiñé un ojo para que estuviese tranquilo.

—¿Y tú? —le gritó—. Mañana me dirás dónde está lo que estoy buscando.

Eamon no levantaba el rostro. Sus pupilas estaban fijas en el plato que le acababan de poner sobre la mesa.

—Ahora..., ¡come!

Estaba decidida a huir. Sería alrededor de las tres de la madrugada. Escuchaba los ronquidos de los soldados que estaban en el pasillo. Fui directo a la puerta que separaba mi habitación de la del niño, di un golpecito. Eamon estaba despierto. Me miraba asustado con sus grandes ojos negros.

—Eamon, ¿confías en mí? —El niño asintió—. Tenemos que huir de aquí. Tienes que hacer lo que te diga. —Asintió de nuevo—. Saldremos sin hacer ruido.

X

—¡Por fin te encuentro! —Giré el rostro. Era David.

—Sí, necesitaba pensar. Mi madre ha empeorado. No puedo marcharme ahora. Si se muere estando yo fuera jamás me lo perdonaría.

—¿Pero?

Lo miré. Me conocía muy bien y sabía que algo más me pasaba.

—Han secuestrado a esa joven. Me veo en la obligación de rescatarla. Siento que es mi deber ir tras ella.

Se sentó junto a mí. La torre siempre había sido mi lugar favorito desde que era pequeño; ahí sentía paz. Las decisiones más importantes de mi vida las había tomado en ese lugar.

—¡Vaya! Por lo que entendí, ha sido raptada por el hombre con el que estaba prometida.

—Sí, así es.

—¡Kimball! Sabes que él tiene plenos derechos sobre la joven. Una vez que las familias han aceptado su matrimonio, la mujer le pertenece.

—Tengo que rescatarla de las manos de ese asesino. ¡Tú sabes que lo es! No puedo permitir que esté con ese desalmado. —Me miró con una sonrisa en los labios—. ¿Qué? Dime lo que me tengas que decir; conozco esa sonrisa tuya.

—No puedo creer que el gran Kimball, el guerrero, el caballero de las cruzadas, el que siempre ha rehusado a casarse, al que todas las mujeres desean y el que jamás se ha enamorado de ninguna de sus conquistas, porque mujeres bonitas en tu vida ha habido..., ahora se haya enamorado de una mujer que apenas conoce y a la que solo ha visto unos momentos, y que además esté dispuesto a enfrascarse en una aventura peligrosa por salvarla. ¡Ja, ja, ja!

—¿Enamorado has dicho? No, eso nunca. —David soltó otra risotada ante mi respuesta.

—Amigo, nunca digas nunca.

—Me veo en la obligación de protegerla de ese sádico, lo haría por cualquier mujer.

—¿Estás seguro? ¿Por cualquier mujer? —se burlaba.

—Sí, por cualquiera.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué mal mientes, amigo! —Nos quedamos un rato en silencio —. El otro día vino esa mujer.

—¿Quién?

—A la que defendiste ante los campesinos.

—¡Bejira!

—Sí, esa judía... Los campesinos la miran con recelo. Dicen que hace brujería. Como este año la cosecha no es buena y varias ovejas han muerto por causa de una enfermedad, la echan la culpa de todo a ella. El ambiente está crispado.

—¿Te dijo lo que quería?

—Sabía que habías regresado, preguntó por ti. Dijo que tenía que decirte algo de suma importancia.

—¿No comentó nada más?

—No, esa mujer es extraña. —Lo miré.

—David, no juzgues a las personas. Tú no eres de esos. Bejira es maravillosa: me salvó la vida cuando me picó una serpiente. Siempre ha estado allí cuando la he necesitado. La quiero como a otra madre.

—Los aldeanos la han visto haciendo ritos de magia con las piedras.

—Son runas. Ella siempre me dijo que veía el futuro con ellas. Los campesinos son muy supersticiosos y no saben qué inventarse. —Me tapé el rostro con las manos—. Mañana iré a verla.

David me dio una palmada en la espalda.

—¿Cuándo nos ponemos en marcha, amigo?

—Si mi madre se recupera, partiremos en breve, siempre de madrugada. Sí, porque haciéndolo así llegaríamos a Norwich al anochecer. Estoy preocupado por esa joven. Temo que ese bárbaro le haga daño.

—Tranquilo, llegaremos a tiempo para rescatar a tu dama. —Se carcajeó.

La casa de Bejira estaba en el bosque, camuflada entre los robles de la zona. Siempre me había gustado ir a visitarla, ya que ahí me sentía en paz conmigo mismo. Era una unión con la naturaleza, el sonido del agua del río, la musicalidad de las hojas cuando el aire las rozaba a su paso. Respiré con profundidad. Me bajé de un salto del caballo y lo até en el tronco de un árbol. Observé a cierta distancia la pequeña cabaña de Bejira; por la chimenea salía el humo de la hoguera. Ella estaba afuera, dando de comer a las pocas gallinas que tenía en el corral. Fui directo a ella; la quería sorprender, pero aquella mujer tenía una intuición especial. Siempre presentía la presencia de los que merodeaban por las inmediaciones de su casa.

—¡Kimball! —gritó.

Fui directo hacia ella, la rodeé con mis brazos y empecé a girar con ella.

—¡Muchacho! Sigues siendo igual de bruto e impulsivo que siempre. — Sonrió—. ¡Anda, bájame!

Levantó su mano para acariciarme la mejilla.

—¡Hijo! ¡Cuánto has tardado en regresar a tus tierras!

—No tanto... Quiero volver a irme.

Me miró seria.

—¡Ven! —Me guio hacia el interior de su casa.

Esta era pequeña, todo estaba en una sola planta. Nada más entrar estaba la hoguera con dos sillas y una mesa en el centro. Enfrente estaba la cama. A pesar de la sencillez de aquella cabaña, yo me sentía feliz en ese lugar.

—¡Siéntate! Te voy a preparar un té y unas pastas recién hechas. —Sonrió.

—Mi madre se está muriendo.

—No, todavía no os va a abandonar.

—Sí, Bejira, la he visto. Esta vez nos deja.

—Tiene una infección que no han tratado bien. Ese médico en el que confía tu padre no ha acertado con lo que tiene. Me acerqué a ese doctor para darle mi opinión, pero no quiso escucharme.

—¿Puede sanar?

Me miró. Se acercó hacia la mesa con la taza de té y unas pastas recién

hechas que olían muy bien. Se sentó frente a mí.

—Sí, aunque ella está muy débil; no obstante, te voy a dar un jarabe elaborado por mí. Dáselo por la noche durante cinco días y ya verás cómo mejora.

—¿Qué haría yo sin ti! —Me observaba—. ¿Qué te pasa, Bejira? Te noto preocupada.

—Kimball, hay algo de suma importancia...

—¿Sí?

—Hay una mujer..., ya la conoces, tienes que protegerla. —Hizo una pausa—. Ella es la elegida.

—¿La elegida? ¿Una mujer? ¡No entiendo nada! —Aquello me estaba empezando a preocupar.

—Sí, es la joven que han secuestrado.

—¿Cómo sabes eso? —Me sorprendí.

—Sabes que tengo visiones del pasado, del presente y del futuro. Es un don que poseo desde que nací, y he tenido que cargar con él toda mi vida, lo que me ha causado mucho dolor.

—Sí, lo sé, pero...

—¡Kimball!, hijo, confía en mí. Por ahora no te puedo decir mucho más. Tienes que protegerlos con tu vida si fuese necesario.

—¿Protegerlos?

—Hay un niño con ella. Quieren matarlo, pero ese niño tiene que vivir; solo él sabe dónde está escondido el santo Grial.

—No entiendo nada. —Aquellas palabras me intranquilizaban aún más. Me levanté. Bejira se acercó a mí y puso su mano sobre mi antebrazo.

—Cuando murió Jesucristo, José de Arimatea partió de Jerusalén y vino a estas tierras. Trajo con él algo de vital importancia: la taza en la que bebió Jesús en su última cena. José dejó en suelo inglés el santo Cáliz, escondido en un lugar que solo conocían dos personas: él y su fiel discípulo. Este discípulo tuvo descendencia, y el secreto pasó de generación tras generación entre sus hijos mayores. A todos los primogénitos se les tatuaba, cuando nacían, la estrella de

David. Eran los guardianes del gran secreto. —Me miró.

No daba crédito a todo lo que estaba escuchando, parecía una leyenda más que algo real. Estaba perplejo, no sabía cómo reaccionar ante aquella revelación. Se fue hacia un rincón. Allí extrajo algo de una bolsa marrón que ocultó en su mano.

—No comprendo, Bejira. ¿Qué tiene que ver Elizabeth en todo esto? ¿Y yo?

—Ese niño es el único descendiente del discípulo de José de Arimatea. Han matado a su familia y quieren asesinarlo a él, pero antes pretenden conseguir el santo Grial.

—¿Quiénes?

—Ellos, hechiceros, hombres crueles que se oponen al cristianismo, practican el ocultismo y la magia negra. Son hombres con poder; es más, el hermano del rey Ricardo tolera todo esto, lo oculta y los protege. Quieren conseguir la santa reliquia para fines poco ortodoxos.

—Bejira, ¿sabes lo que me estás diciendo?

—Tienes que ayudar a la joven a descubrir su verdadera identidad, Kimball. El muchacho te guiará en todo; protégelo. Esta es tu verdadera misión, hijo.

—¿Qué identidad, Bejira? Todo esto me supera. No sé qué debo hacer.

—No puedo decirte más, al menos por ahora. Debes ir a buscarlos. Pero antes da este jarabe a tu madre y las instrucciones precisas a tu hermana. Debes partir al amanecer.

Iba a preguntarle más, pero ella no me dejó hablar.

—Por el momento solo debes saber esto, nada más, así que no insistas, muchacho. No debes decir esto a nadie, Kimball, a nadie —insistió.

David me vio llegar. Se adelantó para observarme; me conocía demasiado y sabía que algo me preocupaba.

—¿Qué te ocurre? ¿Algo grave?

Bajé de un salto del caballo, acaricié la frente al animal y lo llevé hasta las cuadras. David me seguía. Lo miré.

—¡Nos vamos al amanecer!

XI

Observé a Eamon. Nos habíamos unido a un grupo de gitanos. Les había preguntado si podíamos pasar la noche con ellos y habían asentido. Nos habían dado unas mantas, algo de comer y nos habíamos acurrucado alrededor del fuego. Por las noches refrescaba. El niño se había recostado en mi regazo, estaba dormido.

—¿Es su hijo? —me preguntó la gitana más anciana del grupo.

—Sí —respondí. Creí que sería lo más conveniente. Si decía la verdad me harían más preguntas, y es lo que quería evitar.

—¿Y su marido?

—Soy viuda.

—¡Cuánto lo siento! ¿Hacia dónde se dirige?

—A la isla Maree, pero no tengo muy claro el camino que he de coger.

—Nosotros venimos de las Tierras Altas. Es un recorrido largo y peligroso para una muchacha y su hijo. Hay muchos ladrones y malhechores.

—Necesito ir. Allí está mi familia, que es lo único que tengo, junto con mi hijo.

Me observaba.

—Por la mañana te indicaré cómo llegar. Ahora descansa. Tenéis un largo recorrido.

En ese momento me fijé que uno de los jóvenes, que me miraba con mucho interés. La anciana también lo apreció y se percató de lo incómodo que me resultaba el análisis que estaba haciendo de mí aquel chico.

—Tranquila, es Jaim; no te hará nada. Siempre se siente fascinado por las muchachas bonitas, y tú lo eres, jovencita.

En ese momento Jaim se levantó. Era un joven fuerte, alto, de pelo negro y muy rizado, bastante atractivo. Había algo en él que me producía un gran rechazo. Se alejó del grupo y se aproximó a una muchacha que estaba

esperándole entre unos matorrales. Escuché risas y desaparecieron. Me recosté; necesitaba descansar.

El frío de la mañana me despertó. Una niebla espesa impedía ver con claridad lo que nos rodeaba. Eamon estaba acurrucado en mi regazo. Lo tapé, pero en ese momento se despertó y me miró con sus bonitos ojos negros.

—Hola, Eamon. Tenemos que irnos. —El niño asintió.

No veía a la anciana con la que la noche anterior había estado hablando. Los gitanos habían recogido todas sus pertenencias y estaban preparados para partir. Noté que me tocaban el hombro. Asustada, me giré. Eamon apretaba mi mano con fuerza. Era ella.

—Querida, nosotros nos vamos ya. El recorrido que quieres hacer es muy largo y, como ya te dije, muy peligroso para una mujer y un niño. Tienes que ir al norte, en dirección a Nottingham. Allí tendrás que dirigirte a York. Fíjate en la estrella Polar por las noches y memoriza la dirección en tu mente. Ella te indicará la ruta hacia el norte, hacia las Tierras Altas. —Me dio unas monedas, algo que agradecí; una capa para resguardarme del frío; una daga para defenderme; una bolsa marrón, de cuero, con queso y pan, y dos pieles de animales para protegernos del frío. Y esto para ti. —Le dio a Eamon un abrigo hecho de lana de oveja.

—Muchas gracias. —Le sonreí.

—Aléjate de los caminos principales. No mires a nadie a los ojos, oculta tu rostro y no acudas a lugares concurridos. Dormid a la intemperie. —Miró al niño—. Protégete, él es especial. De él dependerá todo.

—¿Especial? ¿Qué es lo que depende de él? —pregunté.

Aquel niño me tenía intrigada. Si ya tenía problemas por no saber qué era lo que había ocurrido con mi vida, en ese momento tenía a ese niño junto a mí. Él se había definido como el guardián y esta mujer me había dicho que yo era especial. —Es el único heredero y tú eres la elegida para llevar a cabo su misión.

—¿Pero...? ¿Elegida, heredero?

En ese momento se acercó Jaim a nosotros. Se comunicó con la anciana con una simple mirada y esta se puso nerviosa. Jaim se apartó. Ella puso su mano sobre la mía.

—Todo lo sabrás a su debido momento. Que nadie vea la cruz que el niño lleva pintada en su vientre ni tu colgante. Yo los he visto por un descuido de los dos y, si en vez de haber sido yo, hubiese sido otra persona con intenciones más ambiciosas y malvadas... Ya no estaríais aquí. La leyenda la conoce todo el mundo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Samara.

—Gracias, Samara. Tendré más cuidado.

Observé cómo se marchaban. Miré a Eamon. Me puse en cuclillas para hablar con él.

—Bueno, pequeñín, ya has oído a la anciana: tenemos que ser muy cautelosos. A partir de ahora tú serás mi hijo y yo tu mamá. —El niño asintió—. ¿Por qué eres especial, Eamon?

El niño me mostró su barriguita, me miró y señaló el tatuaje que tenía sobre su piel.

—En fin, ya lo iré descubriendo. —Le sonreí y él me besó en la mejilla. Estaba empezando a coger cariño a aquel pequeño—. Nos tenemos que ir, nos está buscando ese capitán.

Respiré, nos apartamos del camino central y seguí la dirección que me había indicado la gitana, atravesando el bosque. Recordé las instrucciones de cuando iba de campamento con los niños exploradores. Había que observar dónde crece el musgo en la corteza de los árboles para encontrar el norte. Teníamos que dirigirnos hacia Nottingham. La humedad del bosque se metía por todos los huecos, había mucho silencio. No se escuchaba ni el trinar de los pájaros.

Anduvimos mucho tiempo. La niebla era cada vez era más espesa. Eamon sujetaba mi mano con fuerza, ya que aquel bosque tenía un aspecto tenebroso. Sentía como si fuéramos observados, y el niño también debió notarlo.

—Bueno, Eamon, creo que es hora de cobijarnos. Hace mucho frío y deberíamos coger palos del suelo para tener provisiones de leña para la noche.

El niño asintió. Me ayudó a recoger ramas caídas. Mientras el niño las agrupaba, yo intentaba hacer fuego como me habían enseñado en los campamentos. Jamás había imaginado que esas clases que nos habían dado en

mitad del campo me serían de gran utilidad alguna vez. Tardó en salir el humo, al que siguieron las primeras llamas. Echamos ramas y hierba que, debido a la humedad, tardaron en prender. Nos acercamos al fuego. Extraje de la bolsa pan y queso. Una vez que terminamos de comer, Eamon cogió sus piedrecitas de su bolsa y fue formando palabras.

—¿Hacia dónde vamos?

Lo miré.

—A la isla de Maree.

—¿Por qué allí?

—Se supone que mi abuelo vive allí. Él puede ayudarnos. ¿Quién eres, Eamon?

—Soy el guardián del santo Cáliz.

—¿Del santo Cáliz?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Pues ahora sí que no entiendo nada.

—Las trece piedras de Callanish. Cuando el sol esté más tiempo alumbrando este territorio.

—¿Cuándo sea solsticio de verano?

Me miró extrañado, estaba claro que no sabía lo que era solsticio de verano.

—¿Me llevarás allí? —preguntó.

—Sí, te lo prometo Eamon.

—Cuando la luna muera en el monte Clisham.

No entendía nada.

—¿Monte Clisham? —pregunté. El niño asintió—. ¿Qué pasará en ese monte?

Ante mi pregunta el niño me miró y guardó las piedras. Entendí que no quería seguir hablando. Saqué las pieles de animales, tapé al niño y después me arrojé yo. El muchacho se acurrucó en mi regazo, lo abracé.

Sentía frío. Abrí los ojos y me asusté. Ante mí tenía a un hombre fuerte, de

aspecto rudo, vestido con pieles de animales y en su mano sujetaba un palo amplio. Me miraba con atención.

—¿Qué hacéis en esta parte del bosque? —dijo.

—Nos hemos detenido para descansar. Vamos a Nottingham. —Se fijó en el pequeño.

—Es mi hijo —dije.

—Es peligroso. Una mujer y un niño no pueden estar solos. Seguidme.

XII

Todavía sentía la mirada penetrante de la gitana. No habíamos llegado al castillo de Alexander. Nos faltaba un buen tramo cuando nos topamos con ese grupo de gitanos con sus carromatos. La vi, había algo en la mujer que llamó mi atención desde el primer momento. Ella ordenó detener su carro al muchacho que la acompañaba. Me acerqué.

—¿Lo podemos ayudar en algo, caballero? —David se quedó a cierta distancia.

—Sí, la verdad que sí. Estoy buscando a una joven con un niño. —Tanto la gitana como el joven se miraron—. La muchacha responde al nombre de Elizabeth.

—¿Para qué los busca?

—Sus vidas corren peligro.

—Por ese camino no los encontrará. —Señaló dirección a Norwich. Estábamos ya muy cerca.

—Entonces, ¿hacia dónde debo dirigirme?

—Al norte, a las Tierras Altas.

El joven que iba junto a ella reanudó la marcha para alcanzar al grupo. Me interpuse en su camino. No entendía nada. Todo el mundo parecía saber más que yo y lo único que deseaba era encontrar a la joven.

—¡La llevaban al castillo del capitán Alexander, en Norwich!

Giró su rostro para observarme.

—Ella ya no está ahí.

El carro me rodeó y se alejó. David se acercó a mí.

—¿Qué te ha dicho?

—Que ya no está allí, que se dirige al norte, a las Tierras Altas.

—Pero... ¿cómo ha podido escapar de Alexander?

—Amigo —le dije—, necesito una cerveza para aclarar mis ideas.

—Sí, yo también. El viaje ha sido largo. Tengo sed y hambre.

Nos acercamos a Norwich. En los alrededores había varias tabernas. Nos metimos en una de ellas.

—¿Qué quieren, caballeros? —nos dijo la muchacha mirándonos con intensidad con sus grandes ojos azules.

—Dos cervezas —dijo David.

Nos sentamos en la única mesa que estaba alejada de la entrada, esperando que la joven nos acercase las bebidas y algo de comer. Me sentía cansado. Tenía que aclarar mis ideas. No daba crédito a todo lo que estaba sucediendo. Tan solo hacía unos días había llegado de las cruzadas y, desde que se había cruzado esa mujer en mi camino, mi vida se había complicado. Aquella joven me había atraído desde el primer momento en que la había visto; eso no podía negarlo, pero de ahí a que mi misión fuese protegerla... Después estaba esa gitana, que había sabido enseguida de quién hablaba. A las Tierras Altas, ¿por qué? ¿Y el niño? Bejira se había referido a Elisabeth como la elegida y al muchacho como el guardián. Me iba a volver loco con toda esa historia.

—Aquí tienen —nos dijo la tabernera—. Ustedes..., no son de por aquí.

—No... —dije.

—Nos dirigimos al monasterio de San Andrés. —Dijo mi amigo.

—¿Van de peregrinaje? —dijo ella.

—Sí —respondió David—, por una promesa.

—¡Menos mal!, pensé que venían por el asesinato del muchacho.

Nos miramos. No sabíamos a lo que se refería. Mi corazón empezó a latir pensando que podía ser el niño que acompañaba a Elisabeth.

—¿Qué muchacho?

—¿No se han enterado? —Negamos con la cabeza—. Deben ser los únicos. Todo el mundo habla de ello. Ha aparecido en un bosque, en las inmediaciones de Norwich. Su frente y cuerpo presenta numerosas laceraciones y heridas con arma blanca. Todo apunta a que ha sido víctima de un rito judío.

—¿Rito judío? —pregunté.

—Sí, meses atrás apareció otro joven con heridas similares. Ambos

muchachos eran aprendices y la última vez que se los había visto estaban entrando en una casa de judíos. Después ya no se supo nada más hasta que, transcurridos unos días, dos campesinos encontraron sus cuerpos.

—¿Han dado con los asesinos? —pregunté.

—No, pero el odio y el rechazo a los judíos se respira en toda la ciudad. Unos pocos han huido, pero los que se han quedado...

—¡Liliane! —dijo un hombre de edad avanzada, mirada fría y pómulos muy marcados.

La joven encogió los hombros y se alejó. El hombre nos miró.

—No pregunten tanto, caballeros; les puede traer problemas —nos susurró.

—¡Esta gente es muy rara, amigo! —dijo David.

Nos reímos y chocamos nuestras jarras de cerveza.

Un hombre, con armadura entró en la taberna. Se dirigió a la barra. Mi atención se centró en él. Dijo algo al tabernero y después empezó a hablar con voz fuerte y profunda.

—El capitán Alexander ofrecerá una recompensa a quien encuentre a una joven de pelo negro que responde al nombre de Elisabeth. La acompaña un muchacho de ojos negros y de pelo oscuro.

Dicho esto, miró a todos los allí presentes y se marchó. David se centró en su cerveza.

—Esa es tu joven dama, Kimball. Así que ha escapado. Con razón la gitana decía que ya no la encontrarías allí.

—Sí, pero ahora me preocupa que la persiga ese bárbaro y que ofrezca una recompensa.

Aquello me intranquilizaba. La tabernera se acercó a nosotros para llevarnos las viandas que faltaban.

—¿Quién era ese caballero? —le pregunté.

—Un soldado del capitán. Por lo visto él pretende casarse con la dama, la única heredera de una gran fortuna. A mí me han contado que desea el matrimonio con ella por las posesiones de su familia y teme que la joven se despose con otro.

—¿Con otro? —preguntó David.

—Sí, si ella lo hace, él no podrá tener el poder y las riquezas que ese matrimonio le aportaría.

Liliana se marchó. David me miró.

—Tenemos un problema: ese hombre no cesará en su empeño de encontrarla. Tu dama misteriosa, por lo visto, es muy valiosa para Alexander. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, que tengo que casarme con ella.

—¡Kimball! ¡Estás loco!

—No, he de hacerlo, es la única forma de protegerla de ese truhan.

—Pero... ¿te casarás con una mujer que ni conoces ni amas?

—Solo lo hago por protegerla. Hay algo que me dice que hago lo correcto. Después yo me marcharé hacia las cruzadas y a ella la dejaré libre.

—No, Kimball, estarás vinculado a ella de por vida. Tú no eres hombre de estar atado a una mujer.

—Y no lo pienso estar, amigo. Si no hay relaciones conyugales, el matrimonio se anula. Eso es lo que pasará. Pero ahora hay que casarse y fingir para que ese hombre cese en su empeño de hacerse con ella.

—Si hace unos días me hubieran dicho que te escucharía hablar así, no me lo hubiese creído. ¡Kimball! ¡El gran guerrero!, ante quien todas las mujeres se rinden a sus pies, el que ha tenido a la joven que siempre se le ha antojado, aquel que siempre se ha negado a casarse, ahora habla de matrimonio para salvar a una joven que apenas conoce... Y solo lo hace por salvarla. —Se carcajeó—. ¿No será que no te desagradaba la idea porque la joven te gusta? —Se rio. Le di un codazo.

—¡No digas tonterías!

En el fondo David no iba desencaminado. La idea tampoco me desagradaba, aunque no entendía el porqué. Yo, que me había unido al rey Ricardo para huir de la responsabilidad de dar un heredero y hacer lo que todos esperaban de mí, en ese momento estaba decidido a casarme con ella, una mujer desconocida.

Retomamos el camino donde nos habíamos encontrado con la gitana y anduvimos en dirección a las Tierras Altas, tal y como ella nos había indicado. Decidimos apartarnos del camino principal, ya que intuimos que ella y el niño no lo habrían cogido por miedo a encontrarse con el capitán.

Era de noche, hacía frío, y decidimos detenernos y descansar. Empezamos a coger ramas para hacer una buena fogata. En ese momento lo escuché, David también; ambos nos quedamos quietos y nos miramos.

—¿Lo oyes? —preguntó David.

—Sí, la música viene de allí.

Se escuchaban gaitas y otros instrumentos. Conforme avanzábamos hacia aquel sonido las risas eran más perceptibles. Nos encontramos ante un grupo bastante numeroso de personas. Me fijé que algunos de esos hombres llevaban kipás sobre sus cabezas: eran judíos. Otros no lo portaban, parecían campesinos.

—¿Qué hacen aquí?

Un hombre de gran envergadura nos apuntaba con la punta de su espada. Tras él aparecieron otros tres portando palos y armas blancas.

—Venimos en son de paz —dije levantando las manos para que viesen que no tenía intención de desenvainar mi espada. David me imitó.

En ese momento un fraile con túnica negra y una prominente barriga se hizo paso entre los que nos amenazaban.

—¿Qué buscáis?

—Somos peregrinos. Vamos camino del monasterio de san Andrés —dijo David.

Lo miré sorprendido ante su respuesta.

—Bueno, entonces, si son peregrinos, les dejaremos disfrutar de nuestra fiesta. Seguro que tenéis sed y hambre —dijo el fraile bajando los sables del guerrero y posando sus brazos sobre nuestros hombros—. ¡Haced sitio a estos hombres; dadles vino! —Nos miró—. Soy el hermano John. ¿Sus nombres?

—Kimball y David. —Se adelantó mi amigo a responder.

Nos sentamos. Habían montado una gran fiesta alrededor de la hoguera, donde el vino y la comida circulaban en abundancia. Los judíos se mantenían a cierta distancia. Una joven muy bonita nos acercó la bebida y nos instó para que

bebiésemos. David fue el primero y yo le seguí. Después la joven agarró a mi amigo del brazo y le forzó a bailar con ella.

En ese momento una mujer llamó mi atención. Estaba subida a un tronco grueso de un árbol que se había caído al suelo. Ella, a pesar de la humedad y el frío, estaba descalza sobre este. Estaba riéndose. Su intención era llegar al final del tronco sin caerse al suelo. Los que estaban cerca de ella la vitoreaban mientras intentaba terminar la hazaña con éxito. Me levanté. Me pareció que era Elizabeth. Me acerqué a donde estaban ese grupo de hombres y mujeres, y estaba en lo cierto: era ella. Me apoyé sobre el tronco de un árbol, crucé mis brazos sobre mi regazo y la observé divertido. Aquella mujer me sorprendía. No solo tenía nociones de medicina, sino que actuaba fuera de todo el protocolo que una dama de su clase debería guardar. Observé que a su lado había un niño que la miraba con admiración y aplaudía. Eran ellos.

Estuvo a punto de caerse otra vez. Di un paso adelante con la intención de ir a cogerla, pero ella enseguida volvió a restablecer el equilibrio hasta que llegó al final del tronco, victoriosa, levantó los brazos y sonrió satisfecha por la hazaña. ¡Qué guapa era! Estaba decidido, me casaría con ella lo antes posible. «Solo es por protegerla», me dije con la intención de autoconvencerme de que no era por otro motivo. Esbocé una sonrisa.

—¿La conoce? —dijo el fraile, quién me miraba con interés.

—No.

Ella dio un salto y pisó la hierba. La joven cogió las manos del niño y empezó a girar al son de la música.

—Si me disculpa, hermano.

Quería bailar con ella, tenerla entre mis brazos. ¡Por fin la había encontrado! No la dejaría escapar.

Toqué con suavidad el hombro del niño. Él se detuvo al momento, cambió su expresión, se tornó más seria. Evité mirar a la muchacha

—Me dejas bailar con ella. —Sonreí.

El niño asintió. En ese momento el rostro de la joven estaba serio; había cambiado su semblante. La rodeé la cintura y la atraje hacia mi pecho.

—Debería calzarse. No es muy apropiado para una dama actuar como lo está

haciendo.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo me ha encontrado?

—¡Vaya! Esa no es la bienvenida que me esperaba.

—No lo conozco y siempre está en todas partes.

—Será que estamos destinados el uno para el otro. La última vez que la vi me dijo que bajaría por las escaleras para encontrarse en el baile conmigo y nunca apareció.

—Sucedió algo...

—Sé lo que pasó, Elisabeth. Le secuestró el capitán Alexander. Me lo dijo la doncella. —Me miraba fijamente—. Puede confiar en mí. Yo puedo ayudarla. Sé que se dirige a las Tierras Altas. Nos lo dijo una gitana que nos encontramos por el camino, también nos comentó que el niño es muy valioso para el capitán y no sé si para otros más; intuyo que sí.

—¿Nos lo dijo? ¿Quién más viaja con usted?

—David, él es mi hombre de confianza. Es como mi hermano. Alexander ha ofrecido una recompensa por ustedes dos. Quiere casarse con usted a toda costa. Si la vuelve a capturar, la obligará a ello.

—¡No!, jamás me casaré con él. No puede obligarme.

Me detuve.

—¿Pero de dónde ha salido usted? ¿Tan ingenua es? No se da cuenta de que da igual su opinión. Le llevará a la fuerza ante la presencia de un sacerdote y este certificará ese matrimonio. Quiere sus tierras.

—¿Mis tierras? ¿Qué tierras?

No entendía a aquella joven, me estaba tomando el pelo.

—Nos casaremos mañana.

—¿Nos casaremos? ¿Usted y yo?

—Sí.

—¡No! ¡Jamás!

—Si se casa conmigo, él no podrá hacerlo. Es una forma de protegerla.

—No necesito que me proteja nadie.

—Quizás a usted no. Empiezo a creer que es capaz de todo, pero al niño sí.

Lo miró. El muchacho se había acercado a nosotros y había sujetado con su manito la de la joven.

—¡Yo no pretendo casarme! No entra en mis planes. Siempre he huido de todo eso.

—Tampoco entra en los míos, créame que es lo último que haría en mi vida.

—Entonces, ¿por qué lo hace? Además, nadie le obliga a protegerme. No me debe nada.

—Por usted. Sé que no necesita que nadie la proteja, pero ese hombre es bárbaro, agresivo, cruel, capaz de todo con tal de conseguir lo que se propone. Sería una desgraciada a su lado.

—¡Vaya! Entonces debo agradecerle su sacrificio por casarse conmigo.

—Le llevaré hacia donde se dirige y cuando ya esté a salvo, transcurrido cierto tiempo, solicitaré a través del rey Ricardo la nulidad del matrimonio por no haber acto conyugal. Quedará libre para hacer con su vida lo que desee.

Se ruborizó, aquel gesto me divirtió.

XIII

¡Qué se había creído! No pensaba casarme con él. Yo no era de esta época, así que podía hacer lo que quisiese. Sabía que me observaba. Me aparté de su lado después de haber tenido esa conversación. Lo miré de reojo, comprobé que estaba con el fraile que, con gran amabilidad, nos había arropado y dado comida cuando esos hombres nos habían llevado con ese grupo tan variopinto. Eamon tiró de mi mano con suavidad. Llevaba mis botas. Las levantó y me las dio para que me calzase.

—Gracias, Eamon. —Me senté para ponérmelas. El niño me miraba sin pestañear—. Tenemos un problema —le dije—. Ese hombre —dije y señalé con el dedo a Kimball—, me ha dicho que el capitán ha ofrecido una recompensa por nosotros. —El niño asintió—. Tenemos que partir en cuanto amanezca. Debemos llegar cuanto antes a las Tierras Altas, a la casa de quien se supone... Bueno, de mi madre.

El niño se agachó, extrajo sus piedrecitas de su pequeño saco y empezó a formar palabras. Kimball nos observaba. A su lado seguían el hermano John y el hombre que le acompañaba, el tal David. La música no cesaba.

—¿Él nos acompañará?

—¿El hombre fortachón?

—Sí. —Sus ojos negros se fijaron en los míos.

—No, debemos huir cuando todos, incluido él, estén dormidos.

—Él nos debe acompañar.

—No, Eamon, él no.

—¿Por qué?

—Porque no me fío.

—Él nos protegerá.

—No debemos confiar en nadie. Eamon, no entiendo porqué te persiguen. A mí me quiere hacer su esposa para quedarse con las tierras que se supone me

pertenecen. —Arqueé las cejas—. Pero ¿a ti?

El niño bajó la mirada. Se quedó pensativo y empezó a mover las piedras.

—Yo sé algo que ellos quieren.

—Ya; eso ya lo sé.

—Sé dónde puede estar el santo Grial.

—¡Eamon! Esas son leyendas.

—¡No!, no lo son. Pero jamás lo diré; debo protegerlo. Solo hay una persona que tiene que saberlo.

—¿Y quién es?

—La elegida.

—O sea, yo.

Me miró.

—Sí.

—¿Y por qué debo saberlo?

Eamon me miró, guardó sus piedrecitas en el saco y levantó los hombros moviendo la cabeza para ambos lados.

—¡Me voy a volver loca con todo esto! El destino nos ha unido Eamon. Los dos estamos en situaciones parecidas: no sabemos qué va a ser de nosotros y cuándo todo esto terminará. Rodeé al niño con mis brazos, le atraje hacia mi pecho y le besé en su cabecita—. No te preocupes, no permitiré que ese bárbaro te lleve con él.

La fiesta continuaba, pero había tomado una decisión: partiríamos de madrugada. Nadie nos tenía que ver, sobre todo Kimball, quien había desaparecido de mi vista. Cogí a Eamon en brazos y me dirigí hacia la tienda hecha con pieles de animales. El suelo de nuestro habitáculo era la hierba húmeda y fría. Acostumbrada a la calefacción de mi apartamento en Londres, mis mantas y mi cómoda cama, aquello me parecía inhumano, pero era mejor dormir bajo un techo de tela que a la intemperie. Antes de meterme en el interior de la tienda observé tras de mí por si veía a Kimball. Estaba alrededor de la hoguera. Lo merodeaba una mujer bonita, de pelo rubio y exuberante. Su mirada, en ese momento, estaba fija en mí. Disimulé, aunque era obvio que era a él a

quien buscaba con mi mirada.

Puse una piel de animal que me había dejado el fraile sobre el suelo, acomodé a Eamon sobre esta, lo arrojé y me ubiqué a su lado. El pequeño se acurrucó junto a mí. Lo rodeé con mis brazos y le di un beso en la mejilla.

—Todo irá bien —le dije.

Empezaba a amanecer, me había quedado dormida. Teníamos que marcharnos antes de que despertasen todos los del campamento aunque, después de la fiesta que habían tenido la noche anterior, no madrugarían mucho. Desperté a Eamon, recogí las pocas cosas que llevábamos y nos pusimos en marcha. Nada más salir, el filo de una espada se interpuso en mi camino. Me asusté y di un respingo hacia atrás.

—¿Se puede saber hacia dónde pretende ir?

Era Kimball. Sus bonitos ojos verdes estaban fijos en mí.

—Nos marchamos. Y, por favor, ¡quite esa espada de mi camino!

Eamon nos observaba. Kimball bajó su acero, me cogió del brazo y se giró hacia el niño.

—Muchacho, ¡no te muevas de aquí! Voy a hablar un momento con la dama.
—El niño asintió.

Kimball me llevó al interior de la tienda. Le tenía frente a mí, tan fuerte, alto y con esos ojos verdes mirándome con intensidad. ¡Dios mío, qué guapo era!

—¡Por favor, suélteme! —le exigí.

Me soltó, cruzó sus brazos.

—Se va a casar conmigo, ya se lo dije.

—¿Casar? ¡No! No lo pienso.

—¿Tan desagradable le parezco? Cualquier mujer querría estar en su lugar, y usted me desprecia.

—Pues cásese con una de ellas; yo desde luego que no. Soy una mujer libre y seguiré siéndolo. —Se carcajeó ante mi respuesta.

—Tiene sentido del humor. A ver, creo saber por qué me rechaza.

Se puso de rodillas frente a mí, colocó su espada frente a él y me miró.

—Querida Elisabeth, ¿sería tan amable de ser mi esposa? Le doy mi palabra,

como hombre de honor que soy, que en cuanto esté fuera de peligro nuestro enlace será anulado y volverá a ser una mujer libre.

—¿Ha terminado ya el teatrillo? Pues ahora apártese y déjeme marchar.

—En vista de lo cabezota que es, me obliga a actuar de otra manera.

No me dio tiempo ni a reaccionar, me rodeó la cintura, me levantó y me posicionó sobre su hombro. Empecé a patallar, me agarró con fuerza de las piernas y me llevó al exterior. Eamon sonreía al ver la situación. Kimball se le acercó y le acarició la mejilla guiñándole un ojo.

—Ahora nos tenemos que casar. Lo entiendes, ¿verdad?

El niño asintió.

—¡Eamon!, llama al fraile y dile que este hombre me va a forzar a casarme con él. —Kimball soltó una risotada ante mi comentario.

—¡No tiene gracia! ¡Es un bruto, canalla, bárbaro...! ¡Suélteme! No pienso casarme con usted.

—¡Ja, ja, ja! ¡Cómo se nota que ya empieza a apreciarme un poco! —dijo con ironía.

En mi posición, con la cabeza mirando al suelo, no podía observar con detenimiento todo lo que había a mi alrededor, pero sí que veía muchas personas reunidas. ¡Qué pretendía hacer! Se detuvo y me dejó en el suelo.

—¿Qué se ha creído? ¿Piensa que porque soy una mujer puede disponer de mí como le dé la gana? —dije enfadada.

En ese momento escuché risas a mi alrededor y un carraspeo detrás de mí. Observé que estábamos rodeados de todos los que formaban aquel campamento. Me miraban divertidos, con una sonrisa en sus rostros. Me di la vuelta y frente a mí estaba el fraile John. Después volví mi rostro hacia Kimball.

—Se lo dije, se va a casar sí o sí.

Me volví al hermano.

—Este hombre me obliga a casarme con él —le dije.

—Hija mía, aquí nadie obliga.

—Que sea rápido, padre —le dijo Kimball.

—¿Cómo? —No podía creer lo que me estaba pasando. Aquel hombre me iba

a forzar a hacer algo que yo no quería.

Kimball me agarró con fuerza de la mano.

—Nos hemos reunido en este día...

—Por favor, padre, vaya directo.

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

—¿Cómo? Pero...

Apenas me dejó responder, en ese momento, sin esperármelo, Kimball me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia él, aproximó su rostro al mío y me besó. El contacto con sus labios, su suavidad, provocó un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. No me lo esperaba, pero mi cuerpo reaccionó ante aquel beso; me gustó, y eso, por más que yo quisiera, no lo podía negar. Separó su rostro del mío; sus pupilas estaban fijas en las mías. Sentía calor en mis mejillas; debía estar roja. Él lo notó y sonrió. Se quitó un anillo que llevaba en su dedo meñique. Era de oro y portaba una gran piedra negra en el centro con dos pequeñas espadas cruzadas, el mismo símbolo que aparecía en mis sueños.

—Ahora debes tenerlo tú. Desde este momento eres la condesa de Essex. Ya nos podemos tratar de tú.

Me cogió la mano y me lo puso en el pulgar. Me quedaba un poco grande.

—¿Cómo te atreves a besarme? —Estaba enfadada.

—Era necesario. —Se acercó más a mí y me susurró—. Tranquila, era solo un trámite; había demasiados testigos. Si te deja más tranquila, yo no he sentido nada. —Sonrió, se estaba divirtiendo a mi costa, y mi ira aumentaba por momentos.

—¡Quiero que sepas que no he dado mi consentimiento!

—Lo sé, pero de cara a los demás ahora eres mi esposa, y el capitán Alexander se lo tendrá que pensar dos veces antes de intentar secuestrarte otra vez. Si lo hiciese, me declarararía la guerra. Además, soy un hombre de palabra. Te he prometido que cuando todo esto acabe, nuestro matrimonio se anulará, y así lo haré. —Me guiñó un ojo.

—No le entiendo, ¿por qué?

—Porque me siento responsable de ti desde que te recogí inconsciente en el

camino. No creas que es por otro motivo, soy un caballero —me sonrió.

—Sigo sin entender... Debes saber que no acepto las formas. ¡Me has obligado!

—No entrabas en razón.

—Pero mi opinión cuenta.

—¿Tú opinión? ¿De dónde has salido?

—Si tú supieses —susurré. Él no me escuchó. Arqueó las cejas.

—Tu integridad está a salvo conmigo. Siempre cumplo mis promesas... Beth. —Me sonrió—. Claro, a no ser que no quieras que sea así, ¡ja, ja, ja!

—Muy bien, entonces llevaré tu anillo hasta que lleguemos a las tierras de mi abuelo... Pero cuando estemos allí desapareces de mi vida.

—Perfecto, pues allí os llevaré, y cuando me asegure que no corréis peligro, entonces y solo entonces, cada uno irá por su camino.

—Y no pienses que acepto esta situación.

—¡Ja, ja, ja! Pues a mí está empezando a gustarme. Me he casado con una fierecilla.

—¡Uff!

Le di la espalda. No quería seguir hablando con él. Me sentía impotente ante aquella situación. No entendía lo que acababa de suceder.

Todavía estaba aturdida por el beso, ese hombre era muy atractivo y me gustaba bastante, desde el primer momento que lo vi fue así.

Se acercó David a donde estábamos. Tenía una gran sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Cuándo y hacia dónde partimos? —le preguntó a su amigo.

Kimball me miró.

—Donde nos diga mi esposa.

—No soy tu esposa.

—Por el momento sí, que no se te olvide —me guiñó un ojo.

Me iba a costar escuchar esa palabra, pero tenía que entender que mi comportamiento chocaría mucho a aquel hombre y los que lo rodeaban. No era lógico que una mujer opinase y se negase a doblegarse a la voluntad de un

hombre.

—A la isla Maree. — Kimball arqueó las cejas.

—¡Pues en marcha! El fraile viene con nosotros. Nos acompañará hasta York. Ahí se alejará en dirección a la abadía de Whitby.

Kimball miró a Eamon, que observaba la situación con una sonrisa. Se agachó hasta ponerse a su altura.

—Y tú, te vienes conmigo —dicho esto le acarició con delicadeza su cabecita y lo cogió en brazos—. ¡David! ¿Has conseguido otro caballo?

—Sí. Y más pieles para protegernos del frío.

—Gracias, amigo.

Kimball se giró y se puso frente a mí, me agarró de la mano y la cogió con fuerza.

—¡Vamos!, no podemos detenernos mucho más tiempo aquí. Los hombres de Alexander están por todas partes.

—Siempre te sales con la tuya.

—Sí, siempre. Y más si se trata de una mujer.

—Pues quiero que sepas, caballero, que conmigo no va a ser así.

Se carcajeó ante mi respuesta.

El fraile nos esperaba montado en su caballo. Junto a él había un hombre y una mujer, ambos judíos.

—Este es tu caballo, Beth.

Kimball montó al niño sobre el lomo de su animal y miró a John.

—Estos jóvenes vienen conmigo hasta Whitby —dijo el fraile. Kimball asintió.

Dio un salto y se posicionó tras Eamon, le tapó sus piernecitas y el cuerpecito para evitar que tuviese frío y, con su mano izquierda, le rodeó la cintura, mientras que con la otra sujetaba las riendas del animal.

XIV

Habían sido demasiadas horas cabalgando. El niño me preocupaba, estaba pálido. Acabábamos de llegar al bosque de Sherwood, lugar ideal para pasar la noche escondidos en el interior del arbolado, sin peligro de que los hombres de Alexander nos encontrasen, aunque el rumor de que su doncella se había casado ya se debía haber extendido. Uno de los jóvenes que presencié nuestra boda me prometió que iría a las tabernas próximas al castillo del capitán para decir que la dama de este se había casado; claro, le tuve que dar dinero para que me hiciese ese favor.

Lo único que no me gustaba de Sherwood era que se trataba escondite de todos los ladrones perseguidos por el rey Juan. Debíamos tener cuidado. Los impuestos que había puesto a los campesinos habían sido muy altos y eso había llevado al odio y la rebeldía por parte del pueblo, de ahí que fuesen muy habituales los asaltos a los carros que atravesaban en bosques y caminos.

Bajé, cogí al muchacho y lo dejé en el suelo. Elizabeth ya había desmontado, aquella joven me sorprendía. Era muy bonita. Debía admitir que me gustaba. Sí, me gustaba bastante. Sabía que no tenía que haberla besado, pero era algo que deseaba hacer desde el primer momento en que la había visto tirada en el suelo, inconsciente. Y ahora, observándola de reojo, deseaba retenerla entre mis brazos y volver a probar sus labios. Ató su caballo y vino directo a buscar al niño. Se arrodilló.

—¿Estás bien, Eamon?

El niño asintió. Me miró seria. Estaba enfadada.

—El muchacho está pálido, a punto de desfallecer. ¡Es un niño, no puede estar tanto tiempo sin comer!

—Cuanto antes se fortalezca mejor para todos.

Se puso de pie, frente a mí. A pesar de su aspecto frágil y delicado, la joven era fuerte y valiente, no temía a nada ni a nadie. Esa era una de las cualidades de la dama que más me gustaba.

—¿Es que no tiene sentimientos? ¿No se da cuenta de que es un niño y no tiene la resistencia de un adulto? —Preferí no contestarle. Sabía que replicarle sería empezar una batalla verbal que no me apetecía.

Até mi caballo a uno de los troncos de los árboles que nos rodeaban. Dejé las pieles de animales sobre una roca. La noche iba a ser fría y húmeda como la anterior. Me dirigí a David. Ella seguía detrás de mí con el mismo tema. Yo no la escuchaba, aunque sí la oía.

—Debemos coger leña y algo para comer —dije a mi amigo.

—Hay un río cerca; escucho la corriente —respondió David—. Iré a pescar algo.

El fraile nos observaba, divertido. El joven judío acompañó a David, mientras que la mujer extendía unas pieles sobre el suelo y dejaba otras para poder taparnos. Dejé de oírla; ya no hablaba. Iba a girarme, pero se había posicionado frente a mí, con gesto enfadado y los brazos en jarra. Arqueé las cejas; sabía que me venía la reprimenda.

—¡No has escuchado nada de lo que le he dicho!, ¿verdad?

—Pues si te soy sincero, no. —Le guiñé un ojo y le sonreí.

—No estoy dispuesta a aguantar tus órdenes, Kimball. El niño necesita descansar y alimentarse. Es la última vez que transcurren tantas horas sin hacer un descanso. ¿Has escuchado bien lo que te he dicho?

Era demasiada la tentación. Estaba muy bonita enfadada, sus ojos negros, rasgados, fijos en los míos, brillaban con intensidad. Me acerqué a ella despacio. Retrocedía. Seguía hablando, aunque su tono se había suavizado.

—Sí, ahora te he escuchado muy bien. ¿Algo más?

Se chocó contra el tronco de un árbol. Estaba acorralada.

—No..., de momento no.

Apoyé mis manos sobre el tronco dejando entre medio su bello rostro. Me aproximé a ella.

—Muy bien, Beth. Te agradecería entonces que estés en silencio. Si no, me voy a arrepentir de haberme casado contigo —le susurré.

Se había ruborizado. Ese gesto me encantaba; ya lo había observado en ella

en más de una ocasión. La dejé apoyada en el tronco y me marché a buscar leña y empezar a hacer un gran fuego para calentarnos y poner los peces que trajese mi amigo y el joven judío. Había tenido que hacer verdaderos esfuerzos para no besarla.

John analizaba la situación con una gran sonrisa en el rostro. Se acercó a mí.

—Kimball, ¿sabes que a un fraile no se le puede mentir?

Lo miré. No sabía a qué venía aquella pregunta.

—No le entiendo, hermano.

—¿No me entiendes o no quieres hacerlo? Me dijiste que te tenías que casar con la joven porque su vida corría peligro, tenías que protegerla a ella y al niño, y era la única forma de hacerlo. Y... ahora, me da la sensación de que esa joven te gusta bastante, incluso más de lo que tú te crees.

Dejé las ramas en el suelo y le miré.

—Se imagina cosas que no son.

—¡Ja, ja, ja! Sí, eso, serán imaginaciones. —Se carcajeó ante mi respuesta. Se alejó moviendo la cabeza para ambos lados.

Observé de reojo a Beth, que ayudaba a la joven judía a colocar pieles sobre el suelo alrededor de lo que sería la hoguera. Después se sentaron próximas al fuego. Aprecié como ella, con disimulo, miraba mi anillo, que en ese momento portaba en su pulgar. Sonreí de verla jugar con este.

Eamon me ayudaba a coger ramas. Empecé a frotar estas contra la hierba seca para hacer fuego y comenzó a salir humo. El niño me miraba con interés con interés, sin apenas pestañear. Cuando salieron las primeras llamas, el muchacho se sorprendió se sorprendió. Me ayudó a poner ramas sobre la incipiente fogata.

En la lejanía se acercaban David y el joven judío. Traían varios peces. Los atravesamos con palos y los pusimos en la fogata. Repartimos los peces, pero Beth no probaba bocado.

—¿Por qué no comes?

—No tengo hambre, gracias. —Eamon la miraba.

—Pues, aunque no tengas hambre, debes comer. Tenemos que reponer fuerzas; todavía nos queda mucho trayecto hasta llegar a las tierras de tu abuelo

y, si no te alimentas, caerás enferma en dos jornadas completas. ¡Come! —le ordené.

¿Qué la pasaba? Tenía que tener hambre a la fuerza. No entendía cómo podía rechazar la comida.

Empezó a coger con los dedos pequeños trozos de carne del pez. Le dio una arcada.

—¡No puedo!

David se empezó a reír y la pareja de judíos junto con el niño lo siguieron.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—No puedo comérmelo, está muy crudo.

Me levanté, le cogí el pez y lo volví a poner en la lumbre hasta que quedó quemado.

—¿Mejor?

Asintió.

—¿Cuándo cree que llegaremos a Whitby? —preguntó el joven judío, que respondía al nombre de Abir.

—Dentro de dos días. —Observé. Al joven se lo notaba nervioso. Me acerqué a él.

—¿Por qué os dirigís a la abadía? —Bajó su rostro—. ¿Es por el asesinato del niño?

—Nosotros no fuimos. Dijeron que fueron judíos, pero nosotros no, señor. No nos querían. Siempre nos han considerado sus enemigos. —Hizo una pausa—. El joven acudía a casas de judíos con su maestro; le gustaba ver cómo obteníamos determinados colores y las mezclas que hacíamos. Ellos sabían que él frecuentaba nuestras casas. Podían haber sido los que nos odiaban tanto.

—¿Y por qué culpan a vuestro pueblo?

—Muchos nos acusan de practicar brujería. Además, les molesta que contemos con la protección del rey. Pero no se dan cuenta de que también nos exige el pago de más tributos que al resto de la población. Ese niño era el sobrino de un obispo, Godiering Stuart. Él apuesta a que han sido los judíos los asesinos de su sobrino. De ahí que mi esposa y yo huyamos.

—¿Por qué a Whitby? —le pregunté.

—El padre John nos ha prometido ayudarnos. Queremos ir a Francia.

—Yo no sé quién pudo matar a ese muchacho, pero le aseguro que ni mi esposa ni yo seríamos capaces de asesinar a nadie.

—Te creo. —Le puse la mano en el hombro.

En ese momento, un grito me distrajo de nuestra conversación. Era Elizabeth que hacía unos minutos se había retirado de la hoguera para disponerse a dormir. Estaba arrinconada, asustada, por algo apenas perceptible que avanzaba hacia ella. Me acerqué. Era una araña diminuta. Solté una carcajada. Eamon y David me imitaron. La aparté de su lado con el filo de la navaja.

—Ya estás fuera de peligro, mi valiente esposa. —Me burlaba de ella.

Frunció el ceño.

—¡Muy gracioso! Pero esa araña seguro que era muy venenosa. Si me llega a picar...

—Seguro que morirías en el acto, ¡ja, ja, ja!

Me miró con odio y se tapó con su piel. Eamon se acurrucó a su lado, y Beth lo abrazó dándole un beso en la mejilla. Los observé. David me dio un codazo.

—Esa mirada te delata, amigo —me susurró.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes muy bien. — Me miraba con los brazos en jarra —. Ella te gusta y, en el fondo, no te disgusta la idea de haberte casado con la dama.

—Esta boda ha sido un trámite. Tú lo sabes. En cuanto estén a salvo, yo seguiré mi camino, y ella, el suyo.

—Amigo, no lo creo. ¡Ja, ja, ja!

Lo observaba. Se acercó a la lumbre. El color rubio de su pelo se intensificaba con las llamas. Me senté junto a él. Todos los demás estaban durmiendo a excepción de nosotros dos.

—A pesar del tiempo que ha pasado desde que me marché a las cruzadas, todavía te conozco como la palma de mi mano. Sé que hay algo que te tiene distraído —le dije.

Me miró.

—Sí, así es.

—¿Una mujer? —Sonreí.

—Me conoces demasiado bien. —Se carcajeó ante mi observación.

—¡Ah! Entonces he acertado. ¿Qué ocurre?

Titubeaba.

—Hay una joven que me ha robado el corazón. Estoy enamorado de ella desde hace bastante tiempo. —Levantó su rostro para mirarme.

—¿Y cuál es el problema? ¿Ella no te corresponde?

—Sé que ella me ama.

—¿Entonces?

—Su padre ha dado su mano a otro hombre, un conde. Está obligada a casarse con él.

—¡Vaya! ¡Un conde! —Le di un codazo—. Eso nunca ha sido un problema para ti.

—Sí, esta vez sí. La amo y quiero casarme con ella. —Mis sospechas se confirmaban, todo encajaba, esa mujer era mi hermana.

—¡David! Ahora sí que me preocupas. Tú, ¿hablando de casamiento? ¡Ja, ja, ja!

Bajó el rostro. Le di una palmada cariñosa detrás del cuello—. Seguro que se puede hacer algo. Cuando terminemos con este asunto idearemos una estrategia para raptar a la dama y alejarla de las tierras de ese conde.

—¡Kimball!, eso no es posible.

—Nada hay imposible, hermano. —Le sonreí. Así me solía dirigir a él, ya que lo consideraba como tal—. Vete a dormir, David. Yo me quedaré vigilando.

—Tú también tienes que descansar.

—Sí, pero no puedo conciliar el sueño.

Eran demasiadas preocupaciones. Esa mujer me tenía intrigado. Bejira me había dicho que debía protegerla, pero no me había dado más explicaciones. ¿Qué era lo que sucedía? Luego estaba aquella gitana. ¿Cómo había sabido a quién buscaba? Además, era consciente, a pesar de que me empeñaba en negarlo, de que esa mujer me gustaba.

Eamon se incorporó, me miró con interés.

—¿Qué te ocurre, pequeño?

Sacó unas piedrecitas y empezó a formar palabras.

—Tengo frío.

—Bueno, eso tiene solución.

Seguía escribiendo.

—Ella también. Está helada.

Fui directo hasta donde estaba Beth. Le toqué el rostro y la mano. Estaban muy frías. Ella estaba dormida. Me puse al lado de ella. Cogí al niño y lo rodeé con mi brazo. El pequeño se acurrucó sobre mi pecho. Pasé mi otro brazo por el cuello de Beth, quien inconscientemente levantó su cabeza y la apoyó sobre este apoyando, al mismo tiempo, sus manos sobre mi pecho. Estaba inmovilizado por ambos, los cuales se pegaban a mí. A pesar de aquella postura incómoda y sin posibilidad de ningún movimiento, el sueño me venció y me quedé dormido.

Abrí los ojos. Un ruido me había despertado, había sido como el chasquido de ramas secas al pisarlas. Quise levantarme, pero me amarraban con fuerza por ambos lados. Elisabeth tenía su rostro muy próximo al mío, sus brazos me rodeaban. Eamon tenía su cara apoyada sobre mi brazo, y sus manitas lo sujetaban. Intenté moverme, pero era imposible hacerlo sin despertarles. Intenté quitar mi brazo de debajo del cuello de Beth con sumo cuidado. Ella se movió, en su rostro se dibujó una sonrisa mientras mantenía los ojos cerrados. Eamon también comenzó a moverse. David, que también se había despertado, me miraba divertido. Estaba sentado con los brazos cruzados contemplando la escena. Miré a la joven. ¡Qué bonita era! Abrió los ojos despacio y se quedaron fijos en los míos.

—Has dormido bien, ¿verdad?

Se incorporó con brusquedad.

—¿Se puede saber qué haces?

—Dímelo tú. Porque que yo sepa, eras tú la que me abrazaba.

Se ruborizó. Se levantó con rapidez. Sin responderme ni mirarme. Eamon me

sorprendió besándome en la mejilla. Le acaricié su moflete. Estaba empezando a sentir un gran cariño por el pequeño.

—¿Nos levantamos? — le pregunté, y el niño asintió.

Le cogí en brazos y me incorporé de un salto. El muchacho sonreía.

David se acercó a mí.

—Veo que no pierdes el tiempo. —Se carcajeó ante esa situación.

Miré a mi alrededor. El sacerdote y los judíos se habían marchado.

—David, ¿dónde están?

—Pues no lo sé. Un ruido me despertó y no he reparado en ellos.

—Sus cosas no están —dije.

—Ni sus caballos —respondió David.

Nos miramos. Algo no encajaba. El fraile me había prometido casarme con Beth si lo acompañaba hasta Whitby. Otra vez ese ruido; esa vez lo había escuchado con claridad. David también. Me miró y sacó con rapidez su espada. Yo lo imité. —¡Elizabeth! Coge al niño y ponte detrás de mí. ¡Deprisa!

Nos rodearon varios hombres, con arcos, palos y espadas. Serían ladrones y truhanes que se escondían en el bosque. Empezamos a luchar. Eran muchos hombres contra nosotros, pero ambos estábamos acostumbrados a las batallas en campo abierto. Fueron rodeándonos. Cada vez salían más hombres. Temía por Elizabeth y Eamon. Extraje la daga pequeña que llevaba siempre en el cinturón y se la di a Beth.

—Si te atacan, ¡defiéndete!

—¿Yo? Pero si no sé utilizarla.

—No hay tiempo de enseñarte. Es instintivo.

Estaba intranquilo, evitando con todas mis fuerzas para que se acercasen a la joven y al muchacho. Entre aquellos apareció un guerrero enfundado en una capa negra, su capucha ocultaba su rostro. Debía ser el jefe de esos vándalos. Fui directo a él. Si hería al líder, los demás se harían más vulnerables. Nuestras espadas chocaron y empezó la lucha. Nos aproximamos.

—¡Kimball! —dijo mi contrincante.

Esa voz me sonaba. Bajé la espada.

—¡Dejad las armas! — ordenó el desconocido al resto. Se quitó la capucha.

—¡Robert!

Envainé mi espada. Nos dimos un fuerte abrazo.

—¿Qué haces aquí? —dijo Robert, divertido.

—¿Eso mismo te pregunto yo, truhan?

—Luchamos hasta el final, pero ya no hubo forma de retener Jerusalén. Incluso después de haberla tomado, el rey ordenó la retirada.

—Entonces, las cruzadas no han tenido sentido —dije.

—Ricardo y Saladino firmaron un tratado para acabar con el conflicto. La situación para ambos ejércitos resultó insostenible. —Hizo una pausa; me miró—. Se ha destruido la muralla de Ascalón. Jerusalén permanece bajo el control musulmán, pero a cambio de esto, Saladino ha consentido el libre acceso de los peregrinos cristianos a visitar la ciudad. Se ha firmado un periodo de tregua y tolerancia durante tres años. —Lo notaba preocupado.

—Kimball, el rey Juan preparó un complot contra Ricardo con ayuda de Felipe II de Francia. Esto llegó a los oídos de Ricardo, así como la situación caótica de Inglaterra como consecuencia del reinado de Juan. —Bajó su rostro.

—¿Dónde está el rey? —pregunté.

—En su viaje de vuelta a Inglaterra tuvo que desviarse de la ruta. Hubo un temporal en alta mar. Yo estaba allí. Fue imposible controlar el barco. Encallamos cerca de Aquilea y nos vimos obligados a emprender una ruta a pie por tierras germanas. Sabíamos que, si reconocían al rey, lo capturarían, así que decidimos disfrazarnos de peregrinos, pero nos tendieron una emboscada, y reconocieron el anillo del rey Ricardo.

—¿Dónde está ahora?

—Prisionero en el castillo del emperador Enrique VI. En tierras germanas. Sus aliados lo han abandonado. Mientras tanto, Juan se frota las manos, se ve ya rey sin la amenaza de su hermano. —Me observaba—. Yo pude huir con mis hombres, pero hubo una gran masacre. Estoy reuniendo a más guerreros para ir a rescatarle de su cautiverio. ¿Puedo contar contigo, amigo?

—Ya sabes que sí. —Miré hacia donde estaba Elizabeth y Eamon—. Antes debo solucionar otro asunto, después me uniré a tu ejército.

Hasta ese momento Robert no se había fijado en la presencia del niño y de Beth.

—¿Quiénes son? —Me sonrió—. Ya veo que no has perdido el tiempo. Una joven muy bonita —susurró.

Me acerqué a ellos, seguido de Robert.

—Elizabeth, Eamon, él es conde de Newark. —Ambos asintieron.

Robert se aproximó a Elisabeth, la cogió la mano y la besó. Ella la retiró.

—¿Tienes algún interés en la mujer? —me susurró—. Es muy bella.

—Es mi esposa.

—¿Tú esposa? —Soltó una carcajada—. El hombre que ama la libertad y siempre ha huido de la palabra matrimonio... ¡se ha casado!

—Es una larga historia. Ya te contaré. ¡Ja, ja, ja!

—Espero impaciente el momento. —Soltó una gran risotada ante mi respuesta.

David se acercó a mí.

—Este es David, mi hombre de confianza.

—¿Te unirás también al rescate? —le preguntó el conde.

—Por supuesto, puede contar conmigo —respondió mi amigo.

Robert guardó su espada y puso su mano sobre mi hombro.

—¡Tienes que venir a mi castillo!

—No puedo, amigo. Tengo que llegar a la isla Maree.

—¿Hasta allí?, ¿cómo tan lejos?

—En otro momento.

—Sí, y me imagino que tiene que ver con ella. —La miró.

—Sí. —La observé yo también.

Elizabeth se sonrojó. Se había percatado de nuestras miradas. Estaba quieta, con su mano sujetando con fuerza la de Eamon, analizando la situación.

—Siempre has tenido buen gusto para las mujeres. ¡Ja, ja, ja! Seguro que un día podéis quedaros en mi castillo; además, os surtiré de alimentos y de prendas de abrigo. Y al menos una noche dormiréis bajo techo. Estos días hay niebla y humedad. Sé de alguien que le hará mucha ilusión verte. Aunque no tanto a tu

esposa.

—¡Eleonor! —dije.

—Así es. No hay día que mi hermana no suspiré por ti. —Se carcajeó.

Siempre me había parecido una joven muy bonita. Su larga cabellera pelirroja era algo que desde el primer momento me llamó la atención. Era bella y desde el principio había habido un coqueteo entre ambos, aunque yo nunca había querido llegar a más. Era la hermana de mi amigo, y cualquier torpeza mía habría desembocado en un compromiso seguro o en una enemistad para siempre.

—¡Exagerado! ¡Ja, ja, ja! Creo que estará bien pasar una noche a cubierto, comiendo bien y disfrutando de una gran velada.

—Entonces ¡vamos!

XV

Estaba harta de ese hombre. ¿Qué se había creído? Me había visto forzada a casarme con él. La situación me empezaba a preocupar. ¿Estaría ocurriendo de verdad? ¿Por algún motivo que desconocía tenía que estar ahí? No entendía lo que me estaba pasando. Lo que tenía claro era que debía ir a la isla Maree y descubrir lo que mi madre me indicaba en la carta.

Intuía que estaban hablando de mí. El hombre rudo, amigo de Kimball se reía mientras me observaban. Kimball también compartía con él ese entretenimiento.

—¡Me encanta que se diviertan a mi costa! —Eamon me miró extrañado ante mi comentario.

—Tranquilo, cariño. Esto no es por ti.

Kimball se acercó a mí.

—Esta noche nos alojaremos en el castillo del conde. Nos pilla de paso. Eamon, tú vienes conmigo en el caballo.

El niño asintió y se agarró a la mano de Kimball.

El conde daba instrucciones a los que iban con él.

—¿Y estos hombres? —dijo Kimball.

—Son campesinos, gente que se ha quedado sin hogar. Juan los ha echado de sus casas como consecuencia de no poder pagar los impuestos —respondió Robert.

—Y tú, ¿qué pintas en esta historia?

—Amigo, yo les ayudó a subsistir en el bosque y ellos me ayudan a inquietar al rey Juan asaltando todos los carruajes de personas con dinero allegados a la corona y a su persona.

—¡Ja, ja, ja!

Me subí a mi caballo mientras ellos hablaban. Esa situación me parecía surrealista. Parecía como si hubiese pasado mucho tiempo en aquellos lugares. Recé para que todo terminase. Empezamos a cabalgar. Kimball se posicionó

junto a su amigo. Yo iba tras ellos y, detrás de mí, dos de los hombres del conde. Tenía frío, me sentía poco aseada, deseaba las comodidades de mi tiempo, a Ann, mi querida amiga. Estaba sola, con un hombre desconocido que en ese momento era mi esposo, un capitán persiguiéndome y un niño a mi cargo. Sentía ganas de llorar; lo necesitaba. Todo había pasado tan rápido que no había tenido tiempo de asimilar lo que me estaba pasando. ¿Pero quién podía aceptar aquello?

Me sequé las lágrimas con la mano, pero era imposible detenerlas, seguían rodando por mi rostro. Kimball se giró, pero no sé si se dio cuenta de que estaba llorando. No quería que él percibiese mi estado de ánimo.

El castillo de Newark era una gran fortaleza. Estaba en mitad de un lago. Me quedé impresionada nada más verlo. Tras atravesar un espeso bosque, ante nosotros se levantaban cuatro grandes torres, custodiadas por soldados armados, vigilantes. Detuve mi animal. Necesitaba contemplar aquello. Era como si estuviese en una de esas películas medievales que tanto me entusiasmaba ver. El cielo amenazaba tormenta y, a pesar de que empezaban a caer las primeras gotas, no era consciente de ello. Estaba expectante ante el paisaje que tenía frente a mí.

—¡Elizabeth! No te detengas —me dijo Kimball. Su caballo estaba junto a mí. A penas me había percatado de su presencia a mi lado.

No lo miré. Atravesamos las aguas del lago pasando por un puente de piedra. Llegamos hasta una gran puerta que se abrió ante nuestra llegada.

El patio era amplio. Varios hombres vinieron a nuestro encuentro. No estaba muy cómoda entre tantos hombres brutos y con modales toscos. Kimball dio un salto y bajó de su animal. Acto seguido cogió al muchacho y lo ubicó a su lado.

—Espera aquí, Eamon. —Le escuché decir—. ¿Pretendes quedarte ahí? ¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó.

No le respondí. Ese hombre me sacaba de mis casillas. No soportaba lo que me había obligado a hacer y tampoco aguantaba que siempre quisiese hacer su santa voluntad. Mi silencio por respuesta hizo que Kimball me agarrase de la cintura y me bajase del caballo a la fuerza.

—¿Qué estás haciendo? Sé descender sola.

—Cuido de mis posesiones. Y tú, ahora, eres una de ellas.

—¡Yo no soy posesión de nadie! ¡Y menos tuya!

—De momento, sí.

Dicho esto, me propinó un azote en mis posaderas. ¿Qué se había creído?

Me di la vuelta como un resorte. No iba a consentir que ese bárbaro me tratase de esa forma.

—¡No vuelvas a ponerme la mano encima!

—Te recuerdo que ahora eres mi esposa y tengo derecho a eso y a mucho más.

En ese momento una bonita joven pelirroja de ojos verdes se interpuso entre los dos y rodeó con sus brazos el cuello de él.

—¡Kimball! —Le dio un beso en la mejilla.

Estaba rabiosa. ¿Eran celos? Me negaba a reconocerlo. Pero sentí un gran rechazo hacia la joven. Mis ojos no se apartaban de los fuertes brazos de Kimball que sujetaban con firmeza la cintura de la joven acercando su delgado cuerpecito hacia él. Estaba furiosa y no entendía el porqué o no quería entenderlo.

—¡Eleonor! Estás preciosa.

—Y tú tan guapo como siempre.

—Hermana, una dama no dice esas cosas a un hombre y más si está casado — dijo el conde.

—¿Casado?

—Sí —respondí—. Y yo soy su esposa.

Kimball me miró sorprendido. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Me sorprendí a mí misma por haber respondido así.

La muchacha se acercó a mí.

—Mi nombre es Eleonor.

—Encantada —respondí.

Kimball continuó con las presentaciones.

—Ella es Elizabeth.

—Eleonor, si eres tan amable, por favor acompaña al niño y a la dama a sus aposentos —le dijo su hermano.

Kimball nos observaba mientras nos alejábamos. David se ubicó al lado de él y vi cómo le propinaba un codazo en el costado y se echaban a reír.

—Así que es su esposa. Tiene mucha suerte.

—Yo no estoy tan segura.

—¿Por qué dice eso?

—No, por nada. Es un guerrero.

—Los hombres siempre están pensando en ir a la guerra.

Me guio por unas escaleras de caracol. Entramos en una galería, larga y oscura.

—Esta es la habitación del niño. La contigua es la de usted y Kimball.

—¡No!, no... Yo tengo que dormir con el muchacho. —Su expresión cambió. En ese momento recordé que no debía levantar sospechas de que nuestro matrimonio no se había consumado, ya que el capitán seguía nuestros pasos—. Puede tener miedo.

—No se preocupe. Hay una puerta en el interior que comunica las dos habitaciones. Ahora les mando a la doncella para que les lleve leña para las chimeneas de las habitaciones.

Dicho esto, se marchó. Eamon me miraba.

—Tranquilo, cielo. Al menos hoy dormirás calentito y comerás en condiciones. —El niño me sonrió.

Sacó sus piedrecitas de la bolsa y se puso de rodillas.

—Gracias —escribió.

Durante mis estudios de enfermería había aprendido el lenguaje de signos. Había decidido enseñárselo a Eamon.

—Eamon, te voy a enseñar a hablar conmigo a través de las manos, así no tendrás que sacar las piedrecitas cada vez que quieras comunicarte. ¿Qué opinas?

El niño asintió entusiasmado; daba palmas de alegría.

—«Gracias» se dice así con las manos. —Empecé a hacer movimientos hasta que él se lo aprendió.

Lo llevé a la habitación para que descansara. Entró en ese momento la doncella a encender las dos chimeneas.

Me apetecía darme un baño. La joven me leyó el pensamiento.

—Señora, le voy a subir agua caliente para que pueda asearse.

—Muchas gracias, lo necesito.

Al poco tiempo, vino acompañada de otra muchacha. Me prepararon una especie de bañera que había en una pequeña habitación contigua y depositaron sobre la cama un sencillo vestido blanco, de mangas anchas, ajustado hasta la cintura y que después caía hasta los pies.

—La señora Eleonor le deja este vestido mientras lavamos las prendas de vestir tuyas y del niño.

—Muchas gracias.

—Bañaremos al niño ahora.

—Mejor después, ahora está descansando. Gracias.

Me dejaron una especie de telas blancas para secarme. Me introduje en aquella bañera hecha de madera, poco confortable, pero en esos momentos me parecía el paraíso. Saqué los pies fuera de esta, dejando al descubierto hasta un poco más de mis rodillas y me sumergí por completo. ¡Cuánto necesitaba aquello! No me percaté de que habían entrado en la habitación. Cerré los ojos.

Escuché un ruido. Decidí salir de aquel habitáculo. Me puse la tela para secarme alrededor del cuerpo. Era bastante cortita. Se me veía la mitad del muslo. Con la otra tela rodeé mi pelo mojado y salí de ese pequeño recinto para acceder a la habitación y ponerme el vestido que Eleonor me había dejado. No me había dado cuenta de su presencia.

—¡Vaya! Si hubiera sabido que eras tan bonita, no te habría hecho la promesa de deshacer nuestro matrimonio.

Me di la vuelta con rapidez. Estaba apoyado sobre la pared, con el torso al descubierto y los brazos cruzados sobre su pecho. El pelo revuelto. Me miraba con atención. En ese momento fui consciente de mi aspecto. Para aquella época, estaba casi desnuda. Me puse nerviosa.

—¿Qué haces aquí? ¡Por favor, márchate!

—Te olvidas, preciosa, que esta también es mi habitación.

—Tengo que vestirme.

—Muy bien. ¡Pues hazlo!

—Sabes muy bien que no lo voy a hacer estando tú aquí.

Sonreía. Se aproximó hasta donde yo estaba. Retrocedí. Tropecé con la cama. Él se puso muy cerca de mí. Era un hombre muy atractivo y alto. Tenía unos pectorales fuertes y musculosos, al igual que sus brazos. Observé, con disimulo, algunas cicatrices de guerra sobre su tórax. Posó sus manos sobre mis hombros.

Su contacto me hacía estremecer: era algo que jamás me había sucedido. Mi cuerpo temblaba ante su cercanía. Sentí un gran escalofrío recorrer todo mi cuerpo. Me ruboricé. Sujeté con fuerza la tela que cubría mi cuerpo desnudo. Mi respiración se aceleraba por segundos. Él alzó una de sus manos y desenrolló la toalla que cubría mi pelo. La melena cayó y cubrió mi espalda y mis hombros desnudos.

—¡Qué bonita eres, Elizabeth! —Su rostro se aproximó al mío. Nuestros labios estaban muy cerca. Por un instante pensé que me iba a besar; lo deseé. Se detuvo—. Te doy unos minutos, después entraré. —Me sonrió. Sus ojos verdes estaban fijos en los míos.

Cogió su camisa blanca, se la abrochó y salió de la habitación.

«¡Uff!», suspiré. Me senté sobre la cama. Estaba temblando por su cercanía. ¿Qué me estaba pasando con este hombre? Tenía sentimientos encontrados: por una parte, lo odiaba, me fastidiaba su comportamiento; pero por otra..., sentía una gran atracción por él. Cuanto más lo miraba, más deseaba que me rodeara con sus brazos y me besara.

Solo me había dado unos minutos. Tenía que salir de aquella habitación antes de que él entrara de nuevo. Me puse el vestido, me peiné el pelo mojado y me lo recogí en una trenza.

Llamé a la puerta de Eamon, él no abría. Entré en su habitación. Había una doncella.

—Disculpe. ¿El niño?

—Ha salido con su padre.

—¿Su padre?

—Sí.

¿Su padre? Bajé las escaleras y salí al patio. Di varios rodeos y me topé con

David.

—¿Señorita? ¿Le ocurre algo?

—Busco al niño. ¿Lo ha visto?

—Sí, está con Kimball. En las cuadras. La acompaño.

Ellos no se habían dado cuenta de que estábamos observándolos. Kimball enseñaba al niño a luchar con la espada. Eamon se reía, ya que este hacía payasadas para que el niño se divirtiera. Acabó persiguiendo Kimball al niño, lo cogió y lo puso en su hombro. Se divertían. David y yo sonreíamos ante la situación.

—Kimball es así. Suele dar una imagen dura, fría, de hombre sin escrúpulos, pero tiene un gran corazón.

—Déjeme que lo dude.

—¿Por qué dice eso?

—Me ha forzado a casarme con él.

—Sí, pero lo ha hecho por protegerla.

—Yo no necesito ese tipo de protección. Sé valerme por mí misma.

—¡Ja, ja, ja! Ahora entiendo a mi amigo.

—¿Qué tiene que entender? —le pregunté.

—¡Ja, ja, ja! Nos vemos en la cena.

Se alejó. Kimball me vio. Dejó a Eamon en el suelo. Le susurró algo al oído. El niño sonrió y se alejó a un extremo del patio saludándome con su manita. Kimball se acercó a mí.

—Me gustabas más con el otro atuendo. —Se burló.

—A mí me gusta más este.

—¡Cógela! —Me dio una espada.

—Pero... ¿Para qué me das esto? Yo no sé...

—No hace falta que lo digas, sé que no sabes usarla. Me veo en la obligación de enseñarte. Debes saber defenderte, preciosa. —Me sonrió.

En ese momento se puso detrás de mí. Notaba su cuerpo próximo a mí; sentía su respiración sobre mi cuello. Cogió mi mano y me dio la espada.

—Esta es la posición que debes tener. Sus brazos marcaban la postura correcta.

Los latidos de mi corazón se aceleraron.

—Ahora a luchar. A ver cómo te defiendes —me susurró—. Ven hacia mí.

Fui directo hacia donde estaba él, tal y como me había dicho que cogiese la espada, sin moverla.

—¡Ja, ja, ja!

—Si esto va a servir para que te rías a mi costa, es mejor dejarlo.

Eamon aplaudía entusiasmado.

—¿Nunca te relajas?

—¡No! ¡Nunca!

Aprovechando que estaba distraído, le puse la punta del acero en la barbilla.

—Pero sé utilizar mis estrategias. Nunca te fíes de una mujer que te dice que no sabe utilizar un arma. Te podría sorprender.

—En eso, bella dama, tienes toda la razón.

Entonces él se fue aproximando a mí. Despacio. Mis pupilas no podían apartarse de las suyas. Sus ojos verdes estaban fijos en los míos. Me sentía hipnotizada por ese hombre. Sin darme cuenta, me cogió las muñecas, la espada voló por los aires hasta caer al suelo. Cruzó mis manos por detrás de la espalda sujetas con sus dos manos atrayéndome hasta él.

—Tampoco te fíes de un guerrero que ante sí tiene a una mujer amenazándole con la punta de su espada. Buscará siempre la parte más vulnerable de ella para ser el vencedor de la batalla.

Nuestros rostros estaban muy próximos el uno del otro. Su mirada estaba fija en mis labios y yo deseaba que me besara. Se apartó.

—¡Vamos! —con la punta de su espada levanto la mía del suelo y me la volvió a dar.

Se había sumado otro espectador, David, que estaba al lado de Eamon.

Kimball me mostraba los pasos que debía hacer para esquivar al contrincante y cómo blandir la espada. Al principio fui la diversión de los allí presentes, pero mi amor propio y orgullo no permitían que aquello continuase hasta que al final

logré hacerlo bien y me gané la admiración de David y de Eamon. Kimball fue más reacio a darme la enhorabuena por haberlo logrado.

—Tienes que estar más pendiente de la mirada de tu oponente. Los ojos siempre delatan al guerrero en sus acciones; nunca pierdas su mirada.

Guardó su espada.

—Esta es tuya. Quiero que la tengas hasta cuando te vayas a dormir.

Cogió una de madera que había en el suelo y miró a Eamon. El niño vino hacia nosotros corriendo. Kimball abrió sus brazos para recibir al pequeño. Lo cogió y lo rodeó con cariño.

—Y esta, pequeño guerrero, es para ti. —Le revolvió el pelo. Ambos se rieron.

El niño le estaba cogiendo mucho cariño.

David se acercaba aplaudiendo.

—En unos días ella te gana, Kimball —dijo David.

—Para eso necesitará mucho entrenamiento.

—No dudes que te ganaré —le dije retándolo. Me sonrió.

Eleonor salió al patio y nos invitó a entrar. En breve la cena estaría lista. Kimball se ausentó unos segundos. Eamon, David y yo permanecemos en la antesala del gran salón donde tendría lugar la cena. Los hombres hablaban en un rincón. Eamon jugaba con su espada a mi lado. Eleanor me observaba y se acercó hacia donde yo estaba.

—No logro entender cómo se ha casado Kimball con usted. Disculpe, pero él es un hombre que siempre ha huido de cualquier tipo de enlace. Por eso siempre ha estado luchando. Y así, de repente... No sé. ¿Hay algo más que le haya obligado a tomar esa decisión? —me preguntó.

Aquellos comentarios me enfurecieron, pero traté de evitar que se me notase.

—Ninguno. Nos enamoramos nada más vernos. —En ese momento Eamon me miró. Estaba pendiente de la conversación mientras jugaba.

—Conozco a Kimball y créame que no es de los que se enamoran. Quizás se sintió atraído por usted, pero de ahí a enamorarse...

Kimball entró en ese momento en la estancia. Estaba muy guapo. Se había

puesto ropa limpia que le había dejado su amigo. Su camisa blanca y su casaca negra le hacían aún más atractivo. ¡Qué hombre!, si estuviese en mi época se lo rifarían. Eleonor se fue directo a él, quien en ese momento solo tenía ojos para ella. La verdad que era muy bonita. Sentí celos. ¡Qué tonta era! ¿Cómo podía haber pensado que aquel hombre podía sentir algo por mí?

—Querida —dijo Eleonor—, entremos.

Cogí al pequeño de la mano y accedí con él al salón. Delante de mí iban Robert y Kimball, al lado de él estaba Eleonor. David iba tras de nosotros.

En ambos extremos de la mesa se sentaron Robert y Eleanor, al lado de esta estaba David y al otro Eamon. Yo estaba al lado de Eamon y frente a mí Kimball.

Él me miraba con intensidad. Colocaron dos fuentes grandes con carne en el centro de la mesa. No había cubiertos, sí unos platos de madera. Solo ver la carne poco cocinada, con sangre visible, me daba ganas de vomitar. No podría comérmelo. David y los otros dos hombres cogieron trozos de carne con la mano y los empezaron a comer sin utilizar cubierto alguno. Notaba la mirada de Eleonor.

—¿No tiene apetito? —me preguntó.

—No mucho, la verdad —respondí.

—Es una descortesía no probar bocado cuando uno es invitado. Se considera como una ofensa —me dijo.

Deseé desaparecer. Aquella jovencita empezaba a sacarme de mis casillas. Se hizo un silencio. Todos me miraban.

—¡Eleonor! —dijo Robert— ¿Se puede saber qué te pasa? Esa no es forma de tratar a una invitada.

—Tienes razón, hermano. Disculpe mi comentario, Elizabeth.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Kimball.

—Cansada y sin apetito.

—Debería comer. Todavía les queda mucho camino hasta la isla Maree. Hoy tienen que reponer fuerzas —dijo Robert.

—¡Elizabeth, come! Si no caerás enferma durante el camino —ordenó

Kimball.

Sabía que tenían razón. Todos me observaban. Extendí la mano y elegí el trozo más pequeño de carne. Los demás empezaron a hablar. Observé aquel trozo; solo de verlo me daban arcadas. Partí un trozo pequeño con los dedos y me lo llevé a la boca, empecé a masticar. Me dio una arcada seguida de otra. Iba a vomitar. Cogí la tela blanca que hacía de servilleta.

—Disculpen. —Me tapé la boca con el trapo y salí corriendo en dirección el patio exterior. Necesitaba que me diese el aire.

Tosí varias veces y escupí aquella carne. Mi frente estaba humedecida.

—¿Estás bien? —dijo Kimball.

—Ahora sí.

Puso sus manos en mis hombros.

—Ayer te ocurrió lo mismo con la comida.

—No puedo tomarla tan cruda. Me da asco.

—¡Ah! ¡Es eso! No he conocido a nadie que no le guste.

—Pues ya conoces a una.

—Pues si ese es el problema lo solucionamos ahora. Te quiero fuerte.

—Gracias, pero de verdad que no tengo apetito. Subiré a la habitación. — Antes de irme me giré y me puse frente a él—. Gracias.

Ascendí por las escaleras de caracol y fui directo a la habitación. Transcurrieron unos minutos. Tocaron a la puerta. Era Kimball seguido de Eamon. Portaba una bandeja de madera y, sobre esta, un plato con la carne muy hecha.

—Ahora, te suplico que comas. —Me lo puso en una mesa, me arrimó una silla, y se sentó en otra justo frente a mí.

Empecé a comer.

—Me tienes intrigado, Elizabeth. No eres como las demás damas, ni siquiera como el resto de las personas. Eres diferente. Tengo la sensación de que hay algo que escondes y debe ser grave porque sé, y no preguntes porqué, que estás preocupada.

Lo miré. Eamon se puso a mi lado.

—No puedo decírtelo, Kimball. No lo entenderías.

—Prueba, a ver. Quiero ayudarte, pero si no sé todo no podré protegerte.

—No puedo, lo siento.

No escuché a Kimball entrar en la habitación para dormir. Después de comerme la carne se marchó con la bandeja y el plato. Eamon se metió conmigo en la cama; tenía miedo. Me quedé dormida abrazada al niño.

—¡No! —grité.

Eamon se asustó y se incorporó. Estaba sudando, con lágrimas en los ojos. Kimball se sobresaltó. Estaba durmiendo en el suelo. Vino a la cama, hacia mí. Estaba asustada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

No podía hablar, temblaba. Otra vez aquel sueño. Desde que mi vida había cambiado sin explicación ni sentido y había aparecido en otra época, no había vuelto a soñar con aquella mujer. Esta vez el sueño había sido más real: *el rostro de la mujer estaba cubierto por una capucha negra, solo veía sus ojos azules, brillantes, y su boca. Llevaba una capa negra y en las manos portaba una copa con sangre. Me miraba y me decía: «Tienes que descifrar el mensaje. La muerte está cerca de ti». Entonces miré mis manos y estaban llenas de sangre, mi ropa también, y todo se cubrió de rojo.*

Kimball me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia su pecho. Sentía miedo, estaba tiritando. ¡Qué me estaba pasando! ¡No entendía nada! Me acariciaba el pelo. No quería apartarme de él: en sus brazos me sentía segura.

—Tranquila, solo ha sido una pesadilla. Ya ha pasado. Te voy a traer agua.

Salió de la habitación. La manita de Eamon acarició mi mejilla. Lo miré.

—Eamon, no sé qué hago aquí. No pertenezco a este lugar ni a esta época.

El niño salió de la cama. Cogió sus piedrecitas.

—Lo sé. —Me miró.

XVI

¿Qué le pasaba? Sabía que había algo que le preocupaba. Ese grito había sido aterrador. Estaba temblando cuando la rodeé con mis brazos. Sus ojos tenían una expresión de pánico. Bajé a la cocina a coger un vaso de agua. Volví a subir las escaleras de caracol a grandes zancadas. Allí seguía, pálida. Le ofrecí el vaso de agua y me senté junto a ella en la cama.

—Gracias.

—¿Qué te ocurre, Beth?

—He tenido una pesadilla.

—Ya ha pasado.

Me acomodé en la cama junto a ella, la abracé, pero seguía temblando.

—Conmigo no tienes que temer nada. Estoy aquí para protegeros a ambos.

Me miró con sus pupilas negras. En ellas no vi esa rebeldía y seguridad que había observado en otras ocasiones, había miedo.

—No puedes hacerlo. Hay algo que se escapa de tus manos, algo que es imposible de controlar.

—¿A qué te refieres?

—Ni yo lo entiendo cómo para que tú lo puedas comprender. Estoy afectada todavía.

—Entre mis brazos nadie se atrevería a hacerte daño, créeme. —Le sonreí, quería tranquilizarla.

—No te vayas, Kimball.

—No lo haré. Te lo prometo.

Eamon nos miraba, asustado.

—Muchacho, duérmete. Ya ha pasado todo.

La joven se acurrucó sobre mi pecho. Sus manos sujetaban las mías. Aquella sensación me gustaba; de hecho, era algo nuevo para mí. A pesar de mi empeño en negarlo y evitar que surgiese cualquier sentimiento hacia ella, era inevitable

enamorarme de la joven. El corazón mandaba y latía a gran velocidad mientras la tenía a mi lado. Ya no era un deber protegerla; había pasado a ser una prioridad.

Sabía que teníamos que partir cuanto antes; necesitaba llevar a Beth a las tierras de su abuelo y ponerla a salvo de Alexander. Además, había dado mi palabra al conde de partir con sus tropas para rescatar al rey. Todavía recordaba las palabras de mi anfitrión: «Un trovador francés llamado Blondel ha dado con él. Ha recorrido todas las cárceles y fortalezas cantando la canción que el mismo rey Ricardo compuso, y ha sido en Dürnstein, donde el rey respondió cantando una de las estrofas. Tenemos que partir. El duque Leopoldo V, quien lo tiene preso, lo matará si no acudimos pronto para liberarlo».

A mi regreso buscaría a Elizabeth y al niño, y los llevaría a Essex. A ella no la dejaría escapar. Sabía que estaba empezando a sentir algo fuerte por aquella mujer, un sentimiento hasta ese momento desconocido para mí.

Me desperté. Escuché ruidos en el patio. Me levanté muy despacio para no despertar al niño ni a la joven. Fui a observar por el balcón.

Robert hablaba con uno de sus hombres. Decidí asearme y bajar a ver qué sucedía. Observé al niño y a Beth. Cogí mis botas y salí de la habitación.

—¡Kimball!

—¡Robert! ¿Sucede algo?

—Ha aparecido un ciervo muerto en mis tierras.

—¿Ladrones?

—No. Lo que me preocupa es la forma en la que lo han matado. No es normal. Debo ir a verlo.

—Te acompaño. —Asintió.

Cogimos nuestros caballos. Atravesamos el bosque hasta llegar a un lugar cercano al río Witham. En ese sitio había muchos robles. Nos detuvimos en uno de esos árboles. Bajamos de los caballos, y ahí estaba el ciervo. Una daga atravesaba su corazón. Había sangre a su alrededor. Sus órganos no estaban en el interior del animal, había sido abierto en canal y era como si se los hubiesen

comido, ya que había restos alrededor. Todo apuntaba a un ritual donde el muérdago era el protagonista: estaba esparcido por todas partes. En el tronco del roble había dibujado un símbolo: un huevo de serpiente.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —dije.

El campesino que había alertado a Robert nos miró.

—Son ellos, señor.

—¿Quién? —pregunté.

—Judíos —dijo el campesino con miedo—. Cuando se asesina a un animal clavándole una daga en el pecho es que se desea la muerte de alguien.

—En Nottingham apareció un niño muerto. Acusaron a los judíos del asesinato. Pero no creo que esa pobre gente sean los causantes de estas crueldades —dije.

—Existe mucho odio hacia estas personas. El rey Juan tiene favores para con ellos frente al pueblo inglés. Ellos le dan grandes tributos y él, a cambio, les da muchos privilegios. Ricardo no los quería en nuestras tierras —dijo el campesino.

—Esos hombres y mujeres intentan sobrevivir. El rey Ricardo los ha perseguido. Muchos inocentes han muerto. No se puede achacar las desgracias de un país a personas que solo intentan vivir en paz, según sus costumbres —respondí.

—¿Ahora defiendes más a los judíos que a tu rey? —me dijo Robert mientras me miraba con atención.

—Ya sabes que solo soy fiel a mis principios. Nunca defenderé una persecución injustificada, ni muertes ni acusaciones a personas inocentes. Ricardo es mi rey, pero mis valores y principios están por encima de él. Nunca estuve de acuerdo en su fijación contra el pueblo judío.

—¡Ja, ja, ja! Por eso te admiro y confío en ti, Kimball. Eres un hombre de honor, de valores. —Se giró para dar órdenes al campesino—. Enterrad al animal y haced desaparecer los restos de sangre. No quiero que se corra la voz entre los campesinos. Si no, el pánico y las supersticiones se apoderarán de mi gente y eso solo trae consecuencias negativas. ¿Cuándo partes, amigo?

—Hoy mismo. Todavía queda mucho recorrido.

—Os acompañaré hasta York. Tengo que ver a Humphrey Stafford. Necesito su apoyo para rescatar a Ricardo y destronar a Juan.

—Me vendrá bien vuestra compañía por si se presentan bárbaros y ladrones por el camino.

—¡Ja, ja, ja! Así tendremos más tiempo para que me cuentes el motivo de tu boda. A mí no me engañas, te conozco y sé que algo escondes. —Me miraba con intensidad—. Aunque he de reconocer que la joven es muy bonita, hasta yo me hubiese casado con ella.

Ambos nos reímos. No quería que siguiese con aquella conversación.

Eleonor salió a nuestro encuentro.

—¿Dónde estabais?

—Montando a caballo. Kimball parte hoy.

—¿Hoy? ¡No! No puedes irte.

Sonreí. Me agradaba el interés de la joven.

—Lo siento, Eleonor, pero no tengo más remedio.

—Es por la mujer y el niño, ¿verdad?

—Sí...

—Kimball tiene que llevarlos al castillo del abuelo de la joven. Algunos de mis hombres y yo mismo los acompañaremos hasta York.

—Yo también iré —dijo la joven.

—¡No! —respondió su hermano—. No puedes venir con nosotros.

—Sí, iré. Hace tiempo que la tía Alice quiere que pase una temporada con ella. Otra vez sola no aguantaría entre estos muros. Me vendrá bien cambiar de aires.

—¡Eleonor!

—No hay más que hablar.

—Es un viaje duro.

—Recuerda, hermano, que estoy acostumbrada. Además, no es la primera vez que viajo hasta York. Aguantaré unos días durmiendo en el interior de una tienda. Sandra, mi doncella, vendrá conmigo.

Miré a mi alrededor. Eamon y Beth no estaban por allí. Fui al interior y subí

las escaleras con rapidez. Abrí la habitación. Elizabeth estaba enseñando al niño a comunicarse a través de las manos. Aquella mujer me sorprendía cada día. ¿Dónde habría aprendido aquello? El niño, al verme, se levantó de un brinco y vino corriendo hacia mí. Lo abracé y lo cogí en brazos.

—Yo también quiero aprender ese lenguaje —dije. Eamon se abrazó a mi cuello.

Elizabeth se levantó, entusiasmada.

—Hola, Kimball —Ella hizo gestos con las manos mientras hablaba.

Se acercó a donde estábamos.

—¿Estáis preparados? Marchamos ya. —Bajé al muchacho, quien se fue corriendo a la habitación contigua para recoger sus cosas.

La miré sin apenas parpadear. Ella bajó la vista.

—Gracias por lo de anoche —dijo tímida.

Me aproximé más a ella.

—No me tienes que agradecer nada. Pero creo que hay algo que debes contarme.

Sus pupilas estaban fijas en las mías.

—No insistas...

No la dejé continuar.

—Sabes que sí. Beth, estoy acostumbrado a lidiar con prisioneros y batallas donde tienes que averiguar las estrategias del enemigo. He desarrollado un sexto sentido que me permite percibir cuando alguien oculta algo, y sé que tú escondes algo.

Se derrumbó. Se sentó sobre la cama, abatida. Sus ojos estaban brillantes, a punto de llorar. Me senté a su lado y envolví sus delicadas manos con las mías. Me miró.

—Puedes confiar en mí —dije.

—Tengo que descubrir qué le pasó a mi madre.

—¿Y?

—Y nada más.

—Mientes, Beth.

Se levantó de un brinco.

—No miento, Kimball. Lo que quiero es llegar cuanto antes a mi hogar.

Deseaba besarla. Ella analizaba cada uno de mis movimientos mientras seguía hablando de una manera entrecortada.

—Hay que... ponerse... en marcha ya...

No pude evitarlo, ella era mía, me pertenecía, era mi esposa. La rodeé la cintura con una de mis manos y la atraje hacia mí. Con la otra mano lo acaricié su mejilla, mis ojos se posaron en sus labios. Necesitaba sentirlos sobre los míos. Mis labios rozaron los suyos, suaves, carnosos; los retuve entre los míos. La aproximé más a mí, necesitaba sentir su cuerpo. Notaba su respiración acelerada, al igual que la mía. Una oleada de placer recorrió todo mi cuerpo. Quería hacerla mía en ese momento. Ella retiró su rostro y nos mirábamos en silencio, acaricié su mejilla. En ese momento el niño entró y Beth se apartó de mí con brusquedad. Su rostro estaba encendido. Era consciente de que lo que había sentido al besarla jamás lo había experimentado con ninguna otra mujer. No podía apartar mi mirada de ella. Eamon nos observaba sin comprender lo que pasaba.

XVII

Por fin habíamos llegado a York. Un día más durmiendo a la intemperie habría acabado conmigo. Me sentía sucia. El polvo de los caminos se me había metido por todo el cuerpo. Estaba cansada, hambrienta y celosa de Eleonor. Sus flirteos con Kimball me habían llegado a molestar; además, el inglés seguía su juego y eso era lo que en realidad no soportaba. A veces tenía la sensación de que él lo hacía a propósito para fastidiarme. Ese beso me había hecho sentir algo que jamás había imaginado. Me estaba enamorando de él, pero no estaba dispuesta a que ese hombre me utilizase como un trofeo y, después de conseguir el obsequio, me abandonase. De ahí que le hubiese rehuido durante todo el viaje. Estuve distante con él; quería evitar que volviese a suceder, ya que sabía que, de volver a pasar, sería imposible no abandonarme en sus brazos. Esos ojos verdes me habían hechizado.

—Nosotros nos desviamos aquí —dijo Robert a Kimball.

A lo lejos se veían las murallas de York. Ellos tenían que retirarse antes de entrar en la ciudad.

—Amigo, te veo en tierras germanas —dijo Kimball.

—No me falles. El rey Ricardo nos necesita.

En ese momento Eleonor se adelantó con su caballo al lado de mi caballero.

—¿Vendrás a verme al castillo de mi tía?

—Eso será después de que rescatemos al Rey —dijo Robert.

Kimball le sonrió, acercó su caballo al de la joven le agarró la mano y se la besó mientras le regalaba una de sus bonitas sonrisas.

Los celos me consumían por dentro, pero lo disimulé. Después de la despedida los vimos alejarse. Reanudamos la marcha.

David y Kimball con el niño iban delante de mí. Me sentía agotada y con unas fuertes agujetas en el trasero. Había montado a caballo solo dos veces, en Segovia —en concreto en Riaza—, con un grupo de amigos. La experiencia no había sido muy buena, y de ahí que tuviese miedo a los caballos. En más de una

ocasión Kimball tuvo que coger las riendas de mi caballo para controlar al animal, ya que a mí me resultaba imposible. En esos momentos me miraba con desaprobación. No entendía cómo una dama de mi clase montaba tan mal a caballo, así me lo había hecho saber. ¡Si él hubiera sabido! Le habría dado un patatús. Sonreí ante ese pensamiento.

La ciudad estaba amurallada. Recordaba que la había visto en fotografías y me había prometido ir allí, pero jamás imaginé que estaría frente a esta ciudad fortaleza tal y como era en la Edad Media. La muralla tenía cuatro puertas. Me concentré en la puerta por la que íbamos a acceder al interior de la ciudad. Observé las barbacanas en el muro. Atravesamos el puente levadizo, pasamos la sala de guardia, desde donde dos hombres nos observaban con gran descaro. Tras nosotros, venían varios campesinos con cestas repletas de lana. Supuse que sería para vender en el interior de la ciudad. Alcé mi vista hacia arriba, asombrada por la majestuosidad de la torre de vigilancia.

Había mucho revuelo en la ciudad. Kimball miró a David. Ambos detuvieron a sus animales y me hicieron una señal para que les imitase. Bajaron de un salto, y Kimball ayudó a Eamon. Mi pie se había enredado con el vestido, Kimball me miró. No quería que me ayudase; mi orgullo no me permitía que un hombre tuviese que ayudarme en algo que me veía capaz de hacer. Se acercó a mí y sin mediar palabra me rodeó la cintura y me puso en el suelo.

—Sé hacerlo sola, pero gracias.

Sonrió ante mi comentario. Observé a mi alrededor: había mucha gente alborotada.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté.

—Intuyo que pasa algo. La gente está alterada. Los jóvenes portan palos y armas, van en grupos. Esto no me gusta. —Guardó silencio mientras analizaba el panorama—. Vamos a buscar un lugar para dormir esta noche.

Nos dirigimos a una posada. Dejamos a los caballos en el establo. Kimball, junto con David, fue a hablar con el posadero.

—Beth, sigue a la mujer —me dijo él—. Dormirás con el niño en una habitación. No salgas de la estancia hasta que yo vaya a buscaros. ¡Prométemelo!

—Lo prometo, pero... ¿por qué?

—Esa curiosidad no es propia de una dama. —Tocó con su dedo índice la punta de mi nariz. Me sonrió y se marchó con David hacia el exterior.

Eamon me miraba.

—Ahora vienen —le dije mientras movía las manos para comunicarme con él. Había avanzado mucho.

La joven posadera nos dejó en la puerta de lo que sería nuestra habitación. Había una única cama, una palangana y al lado una especie de jarra de madera. Miré, y en su interior había agua. «Estará fría», pensé. Quería asearme y lavar al niño. ¿Está gente no se bañaba? Ese era el aseo que tenían, había que salir al exterior o aguantarse con una especie de orinal. Me quedé mirando con atención a aquella cuña de hierro que estaba junto a la palangana. «¡Dios mío, devuélveme ya a mi época!», me dije.

—Cariño, espérame aquí. Voy a pedir que nos suban agua caliente para lavarnos los dos.

No estaba dispuesta a asearme con agua fría. Bajé las escaleras. Caballeros ocupaban las mesas, borrachos. Preferí no mirar a ninguno de ellos. Fui directo al posadero.

—Disculpe, señor. ¿Nos pueden subir agua caliente?

Me miró. Su gesto era serio y sin expresividad alguna.

—Aquí no calentamos agua.

—Pero...

—¡No calentamos agua!

Sus ojos negros se clavaban en mis pupilas. No podía entender cómo no hacían algo tan básico. «Gracias Dios mío por no haber nacido en esta época», pensé. Mientras me giraba para subir las escaleras noté la mirada de un hombre que iba vestido de negro, su pelo era rubio y estaba sucio. Tenía una jarra cuyo contenido, intuía, era cerveza. Subí con rapidez las escaleras. Sabía que el capitán Alexander había ofrecido una recompensa por encontrarnos.

No entendía porqué todo el mundo bebía cerveza y no agua, hasta Eamon tomaba esta bebida; claro que no tenía los grados de alcohol que la que yo acostumbraba a beber en Londres.

Miré al niño.

—No hay agua caliente, cielo. Tenemos que conformarnos con el agua fría que tenemos en esta jarra.

El me respondió haciendo gestos con las manos. Era un muchacho muy inteligente y enseguida había aprendido a utilizar el lenguaje de las manos. Kimball, a pesar de extrañarle todo aquello y no entender de dónde había aprendido ese lenguaje, también quiso utilizarlo. Era mucho más cómodo para comunicarse con el niño.

—No pasa nada. Yo siempre me he lavado con agua fría.

Le sonreí ante su respuesta.

—A ver, ¿me puedes decir por qué todo el mundo bebe cerveza y no agua? Yo necesito agua.

Su rostro reflejaba asombro ante mi pregunta.

—Porque el agua trae la peste.

Lo entendí, era cierto. No estaba tratada y el agua de los ríos era lugar de deshecho donde las ratas campeaban a su gusto.

—Eamon, ¿en el castillo de Robert me dijiste que sabías que yo no pertenecía a aquí? —El niño asintió—. Necesito saber por qué estoy aquí. Lo entiendes, ¿verdad? ¿Tú puedes decirme algo?

—Eres la elegida.

—¿La elegida, para qué?

—Solo tú puedes guiarme hasta el santo Cáliz, el mismo que José de Arimatea escondió en la colina de Glastonbury. Y yo soy el único que debe guardarlo de todo mal y ambición.

—¿Yo? Pero si no sé de qué me hablas; es más, jamás he escuchado nada sobre ese tema. Esto es un sueño, ¿verdad? — El niño movió la cabeza negándolo. Señaló una pequeña cruz de madera que llevaba colgada en mi cuello. Tenía un cordón de cuero—. ¿La cruz? ¿Qué tiene que ver mi cruz? Es un regalo de nacimiento de mi abuela.

—Llevas la cruz de David, la misma que yo tengo tatuada.

Era cierto. Siempre me había gustado aquella cruz. Le tenía mucho cariño.

—Pero eso no tiene nada que ver. Es casualidad, Eamon.

—La leyenda lo dice. Una mujer en dos mundos diferentes aparecerá de la nada con la cruz de David. Ella será la elegida para guiar al guardián hasta el santo Cáliz.

—¡Son tonterías! Una leyenda, como tú has dicho. ¡Ay, Dios mío, ayúdame a regresar a mi mundo!

Eamon me miraba sin entender mi reacción.

—Cariño, yo no soy esa persona que buscas. ¿Me ayudarás a encontrar la forma de regresar a mi época?

El niño se encogió de hombros.

—Tendrás que elegir a qué mundo quieres pertenecer. Una vez que todo ha empezado ya nada podrá detener el tiempo. No será tan fácil. Tú tienes una misión y hasta que no descifres el mensaje y acabes tu cometido no pertenecerás a ningún sitio. Entonces y solo entonces es cuando deberás elegir dónde quieres estar.

—¿Qué mensaje, Eamon?

—Cuando José de Arimatea llegó a suelo inglés con la copa sagrada subió la montaña de Glanstonbury. En la cima puso su cayado y de ahí nació un arbusto espinoso que solo crece allí. Justo en ese lugar, tras ese milagro, él supo que tenía que construir una pequeña iglesia destinada a albergar el santo Grial. Pero muchos son los que creían que quien tuviese el santo Grial tendría el poder y dominio de todo. Grupos contrarios a Jesucristo quisieron hacerse con él. José fue avisado de manera espiritual y escondió la taza sagrada en un lugar del monte o de la iglesia. Es un misterio.

—¿Cómo sabes todo eso, Eamon?

—Mi padre me lo contó. A él lo mataron y por eso ahora me buscan. Los primogénitos son los únicos que, fuera de toda ambición y ansias de poder, pueden guardar el santo Grial donde corresponde y donde siempre tendría que haber estado. Ellos lo sabrán en el momento en que tengan el santo Cáliz en sus manos. Pero solo la elegida podrá encontrar y descifrar la sagrada taza.

—¿Y ese grupo que lo busca?

Se encogió de hombros.

—Son muchos, dispersos, hombres de mucho poder. Malvados.

—¿Alexander es uno de ellos?

El niño asintió.

—Cariño, lo más importante es que ese hombre no nos encuentre. No le digas a nadie lo que sabes. Es nuestro secreto.

Eamon volvió a asentir.

Era muy tarde. No había escuchado la voz de Kimball ni de David. El niño se quedó dormido sobre la cama. Escuché el ruido de pisadas que subían con rapidez las escaleras. Tocaron con brusquedad a la puerta.

—Abra, ¡rápido!

Era la joven posadera. Estaba pálida.

—Señorita, tiene que huir.

—¿Cómo? No puedo, tengo que esperar a mi... —No me salía decir mi esposo—. A los hombres que venían conmigo.

—¡No!, debe huir, hágame caso, márchese ahora. Hay unos caballeros abajo que van a subir a por usted. Los ánimos están muy crispados. Además, se han fijado en usted y el niño. Un capitán, Alexander, ese era su nombre, estuvo aquí ayer y nos preguntó si habíamos visto a una mujer de sus características con un muchacho como él. —Señaló a Eamon—. Uno de sus hombres estaba hoy bebiendo cuando la ha visto bajar. Se ha percatado de que era usted. Además, hay un incendio.

—¿Por qué me ayudas? ¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

Se llevó la mano a su cuello, sacó un cordoncito con una cruz que llevaba la estrella de David.

—Se la vi nada más entrar en la posada. Debe ocultarla. No sé por qué la buscan, pero me veo en la obligación de ayudarlos. El pueblo ha incendiado la torre del castillo. Eoferwic. Ahí se han escondido los judíos. Quieren matar a todos. No vaya al centro de la villa, huya por la puerta norte y salga de la ciudad antes de que se cierren los cuatro accesos. ¡Vamos! Corren peligro.

Desperté a Eamon, cogimos nuestras cosas y seguimos a la joven, que nos llevó a una pequeña puerta que estaba al final del pasillo. La abrió; daba a una

estrecha gruta, oscura, con escaleras de madera, que llevaba a la parte de atrás de la posada.

XVIII

Subí las escaleras de la posada. Temía por ellos. David me seguía. Toqué varias veces a la puerta. No abrían. Di una patada con fuerza. No estaban. ¿Dónde se habrían metido? David me miraba.

—¿No se encuentran aquí? —me dijo.

Sin responder a mi amigo, bajé con rapidez las escaleras. Allí estaba el posadero.

—¿Ha visto a la mujer y el niño que venían conmigo?

En ese momento entró la hija de este. Me miraba y escuchaba la conversación.

—¡Es mi mujer y mi hijo! ¡Han desaparecido!, no están en sus los aposentos.

—Yo no los he visto, señor. De todas formas, con todo lo que está pasando, es difícil centrarse en otra cosa que no sea el incendio y la revuelta.

El posadero se marchó hacia el exterior. La joven me miraba.

—¿Y dice usted qué son su mujer y su hijo?

—Sí. ¿Los ha visto?

—Sí, yo misma los ayudé a escapar —susurró.

—¿Escapar? ¿Por qué?

—Unos hombres, después de haberla visto bajar para pedir agua caliente, empezaron a hablar de una recompensa. Iban a capturarlos. Aquellos hombres no me gustaron. Fui a su habitación y los ayudé a escapar.

—¿Dónde están?

—No lo sé, señor. Les di un caballo y les dije que fuesen en dirección a la puerta norte, lejos de la torre donde está teniendo lugar la revuelta.

—¿Hace mucho que se han ido?

—No, señor. Si va rápido los alcanzará.

David estaba tras de mí. Lo miré.

—¡Vamos! No hay tiempo que perder —dijo mi amigo.

Salimos al exterior. La muchedumbre estaba encendida de odio. Querían venganza. Habían incendiado la torre del castillo donde los judíos se habían refugiado. Querían matarlos. Cuando David y yo salimos a ver qué pasaba, nos asustamos al percibir la mirada llena de odio de los habitantes hacia este grupo de personas. A nuestro paso nos encontrábamos con cadáveres de niños y de mujeres. Había visto muchas muertes, pero lo que allí había ocurrido era un ensañamiento contra esas personas. Recordé el asesinato de aquel niño en Nottingham y la muerte violenta de aquel animal en las tierras de Robert. Todo apuntaba a ritos de magia negra.

Nos subimos al caballo y nos dirigimos hacia la puerta norte.

—Los encontraremos —dijo David.

—Me preocupa lo que ha dicho esa joven de que unos hombres los reconocieron y hablaban de recompensa. Se está tomando mucho interés Alexander en capturarlos.

—Tienes razón. Ese hombre no cesará hasta que no los encuentre. Lo de ella lo puedo entender, pero ¿el niño? ¿Qué interés tiene en él?

—No lo sé. Debo ponerlos a salvo en las Tierras Altas. Mientras no salgamos de aquí, ellos correrán peligro.

Galopábamos a gran velocidad. Apenas se veía con claridad. El incendio de la ciudad había teñido de un humo negro, espeso, que traía olor a muerte, todos los rincones del lugar. No podía entender aquel odio.

—¡Mira! —David señaló en la lejanía.

Parecía la imagen de Elizabeth y el niño, pero no estaban solos, los rodeaban varios hombres.

—No me gusta —dije.

—A mí tampoco.

Ambos desmontamos de nuestros respectivos caballos. Nos acercamos con cautela, camuflándonos entre la oscuridad de la muralla. Estábamos muy cerca.

—Así que tú eres la famosa joven que buscan —dijo uno de los hombres que estaba con ellos. Parecía el jefecillo.

—¿Qué quieres? —se enfrentó ella a él.

—¿Por qué no se callará? —susurré—. David me miró.

Hice un gesto a mi amigo. Yo fui a posicionarme detrás del líder, y David, detrás de los dos hombres que le acompañaban.

—Además de bonita tienes carácter, eso me gusta. Creo que antes de entregarte me gustará divertirme un rato contigo —le dijo el que parecía el jefecillo.

—¡No lo permitiré! Hombres como tú me dan asco. —Lo escupió.

Arqueé las cejas. Era valiente y, aunque en esos momentos la hubiese amonestado por su atrevimiento, he de reconocer que me gustó lo que había hecho. El hombre se acercó a Beth y alzó la mano. La iba a abofetear.

—¡Ni te atrevas! —le dije hincando la punta de mi espada en su espalda—. Como le hagas algo te atravieso con mi acero.

David también amenazaba con su espada a los dos hombres que observaban divertidos la escena.

—¡Suelta tu espada! —le dije.

—Muy bien, lo haré.

Pero no lo hizo, se dio media vuelta y empezó a luchar conmigo. Los otros dos hombres hicieron lo mismo con David, pero no sabían con quien se enfrenaban. David siempre había sido y era un buen espadachín.

Los filos de las espadas chocaban y esto transmitía un sonido metálico. Lo herí en el costado, y él, en mi brazo lo que provocó que se rompiera la malla que lo cubría.

—Elizabeth, ¡apártate! —grité.

David había herido a uno de los hombres en ambas piernas le dejó inutilizado para continuar luchando con el otro contrincante, quien se resistía a rendirse.

Elizabeth apartó al niño y al caballo. No me percaté que había cogido algo del suelo y se acercaba hacia donde ocurría la lucha.

El líder tenía la punta de su espada sobre mi estómago. Con rapidez sujeté la punta de esta y la retiré lanzándola por los aires. Introduje mi acero en su costado, el hombre cayó al suelo. No moriría, pero estaría fuera de juego durante mucho tiempo. Miré hacia donde estaba David; aquel hombre lo tenía

acorralado. Mi amigo estaba en el suelo y el otro a punto de clavarle su espada. Me dirigí con rapidez allí pero antes de que yo llegase, Elizabeth le había dado con un palo en su espalda, lo que provocó que se doblase de dolor y le diese tiempo a David a reaccionar. Mi amigo cogió el cordón que sujetaba su túnica de lana y le ató las manos.

Ambos miramos a la joven, sorprendidos. La admiraba cada vez más. Sabía que me había enamorado de ella.

—¡Vámonos de aquí!

Todos regresamos a nuestros caballos y, sin comentar aquel suceso, comenzamos a cabalgar. Mi único deseo era alejarme de allí, de la ciudad.

No veía el momento de mirar para atrás y no ver aquel humo que salía de la torre. Se me venían las imágenes de aquella pobre gente que había fallecido como consecuencia del fuego. Quienes avivaba ese sentimiento contra los judíos les acusaban de ser los causantes de todas esas muertes que parecían provenir de un ritual, así como de la peste negra, el hambre y todas las desgracias que asolaban a la raza humana.

—Gracias por haberme salvado la vida —dijo David a Elizabeth.

—De nada.

—¡Has sido una imprudente! ¡Te podrían haber matado! —dije.

—No le hagas caso. Se ha tomado muy en serio lo de ser tu marido —le dijo David a la muchacha mientras le guiñaba un ojo.

—Pues que no se lo crea mucho. —Ambos se rieron. Sus risas aumentaban mi ira.

Detuve a mi animal, lo giré y me ubiqué frente a ellos.

—Han estado a punto de capturarte a ti y al niño. Si no hubiéramos llegado a encontraros en ese momento, quién sabe lo que hubieran hecho con los dos. Y todo por desobedecerme. ¡Te dije que no salieses de la habitación! Y todavía te lo tomas a broma como si no hubiese pasado nada. —Me dirigía a ella mientras hablaba.

—¡Kimball!, tranquilízate, estás muy nervioso —dijo David.

Me di media vuelta con el caballo, sabía que si no lo hacía estallaría en cólera. Estaba enfadado por la imprudencia de la joven. ¡Me había desobedecido! ¿Es qué no se daba cuenta de lo peligrosa que era su situación? Pero... ¿por qué me afectaba tanto? Estaba enamorado de ella: lo sabía. Y quería a aquel muchacho. Si les pasaba algo a alguno de ellos... Preferí no pensarlo. Me adelanté a todos ellos; necesitaba alejarme y cabalgar en solitario. Tenía que calmarme. Sabía que era el miedo a perderlos el que me había hecho reaccionar así, pero no estaba dispuesto a que aquella mujer hiciese lo que le diese la gana, sin ver las consecuencias que podían traer sus actos.

No sé cuánto tiempo llevábamos cabalgando. David se puso a mi lado.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me dijo.

—¡Es una terca! Hace lo que le viene en gana. ¡Fíjate lo que ha pasado como consecuencia de su idea! ¡A quién se le ocurre pedir agua caliente! ¿De dónde ha salido?

—¡Ja, ja, ja! Pues me recuerda en muchas facetas a alguien...

—¿Qué insinúas?

—¿Tú qué crees? Sois muy iguales, amigo. Ella es orgullosa, cabezota, valiente y no admite órdenes de ningún tipo. ¿A quién te recuerda?

—¡Es una mujer! ¡No puede actuar como un hombre! —dije. Así lo pensaba, su comportamiento no era el de una dama.

—Bueno, ella es una mujer diferente y es tu esposa, si mal no recuerdo. —Se carcajeó.

—Por poco tiempo —respondí.

—Sabes que no. A mí no me engañas. Esa mujer te gusta y, conociéndote cómo te conozco, no la vas a dejar escapar.

Mi amigo me observaba.

—Tenemos que detenernos, están cansados. Sobre todo, el niño —dijo.

Miré para atrás. Tenía razón. Estaba tan enfadado que no había pensado en ellos. Yo estaba acostumbrado a grandes cabalgatas, pero ellos no; además, tenía que liberar a Beth del niño. Lo debía haber llevado conmigo. Habíamos estado cabalgando muchas horas. En ese momento era cuando me daba cuenta de la paliza que suponía para ellos dos. Ambos tenían ojeras. Necesitaban dormir y

descansar. Había sido un bruto y un inconsciente por no haber caído que llevaba a un niño y a una mujer. Nos detuvimos.

Fui a coger a Eamon para bajarle al suelo. Sus manitas estaban heladas. Después ayudé a Beth, que esta vez no se resistió. La cogí de la cintura; tiritaba. Apenas tenía ropa. Sus manos también estaban frías. Había que hacer un fuego con rapidez. David ya se había adelantado. Traía ramas para poner en la lumbre. Me quité la piel de animal que cubría mi cuerpo y se la puse a Beth. Después tapé al niño con otra que tenía sujeta a mi caballo. Se sentaron en unas rocas. Me puse de rodillas para hacer fuego. Este se resistía, ya que la hierba estaba húmeda y aquello dificultaba que se encendiese la fogata. Nos aproximamos todos al calor de las llamas. Repartí el pan que llevaba en la alforja. Les observaba mientras comían. En ese momento decidí que iríamos al castillo de mi tía Lorraine —la hermana de mi madre—. Nos adentraríamos por el valle de páramos de brezos hasta llegar allí. Hacía muchos años que no la visitaba. Mi padre se había enemistado con ella, ya que era una mujer de carácter, viuda, sin hijos, que había heredado tierras y un castillo tras la muerte de su esposo. A pesar de que no sabía el recibimiento que iba a tener, debía intentarlo. El niño y Elizabeth no podrían aguantar el viaje a Tierras Altas sin varios días de descanso para reponer fuerzas. El camino que nos quedaba era difícil y, quizás, el más duro.

Beth me miró.

—Gracias —me dijo.

—¿Por qué? —le respondí.

—Por haberme dado tu abrigo.

David se fue dirección al río y Eamon lo acompañó.

—Perdóname... por mi comportamiento de antes.

—En realidad tienes razón. No debí haber bajado a preguntar a la posadera por el agua caliente. Puse en peligro a Eamon.

—Y tú también te pusiste en peligro. —La miré con interés a sus bonitos ojos negros. Ella bajó el rostro.

—Tienes razón, no sé en qué pensaba.

—¡Vaya!, por fin veo en ti a una dama humilde capaz de reconocer sus faltas.

—Sonreí.

—No te acostumbres mucho, estoy cansada, débil y con pocos reflejos.

Nos adentramos por el páramo de brezos de color púrpura y marrón, de fondo se escuchaban las aguas del río Rye y la suave música que provocaba la brisa rozando las hojas de los árboles.

Contemplé el casillo con sus cuatro torres. Los hombres ya nos habían divisado. Salieron tres a nuestro encuentro.

—¿Quiénes sois? —preguntó uno de ellos.

—Dígale a la señora del castillo que soy su sobrino, Kimball.

XIX

Estaba inquieta. Kimball había entrado solo al interior del castillo. Llevaba mucho tiempo dentro. David no dejaba de caminar de un lado para otro. Eamon y yo lo mirábamos; no entendíamos lo que pasaba.

—¿Se puede saber qué es lo que sucede? —le pregunté a David.

Me miró.

—Kimball tiene muchos asuntos que aclarar con su tía. No está claro que podamos quedarnos aquí.

Su respuesta fue como un jarro de agua fría, ya me había hecho a la idea de que dormiría en una cama. Estaba agotada. No habíamos descansado nada la noche anterior. Necesitaba tumbarme, bañarme o, al menos, asearme; comer algo diferente que no fuese pan o queso. ¡Cómo echaba de menos la tortilla de patatas! La rica paella de los domingos y las jugosas pizzas, e incluso las hamburguesas llenas de grasa. Solo de pensarlo se me hacía agua la boca.

Por fin lo vi aparecer. Aquel guerrero, tan bruto, grande y muy atractivo me estaba robando el corazón. Deseaba que me abrazase y sentir su cuerpo, su mirada y sobre todo sus besos, aunque no quería que él lo notase. Tenía que tratar de ocultar mis sentimientos a toda costa, ya que él era del tipo de hombre que no se comprometía con una mujer, sino con una causa, con una guerra por honor y principios. El amor era secundario. Era una sociedad muy machista, algo que aborrecía. Aunque de él me encantaba su afán por protegerme, a pesar de que en muchas ocasiones me molestaba.

Lo acompañaba una mujer alta y fuerte. Llevaba un vestido sobrio que la tapaba hasta el cuello, de lana, color negro, largo y plegado; para mí, bastante incómodo. Su pelo gris estaba recogido y tapado con una caperuza del mismo color que no la favorecía nada. Observé a Kimball. Estaba molesto.

—¿Es ella? —dijo la mujer y.

—Sí, ella es Elizabeth, mi esposa —respondió Kimball.

Se puso frente a mí.

—Tiene un aspecto deplorable, Kimball. Impropio de una dama y menos de la esposa del conde de Essex.

Me estaban enfadando sus comentarios. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por morderme la lengua y no responder. Debía controlar mis impulsos.

—Ya te he dicho que nos dirigimos a las Tierras Altas, donde vive la familia de Elizabeth. En el recorrido hemos tenido un contratiempo —respondió Kimball.

—Muy bien, podéis quedaros. —Me miró de arriba abajo—. Ordenaré que os preparen un baño de agua caliente y algo de ropa limpia. —Se dio media vuelta y se alejó.

—Amigo, vaya tía que tienes. —David se carcajeó ante la visión de Lorraine.

—Sí, es muy especial, pero al menos nos va a dejar quedarnos unos días. Lo necesitamos.

Ya no escuchaba; solo pensaba en aquel baño y en dormir en una cama. Eamon me agarró con fuerza la mano.

—¿Nos quedamos? —me dijo el niño mediante gestos.

—Sí pequeñajo, nos quedamos —dijo Kimball mientras le regalaba una bonita sonrisa y lo cogía en brazos y lo ponía sobre sus hombros. Vamos para adentro. —Me miró.

Allí estaba una doncella con una vestimenta tan sobria como la de su ama.

—Por favor, acompáñenme —dijo la joven.

Fue mostrando a cada uno sus habitaciones. Los últimos fuimos Kimball y yo.

—Esta es su habitación. —Abrió la puerta y se marchó.

Me quedé petrificada. ¡Iba a dormir con aquel hombre!

—¿Y mi habitación? —le dije.

—Es esta. —Cruzó sus brazos sobre su pecho y se apoyó sobre la pared, sonriendo ante la situación—. Eres mi esposa, querida. Mi tía no entiende que durmamos en habitaciones separadas.

—¡Pues vaya! —refunfuñé mientras entraba en el aposento.

Era siniestra, como la dueña. Las cortinas tupidas y de color negro. La cama pequeña, en mi opinión, para que durmiesen dos personas y una de ellas fuerte y

bastante alta como Kimball. La bañera de madera estaba en la propia habitación, en un rincón.

—Tienes que marcharte, Kimball. No pensarás que me voy a bañar contigo en la habitación.

—¡Ja, ja, ja! —. Pues no estaría nada mal, recuerda que eres mi esposa.

—Sí, pero pronto dejaré de serlo. Fue un trato. ¿Lo recuerdas?

Se aproximó a mí haciéndome retroceder hasta que topé con la pared. ¡Dios mío, qué guapo era! Sus bonitos ojos verdes estaban fijos en mis pupilas. Mirándome de esa forma sentía que todo mi cuerpo y mis sentidos se doblaban ante él. Acercó su rostro al mío. Su mirada se centró en mi boca. Sentía como mis pulsaciones se aceleraban.

Sujetó mi rostro con suavidad con sus manos y me besó. Sus labios acariciaban los míos mientras los retenía entre los suyos, con lentitud. Todo mi cuerpo reclamaba esas sensaciones. Entonces él se detuvo y sonrió. Me había quedado sin aliento. Nadie me había hecho sentir tanto con un beso como aquel hombre que tenía ante mí. Mi respiración era agitada; no articulaba palabra alguna.

—Sí, un trato. Me acuerdo perfectamente —dijo con una odiosa mueca que no se retiraba de su rostro—. Te dejo tranquila para que te des ese baño.

Se alejó y me dejó ahí, sin poder moverme ni reaccionar. Quería odiarlo por tener ese poder sobre mí, pero lo único que deseaba era estar entre sus brazos y decirle que me estaba enamorando perdidamente de él.

Me introduje en las aguas templadas de aquella bañera rudimentaria, pero que en ese momento para mí suponía un auténtico lujo. Tocaron a la puerta. Era la doncella que nos había guiado hasta la habitación.

—Disculpe. La señora me ha ordenado que recoja su ropa y le de estas.

—¿Mi ropa? ¿Para qué?

—Están muy sucias, señorita. Se las lavaremos.

Miré aquel vestido negro. De solo verlo me daban ganas de cortarlo para que tuviera más escote. Pero tenía razón, mi vestido estaba sucio.

—Le ayudaré a bañarse.

—No gracias... ¿Cuál es tu nombre?

—Babette.

—Babette, no necesito ayuda, gracias.

La joven cogió mi vestido. Hizo una pequeña reverencia. Se marchó.

Mis pantorrillas quedaban fuera, pero no me importaba. No me sentía incómoda; era todo un lujo. Saqué más mis piernas para poder meter la cabeza por completo bajo el agua y mojar mi pelo. Cogí el jabón que había depositado al lado de la bañera en una pequeña mesa redonda. Era de color canela. Al tocarlo se escurría de las manos. Acostumbrada al olor de los jabones que solía utilizar, aquél no olía bien, pero no era momento de andar con remilgos. Froté mi pelo con este hasta hacer espuma, después todo mi cuerpo. Me encontraba en la gloria. Cerré los ojos. No sé cuánto tiempo pasó. Escuché unos ligeros pasos por el pasillo hasta detenerse frente a mi puerta. Tocaron con timidez y esta se abrió. Era Babette.

—Disculpe, señorita. El señor me ha indicado que le diga que en breve subirá a la habitación.

—Muchas gracias. —Esperaba que la joven se marchara, pero ahí se quedó—. Puedes marcharte.

Volvió a inclinarse. Aquello me hacía gracia. ¿Cuándo despertaría? Eamon había hablado de que yo era la elegida para dar con la taza que escondió José de Arimatea y que la clave estaba en mi cruz. La observé. Mi abuela me la había puesto cuando nací y siempre la había llevado puesta. Ella jamás había comentado nada al respecto a excepción de una ocasión. «¡Es verdad!», dije en voz alta. ¿Cómo se me podía haber olvidado? Tendría quince años. Como todos los veranos, habíamos ido a la casa que tenía mi abuela en Comillas frente al mar. Mis padres estaban de viaje. Nos habíamos ido a pasear por la playa. Nos habíamos descalzado. Hubo algo que nunca entendí. Recordaba que me había preguntado qué quería ser de mayor. Yo entonces ya lo tenía muy claro, siempre me había gustado ser enfermera y así se lo dije. Ella se había quedado mirándome sin apenas pestañear.

—Cariño, la vida te deparará una importante prueba que tendrás que superar.

Todavía tienes mucho recorrido, pero ese día llegará, y cuando sea el momento... —En ese instante una amiga de mi abuela nos había interrumpido. Se había acercado al lugar donde estábamos nosotras, no la había dejado terminar—. Prométeme que siempre confiarás en ti y en la cruz que llevas puesta. En ella estará la respuesta.

En aquel momento, esa conversación me había dejado intrigada, no sabía qué era lo que me había querido decir mi abuela. Ese verano no había vuelto a estar a solas con ella, y pocos meses después había fallecido.

Quizás, por algún motivo que no logré entender, ella tuvo alguna visión. Me iba a volver loca. Hasta hacía poco estaba en Londres. Después había visto a alguien en la acera de enfrente. Me había pillado un coche y, cuando había abierto los ojos y me había despertado, me había encontrado en otra época, donde me perseguía un odioso hombre, me había casado con otro, me habían dicho que era la elegida para no sabía qué y, lo peor de todo, era que estaba enamorada de un rudo sajón feudal.

Tenía entre mis manos ese vestido. Me quedaba enorme. Cogí una cuerda que hacía las veces de cinturón y me lo ceñí a mi cintura. Estaba horrenda. Me hice una trenza. Entró la doncella.

—¿Necesita mi ayuda, señorita?

—Sí, por favor, abróchame los botones.

Me di la vuelta, y ella se acercó.

—Ya lo hago yo, Babette. Dile a mi tía que ahora bajamos a comer —dijo Kimball.

No lo había escuchado entrar. No me giré; esperé. Sabía que mi rostro y la expresión de mis ojos me delatarían. Averiguaría mis sentimientos.

Escuché cómo se cerraba la puerta de la habitación. Lo sentía muy próximo. Notaba su respiración y su presencia. Sus manos empezaron a abotonarme el vestido, despacio, con gran maestría. Sentía la suave yema de sus dedos rozar mi carne. Ese simple contacto provocó un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Llegó hasta la mitad de la espalda y ahí se detuvo. Sentí cómo sus manos me acariciaban suave y despacio cada uno de mis omoplatos. «¡Dios mío, que no siga!», pensé. Apenas podía articular palabra. La respuesta a sus caricias fue un

estremecimiento de placer, algo que él debió notar. Reaccioné, aquello no debía pasar.

—¡Por favor, Kimball, termina ya!

—Créeme que lo intento, pero la tentación es mucho más fuerte.

Me giró, me estrechó entre sus brazos y me besó. Fui incapaz de contenerme, correspondía a cada uno de ellos de la misma manera que él. Tocaron a la puerta, lo aparté. Era Eamon. El niño entró y observó.

—No lo vuelvas a hacer —le susurré.

—Estás deseándolo, bella dama. —Me sonrió. Terminó de abrocharme el vestido dándome un beso en el cuello. Me di la vuelta y le regalé una mirada de desaprobación, lo que provocó una carcajada en él.

Eamon nos miraba. El niño no entendía nada.

—¿Qué te pasa? —me preguntó con gestos.

—Nuestra querida Beth se esfuerza en reprimir sus sentimientos, eso es lo que le pasa. ¡Ja, ja, ja! —dijo Kimball.

—No le hagas caso. ¡Vamos a dejar a este bárbaro solo! —. Aquel comentario provocó otra gran risotada de él.

Kimball se marchó con una sonrisa dibujada en su rostro.

Cuando bajé, ya estaban todos esperándome en la mesa. Kimball al verme se levantó, retiró la silla en la que me iba a sentar y se posicionó frente a mí. Eamon estaba a mi lado y David al lado de Kimball. Presidiendo la mesa estaba su tía Lorraine, quien nos miraba seria, sin apenas pestañear. Mi caballero no me quitaba ojo.

—¿Te has perdido, querida? Te has demorado mucho en bajar —dijo su tía.

—No, no me he perdido, aunque si llegaba a saber que estaban sin comer por mi culpa, créame que hubiese bajado antes. —Aquella mujer, a pesar de que no la conocía, me irritaba.

—Creo que es algo obvio —respondió.

—Pues para mí, créame que no hay nada obvio.

En ese momento Kimball se carcajeó, después lo siguió David. Su tía los

fulminó con la mirada.

—No sé qué te hace tanta gracia, sobrino. Tu esposa tiene mucho que aprender sobre el comportamiento de una dama.

Me mordí la lengua; deseaba contestarle. Bien sabía Dios el esfuerzo que hacía para no enfrentarme con ella, pero sabía que no debía hacerlo. Kimball respondió por mí.

—A mí me gusta que sea así —dijo mientras clavaba sus pupilas en las mías. Me sonrió y yo le respondí con el mismo gesto.

—Pues después no te quejes, sobrino.

—No creo que lo haga, Lorraine —respondió él.

La conversación dio un giro y se centró en al rey Ricardo.

—Después de llevar a mi esposa, he de partir para liberar a mi rey —dijo Kimball.

Aquello me entristeció. Debía sentirme aliviada si él se alejaba de mi lado, pero no era así, estaba enamorada de ese hombre y no quería barajar la idea de separarme de él.

Después de ese comentario lo miré. Debió notar la angustia en mis ojos.

—He de ir; me debo a mi rey. —Fue más bien una respuesta hacia mí que hacia el resto de comensales.

—Y yo te acompañaré, amigo —respondió David.

Fue como un jarro de agua fría. Me mortificaba el hecho de no volver a ver más a ese hombre. Debía centrarme más en mi objetivo que en los sentimientos que él despertaba en mí, intentar dar respuestas a todo lo que me estaba sucediendo. Tenía que seguir mi camino, ir a la isla Maree y descubrir si ese lugar era donde estaba la llave para regresar a mi mundo. «¡Dios mío, ayúdame!», pensé.

—Mañana es el día de san Jorge, lleno de festejos. Me alegra que lo paséis conmigo —dijo su tía.

—Pero... ¡Debemos continuar con nuestro camino! —dije mirando a Kimball.

—Nos vamos a quedar un día más —respondió con rotundidad.

—Necesito llegar cuanto antes a casa de mi abuelo, lo sabes. — Estaba enfadada. No había consultado esa decisión conmigo.

—Y todos necesitamos descansar. Si no, caeremos enfermos, empezando por Eamon y después por ti.

—Por mí me preocupo yo; no hace falta que lo haga nadie más. —Fui un poco brusca en mi respuesta. Él me miró con furia, se estaba conteniendo.

—¡He dicho que no nos vamos! La decisión ya está tomada, no hay más que hablar.

David y Eamon nos miraban atónitos. Su tía seguía comiendo como si la discusión no estuviera teniendo lugar.

—Es bueno saber que no vas a tener en cuenta más opiniones que la tuya.

No podía con situaciones tan machistas, entendía que estaba en otra época, pero no podía soportar aquello; era superior a mí. Siempre me había defendido de hombres así, ya que a pesar de la época en la que vivía seguía habiendo expresiones y comportamientos machistas tanto en hombres como en mujeres.

—Querida, el marido siempre es el que toma las decisiones por nosotras, y la mujer debe asumirlas sin protestar —dijo Lorraine.

Aquel comentario fue el remate para que toda mi ira estallase. Era muy visceral y no lo podía controlar.

—Yo soy distinta al resto de las mujeres de este lugar. Sus costumbres son diferentes a las mías. Y mi opinión vale tanto como la de un hombre. Ahora si me disculpan. —Me levanté y me marché hacia mi habitación.

—Kimball, tu mujer merece un escarmiento. Ningún hombre permitiría que su esposa le hablase así. Esto te puede traer problemas. Tienes que castigarla —dijo su tía.

Esa última frase de su tía fue la gota que colmó el vaso. «Lo que me faltaba por oír», pensé.

Subí con rapidez las escaleras, entré en la habitación y cerré la puerta. Mis ojos se centraron en la cama. Ese hombre... ¿no pensaría acostarse en la misma cama? No lo permitiría. Escuché cómo subían las escaleras a grandes zancadas, con pisadas fuertes. La puerta se abrió con brusquedad: era Kimball, quien la cerró de un portazo. Su rostro reflejaba ira. Estaba muy enfadado, pero yo no

estaba dispuesta a acobardarme; defendería mi condición de mujer y el respeto que me merecía. Me miró con rabia. Se quitó su casaca y la dejó sobre la silla que había próxima a la puerta.

—¿Qué te pasa, mujer? —gritó—. No entiendo esa reacción tuya. ¡No vuelvas a llevarme la contraria en público!

—Lo haré siempre que piense otra cosa diferente —le dije con rotundidad.

Kimball se acercó a mí. Yo fui retrocediendo hasta toparme con la pared. Estaba acorralada. Él se encontraba muy próximo a mí, con su rostro encendido de la irritación.

—¡No!, ¡eres mi mujer y no te lo permito!

—¿No me lo permites? No me conoces bien. No te confundas: ni soy tu mujer, ya que como tú muy bien has dicho es un trato que terminará cuando me dejes con mi abuelo, ni tengo miedo a tus amenazas.

—Una mujer no se comporta así.

—¿Me vas a castigar por ello? —le dije enojada—. ¡Ni te atrevas, te lo advierto!

Aproximó su rostro al mío.

—Sí, quizás es lo que te merezcas— me dijo clavando sus pupilas sobre las mías.

—Ni lo pienses —le reté con la mirada.

En ese momento cogió mi rostro con sus dos manos y me besó. Intenté apartarlo, pero una de sus manos se movió para inmovilizar mis brazos, los que sujetaba tras mi espalda, y con la otra me aproximó a su cuerpo mientras me besaba con pasión. Yo intentaba defenderme, pero era una batalla perdida; además, mi corazón no quería resistirse más; mi cuerpo reclamaba cada vez más sus caricias. Sus besos me embriagaban por completo. Retenía mis labios entre los suyos en un juego imparable. El levantó el rostro y me miró.

—Creo que es hora de que haga las funciones de esposo y tome lo que es mío y me pertenece.

—Si lo haces, te mataré —le dije, pero en realidad era lo que más deseaba, estar entre sus brazos. No quería apartarme de él ni que él se detuviese. Nadie me había besado como aquel hombre ni nunca había sentido lo que sentía al

rozar sus labios con los míos. Sin hacer caso a lo que le acababa de decir, me cogió en brazos y me tumbó sobre la cama. No me dio ni tiempo a escabullirme, ya que cuando quise reaccionar él estaba sobre mí, besándome y acariciando el contorno de mi cuerpo con sus manos. Me abandoné entre sus brazos y sus besos. Le respondía a cada caricia suya con la misma pasión que lo hacía él. Sus manos empezaron a desabrocharme el vestido hasta que pudo desprenderme de él por completo tirándolo al suelo. Él se quitó la ropa con gran agilidad. Bajó su rostro y antes de besarme susurró:

—Entonces... ¿me vas a matar?

—Sí, te mataré —Ante mi respuesta él sonrió.

Sin dejar que continuase hablando me silenció con un beso. Lo deseaba, sus manos acariciaban mis pechos para continuar deleitándose con mis muslos. El deseo y la pasión eran irrefrenables. Lo correspondía y deseaba sentir cada caricia y roce con su piel. No quería que se detuviera. Una oleada de placer convulsionó mi cuerpo, me dejó sin habla. Nos unimos el uno al otro, una necesidad que ambos reclamábamos con anhelo. El placer embriagó todo mi cuerpo dejándome una sensación de paz y bienestar. Él se tumbó a mi lado y me abrazó mientras sus labios rozaban mi mejilla.

—Me vas a volver loco, Beth —susurró.

Me quedé dormida entre sus brazos.

XX

La observaba mientras dormía. ¡Qué bella era! ¿Qué iba a hacer? Me había enamorado de esa mujer. No estaba dispuesto a renunciar a que fuese mi esposa. Me sentía culpable de haberme dejado llevar por mi deseo de tenerla. No podía perdonarme el haberla llevado a entregarse a mí. Yo, que siempre había castigado a los que forzaban a las mujeres, acababa de hacerlo con ella, la mujer que me había robado el corazón. ¿Cómo podía haber actuado así? La ira, quizás. No podía dormir. Me levanté y vestí. La contemplé desnuda en la cama: era preciosa. La tapé. Le di un beso en sus dulces labios y me fui a la torre. Allí había subido alguna vez de pequeño cuando visitaba a mi tía. Necesitaba pensar con claridad.

Me sorprendí al ver a David. Me senté a su lado y respiré con profundidad.

—¿Tampoco puedes dormir? —me dijo sin mirarme.

—No.

—Esa mujer te ha robado el corazón. ¿Me equivoco? —Me miró.

—No te equivocas. Estoy enamorado de ella; no entiendo cómo ha podido pasar.

—¡Kimball! El amor no se puede controlar.

—Ella no siente lo mismo por mí; además, dudo que lo pueda sentir alguna vez. He tenido un comportamiento de un bruto autoritario.

—¡Ja, ja, ja! Pues ella no se queda atrás. Sois iguales, amigo. A esa mujer hay que pararle los pies. ¿De dónde ha salido?

—No lo sé, la verdad. —Nos carcajamos— Pero estoy perdido por esos ojos, esa boca...

—Ella también siente lo mismo, lo sé, amigo; conozco muy bien a las mujeres.

—Eso no lo dudo, pero en esta ocasión te equivocas.

—¡Qué ciego estás!

Permanecimos en silencio.

—Cuando los dejemos a salvo en las tierras de su familia, ¿dónde iremos?

—A tierras germanas, a Dürnstein. Allí nos uniremos a los hombres de Robert. Él ya ha partido. Estoy convencido que su hermano Juan, tras enterarse de su cautiverio, habrá escrito a Enrique VI para que lo mantenga retenido, a ambos les interesa que sea así.

—Sí, Juan mantiene asegurado su reinado, y a Enrique le interesa más lidiar con Juan, a quien puede manejar mejor.

Me tapé el rostro con ambas manos.

—¿Qué te pasa, Kimball? Nunca te he visto así, tan preocupado. ¿Es por la mujer?

Lo miré.

—Es por todo. Cuando partimos, Bejira me dijo que tenía que proteger con mi vida a ella y al niño. No me dijo más. Pero... ¿qué sabía Bejira de ella? Estaba intranquila. Me dijo que ya lo sabría en su momento. Luego está ella, me he enamorado de esa mujer.

—¡Ja, ja, ja! Quién lo iba a pensar: ¡Kimball, enamorado!

—Sí, no lo puedo negar, hay algo en ella que me hace sentir diferente. Estoy dispuesto a morir si fuera necesario por esa mujer y por el niño. Daría mi vida por ellos. Y luego está el muchacho, sé que él es importante para Alexander, pero no sé por qué. Tantas incógnitas me hacen sentir vulnerable, necesito saber por qué los persiguen, qué quieren de ellos. Así me resultaría más fácil protegerlos, pero ella no confía en mí, y ahora mucho menos. Me debe ver como un bárbaro.

—Tu fierecilla necesita a un bárbaro como tú. —Sonrió—. Nunca es tarde para enmendarlo, amigo.

Eamon estaba despierto desde muy temprano. Lo cogí entre mis brazos y le hice unas cuantas cosquillas mientras le revolvía el pelo.

—¿Seguimos con nuestras clases de lucha? —El niño asintió.

Estuve enseñándole cómo utilizar la espada, era importante que el niño

empezase a defenderse. Quería hacer de él un guerrero, era ágil y rápido. En la lejanía vi a Elizabeth. Antes de que nos divisase debía ir al jardín a cortar una de las rosas rojas que cultivaba mi tía. Eamon y yo nos escabullimos. Tenía que ser la flor más bonita. El niño y yo coincidimos en una, y la corté. Salimos del jardín. Ella estaba hablando con David.

—Eamon, tienes que hacerme un favor. —El niño asintió—. Llévale esta flor a nuestra dama. Hoy se la tiene que poner, es san Jorge.

El niño se marchó. Le dio la rosa y ella lo besó y le acarició el pelo. Entonces el muchacho me señaló, ella se quedó mirándome y vino hacia donde yo estaba mientras David se llevaba a Eamon a las cuerdas para ir a los festejos del día de san Jorge. Se puso frente a mí. Deseaba rodearla con mis brazos y besarla.

—Gracias, Kimball, es muy bonita —me dijo.

—Como la mujer que la porta. —La cogí de las manos y la traje hacia mi pecho. Ayer... me comporté como un bárbaro.

—La verdad que sí, fuiste un auténtico bruto. —En ese momento se soltó de mis manos y me desenvainó mi espada—. Y prometí matarte. —Sus ojos brillaban mientras me apuntaba con la espada en el estómago—. Pero no lo voy a hacer porque, a pesar de ser un bárbaro y un bruto, no te mereces morir.

Le quité la espada y me la guardé. La atraje hacia mí y la rodeé con mis brazos.

—¿Y se puede saber qué es lo que te ha hecho cambiar de idea?

—Eso tendrás que averiguarlo. —Me revolvió el pelo con sus dedos. Aquel gesto descarado me sorprendió y me gustó.

—Me divierten los retos; lo descubriré. —La besé; lo deseaba, necesitaba tenerla junto a mí, sentir la suavidad de sus labios.

Me aparté y la miré con intensidad a los ojos. Ella acarició mi mejilla.

—¿No me tenías que llevar a una fiesta? —preguntó.

—Sí, pero ahora no me apetece ir.

Tiró de mí. La observaba mientras caminaba.

—Nunca has montado en caballo, ¿verdad? —la interpeleé.

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo fijarme en cómo andas, sé que es porque te duele tu...

—Vale, vale, no sigas. Tienes razón.

—Eres un misterio, mi preciosa dama. ¿Quién eres, Beth?

—No entiendo qué quieres decir.

Le relaté lo que me había dicho Bejira de ella y del muchacho. No podía esperar más; necesitaba saber. Estaba sorprendida.

—¿Qué es lo que pasa, Beth? Creo que te he demostrado que puedes confiar en mí.

—No es eso, Kimball, claro que confío en ti. Lo que ocurre es que ni yo misma lo sé. Esta cruz... lleva grabada la estrella de David y es la clave de algo que desconozco y no entiendo.

—¿Y el niño? —le pregunté.

—Él representa algo que todos quieren. Es el guardián del santo Cáliz y, según él, yo soy la elegida para descubrir dónde está escondido.

Detuve el caballo.

—¿Sabes lo que estás diciendo? El santo Grial es buscado desde tiempos inmemorables. Dicen que quien lo posea tendrá el poder absoluto sobre nuestro territorio.

—Por lo que me ha dicho el niño, está en una ermita en Glastonbury. El mismo José de Arimatea lo escondió allí.

—¿Y por qué quieres ir a las Tierras Altas?

—Debo ir antes allí. Sé que hasta que no me reencuentre con mi pasado no sabré qué es lo que hago aquí.

Eamon y David nos esperaban en las cuadras junto con Lorraine.

—El niño viene conmigo —dijo David

—Vamos a llegar tarde a la celebración religiosa —dijo mi tía. Ella también esperaba, impaciente, anhelando el momento de marchar hacia el lugar donde tendrían lugar los festejos.

—¿Celebración religiosa? ¿Hacia dónde vamos? —dijo Beth extrañada.

La miré sorprendido ante aquel comentario.

—A Strenoeshalh —dije.

—Toma este velo. —Mi tía se lo dio. Beth lo miró y lo puso en su regazo.

—Tienes que ir a mi lado, tras los hombres —le dijo mi tía.

¿Qué la pasaba? Era como si estuviese dispuesta a desagradar a mi tía con su actitud de desobediencia.

David me observaba. Sonreía.

—¿De qué te ríes?

—De nada, nada. ¿Quién te ha visto y quién te ve? ¿Una rosa, Kimball?

Cogí las riendas de mi caballo y empecé a cabalgar.

—¡Kimball! —dijo mi amigo.

—Menos charla, David, que no vamos a llegar a la celebración.

Nos acercábamos a la abadía. Su arquitectura era inconfundible. El fuerte viento nos impedía avanzar más rápido. Estaba situada sobre los acantilados del mar del Norte. Dejamos los caballos bien amarrados a unos árboles. Elizabeth miraba hipnotizada la construcción.

—¡Impresiona! ¿Verdad? —le dije.

—¡Es preciosa!

Tiene un lugar estratégico. Eso sí, soporta las fuertes corrientes de aire como consecuencia de ser un mirador en el horizonte del mar del Norte. De ahí sus grandes contrafuertes.

—¿Qué orden vive aquí?

—Son benedictinos. Hoy oficia la misa el obispo.

—Querida, ponte el velo y vamos por la puerta de la izquierda, las mujeres entramos por ahí.

Beth me miró. A veces tenía la sensación de que todo era nuevo y desconcertante para ella. Cogí a Eamon de la manita y fuimos los tres por la puerta de la derecha. Se escuchaba la fuerza con la que las olas rompían sobre la roca del acantilado.

En el interior estaba la estatua de san Jorge en un lateral del altar. A sus pies había muchas rosas rojas. Nos posicionamos en los primeros bancos de la

derecha. Beth estaba al lado de mi tía. Con esa ropa estaba irreconocible. No se parecía a la mujer que había tenido entre mis brazos la noche anterior. Empezaron a entrar los campesinos y se ubicaron en los últimos bancos.

El obispo entró al altar, se posicionó de espaldas a nosotros, bajó su rostro y besó el altar. Comenzó la ceremonia en latín.

XXI

No dejaba de observar las altas columnas y los contrafuertes. Aquella arquitectura era impresionante. El interior oscuro y frío estaba iluminado con antorchas y perfumado con el olor de las rosas que estaban en casi toda la planta. Estaba entusiasmada de poder vivir aquella experiencia. Observé con disimulo detrás de mí. Allí estaban los campesinos, me sorprendí, ya que me pareció ver entre las mujeres a Adila, la joven judía que nos había acompañado desde Sherwood con el fraile John y su marido Abir, quienes habían desaparecido sin dejar rastro. Aquello me inquietó, hubiese jurado que era ella, pero no pude cerciorarme. Lorraine me dio un codazo para que me estuviese quieta. No soportaba a esa mujer.

—¡Descarada! ¿Cómo una dama de tu categoría, esposa del conde de Essex, osa mirar hacia atrás? No deberías observar a los campesinos. Siempre la mirada hacia adelante, con el mentón bien alto —susurró.

Busqué a Kimball y me encontré con su mirada, me sonrió y después miró al frente. Amaba a aquel hombre, al igual que a aquél que aparecía en mi sueño. Lo que sentía por él era lo mismo que sentía por Kimball. El roce con su mano, su mirada con sus penetrantes ojos verdes, su presencia. Todo en él me aceleraba el pulso. Eamon también me miró. Levanté la mano a modo de saludo.

—¡Por favor!, compórtese, está llamando la atención.

Preferí no responderle, ni siquiera regalarle una mirada.

La ceremonia religiosa duró más de una hora, creí que me iba a dar algo. Toda en latín.

Me fijé a ver si veía a Adila y confirmaba que era ella, pero no la encontré. Quizás me lo hubiera imaginado. A la salida de la abadía se había organizado una gran celebración desde la colina, donde esta estaba ubicada, hasta la playa. Juegos, música, tiro al arco y viandas, todas ellas muy apetecibles. Los campesinos organizaban su propia fiesta en la playa. Había una gran fogata. Los hombres estaban separados de las mujeres.

La música comenzó a sonar. Los caballeros, todos ellos hombres rudos, de mirada dura y rostros curtidos, seleccionaban a su dama y bailaban una danza con pasos repetitivos. Vi que Kimball me observaba. David le hablaba, pero él no apartaba su vista de mí. Le dijo algo en el odio a Eamon, el niño empezó a aplaudir. Kimball se incorporó, se acercó hacia donde yo estaba. Solo pensar en la idea de que me iba a sacar a bailar me hacía temblar.

—Me permites, Beth —dijo ofreciendo su mano.

—No —dije. Él se quedó serio sin entender mi respuesta—. Sabes que no sé bailar.

—¡Ah, es eso! —Sonrió—. Y ya sabes que yo soy tu maestro. Estoy acostumbrado a tus pisotones. —Me guiñó un ojo.

Agarró mi mano y nos posicionamos al lado de otra pareja. Se había formado una fila: los hombres frente a las mujeres. La música era sosa, muy diferente a la que se escuchaba en la playa. Kimball me guiaba. Un paso para adelante, otro para atrás y media vuelta. Así varias veces.

—Me gusta donde te has colocado mi rosa.

Había optado por ponérmela detrás de la oreja. Observé a mi alrededor y me sorprendí al comprobar que el resto de mujeres la llevaban en la mano.

—Soy diferente.

—Eso ya lo he notado. —Le hizo gracia mi respuesta.

La música finalizó, una pieza muy breve. Me rodeó la cintura con su brazo derecho y me atrajo hacia él.

—Me has robado el corazón —me susurró en el oído. Dicho esto, se alejó hacia la zona de los hombres.

Me hubiese gustado besarlo tras oír esas palabras, pero no me dio tiempo. ¿Por qué no podía ir junto a él? No quería estar separada de ese hombre.

Lo observaba evitando que él se diese cuenta de mi descarro, aunque él también lo hacía. Nuestras miradas coincidían, y sentía cómo sus pupilas se clavaban en las mías.

—¿Qué estás haciendo aquí, jovencita? Tienes que venir con las damas. Ha llegado el momento —me dijo Lorraine.

—¿El momento? ¿De qué? —le pregunté.

—Es una tradición: se tapa a los hombres casaderos y recién casados los ojos al igual que a sus parejas. Aquellos que tarden menos tiempo en encontrarse son los ganadores. Ellos van a caballo y tienen que coger a la mujer de la cintura y ponerla en el lomo de su animal. Si coincide con su esposa o prometida, esa pareja gana.

—Pero... ¡es peligroso! ¡Vaya jueguito!

—Tranquila, con mi sobrino no tienes que temer, él es un experto. Lleva entrenándose en estas artes desde que era un muchacho.

—¡No entiendo nada! A mí no me gusta ser el centro de atención. Esto no tiene sentido.

—Querida, no te queda más remedio.

—No lo voy a hacer. ¡No se da cuenta de que me puede patear con el caballo y matar!

—No digo que no, pero él no lo permitirá. Se ve a legua que está enamorado de ti y, la verdad, no sé cómo ha podido suceder porque, sin intención de herirte, he de confesar que me pareces una mujer muy extraña, podría decir que hasta una farsante. No tienes modales de una dama ni conoces nuestras costumbres. ¡Fíjate donde te has colocado la rosa!

—Pues a su sobrino le debe gustar que yo sea así.

Aquella mujer lograba herirme y enfadarme. Varias muchachas me acorralaron. Busqué con la mirada a Kimball, sus ojos estaban fijos en las míos, movió los labios. Repetí lo que decía: «Confía en mí». Pero no pude sonreírle. No es que no confiase en él, es que me parecía un juego salvaje. Kimball se acercó a pie hacia donde estaba, sujetaba las riendas del caballo.

—¿Tienes miedo?

—Sí, estoy asustada. Este juego es peligroso.

—Es una representación. San Jorge salvó a la princesa del dragón. Nos tapan los ojos como símbolo de la oscuridad y del miedo a morir.

—¡Qué divertido!

—¿Confías en mí? —Volvió a preguntarme mientras clavaba sus bonitos ojos

verdes en los míos.

—Sí, confío en ti.

Me sonrió, me atrajo hacia él y me besó.

—No te muevas. —Me guiñó un ojo.

Mi corazón latía con celeridad. Aquel beso me había puesto aún más nerviosa.

Me cubrieron los ojos, al igual que a las otras dos jóvenes. Nos pusieron separadas las unas de las otras. Escuché el repicar de tambores, los gritos y a los caballos trotar. Permanecí quieta, aunque tuve la tentación de quitarme aquella cinta y huir de ese lugar. Mientras pensaba aquello y el pánico se apoderaba de mí, noté como sujetaban con fuerza mi cintura y me elevaban con decisión hasta posicionarme en el lomo del caballo, era él. Empecé a escuchar aclamaciones. Kimball detuvo a su animal y me apartó el pañuelo de los ojos. Estaba temblando.

—¿Estás bien?

—¿Qué si estoy bien? Estoy asustada, temblando.

—¡Ja, ja, ja! Te dije que confiaras en mí: soy un experto.

—¡Ya! Te dedicas a coger a damas de esa forma la mayor parte de tu tiempo con los ojos tapados. ¡Vaya diversión la tuya! —dije molesta.

Se carcajeó.

—Hemos ganado —dijo.

—¿Y eso que significa? —pregunté.

Kimball bajó de un salto del caballo. Después, sin darme tiempo a reaccionar, me rodeó la cintura y me posicionó a su lado. Nos pusieron unos collares de guirnaldas de flores. Kimball me miró, me cogió el rostro entre sus manos, se quedó unos segundos mirándome y me besó con ternura. Después nos apartaron y nos obligaron a que bailáramos una danza entrecruzándonos unos con otros. ¡Menos mal que el baile era fácil! Estaba mareada. Quería estar con él, pero en el momento que estábamos juntos nos separaban, hasta que por fin aquella danza finalizó. A Kimball le dieron a beber cerveza. Se aproximó a mí.

—Ahora nos tenemos que acercar al obispo, junto a la imagen de san Jorge, él

nos bendecirá.

—¡Qué divertido! —dije con ironía.

—No protestes tanto —respondió mientras me rodeaba con fuerza la cintura y me besaba el cuello.

Llegamos al lugar donde estaba el obispo. Era gordo, calvo, con nariz aguileña y mirada fría.

—¡Levantad las manos! —ordenó.

Kimball obedeció, la suya agarraba con fuerza la mía. El obispo puso su mano sobre las nuestras y dijo una oración en latín. Kimball las bajó. Escuché que la música sonaba otra vez. Nos íbamos a dar media vuelta cuando el sacerdote me detuvo interrumpiéndonos el paso. Cogió con sus manos mi cruz. Por el trajín de aquel juego absurdo se había salido del interior del vestido. Se quedó mirando la parte de atrás, la cruz de David, y después me miró.

—¿Cómo se llama? —me preguntó.

Kimball respondió por mí.

—Es mi esposa, Elizabeth, ahora condesa de Essex.

Me miró con atención y se alejó. Sentí un escalofrío ante aquella mirada.

—¿Cómo es que llevas esa estrella detrás de la cruz? —me dijo Kimball, serio.

—Es un regalo... de nacimiento. —No podía decirle que me lo dio mi abuela.

—¿Sabes lo que significa?

—No mucho, la verdad.

—La estrella de David identifica al pueblo judío. Pero llevar detrás de la cruz de Cristo la estrella es una ofensa para la Iglesia católica. Está habiendo muchos asesinatos de animales y de personas. Se han hecho rituales con sus cuerpos; han aparecido sin corazón y alguno de sus órganos han sido extraídos. Eso es un sacrilegio; abrir un cuerpo es brujería; además, en algunos de ellos estaba dibujada la cruz de David. De ahí que haya tantas persecuciones a los judíos, aparte de culparlos por todas las epidemias y enfermedades que asolan al país.

—¿Tú no creerás eso?

—¡No!, pero poco importa lo que yo piense. La inquisición persigue a todo

hombre y mujer de los que sospechen que hace brujería. Y el obispo se ha fijado en tu cruz y ha preguntado tu nombre. Debemos marcharnos lo antes posible de aquí. Hoy, de madrugada, partiremos.

—Pero... ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Me preguntas por qué? Beth, ¿en qué mundo vives?

—Si yo te contara... —susurré.

—¿Cómo? —Arqueó las cejas—. Si no nos vamos hoy de madrugada, lo más probable es que mañana haya un montón de hombres de la inquisición asediando el castillo para detenerte por considerar que eres una bruja. ¡Guarda esa cruz! Cuida que no vuelva a estar visible. Ahora hay que disimular.

En ese momento, tanto él como yo nos percatamos de que estaba el fraile John y el judío Abir, que llevaba un hábito de monje.

—Espérame aquí y no te muevas. —Se fue directo a hablar con aquel fraile.

Eamon me cogió de la manita. Acababa de ponerse a mi lado. Apenas lo había prestado atención. Le sonreí y me agaché.

—Hola, cariño. Nos vamos a ir pronto al castillo; mañana, de madrugada, partiremos. —Asintió. Le di un beso en la mejilla—. ¡Vamos hacia los caballos!

Nos dirigimos al lugar donde habíamos dejado a los animales. Eamon se puso a jugar con su espada. Un ruido captó mi atención; venía de entre los árboles. Miré hacia allí: era Adila. ¡Ya sabía yo que la había visto! Fui directo a ella. No se percató de mi presencia, ya que observaba en la lejanía al fraile, a su esposo y a Kimball.

—¡Adila!

Ella me miró, su rostro se tensó e hizo un gesto para que bajase la voz.

—¿Por qué os fuisteis? —susurré.

—Hable bajo, señorita. No me puede ver.

—¿Quién?

Ella señaló al obispo.

—Nos persiguen. Debíamos llegar cuanto antes a esta abadía, pero la Inquisición lo sabía y nos esperaban.

—No te entiendo, Adila.

—Nos acusan de practicar la brujería. El hermano John ayuda a muchos judíos a embarcar dirección Francia. Hoy, por la noche, viene un barco hasta aquí a recogernos. Tenemos que marcharnos, pero nadie puede sospechar de nosotros. A mí no me pueden ver, yo no tengo disfraz. Ese obispo... —Su mirada era de súplica—. ¡Aléjese, señorita! Su presencia junto a mí me pone en peligro.

—Suerte, Adila. —La cogí la mano y se la apreté.

Me iba a marchar cuando observé que, desde la lejanía, el obispo miraba hacia donde yo me encontraba. No ha podido ver a Adila, intenté convencerme

Me alejé. Volví a observar para ver si estaba aquel obispo atento a mis movimientos, pero algo me sorprendió más: a su lado creí ver al capitán Alexander. Me pareció que aquel hombre, en el momento en que lo había visto, se había dado vuelta y me había dado la espalda para que no le reconociese. ¿Sería él? Volví a mirar, pero ya no estaba. Me lo he debido imaginar. Él no puede estar aquí, no sabe nuestra ruta. Decidí no comentarle nada a Kimball, no quería preocuparle sin necesidad.

Eamon estaba dibujando, con una ramita en el suelo, un dragón que moría atravesado por una espada, una rosa y al lado la copa Santa. Me miró. Hizo gestos con las manos.

—Este es el dragón que san Jorge mató con su espada; esta es la sangre que sale de su corazón, y esta la rosa que aparece de su sangre. Y este es el santo Grial. —Le sonreí. Observé que el obispo seguía analizándome desde la lejanía.

—Eamon, ¡bórralo! Si se acerca el obispo lo puede ver.

El niño obedeció. Vi acercarse a Kimball con David.

—¡Nos vamos! —dijo Kimball. Se le notaba preocupado.

—¿Eran el sacerdote y el judío? —pregunté a Kimball.

—Sí, huirán al anochecer a Francia. Los persiguen.

—Eamon, vienes conmigo —dijo David cogiendo al niño en brazos y posicionándolo a los lomos del animal.

—¿Y tú tía?

—¡Vamos, Beth! Ahora no hagas preguntas. ¡Súbete a tu caballo! —ordenó. Estaba intranquilo, y lo obedecí.

XXII

—¿Hoy tampoco puedes dormir? —dijo David sentándose a mi lado.

—No, parece que la torre es nuestro lugar de encuentro nocturno.

—¡Ja, ja, ja! —Rio David—. No entiendo qué haces aquí sabiendo que hay una mujer bonita en tu cama.

—Precisamente por eso.

—No te comprendo. Tú nunca has tenido miramientos tratándose del sexo femenino, y ahora... ¡mírate, amigo! —Se carcajeó ante aquella situación.

—Es diferente. —Hice una pausa—. Ayer la forcé, estaba enfadado, molesto con ella y me dejé llevar por la pasión que sentía sin frenar mis deseos de tenerla. No puede volver a ocurrir. Esta mujer me importa y no quiero que me odie toda su vida.

—¿Odiar? ¡Por favor, Kimball! Está enamorada. Te corresponde y lo sabes.

—Yo no lo tengo tan claro. Sé que si voy a la habitación la haré mía otra vez. No puedo evitarlo, la amo, la deseo...

—Amigo, estás enamorado. —Se rio.

—Además, estoy preocupado por ella. Necesito pensar.

—Sí, ese fraile ha dicho que el obispo era peligroso.

—Sé que se ha fijado en Beth. Estoy convencido que vendrá a buscarla. Ese símbolo de su cruz... A más de una judía le han tachado de bruja por llevar la estrella de David y la han quemado en la hoguera. Además, la ha estado observando.

—Sí, lo sé, me he fijado. Lo que no entiendo es cómo el fraile y los judíos se han arriesgado a estar allí este día tan señalado.

—Bueno, entre tanta gente pasan más desapercibidos. Por lo que ha dicho el fraile, él ayuda a numerosos judíos perseguidos por el Santo Oficio a embarcar en Whitby con dirección Francia, pero tuvieron que cambiar sus planes.

—¿Por qué? Además, ¿cuál fue el motivo por el que desaparecieron sin decir

nada?

—En la noche escucharon un ruido y temieron que fueran miembros de la Inquisición. Lo meditaron: si se quedaban con nosotros, nos ponían en peligro si les encontraban allí. Además, pensaron que si iban solo los tres, les sería más fácil camuflarse, esconderse y pasar desapercibidos. Nuestro grupo es muy llamativo, David. Beth que no sigue ninguna norma y actúa según sus impulsos; Eamon, un niño mudo que habla con sus manos, algo inusual; y tú y yo, dos guerreros que los protegen. No pasamos inadvertidos, ¿no crees?

—¡Ja, ja, ja! No, la verdad que no.

—Por ese motivo ellos decidieron alejarse sin demorar su partida y no dar ningún tipo de explicación. —Lo miré. Hacía tiempo que no le preguntaba por él. Me parecía extraño que tampoco pudiese dormir—. Y a ti, ¿qué te pasa? ¿Por qué tantas noches sin poder conciliar el sueño? —Bajó el rostro—. Es esa mujer, ¿verdad? ¡Cuéntame, amigo!

—Ya sabes, es un amor imposible. —Se tapó su rostro con sus manos—. No logro arrancarla de mi corazón.

—¿Ella te corresponde?

—Sí, sé que me ama.

—¡David! Lucha por esa mujer.

Me miró.

—¡Lo dices como si fuese tan fácil! No puedo raptarla. Ese hombre tiene mucho poder; además, el rey Juan desea ese matrimonio.

—¿Cuándo se celebra la boda?

—En unos meses.

—Si para entonces el rey Ricardo está con nosotros, le hablaré de tu caso. Puede que haga algo. —Le di una palmada en la espalda. David me sonrió—. Solo quedan unas horas para marcharnos. Debemos descansar, amigo.

Estaba dormida, la observé. Era una mujer valiente, segura de sí misma, pero acurrucada entre la ropa de la cama se la veía muy frágil. Me acerqué y la besé en la mejilla. Me acosté a su lado, ella se dio la vuelta, puso su cabeza sobre mi

pecho y me rodeó con sus brazos. Yo no estaba acostumbrado a tantas muestras de cariño y me sorprendí.

Apenas concilié el sueño. Estaba intranquilo, seguro de que en cualquier momento irrumpiría el Santo Oficio.

Mi tía había regresado al poco de llegar nosotros, con su doncella. Sabía que se iba a enfadar, pero no podía contarle mis planes de huida y tampoco avisarle. Era mejor desaparecer por si después le preguntaban. Retiré despacio la cabeza de Elizabeth y me levanté.

—Beth, tenemos que marcharnos —susurré.

Ella se movió y se giró para el otro lado.

—Todavía no es de día, Ricardo —dijo.

—¿Ricardo? ¿Quién es Ricardo? —Elevé el tono. ¿Por qué lo había mencionado?

Estaba claro que estaba soñando con él. ¿Sería un amor del pasado? Estaba celoso y malhumorado por la mención de aquel nombre. Ella abrió los ojos, se incorporó.

—¿Es la hora?

—¿Quién es Ricardo? —le exigí una respuesta.

Ella, todavía estaba con sueño.

—¿Qué?

—Acabas de mencionar a un tal Ricardo. ¿Se puede saber quién es?

—Un amigo. ¿Pero a qué viene tanta exigencia?

—Por saber si tengo que pelearme con otro más.

—¿Cómo qué con otro más? ¿Qué insinúas?

—¿Quién es, Beth? —Me puse de pie frente a ella reclamando una explicación.

—Es un amigo y no te pienso dar más aclaraciones. Tú no eres quién para exigirme nada.

—Claro que sí, soy tu esposo.

—Por poco tiempo, o... ¿ya no lo recuerdas?

—Por poco o mucho ahora mismo estamos casados y tengo plenos derechos

sobre ti.

Se levantó enfadada y se puso frente a mí retándome.

—Nadie, ni siquiera tú, tiene derechos sobre mí. Soy una mujer libre.

Estaba conteniendo mi furia y celos.

—Ya hablaremos de esto —dije enfadado—. Ahora ¡vístete! Tenemos que irnos. Voy por Eamon, te esperamos en las cuadras. ¡No te demores!

Salí de la habitación.

¡Un amigo! Y se quedaba tan tranquila al decírmelo. Ya hablaría con ella, me debía una explicación.

Eamon estaba dormido. Lo besé en la frente.

—Nos tenemos que ir —le susurré.

El niño abrió los ojos. Se había acostado vestido. Asintió y sin pereza se puso en pie. Cogió su bolsita y sus pertenencias. Lo agarré de su manita y me lo llevé a las cuadras. Tiró de mi mano y con gestos preguntó por Beth.

—Ahora viene. —Mi tono fue seco, el niño captó mi estado de ánimo.

—¿Estás enfadado con ella? —preguntó.

—Sí, me desconcierta, muchacho.

—Es buena, solo qué no sabe por qué está aquí.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté. Quizás se refería a que el golpe lo había afectado a la cabeza.

—Tiene un pasado que tiene que descubrir. A lo mejor cuando lo haga pueda responder a todas las preguntas que la inquietan.

—¿Un pasado? Eamon, no entiendo nada. Si hay algo que deba saber me lo tienes que decir.

El niño bajó el rostro y ya no quiso continuar con la conversación. La mañana iba a ser complicada. Incógnitas. Tenía claro que ellos dos escondían algo, y él sabía más de ella que yo, al igual que ella de aquel niño. Había mucha complicidad entre ellos. Los había observado. Aquel muchacho se había ganado mi cariño, y la mujer me había robado el corazón.

Subí a Eamon al lomo del animal. David ya estaba esperándonos, y Beth bajó al poco. No me miró y se subió a su caballo. Empezamos la marcha, sigilosos.

Todos sabíamos que la jornada iba a ser dura, teníamos que avanzar, huir de allí. Estaba deseando llegar a las Tierras Altas, ya que sabía que en ese lugar ella estaría a salvo.

Atravesamos bosques con ríos. La humedad se nos metía por todas partes. La niebla era espesa. Acostumbrado al clima de Jerusalén, cada vez me molestaba más la lluvia y las nieblas de mi tierra. Eamon estaba apoyado en mi regazo, iba dormido. Elizabeth iba por detrás nuestro. David se acercó a mí.

—¡Kimball! Llevamos mucho tiempo de viaje, mírala, está agotada. Necesitamos detenernos.

—Es fuerte, tiene que resistir. Además, ya hicimos una breve parada para reponer fuerzas. —Todavía estaba molesto con Beth.

—¿Qué te pasa? Ella no es un guerrero. —Lo miré.

—Créeme que a veces lo dudo.

—¿Qué ocurre, amigo? Tú no eres así.

—No podemos pararnos, tenemos que avanzar. —Lo observé—. ¿Acaso tú también estás cansado?

—Sabes que no.

Se apartó de mí y fue a ponerse al lado de Beth. Los escuché hablar.

—¿Estás cansada?

—No, soy una guerrera como vosotros. Puedo aguantar.

Nos había escuchado. Una media sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Sabes que no, Elizabeth.

—Dile al bruto de tu amigo que aguantaré hasta que él está agotado.

Seguía retándome, no sabía de dónde había salido la joven, pero me encantaba su forma de ser.

—¡Uff! —suspiró David— Sois igual de tercos y cabezotas. Ya no vuelvo a abrir la boca. ¿Qué os pasa? ¡No os entiendo!

David se posicionó detrás de Beth.

Estaba dispuesto a no parar. Si ella decía que podía aguantar, es que lo podía hacer; además, era la única forma de avanzar y poder asegurarme de que estaba a salvo de aquel obispo.

Nos encontramos con el curso de un río, era ancho, el agua llevaba mucha fuerza, debíamos atravesarlo. Bajé del animal. Me metí en el río. Tenía profundidad. Me llegaba por la rodilla, pero yo era bastante alto. Primero pasaría David con su caballo, después yo con Eamon cogido en brazos, después pasaría mi caballo y el de Elizabeth y por último ella. La notaba nerviosa. La miré con disimulo: tenía ojeras. Sabía que me había excedido, pero estaba celoso, molesto, iracundo y preocupado. Era orgulloso: jamás había permitido que una mujer se riese de mí, me engañase o me tomase por un imbécil. Y ella me retaba y en público siempre ponía en evidencia la autoridad que como marido tenía sobre ella. Me gustaba esa forma de ser, pero al mismo tiempo me enfurecía. Sí, se merecía un escarmiento; si ella había dicho que podía es que podía, y si quería descansar lo tenía que decir, entonces haríamos el descanso, pero hasta que no lo hiciese continuaríamos nuestro camino.

—¡David! Pasa tú primero con tu caballo, después lo haré yo con Eamon. — Me giré para dirigirme a Elizabeth—. Tú serás la última. Te ayudaré. Hay profundidad y el agua fluye con mucha fuerza. —Esta vez no replicó.

David lo atravesó con dificultad, sobre todo porque el caballo perdía la estabilidad. Después le tocaba a Eamon.

—A ver, pequeñín, agárrate fuerte a mi cuello.

—¿Y ella? —dijo con gestos.

—No te preocupes, yo voy después —dijo Beth antes de que yo respondiese.

Le cogí en mis brazos y atravesamos el río. Después fue el turno de mi caballo y tras este regresaría para llevarme el de Elizabeth. La notaba nerviosa.

—¿Qué te ocurre? ¿Te noto inquieta?

—He escuchado ruidos, los llevo oyendo desde que salimos.

—Será algún animal, tranquila, por aquí no hay nadie. —Miré a nuestro alrededor; estábamos rodeados de robles, hayas y coníferas—. Enseguida estoy contigo. —Le sonreí para tranquilizarla.

Crucé despacio, el animal estaba inquieto, y el agua muy fría. Cuando salimos escuché el grito de Elizabeth.

—¡Dios mío! —exclamó David.

Miré, asustado, temiendo lo que me podría encontrar. De repente lo vi. El

corazón me iba a estallar. Era Alexander y sus hombres. Pero... ¿Cómo había dado con nosotros?, no lo podía entender. Beth había dicho que había escuchado ruidos desde que salimos del castillo de mi tía. Tenía sujeta a Beth con fuerza y le estaba tapando la boca con un trapo para evitar que gritase.

—¡Kimball! —La escuché gritar mi nombre.

—¡Alexander! —grité—. ¡Suéltala, ella me pertenece: es mi esposa!

—¡Lo siento mucho, conde de Essex! Ese matrimonio no tiene ningún valor para mí. ¡Ja, ja, ja! Si la quieres ven a luchar a vida o muerte a Durham.

Vi cómo se alejaba por el bosque llevándola con él sin que yo pudiera hacer nada. Creí morir. Le había fallado: le había prometido que la protegería. Si le pasaba algo, jamás me lo perdonaría.

XXIII

Sabía que no eran ruidos de animales; los había escuchado desde que salimos del castillo de Lorraine. Y era él al que había visto en Whitby. No me lo había imaginado. Quizás si en aquel momento se lo hubiese dicho a Kimball... Mientras mi sajón cruzaba el río, escuché el relinchar de caballos: estaban tras de mí y aquel hombre a mi lado, con su sonrisa repulsiva. Me cogió con violencia hasta hacerme daño, grité. Pero Kimball no podía venir a buscarme, la corriente y la anchura del río no le permitieron estar en ese instante en la otra orilla.

Ni siquiera había podido explicarle lo que era Ricardo para mí, ya que su ataque de celos y mi orgullo no me lo habían permitido; en ese momento me arrepentía; quizás ya no le volvería a ver. Las lágrimas rodaban por mi rostro. Aquel hombre me llevaba sujeta delante de él; me resultaba repulsivo. Tenía miedo. ¿Adónde me llevaba? ¿Cuándo iba a acabar esta pesadilla?

—No te lo esperabas, ¿eh? —me dijo entre risas.

—¿Cómo dio con nosotros? —le pregunté.

—Fue muy fácil, querida. Unos gitanos nos dieron la orientación. Ella, la vieja, no quería hablar; la dejamos huir, pero el joven, ambicioso y temeroso de su vida, enseguida nos dijo hacia dónde os habíais dirigido. En el momento que le cortamos el primer dedo lloró como una mujer y empezó a hablar. Resultó muy fácil. Después mis hombres lo mataron. Era débil, y en esta tierra no queremos a hombres así. —Se carcajeó.

—¡Es usted cruel y un bárbaro! ¡Un asesino!

—¡Cuida tus palabras, mujer! —. En York cometiste un grave error. Te dejaste ver. Tengo hombres fieles a mis recompensas por todas partes, ¡ja, ja, ja! Y después de saber que estabais allí, intuí que tu conde iría a las tierras de la hermana de su madre. Es un buen sitio para descansar y ocultarse. Pero tu caballero no sabía que el difunto esposo de su tía y yo éramos buenos amigos. Me arriesgué, seguí mi intuición y acerté. Llegamos justo el día de san Jorge cuando aparecí con mis hombres en el castillo para reclamar lo que me

pertenecía. —Hizo una pausa rozando sus labios en mi cuello. Di un respingo.

—¡No me toque! —grité.

—¡Ja, ja, ja! El mozo de cuadras nos dijo dónde estabais, fue muy fácil, y allí fuimos. Tú me viste, el obispo de Durham me tiene en muy buena estima, él dará su consentimiento para nuestro matrimonio. ¡Ja,ja,ja! Además, si tu conde te quiere lo suficiente como para poner en peligro su vida, vendrá a Durham, y créeme que ahí lo mataré. ¿Quién crees que acompañó a la tía de tu conde al castillo? Os estábamos esperando para seguiros y encontrar el momento idóneo para atacar y llevarte conmigo. Mala decisión tu conde la de que tú fueses la última en atravesar ese río. ¡Ja, ja,ja!

¡Ese hombre lo mataría! Tenía que impedirlo, debía huir, escaparme, encontrar la manera de hacerlo. Sabía que Kimball iría a buscarme. Era orgulloso, un hombre de honor, y lo haría. Además, había mencionado al obispo. ¡Estaba perdida! Ese religioso creía que era una bruja o algo similar. Su forma de mirarme y observar cada movimiento así me lo confirmaban. Todavía tenía presente su mirada penetrante, fría, acusadora, que me había sentenciado solo con ver mi cruz; Kimball se había dado cuenta al instante. Mi caballero..., lo amaba, no quería perderlo. ¿Cómo me podía estar sucediendo aquello? No entendía lo que estaba pasando con mi vida, me estaba volviendo loca.

—Quiero que sepas que cuando le atraviere con mi espada el corazón, te haré mía. Jamás deberías haber escapado. Me retaste, me humillaste y me avergonzaste, y eso, querida, hace que ya no tenga ningún tipo de respeto hacia ti. Me darás un heredero y tus tierras serán mías.

—¿Eso es lo único que le interesa? —le dije con asco.

—He de reconocer que me gustas: eres muy bella y me excitas al máximo. Pero sí, las riquezas de tu familia me atraen mucho más. ¡Ja, ja, ja!

Decidí no responderle. Aquel hombre parecía estar loco. Sabía que era capaz de todo. Pensé en la pobre Samara y en Jaim. Recé para que ella estuviese viva y por el alma del joven.

Me sentía agotada, debíamos llevar horas de camino. Toda una jornada sin detenernos. Estaba desfallecida. No había comido ni bebido nada; además, mis

posaderas me dolían horrores, y todos mis huesos estaban entumecidos. Me sentía asqueada de estar delante de aquel hombre en el caballo, que empeñaba en restregar su cuerpo contra el mío. Sentía verdadero rechazo hacia él.

Después de un largo recorrido, nos detuvimos. Habían hecho una hoguera, y dormiríamos a la intemperie. Hacía mucho frío y se había levantado una espesa niebla. Me acerqué a la hoguera pero, a pesar de la lumbre, estaba tiritando. Tenía los pies, las manos y las orejas, así como la punta de la nariz, heladas.

En la lumbre estaban churrascando a un jabalí que habían cazado sus hombres. Solo pensar que tenía que comer aquello me daba náuseas, pero sabía que si quería escaparme tenía que estar fuerte y bien alimentada.

Alexander se acercó para darme de beber. No era agua, sino vino caliente. Lo había probado en Londres, pero nunca me había gustado, y aquél sabía aún peor. Sorbí un trago, estaba malísimo, pero tenía sed. Era la única manera de seguir sobreviviendo: adaptándome a cada situación.

—¡Come! —ordenó el capitán, quién se sentó frente a mí observándome.

Él y sus hombres no paraban de beber vino. Sus ojos brillaban y temía que el alcohol les hiciese comportarse aún con más agresividad.

Analiqué la pieza de carne que me ofrecía con sus manos sucias y sus uñas negras. La carne no estaba muy hecha. La sangre del animal muerto manchaba mis dedos. Sentí que iba a vomitar. Intenté respirar y observé que un lado de aquel trozo estaba más hecho. Lo partí con los dedos y me lo llevé a la boca. Alexander sonrió al ver cómo comía; él, al igual que sus hombres, devoraba el alimento a mordiscos. Restos de carne y de sangre se quedaban impregnadas en sus barbas. Luego, con su antebrazo se limpiaban. ¡Qué asco!

—¿No te gusta? —preguntó.

—No —respondí.

—Ya comerás mejor cuando vayas a mi castillo.

Se acercó a mí, se agachó e inclinó su rostro hasta tenerlo muy próximo al mío. Su aliento apestaba a vino. Sujetó mi mandíbula con una de sus manos, forzándome a mirarle. Me estaba haciendo daño.

—Estoy deseando hacerte mía, damita.

—¡Jamás! —le dije.

—Muy pronto.

—Antes muerta.

Sonrió ante mi respuesta y me besó en los labios con violencia. Sentí asco. Soltó mi mandíbula y se carcajeó. Levanté mi mano para abofetearlo, pero él la capturó al instante.

—Ni lo intentes. Yo no soy un caballero como tu conde.

—Ni yo una dama como las que usted acostumbra a tratar.

—Por eso cada vez me gustas más. —Se alejó.

Lo odiaba. Dijo algo a uno de sus hombres. Se acercó a mí, me obligó a levantarme y me llevó hasta un árbol que estaba al lado de una de las fogatas. Me forzó a sentarme junto a un árbol y me ató las muñecas con una cuerda; luego me puso una piel de animal encima, para abrigarme del frío y de la humedad.

—No me fío de ti, querida Elizabeth. Ya te escapaste una vez, ahora no se volverá a repetir.

Lo miré con ira. Así, en esa postura y sin poder moverme era imposible conciliar el sueño aunque, estaba tan agotada y me sentía tan débil, que el sueño se iba apoderando de mí.

Me despertaron los gritos y las risas de esos bárbaros. Era de día; debía ser muy temprano. La niebla continuaba. Estaba tiritando. Un hombre, siguiendo las órdenes de Alexander, me quitó las cuerdas que ataban mis muñecas. Me dolían todos los huesos y los músculos. Apenas podía moverme; mis manos y dedos de los pies apenas los sentía: se me habían quedados dormidos del frío.

Alexander se acercó.

—¡Bebe!

—No puedo tomar otra vez ese mejunje. —Era vino caliente.

—¡He dicho que bebas! Tu cuerpo necesita entrar en calor. Claro que, si no quieres que sea de esta manera, yo tengo otras ideas para hacerlo. —Me sonrió.

No quería saber a qué ideas se refería, así que cogí el vino y pegué un buen trago. Mal no me hizo, el calor me venía bien y, si de paso me emborrachaba, al

menos olvidaría por un momento lo desdichada que era y la tristeza que sentía.

Estábamos llegando a Durham. La jornada había sido dura como el día anterior. Solo llevaba el vino caliente de la mañana en mi estómago. Estábamos frente a esa fortaleza, ubicada en una meseta alta rodeada por el río Wear.

Atravesamos un estrecho puente de piedra para llegar a la puerta principal desde donde se accedía al interior de la villa. Se divisaban las cuatro grandes torres del castillo que se encontraba en la parte más alta y, junto a este, la catedral, que impresionaba verla.

—Ya hemos llegado, querida —me susurró Alexander en el oído.

Siempre me había considerado una mujer valiente y decidida, pero en aquellos momentos sentí miedo y temblaba.

XXIV

¡Durham! ¡El obispo! Ese hombre había planeado muy bien su estrategia. Sabía cuál era su intención. Quería un combate a muerte. Lucharía por ella, jamás me perdonaría que él la hubiese capturado. Ella había escuchado ruidos y yo no la hice caso. Si le pasaba algo... Preferí no pensar en ello. Debía poner a salvo al niño. A Durham tenía que ir yo solo. Eamon debía ir a Essex, a mi castillo. Lo dejaría bajo la protección de David, de mis hombres y al cuidado de mi hermana. A ella le encantaría cuidar de él. Necesitaba con urgencia hablar con Bejira. Tenía que decirme qué era lo que pasaba. Debía saber con exactitud a lo que me enfrentaba para poder salvar la vida de la mujer a la que amaba. El tiempo iba en mi contra. No podíamos detenernos, salvo lo necesario. Lo sentía por el muchacho, pero él era fuerte, podría aguantar. Tardaría más de una semana en llegar a Durham, pero sabía que el capitán esperaría hasta que yo apareciese en aquel escenario. Quería matarme.

—Kimball, ya veo el castillo —dijo David.

—¡Sí, por fin!

—Pero debes descansar unos días. No puedes viajar otra vez.

Mis hombres nos vieron llegar, el puente levadizo descendió y el rastrillo comenzó a subir.

—Debo hacerlo. La amo. Si le pasa algo, jamás me lo perdonaría.

Entramos. Dejé al animal en los establos y bajé a Eamon de su caballo. Me puse de rodillas. Miré al niño a los ojos.

—Tienes que quedarte aquí, lo entiendes, ¿verdad?

El niño asintió.

—¿Vas a buscarla?

—Sí —le dije.

—Os esperaré —dijo con signos—. Sálvala.

—Regresará junto a ti. Te lo prometo.

Los ojos del niño estaban llenos de lágrimas. La quería y había sufrido mucho cuando la vio alejarse con aquel hombre. Le rodeé con mis brazos y le acuné en mi regazo.

—Tranquilo, la traeré de vuelta. Para mí también significa mucho. No permitiré que la pase nada. —Le revolví el pelo con mi mano. El niño me besó en la mejilla.

Apareció Mildred en el patio, nos había visto llegar.

—¡Kimball! —Corrió hacia mí y me rodeó con sus brazos. La abracé y le di un beso en la mejilla. Sonreía, pero enseguida se percató de mi semblante serio y preocupado.

—¿Qué ocurre, hermano?

—Mildred, ahora no tengo mucho tiempo para explicarte todo, David se ocupará de ello —Ambos se miraron. Algo se me escapaba en aquel cruce de miradas—. ¿Cómo está nuestra madre?

—Mucho mejor —respondió.

—Quiero verla antes de partir. ¿Y nuestro padre?

—Está con ella, en su habitación. ¿Y este niño?

—Se llama Eamon. Quiero que te ocupes de él, hermana. Cuídalo, significa mucho para mí. David te contará todo lo que necesites saber.

—Pero... no puedes marcharte otra vez. Te echo de menos.

—Yo también a ti, pero me veo en la obligación de hacerlo.

Asintió.

—Prométeme que te cuidarás y regresarás pronto.

—Te lo prometo. —Le di un beso en la mejilla.

La dejé con David. Hasta ese momento no me había percatado de cómo se miraban. Mis sospechas eran ciertas, Mildred era la mujer que había robado el corazón de mi amigo.

Subí las escaleras hasta la habitación de mi madre. Me sorprendió ver que los gruesos cortinajes no tapaban la pequeña ventana por la que entraba la luz del día. Mi padre, al verme, se incorporó, una expresión de agrado se dibujó en su rostro.

—¡Hijo! —dijo mi madre—. ¡Has vuelto!

Me acerqué, me puse de rodillas al lado de su cama y le besé su mano. Seguía con el rostro pálido, pero tenía mejor aspecto que la última vez que la había visto.

—¡Madre! ¿Cómo te encuentras? —Mi padre me observaba.

—Mucho mejor, gracias a los cuidados de tu padre y a unos jarabes que me ha proporcionado Mildred. Se los ha dado Bejira. —Me miraba con intensidad sin soltarme la mano—. ¿No te irás otra vez?

—Sí, he de marcharme; de hecho, hoy mismo partiré.

Me apretó la mano. Su mirada era de súplica.

—¡Pero hijo! Después de estar dos años en las cruzadas vienes y apenas te veo, y ahora que regresas te vuelves a marchar.

—Lo sé y lo siento madre, pero créeme que si lo hago es porque no tengo más remedio. Es una cuestión de honor.

—¡Hijo!

—Él sabe lo que tiene que hacer, mujer —dijo mi padre. Le agradecí que hablase en mi favor.

—¿Volverás pronto?

—Lo haré —le respondí.

—¿Y te quedarás más tiempo junto a mí?

—Lo haré, madre.

Salí con mi padre de la habitación. Ella se agotaba y necesitaba descansar. Fui con mi patriarca a la biblioteca. Me miraba con preocupación.

—¿Qué ocurre, Kimball?

—Ahora no puedo contárselo, padre. Necesito que confíe en mí.

—No dejes que te maten.

—No lo permitiré. Necesito un favor.

—¿Cuál?

—Tienen que cuidar de un niño hasta mi regreso.

—¿Un niño? ¿Un hijo tuyo? ¿Un bastardo?

—No, no es mi hijo. Pero él necesita mi protección y ahora no puedo dársela.

Bajó su rostro. Mi padre no era hombre de preguntas. Cuando él veía que alguien no podía contarle algo, se limitaba a esperar, escuchar y nunca hacía más preguntas de las que debía.

—¡Kimball! —suspiró—¿Cuándo te ocuparás de nuestras tierras? ¡Tus tierras!

—Soy un guerrero, padre.

—¡Un guerrero! ¿Y tu familia? Nuestro apellido necesita un heredero, tienes obligaciones y responsabilidades.

—Padre, cuando regrese hablaremos de ese asunto. Ahora necesito que me prometas que cuidarás del niño hasta que yo regrese, como si fuese mi hijo, tu nieto.

Me miró, movió la cabeza para ambos lados.

—Lo prometo.

—Gracias, padre.

Me iba a marchar. Estaba nervioso; sabía que el tiempo pasaba y la vida de Elizabeth estaba en peligro en manos de ese bárbaro.

—¡Hijo! —Me detuve sin mirarle. Noté su mano sobre mi hombro—. ¡Cuídate! —Sabía que era su forma de decirme que me quería.

Sin mirarle posé mi mano sobre la suya.

—Lo haré, padre.

Me marché. Ver a mi madre así me dolía en el corazón, pero no podía detenerme por más tiempo. Bajé al patio. Eamon me rodeó con sus frágiles brazos sin permitir que pudiera avanzar. Le cogí en brazos.

—Eamon, me tengo que marchar. Nuestra Beth corre peligro. —Asintió—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —dijo con sus manitas—. Te quiero.

—Y yo a ti, mocosito.

Aquellas muestras de cariño me emocionaban. Le había cogido mucho cariño, pero tampoco podía llevarle conmigo.

—David te enseñará mejor que yo a utilizar la espada. Prométeme que seguirás todas sus instrucciones.

—Lo prometo —respondió.

—Así me gusta. La traeré.

Mildred vino hacia donde yo estaba y cogió a Eamon en brazos.

—Cuídate, hermano. Te quiero.

—Y yo a ti, hermana. Cuida de nuestros padres, en especial de nuestra madre. Fui hacia David.

—Amigo, ya sabes lo que tienes que hacer. —Nos entendíamos solo con la mirada. Él sabía a lo que me refería. Confiaba en mi amigo.

—Cuídate, Kimball.

Nos abrazamos y me marché. Tenía que ver a Bejira; no podía detenerme por más tiempo. Conforme me acercaba, olía los panes que ella preparaba. Dejé mi caballo, entré en la cabaña sin llamar, como siempre hacía. Allí estaba ella, de espaldas a la puerta, junto a la lumbre.

—Te estaba esperando, Kimball —me dijo.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Tu forma de caminar, de abrir la puerta... ¡Es inconfundible, muchacho! Además, sabía que tarde o temprano vendrías a verme.

—Bejira, necesito saber más. Ella corre peligro.

—¿Y el niño?

—Él está a salvo, en el castillo.

—¡Siéntate, muchacho!

La obedecí. Ella se ubicó frente a mí. Apenas pestañeaba.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó.

—Todo.

—Ella es la elegida. Hace mucho tiempo José de Arimatea llegó a Inglaterra, pero trajo algo de mucho valor escondido en su túnica: el santo Grial, la última copa. Subió a la gran colina y allí construyó una ermita. Muchos fueron los que quisieron obtener el santo Grial para destruirlo, profanarlo o por poder, ya que, tras la muerte de Jesucristo, querían destruir cualquier rastro que tuviese que ver con el Señor. José de Arimatea, temeroso de que se hiciesen con lo más sagrado, la última copa, la escondió en algún lugar de esa colina. El secreto solo lo sabía

su discípulo, quien se lo transmitiría a su primogénito, así de generación tras generación. Se les llamaba los guardianes. Pero el eslabón de esa cadena se rompió: el último guardián se enamoró de quien no debía y tuvo una hija. La mujer fue asesinada, pero antes había escondido a su hija en un lugar que jamás nadie supo. Nunca encontraron a la primogénita. Desapareció. El siguiente eslabón de esa cadena era el hijo del otro hermano, pero a ambos padres también los mataron.

—Pero... ¡No entiendo nada! ¿Qué tiene que ver todo eso con Elizabeth?

—Existe la leyenda de que la mujer del segundo hermano, antes de caer en manos de ese grupo sectario, huyó y se adentró en el bosque. Tuvo un hijo que dejó al cuidado de personas humildes que le prometieron que lo cuidarían. Él era el heredero varón, el guardián. La niña del primer hermano es la elegida y ese niño es el guardián.

—No entiendo nada, Bejira.

—Esa niña es Elizabeth. Ella es la elegida, la única que puede descifrar el gran secreto, la única que puede encontrar el santo Grial; y él, es Eamon, el último guardián, el siguiente eslabón de la cadena de varones destinados a proteger el gran secreto.

—¡Dios mío! Me voy a volver loco. Yo no creo en estas cosas, Bejira.

No daba crédito a todo lo que estaba escuchando, no podía creer lo que ella me contaba; tampoco entendía nada. Bejira me observaba en silencio.

—Kimball, ella tiene una gran misión, pero no es consciente de ello. Todavía tiene que descubrir su pasado.

—Ella ahora forma parte de mi vida.

—Sé que no entiendes lo que te estoy diciendo, pero llegará el día en que lo comprenderás.

—¿Y yo qué hago aquí?

—Tu vida está ligada a la de esa joven. Ambos estáis destinados a estar juntos.

Tapé mi rostro con ambas manos.

—¡La amo, Bejira!

—Lo sé. El tiempo te dará las claves. Ahora debes ir a buscarla y ayudarla para que cumpla su misión.

Las palabras de Bejira no se me iban de la mente. No quería detenerme; debía llegar lo antes posible.

A pesar de todas las dudas, empezaba a entender el interés de Alexander por ella y por el niño. Si sabía lo que yo acababa de descubrir, él, sediento de poder, haría todo lo que fuese posible por tener a ambos. Con ellos tenía el gran secreto tan anhelado a lo largo de todos los tiempos.

XXV

Me tenían retenida en la torre de aquella fortaleza. Llevaba varios días allí enclaustrada, sin saber qué era lo que el destino me depararía. Apenas entraba luz por la estrecha ventana. La humedad del lugar traspasaba todos mis huesos. Por las paredes se filtraban las gotas de agua provenientes del exterior, ya que, desde que habíamos llegado a ese sitio no había dejado de llover. Tocaba las paredes y cogía con mis dedos las pequeñas gotas de agua que recorrían los muros de piedra para llevármelas a la boca. Necesitaba beber agua, al menos la de la lluvia no traía tantas enfermedades como las de los ríos y pozos. Extendí mis manos y lavé mi rostro. «Dios mío, no puedo más! ¿Es una prueba, Señor? ¡Necesito tu ayuda!», pensé. Me sentía abatida, ¿dónde había quedado mi vida? Ansiaba mi mundo y todas las comodidades que allí tenía. No podía entender lo que me estaba pasando e intentaba convencerme de que todo era un sueño del que no podía despertar, aunque él no era un sueño ni sus besos ni la atracción que sentía por él. Lo amaba y de él no quería separarme. Jamás había sentido algo tan fuerte, tan intenso y verdadero como lo que sentía con él. ¡Kimball! ¿Dónde estaba? Escuché el ruido de la cerradura de la puerta. Era el obispo, ¿qué hacía allí? Tras él estaba Alexander, su rostro era serio. Me miraba.

—¡Vaya, vaya! ¿A quién tenemos aquí? Este hombre —dijo el obispo señalando al capitán— ha venido a mí para pedirme que anule tu matrimonio con el conde de Essex. Alega que tú eras su prometida y, a pesar de ello, quebrantaste ese acuerdo para casarte con ese hombre. ¿Qué dices al respecto?

—Yo estoy casada con el conde de Essex. Jamás pensé en casarme con el capitán Alexander.

—Ella me pertenece.

—¡Usted me secuestro! —Le eché en cara.

—¡Calla, mujer! Tú no debes pensar ni opinar —me ordenó el obispo con mirada severa—. ¡Una hembra no puede responder así al hombre! —Miró al capitán—. Esta mujer te ha hechizado, ha embrujado a dos hombres y los va a

llevar a un enfrentamiento.

—¡Eso no es cierto! —grité.

El obispo se volvió hacia mí y levantó la mano con la intención de abofetearme, pero se contuvo.

—¿Cómo te atreves a responder a un obispo de la Iglesia? —Aquella conversación estaba dando un giro que no me gustaba—. Haremos un juicio, hermano, esta mujer se someterá a un tribunal; es una hereje.

—¡No soy ninguna hereje!

—¿Te das cuenta?, responde como si estuviera poseída.

El obispo me dio la espalda y se dirigió hacia la puerta. Alexander me miró serio, cabizbajo, y lo siguió. ¡No podía ser! Me senté sobre la cama. Tenía ganas de llorar; necesitaba hacerlo, no podía más. Tapé mi rostro con ambas manos. ¡Un juicio! Estaba perdida. Ahora sí que iba a morir de verdad.

Había anochecido y escuché que se abría la puerta. Era Alexander. Me observaba. Estaba sucio. Tenía el pelo grasiento. Su aspecto era desaseado.

—Tienes que declarar que te arrepientes de haber practicado artes en contra de la Iglesia.

No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Está loco? ¡Jamás lo haré! ¡Nunca!

—Si no lo haces, te acusarán de hereje y te quemarán en la hoguera.

—Prefiero morir a decir algo que no es cierto.

—¡Cabezota! ¿No te das cuenta de que el obispo ya te ha sentenciado?

—Sí, gracias a usted. A usted es a quién le debo todo.

—No pensé que esto sería así. Él me dijo que te llevase a Durham, de donde él era obispo, y que allí anularía tu enlace matrimonial.

—Pues le mintió. Él ya me había juzgado en Whitby. Dictó sentencia allí. Lo utilizó.

—Piénsalo; es la única forma de salvarte.

—No tiene pruebas.

—Si las tiene. Tienes un colgante con la cruz de seis puntas. Él me lo ha

dicho. ¿Sabes que es esa cruz? Se ha encontrado dibujada en varios asesinatos de animales y personas que están teniendo lugar en estas tierras. Se utiliza para la magia negra, para brujería.

No entendía lo que decía.

—Es la estrella de David, significa el pacto sellado entre Dios y Abraham, la unión entre el cielo y la tierra.

—Es el símbolo que llevan muchos judíos y el mismo símbolo que se ha encontrado dibujado en rituales satánicos, con muertes y sacrilegios.

Recordé que, en la Edad Media, la cruz de David se la había relacionado con la magia y el esoterismo, pero no era cierto. Yo la llevaba en la cruz que me regaló mi abuela, una cruz que me trajo desde Jerusalén, o eso es lo que siempre creí.

—Tienes que deshacerte de ese colgante, arrepentirte delante de ellos de los actos de brujería que has cometido y someterte a sus órdenes.

—¡Ya le he dicho que jamás lo haré!

—Sabes que si no lo haces no podré defenderte. Jamás podré ponerme del lado tuyo.

—Usted es el que me ha traído aquí; usted debería liberarme.

—¡No puedo! Además, yo había pensado que sería de otra forma, así me lo dijo.

—Por favor, déjeme sola.

Se acercó a mí, me cogió con fuerza de ambos brazos e intentó besarme. Lo evité. Me daba asco aquel hombre.

—Quizás el obispo tenga razón y seas una bruja que me ha hechizado. Te mereces que te juzguen y será justa la sentencia.

Dicho esto, se marchó.

Me arrodillé y recé. Era mi única esperanza.

Me desperté sobresaltada. Hacía mucho tiempo que no volvía a soñar con aquella anciana. En esta ocasión ella me miraba, seria, sin decir nada, y señalaba algo que no veía bien, parecía una pared con un pez dibujado. Esta vez no habló,

pero indicó con el dedo aquel dibujo.

Estaba sudando. Me levanté. La claridad ya entraba por esa estrecha ventana. Pronto vendrían a buscarme. Tenía que ir preparada para el juicio. No sé cuánto tiempo transcurrió. Abrieron la puerta, y dos carceleros me obligaron a ponerme en pie. Uno iba delante de mí y el otro tras de mí. Salí del recinto del castillo; me llevaban hacia una especie de cárcel que estaba cerca de la catedral. La gente me dejaba pasar: unos me miraban con pena, otros se apartaban ante mi presencia y otros decían palabras groseras y acusatorias, como si yo fuese una bruja. ¿Cómo era posible que pudiera estar viviendo esto?

Me llevaron a una gran sala. Había una serie de bancos para las personas que querían ver aquel espectáculo. Me pusieron en el centro de esta. Alrededor, sentados, miembros de la iglesia con sotanas negras, y en el centro el obispo de Durham. Junto a él estaba el capitán Alexander. Todos me miraban, serios, escrutándome como si fuera un animal de feria. Me tenían atadas las manos, me sentía bastante mal allí, siendo el centro de todas las miradas. Qué sensación más horrible sentía, tenía miedo; pero a pesar del malestar, lo peor era ser la única mujer en esa sala. Mantenía mi rostro bien alto, sin sentir vergüenza de nada y retando a cada uno de los allí presentes. No estaba dispuesta a dejarme amedrentar por ninguno de ellos. Me iba a defender con lo que Dios me había dado: la palabra.

Salió de una puerta ubicada en un lateral un hombre con sotana y se posicionó en el centro de la sala. Mis carceleros se fueron, y aquel hombre me observaba, a cierta distancia, mientras andaba de un lado para otro. Entonces empezó a hablar en un tono elevado.

—¡Esta mujer que tenemos hoy aquí está acusada de herejía! —Hubo un murmullo entre los asistentes—. Se ha enfrentado a un miembro de la Iglesia, nada más y nada menos que a nuestro obispo de Durham. Ha hechizado a uno de nuestros hombres más leales hasta el punto de hacer locuras por ella y, además, se dedica a prácticas de magia negra y brujería.

Se puso frente a mí y me miró con interés a los ojos.

—¿Tienes algo que decir, bruja? —me dijo.

—¡Por supuesto que tengo mucho qué decir!

—¡Veis! Se enfrenta con el valor que da el mal a estas personas que practican la magia. ¡Habla!

—No soy ninguna bruja, ni he hechizado a ningún hombre, ni practico la magia negra, ni nada parecido. Ese hombre me ha secuestrado, me ha traído hasta este lugar a la fuerza.

Aquel hombre se dirigió hacia el capitán Alexander.

—¿No es cierto, capitán, que esta mujer lo obligó a llevar a cabo esa locura del secuestro?, algo que usted ni se imaginaba.

Alexander se puso en pie. No me miraba a la cara.

—Sí, me sentí atraído hacia ella desde el primer momento, no sé si fue un hechizo, pero lo que sí tengo claro es que jamás he tenido esa necesidad y atracción por nadie.

—Acaso, usted, ¿jamás quiso secuestrarla, pero se vio obligado a ello?

—Sí, jamás secuestraría a una mujer. Actué en contra de mi voluntad. Como si una fuerza desconocida me empujase a ello.

¿Qué era lo que decía ese hombre? ¿Acaso el motivo de aquel secuestro era acabar con mi vida? ¿Pero qué sentido tenía? No entendía nada.

—¡Está mintiendo! —grité.

Aquella reacción mía provocó que todo el mundo callase y centrasen sus miradas sobre mi persona. El monje que hablaba se giró y me miró. Levantó su dedo acusatorio hacia mí.

—¿La habéis oído? Una mujer osa decir que nuestro capitán, que ha luchado en las cruzadas por defender nuestra Iglesia ¡miente! Una mujer levanta la voz y clama una mentira. ¡Tú misma te has sentenciado! Tu comportamiento es el de una hereje.

El obispo me miraba con su rictus torcido. Estaba disfrutando de aquella escena.

—Tiene que morir en la hoguera —dijo el obispo. Todos los allí presentes apoyaron aquella sentencia entre vítores.

Alexander me observaba. Se puso frente al obispo.

—¡Excelencia reverendísima! Esta mujer, a pesar de las acusaciones

recibidas, se merece la oportunidad de que, si ella lo acepta, pueda elegir la forma de morir: en la hoguera o que alguien que crea en su inocencia pueda presentarse a luchar en un combate a muerte. Si su caballero muere, ella también muere, pero al menos, os ruego que le deis esa oportunidad.

El obispo lo miró.

—No entiendo como tú, que eres la gran víctima de esta bruja, quieras darle esa oportunidad.

—Disculpe mi atrevimiento, excelencia reverendísima, pero concededle esa oportunidad. Dejemos en manos de Dios su destino.

El obispo lo observó y después me miró a mí. Se levantó. Su cuerpo obeso se dirigía hacia mí mientras el monje y Alexander seguían sus pasos. Me miró de arriba abajo. Sentí su desprecio. En ningún momento bajé la mirada ante la presencia de ese hombre.

—Está bien. Le dejaremos a Dios que elija tu destino, bruja. Reza para que el Señor se apiade de ti. Mañana tendrá que presentarse un caballero para defenderte de la hoguera, si no hay nadie que quiera morir por ti, arderás en las llamas; y si tienes suerte y alguien se ofrece a luchar por tu inocencia, entonces habrá un combate a muerte con un caballero, miembro de nuestra orden. Si gana tu defensor te podrás ir pero, si no sale victorioso, arderás para irte al infierno.

Sentí pánico ante las palabras que pronunciaba. Al día siguiente moriría. ¿Quién se iba a presentar para luchar por mí? ¡Dios mío, ayúdame!

Me volvieron a llevar hacia la torre en la que estaba encerrada. A mi paso muchos me escupían en la cara. Agradecí llegar a mi celda, esa habitación húmeda y oscura. Me empujaron al interior y cerraron la puerta. Caí al suelo de rodillas, abatida, sin aliento, tiritando de miedo, pálida. No podía dejar de llorar. Pasaron unos minutos cuando la puerta se volvió a abrir; era Alexander.

—Nadie se presentará mañana por ti. Elígeme a mí, nadie querrá enfrentarse a mí y te salvarás.

—¿A cambio de qué? ¡No! Si he de morir, lo haré, pero jamás lo elegiría a usted, el causante de la desgracia que estoy viviendo. ¡Márchese, déjeme tranquila!

—Piénsalo; es la única oportunidad que te queda.

Dicho esto, se fue.

Me arrodillé y recé, el Señor era mi única esperanza.

XXVI

Estaba allí, dentro de esa sala, camuflado con mi capa y la capucha puesta. Desde que había llegado a la ciudad, todo el mundo hablaba de la joven encarcelada en la torre que iba a ser juzgada. Enseguida supe que se trataba de Elizabeth. Solo pensar que la habían podido hacer daño y en lo mal que lo estaría pasando me llenaba de ira y odio hacia los que habían planeado aquello. Permanecí en todo momento sentado, ya que mi gran estatura podría delatarme, en un rincón, observando cada movimiento y analizando las oportunidades que tenía para sacar de allí a Beth con vida. Al verla creí morir. Estaba muy pálida, con ojeras y magullada. «¡Mataría a Alexander por haberla hecho pasar aquello!». Aunque le debí agradecer que hiciera esa sugerencia al obispo y este lo aceptara, sería yo el que lucharía por la mujer que amaba. Estaba deseando tenerla entre mis brazos, abrazarla y decirle lo mucho que la amaba.

Apenas podía conciliar el sueño en la taberna, su imagen y las palabras acusatorias hacia ella se venían a mi mente. Tenía que concentrarme. Salí de la taberna y me fui a una pequeña capilla que había en un lateral cerca de uno de los muros de la fortaleza. Tenía que rezar y encomendarme al Señor antes de la batalla. Entré. Solo estaba iluminado el altar con dos velas a ambos lados, en el centro una cruz de madera. Me arrodillé, puse mi espada clavada en el suelo y mis manos apoyadas sobre el pomo de esta, recliné la cabeza y recé, necesitaba conciliarme con Dios. Tenía que sentir su fuerza para la batalla que iba a tener lugar en breve. Mi vida no me importaba, pero la de ella sí. Amaba a aquella mujer.

Los pequeños rayos de luz empezaban a filtrarse por la rendija estrecha y diminuta de las dos ventanas que había en los laterales de aquel lugar. Era la hora. Me santigüé, incliné mi rostro y me marché.

Había mucho movimiento; la gente quería muerte, ya que tras los últimos sucesos en los que habían aparecido animales y personas descuartizadas, deseaban que hubiese un acusado para culparle de esas atrocidades. Los

campesinos y nobles tenían miedo y las supersticiones llevaban a creer en la existencia de brujas y las prácticas de magia negra por parte de los judíos y toda mujer u hombre que se les terciase.

Observé que cuatro soldados de la guardia del obispo llevaban a Elizabeth. Iba vestida con una especie de camión blanco, su pelo estaba suelto y las manos atadas por la espalda. La empujaban con violencia. Sentí deseos de darles un puñetazo a cada uno de ellos. La llevaron hasta el patio abierto que había en la entrada de la cárcel. La ataron a un palo.

Allí pude divisar al obispo, sentado junto a varios miembros de la iglesia, y también al monje que la había condenado. Junto a ellos, Alexander, quien observaba a Beth. Sentí odio hacia él. Me abrí paso entre tanto espectador. Tenía que estar cerca.

El monje se levantó.

—Dios hoy elegirá si esta mujer vive o muere. Pero antes debemos saber si hay alguien de los aquí presentes dispuestos a luchar por defender a esta bruja. ¿Hay alguien? —gritó.

Me adelanté. Sabía que Alexander se pondría furioso al verme.

—¡Yo lucharé por ella!

El monje se me acercó.

—¿Y se puede saber los motivos por los que dará su vida por esta bruja? —Lo miré, sin apenas pestañear.

—¡Ella no es ninguna bruja! ¡Es mi esposa! Y ese hombre me la ha arrebatado.

Escuché el murmullo que había provocado entre los allí presentes mi comentario. El obispo me miraba serio, sin ningún tipo de expresividad en su rostro. Me reconoció. Alexander se levantó. El obispo le tocó su mano indicándole tranquilidad.

—Muy bien —dijo el obispo—. Entonces usted luchará por la mujer, y el capitán será su contrincante.

—¡Sí! ¡Por supuesto! Esta mujer me ha hechizado y eso es lo que me ha llevado a cometer tantas locuras.

Lo miré con odio. ¿Cómo podía decir esa falacia? Observé a Beth. Ella no

apartaba su mirada de mí.

—Muy bien. Es un combate a muerte. El ganador decide si perdona la vida a su contrincante o lo mata. Si muere el defensor de la hereje, la bruja morirá entre llamas.

Esas palabras me hicieron daño en el corazón nada más escucharlas. Era como si una daga se hubiese clavado en mi alma.

—Necesito hablar con ella antes de que empiece el combate.

El obispo asintió. Me acerqué a Beth.

—¡Kimball, no lo hagas, te matará!

—No, no lo hará. No lo permitiré. Si yo muero, prométeme que pedirás perdón y te arrepentirás. Es la única manera en la que podrás salvarte.

—No, no puedo prometerte eso. No quiero pensar en que te matará.

—¡Prométemelo, Beth! Si no, no podré estar tranquilo.

Vi como sus lágrimas rodaban por su rostro. No podía verla llorar. Quería terminar con aquel sufrimiento cuanto antes.

—Te lo prometo.

Limpié sus lágrimas con la yema de mis dedos.

—Lucharé por ti.

—¡Kimball! —Me giré—. No permitas que te mate. —Sonreí y le guiñé un ojo.

—Confía en mí. No te vas a librar con facilidad de este bruto guerrero.

La lucha dio comienzo, ambos levantamos las espadas y comenzamos a girar en círculos avanzando el uno hacia el otro. Nuestros aceros chocaron haciendo sonar ese ruido metálico al que estaba tan acostumbrado. La lucha era violenta, nuestras espadas se batían con fuerza, herí a Alexander en el brazo y él me hizo un rasguño en el costado. Yo era mucho mejor que él: dañé su pierna y cayó al suelo, lo apunté con mi espada en el cuello y la retiré. No iba a matarlo; bastante humillación la suya con haberlo vencido. Aparté mi acero; el suyo estaba en el suelo, y lo lancé lejos con el pie. Él se incorporó.

—Esta vez te perdono la vida —le dije.

En ese momento me lanzó a los ojos arena que había cogido del suelo

mientras estaba tumbado, alcanzó su espada con gran agilidad y me la clavó en el costado. Sentí como se hundía el filo de esta en mi interior. El dolor fue tan intenso que provocó que me doblaría, situación que él aprovechó para darme una patada en el estómago. El siguiente paso era clavarme la espada en el corazón. Mi arma la había lanzado lejos, así que cogí, con disimulo, la daga que llevaba siempre camuflada dentro de mis botas. Esperé a que él se acercara más a mí, me giré con rapidez y se la clavé con fuerza en el estómago. El cayó. Sus manos se posaron en el cabo de mi daga, su sangre salía a borbotones.

—¡Maldito! —Le escuché decir.

Vi como el obispo se levantaba con rapidez de su asiento. Él esperaba que el que muriese fuera yo. Me puse recto, como pude, ya que el dolor en el costado era cada vez más intenso. Lo miré.

—Ahora tiene que cumplir su palabra —le dije.

—¡Soltadla! ¡Marchaos hoy mismo de la ciudad!

Incliné la cabeza y me giré para ver a Elizabeth. Fui hacia ella disimulando mi dolor; no quería que notase que estaba herido. Sabía que si era consciente de ello no querría que abandonásemos la ciudad y teníamos que salir lo antes posible: su vida peligraba. Avancé, ella me abrazó, su vestido se tiñó de sangre.

—¡Dios mío, Kimball! ¡Estás sangrando!

—¡Vámonos! ¡Rápido! —le susurré.

La cogí de la mano. Quería salir de aquel escenario antes de que el obispo se arrepintiese de su decisión.

XXVII

Estaba angustiada. Sabía que él sangraba. Necesitaba ver esa herida. Se le podía infectar. Acabábamos de cruzar los muros de aquella ciudad. Notaba que su fuerza disminuía. No me tenía tan sujeta de la cintura a como estaba acostumbrada y tampoco agarraba las riendas del caballo con la fuerza y el brío que siempre lo hacía.

—¡Kimball, detén el caballo! Quiero ver esa herida.

—¡No!, todavía no estás a salvo. Hay que alejarse más de este sitio. Tranquila, soy fuerte, estoy acostumbrado a estos arañazos.

—¿Arañazos? Tienes todo el costado manchado de sangre. Hay que detener la hemorragia.

—No es nada, Beth.

—¡Cabezota!

—¡Vaya! Te preocupas por mí. Eso es buena señal, quizás es que estés empezando a apreciarme.

—No estoy para bromas, ¡bruto!

No me respondió. No quería agotarlo con tanta charla.

No sé cuánto tiempo estuvimos cabalgando, en silencio. Cada vez más sentía el peso de su cuerpo sobre mi espalda. De repente el animal se detuvo y Kimball se desplomó y cayó al suelo.

—¡Kimball! —grité.

Estábamos en mitad de un bosque, rodeado de árboles y vegetación. Bajé de un salto del caballo. Me senté al lado de su cabeza, se la levanté y la apoyé sobre mi regazo.

—¡Kimball! ¡Amor mío, despierta! —No abría los ojos. Las lágrimas empezaron a recorrer mi rostro. No lo podía perder.

Me cogió la mano, sin fuerza, volvió a soltarla; había perdido el conocimiento. Fui a observar la herida, la malla estaba llena de sangre; había

perdido mucha.

—¡Kimball!, ¡no te mueras, resiste, abre los ojos! —Tenía que hacer algo.

Escuché un ruido.

—¿Hay alguien ahí? —grité—. ¡Necesito ayuda!

Entre la vegetación apareció un campesino, a su lado había un perro blanco, sucio del polvo. El hombre, alto, fuerte, de edad avanzada, nos miraba, serio. Llevaba una cesta en las manos con alimentos.

—Por favor, ayúdeme, está muy herido.

Sin decir nada lo levantó como pudo. Kimball era fuerte y alto, pero aquel hombre también era corpulento. Lo ayudé como pude, aunque poco podía hacer. Le subió al caballo y me indicó que lo siguiese, por gestos. Yo no pregunté hacia dónde nos llevaba.

Atravesamos el bosque, de repente sentí el olor a salitre y la brisa del mar. En una ladera, próxima a la costa, había una pequeña cabaña con un establo. Salía humo de la chimenea. Una mujer, regordeta, de piel pálida y pelo blanco recogido en un moño, se quedó mirándonos. El hombre se giró para analizarme.

—Espere aquí —ordenó.

Estábamos a cierta distancia. Vi al campesino avanzar hacia la mujer. Nos señalaba y nos miraba; la mujer movía la cabeza. Después se metió en el interior de la cabaña. El hombre dejó su cesta en la puerta de esta, se giró y vino hacia donde estábamos nosotros.

—¡Venga! —Nos llevó hasta el establo—. Podrán quedarse aquí hasta que él se recupere.

Enseguida coloqué las pieles que llevaba Kimball en el caballo sobre la paja. El hombre bajó al inglés del animal y lo puso sobre estas.

—Muchas gracias —le dije.

Se marchó. Miré a mi alrededor. Suspiré. Aquel lugar era todo menos un sitio idóneo con higiene para cuidar a un enfermo. Al menos estaríamos a cubierto. Le hice una especie de almohada con la paja, cogí su espada, se la retiré del cinturón, así como la navaja que llevaba en la bota. Le quité como pude la malla y después la camiseta ajustada que llevaba. Su torso fuerte estaba ensangrentado. Seguía saliendo sangre. Había que limpiar la herida y cerrarla. Alguien entró en

el establo: era la mujer. Me miró y después desvió la vista hacia él.

—Les he traído más pieles para que se tapen cuando anochezca. —Se fijó en la herida de Kimball—. ¡Dios mío! Tiene muy mala pinta.

—¿Me podría hervir agua?

—¿Por supuesto? ¿Qué más necesita?

—¿Tiene lavanda?

—Sí

—¿Y miel?

—Sí, tengo las dos.

—Por favor, ¿sería tan amable de hervir aparte la lavanda en agua? Traerme un tarrito de miel y varias telas limpias para poder hacer un vendaje.

—Ahora mismo.

—¡Ah! Y necesitaría que viniese su marido. Le tengo que cauterizar la herida y necesito que lo sujeten.

—¿Cauterizar?

—Quemar —respondí. Utilicé el lenguaje que usábamos en enfermería.

Le toqué la frente. Estaba ardiendo.

La mujer tardó bastante, pero ambos vinieron con el agua hervida, la lavanda y la miel, así como con muchos trapos. El hombre hizo una pequeña hoguera en el interior. Mojó uno de los trapos en el agua hervida y le limpié con mucho cuidado la herida, ante el contacto, Kimball inconscientemente se movía. El campesino y la mujer le sujetaban con fuerza. Después mojó otro trapo con agua de lavanda para su desinfección. Todos estos remedios los había estudiado en las prácticas de mi carrera. Miré al campesino.

—Tengo que quemarle la herida para evitar que siga saliendo tanta sangre, ha perdido mucha. Voy a poner la punta de la daga en la lumbre y, después, le tienen que sujetar bien porque se lo voy a poner sobre la piel dañada.

Ambos asintieron. Me dolía tener que hacerle eso, sabía que era doloroso, pero si quería salvarle la vida, no había más remedio. Puse la punta de su daga sobre el fuego y cuando estuvo caliente le fui sellando la herida. El olor a carne quemada era doloroso. Kimball, a pesar de no estar consciente, sentía el dolor y

se retorció, duró unos segundos, pero fueron unos momentos intensos. Dejó de moverse. Enseguida fui a comprobar que respiraba y su corazón latía. Miré a los campesinos.

—Gracias —les dije.

—Necesita algo más. ¿Le hervimos más agua?

—Sí, por favor.

—Le haré también un caldo para que coma usted y cuando él se despierte pueda dárselo.

—Se lo agradezco mucho.

—Mi nombre es Jane y él es James. —Les sonreí.

—Yo soy Elizabeth y él Kimball, mi esposo.

Me sonrieron y se alejaron.

Le toqué el rostro. Tenía mucha fiebre. Cogí la miel y se la unté en la herida, después lo incorporé para ponerle el vendaje. «¡Dios mío, por favor, que no se muera. Lo amo. No lo apartes de mi lado!», me dije. A pesar de no saber qué estaba sucediendo en mi vida y cuál era el límite entre lo real y lo que no lo era, sabía que ese hombre que yacía en esa paja era todo para mí; sentía que lo conocía de toda la vida y que siempre lo había estado buscando; por eso nunca encajaba con ninguno de los chicos de mi edad. Jamás tuve una relación: mi alma buscaba a otra alma gemela, ansiaba encontrar el eslabón perdido, y ese eslabón era él. Aparecía en mis sueños y siempre había intentado dar un significado a estos. Nunca había entendido por qué él se aparecía en mis noches y lo que provocaba que él despertase esos sentimientos tan profundos en mí, algo que jamás había imaginado sentir por nadie. No tenía una respuesta. Ni siquiera tenía la certeza de que lo que estaba viviendo era real o ficticio, o si lo estaba soñando. Muchas dudas y ninguna respuesta. Pero el amor que le profesaba era real.

Pasó tiempo hasta que llegó la campesina, su marido la acompañaba. Me dejaron caldo, pan, un trozo de queso, cerveza, agua hervida y más trapos. El hombre se marchó y allí se quedó ella.

—En estas tierras anochece enseguida. La noche será fría. No deje que se apague la lumbre. Para cualquier cosa que necesite vaya a la cabaña; allí

estaremos.

—Muchas gracias. —Le sonreí y ella me respondió con el mismo gesto.

Le toqué la frente, seguía con fiebre. Le puse un trapo mojado sobre esta y le dejé parte de su torso al descubierto para que le bajase la temperatura. Le besé en la mejilla. El sueño me venció y me quedé dormida a su lado.

Sentí que cogían mi mano, me desperté alterada. Estaba amaneciendo. Era la mano de Kimball. Lo miré; tenía los ojos abiertos, todavía seguía muy pálido. Le toqué la frente. Estaba frío. Le había bajado la temperatura. La lumbre se había apagado y hacía frío. Le tapé con las pieles el pecho. Me obligó a fijar mi mirada en sus bonitos ojos verdes. Sonreía con debilidad.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté mientras le acariciaba su mejilla.

—Ahora mismo muy bien. —Llevó mi mano a sus labios y la besó. Estaba muy débil.

—Tienes que ayudarme. Hay que cambiarte ese vendaje.

Se incorporó con lentitud, le quité la tela con sumo cuidado y le limpié la herida. Tenía buena pinta. Puse miel sobre una de las telas limpias que Jane me había dejado la noche anterior y comencé a hacerle el vendaje.

—Me tienes intrigado. ¿También tienes conocimientos de medicina?

—Lo básico para curarte esa herida. Y no hables tanto, así vas a perder las pocas fuerzas que tienes.

—¡Ja, ja, ja! ¿Dónde estamos?

—Te desvaneciste y caíste del caballo. En ese momento pasó un campesino que me ayudó sin preguntar y nos dejó estar en los establos. Su esposa y él han estado muy pendientes de tu estado.

Me miraba con atención, sus pupilas brillaban.

—Gracias —me dijo.

—No me tienes que agradecer nada; es más, soy yo la que te tiene que dar las gracias por haberme salvado la vida. Casi pierdes la tuya por luchar por mí.

—No me hubiese importado morir por ti. —Aquellas palabras me impactaron.

—A mí sí me hubiese importado —le respondí.

—Dame tu mano —dijo mientras extendía la suya.

Le di mi mano, la cogió con delicadeza y se la llevó hasta su corazón.

—Lo sientes —me dijo.

Sus latidos palpitaban con fuerza. Asentí.

—Late por ti.

Jamás me habían dicho nada tan bonito; los jóvenes de mi época se avergonzaban de decir esas cosas. Pero aquel hombre fuerte, varonil, un guerrero, valiente, no le importaba decir sus sentimientos, algo que salía de lo más profundo de su corazón. Me quedé mirándolo. Él llevó su mano a mi mejilla. En ese instante entró Jane. Nos miró.

—Disculpen, a lo mejor no es el mejor momento.

—No, Jane, ya está mucho mejor. Kimball, esta es la mujer de la que te he hablado.

Kimball la miró y una sonrisa débil se dibujó en su rostro.

—Gracias.

—No tienen que agradecerme nada. Les he traído leche caliente y pan recién hecho. Aquí hace frío. Le diré a James que les haga una lumbre.

La mujer nos volvió a dejar solos. Cogí la leche y el pan y le obligué a comer. El me contemplaba.

—Pensé que te perdía, que jamás volvería a verte con vida. Cuando vi que te cogía ese hombre y te llevaba con él, creí morir.

—¡Quieres dejar de hablar!

—Eamon está en mi castillo. Ahí está protegido y nadie le puede hacer daño. El niño te necesita.

—Lo sé, y yo a él, pero antes debo llegar a la isla Maree, a las tierras de mi abuelo. Es de vital importancia para mí.

—En cuanto pueda montar a caballo emprendemos camino hacia allí. Además, seguimos corriendo peligro, el obispo no se va a quedar de brazos cruzados, nos va a seguir hasta dar contigo, tiene fijación por ti. El colgante que llevas tiene algo que ha provocado su obsesión contigo.

—¡Pero él me dejó marchar; ese fue el trato!

—Sí, en ese lugar, pero fuera de ahí él puede hacer lo que quiera. ¡Qué

ingenua eres, Beth!

—Bueno ahora descansa, estás muy débil.

XXVIII

Me encontraba mucho mejor, a pesar de que Elizabeth se seguía empeñando en limpiarme la herida todos los días y vendármela. Me sentía fuerte; me parecían innecesarias tantas atenciones y cuidados. No estaba acostumbrado a tantos mimos. Ella insistía en que la obedeciese en todo, y yo no es que fuese un hombre que acataba ese tipo de órdenes, pero si venía de ella, por complacerla y con tal de sentir la suave piel de sus manos rozar mi piel y su cercanía cada vez que me vendaba la herida, era capaz de soportar aquella situación. Esa mañana había decidido levantarme; además, era la primera vez que no había visto a Beth al despertarme. Me incorporé, me puse una camisa blanca que me habían dejado del campesino, todavía al levantar el brazo sentía dolor. Me asomé al exterior, hacía un día soleado. En la lejanía vi a Beth hablar con Jane. Después se alejó. ¿Adónde iría? Decidí seguirla. Jane ya se había metido en la cabaña y no había rastro de James.

Se había descalzado. Se escuchaba el trinar de las gaviotas. Respiré, sentí una gran paz. Vi cómo se cogía el vestido dejando al descubierto sus muslos y se metía en el mar, poco a poco; el agua debía estar fría. Sonreí al verla. Retrocedió, empezó a quitarse el vestido y se quedó en ropa interior. No sabía si iba a poder aguantar estando así sin acudir a su lado y besarla. Después de la última vez en que la forcé a hacer el amor conmigo, no quería que pasase lo mismo, pero era difícil contener mis deseos. Dejó su vestido sobre la arena y se metió en el agua, se hundió mojándose todo su cabello y empezó a nadar. ¿Sabía nadar? Me extrañó, era algo que ni si quiera sabían hacer muchos hombres y ella nadaba a la perfección. Yo también sabía: mi padre me había enseñado desde bien pequeño, pero era consciente de que no era habitual. Me acerqué donde había dejado su ropa, me quité la camisola, las botas, y me metí en el agua. Ella se asustó, no me había visto llegar.

—¿Se puede saber qué haces aquí? No puedes hacer esfuerzos.

Fui hacia ella, pero Beth se alejaba nadando.

—Eres una ingenua si crees que te vas a poder alejar de mí; te voy alcanzar.

—¡Kimball! ¡Estás loco!

—Sí, loco por ti.

Ella nadaba en dirección contraria hasta que la alcancé, la cogí del brazo y la atraje con fuerza hacia mi pecho. La rodeé con mis brazos y la besé. La necesitaba. Cada día que me había cuidado había deseado saborear la dulzura del roce con sus labios. Ella rodeó mi cuello con sus brazos y yo la apreté contra mi pecho. La amaba. No quería volver a separarme de ella, no quería dejar de besarla, de sentir su rostro mojado sobre mi piel. Ella se apartó, acarició mi rostro y después se puso seria.

—¡Kimball! ¡No te das cuenta de que tienes que tener cuidado! ¡La herida se puede abrir y corre el riesgo de infectarse!

—¡Por qué hablarás tanto! —La sonreí y volví a tirar de ella para volverla a aproximar hacia mi pecho— ¿Por qué no te dejarás querer? —Le sonreí.

Mis labios rozaron los suyos, los retenía entre los míos. La retiré para fijar mi mirada en sus ojos.

—Debemos regresar —me dijo apartándose.

—¿Por qué me rehúyes? Sé que lo deseas tanto como yo.

—No sabes lo que dices. Esto es una locura. No puedo y no debo. Tengo muchas cosas que resolver en mi vida. La primera de ellas es ir a la isla Maree.

—Muy bien, mañana partimos.

—Pero todavía no está curada esa herida.

—Ya está decidido. Está perfecta.

No lo entendía. ¿Por qué me rechazaba? Sabía que sentía lo mismo que yo y no comprendía porqué decía que no podía y no debía. «¿Locura? —pensé— ¿Desde cuándo estar enamorado y poder estar con la persona que quieres era una locura?» Estaba enfadado, sería como ella quería, no la iba a forzar a algo que no deseaba, pero tampoco me rebajaría más hasta que ella no se entregase a mí.

Ella salió. La observaba. Su ropa mojada se pegaba en su cuerpo ¡Qué bonita era! Sumergí mi cabeza en el agua, necesitaba un chapuzón para no ir detrás de ella y hacerla mía. Hice tiempo en el agua. Cuando salí se había quitado su ropa

interior mojada y se había puesto encima su vestido Yo tenía los pantalones empapados. Me senté sobre la arena y me tumbé. Quería secarme al sol.

Elizabeth se había marchado en dirección a la cabaña, me dejó solo. ¿Qué iba a hacer cuándo todo aquello terminara? No estaba dispuesto a renunciar a la mujer que amaba, así que la llevaría a Essex con Eamon, y allí me esperarían ambos hasta que regresase de mi partida a tierras germanas en busca del rey Ricardo. Quizás, después de que solucionase todo en la isla Maree y descubriese su verdadero destino, como dijo Bejira, todo cambiara entre nosotros y ya viera posible nuestro amor.

Me puse la camisa y me disponía a marcharme dirección a la cabaña cuando, de repente, la vi corriendo hacia mí, estaba asustada.

—¡Kimball! Ese fraile, el que me juzgó, está en la cabaña haciendo preguntas a James y Jane. Tengo miedo, Kimball, no está solo. Va con hombres armados.

—Tranquila, seguro que están preguntando si nos han visto. Los campesinos no dirán nada. Pero tenemos que partir esta noche. —Asentí—. Vamos a ver qué es lo que ocurre.

El fraile estaba subido en su caballo con la guardia eclesiástica. Miraba para todos los lados. Sabía que esto terminaría ocurriendo. El obispo no dejaría que ella se marchara, quería sangre y justificar las matanzas que estaba habiendo y Beth era su venganza particular. Al final se fueron de allí. James sujetaba a su esposa de la mano. Avanzamos, teníamos que alejarnos de ese lugar cuanto antes.

Jane nos miraba al igual que James.

—Señor, van a volver. Han visto su caballo y no se han creído que era nuestro. Los campesinos como nosotros no tienen dos caballos.

—Tranquila Jane —dijo Beth—, nos marcharemos al anochecer. Os estamos muy agradecidos por todo lo que habéis hecho por nosotros, pero no queremos poneros en peligro. Nunca preguntasteis qué pasó y, aun así, nos ayudasteis con todo lo que necesitamos.

—Señora, llévese un tarro de miel para la herida del caballero, aunque ya está mucho mejor. También le daré trapos limpios para que pueda vendársela.

—Gracias, pero ya no necesito más venda y ungüentos. Está curada.

—No le hagas caso, Jane, me lo llevaré. Muchas gracias. —Me miró severa—. ¡Pues claro que necesitas curas! La herida está muy reciente y no te ha cicatrizado del todo, hay que evitar que se infecte y hay que seguir con los cuidados.

—Recogeremos nuestras cosas y nos marcharemos. Permanezcan en su cabaña y no salgan hasta el día siguiente.

XXIX

Lo observaba, la malla metálica marcaba sus fuerte antebrazos, cogía agua del río y se lavaba el rostro. ¡Madre mía, qué guapo era! En ese instante que no me veía podía observarle. Su herida estaba cicatrizada, y ya no llevaba el vendaje. Era fuerte, un superviviente nato. Había evitado su proximidad y contacto. Él también lo había hecho. Era como si ya no sintiese atracción hacia mí; después de que lo había rechazado en el mar, él había cambiado de actitud. Sabía que era orgulloso y su hombría ante mi rechazo había quedado anulada en ese instante, pero yo no quería, no sabía que estaba pasando y me estaba enamorando de él. No quería despertar, pero sabía que, a pesar de aquella situación a la que no encontraba ninguna explicación, tarde o temprano retornaría al lugar al que pertenecía. Tenía que evitar los sentimientos tan fuertes que él despertaba en mí, pero sabía que llegaba tarde. Él siempre estaría en mi corazón y jamás podría apartarle de él. No podía apartar de mis pensamientos sus besos, las caricias de aquel día que, pese a que la razón me decía que no tenía que volver a pasar, mi corazón ansiaba estar otra vez entre sus fuertes brazos, besándolo y sintiendo cada roce y entrega de amor de él hacia mí. Me miró, y en ese momento disimulé; centré la vista en otro lugar. Seguro que se había dado cuenta de que le estaba observando.

Habían transcurridos muchos días desde que nos habíamos marchado de la cabaña y ya estábamos en las proximidades del lago Maree; allí estaba la isla. Anochecía; esa noche la pasaríamos una vez más a la intemperie. No podía más. Necesitaba acostarme en una cama, asearme y descansar. Jamás imaginé que sería capaz de soportar aquello. Yo, una mujer a la que nunca le había gustado dormir en una tienda de campaña, que le daban pánico determinados insectos, que el campo le gustaba solo para hacer senderismo, pero después regresar a mi casa, allí estaba, en condiciones inhumanas: pasando frío, sucia, con hambre y sed de agua, ya que al final iba a aborrecer la cerveza. Esa cerveza no era como

la que yo estaba acostumbrada a tomar, era mucho más amarga y tenía un sabor diferente.

Kimball había encendido el fuego. Él no acusaba tanto cansancio como yo. Estaba acostumbrado, era un guerrero que había luchado varios años en las cruzadas y le gustaba estar en los campos de batalla; de hecho, su vida se centraba en la guerra.

Lo observaba. Se movía con agilidad: cogía las ramas y las llevaba hacia la lumbre recién activada. En todos esos movimientos los músculos de sus brazos dejaban entrever su fortaleza. Mi corazón latía, y me moriría de la tristeza solo de pensar que, en algún momento, sin saber cuándo ocurriría, él desaparecería de mi vida y yo de la suya. Regresaría a mi vida anterior; antes era lo que deseaba, aunque ya no tenía tan claro querer volver a esa vida. Era curioso, pero estando con él me daban igual todas las comodidades y beneficios que tenía en Londres. Si hubiera podido elegir, lo habría escogido a él sin lugar a dudas y, si para estar con él, tenía que vivir en esa época de bárbaros y peligros, lo haría.

—¿En qué piensas? No has dejado de observarme desde que nos hemos detenido —me dijo sonriendo. Depositó las ramas sobre la lumbre y me miró con sus bonitas pupilas verdes.

—Vaya, ¡me has descubierto! Soy muy poco disimulada.

—¡Ja, ja, ja! Sí, muy poco.

—En mi vida —le dije.

—En tu vida... —repitió.

Lo miré.

—En que llegará el día en que ya no estés conmigo. —Ante este comentario él fijó su mirada en mí—. Llegado ese momento jamás te volveré a ver.

—Eso ocurrirá si tú quieres que pase.

—No, eso pasará porque tendrá que suceder. Yo no pertenezco a esta vida ni a este lugar, Kimball. Tú nunca lo entenderías.

—Inténtalo, a lo mejor te sorprende. No soy tan bruto como tú crees.

—No me refiero a eso. Sé que eres un hombre inteligente, capaz de comprender cualquier cosa, aunque a veces un poco bruto... Pero esto sobrepasa los límites del entendimiento; no lo comprendo ni yo.

Dejó de hacer lo que estaba realizando y se puso frente a mí, de cuclillas, me cogió las manos. Su mirada la centró en ellas, las acariciaba con ternura. El vello se me ponía de punta solo con su contacto.

—Mi preciosa Beth, hay muchas cosas que ya sé de ti. Sé que eres la elegida. Desde hace mucho tiempo esperaban a una mujer y esa eres tú.

—Sí, parece que todo el mundo sabe que soy yo, salvo yo misma, que no tengo ni idea a qué se refieren.

—Yo no sé muy bien de qué va esta historia, pero lo único que tengo claro es que lo averiguarás. Si esa leyenda es cierta y tú eres esa mujer, irás descubriendo cuál es tu misión. No te obsesiones, pero no me apartes de tu vida. —Me miró con interés.

—Kimball, lo nuestro no puede ser. Pertenece a dos mundos distintos.

Me miró sin comprender mis palabras. No podía decirle nada, pensaría que estaba loca o que en realidad era una bruja.

—Tú mundo es mi mundo, Beth. Y si tú quieres, el tuyo también puede ser el mío.

Bajé el rostro. Yo lo amaba y sabía que él sentía algo fuerte por mí, pero no quería que esos sentimientos se transformasen en amor. Debía evitar hacerle daño.

—Lo nuestro no puede ser, Kimball. Me diste tu palabra de que cuando me llevaras a la casa de mi abuelo te irías y anularías el matrimonio.

Noté el dolor en sus pupilas; daño provocado por mis palabras. Al verlo tan abatido deseé abrazarlo y besarle, pero no podía hacerlo, no podía ser tan egoísta. Él debía encontrar la felicidad lejos de mí. Yo solo le provocaría tristezas y desdichas.

—Sí, te di mi palabra y soy un hombre que siempre cumple lo que dice. —Se levantó y se giró, me dio la espalda—. Te acompañaré al castillo de tu familiar.

—Sí, de acuerdo —le dije.

—Luego desapareceré y anularé nuestro matrimonio. Mandaré a David para que lleve a Eamon al castillo de tu abuelo. —Asentí.

Se alejó hacia el río hasta que desapareció de mi vista.

—¡Gracias! —susurré.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Sentía un dolor inmenso. Lo amaba. ¿Qué iba a hacer con mi vida? ¿Qué iba a ser de mí? Tardó en regresar. Me arrimé a la lumbre. Traía unos peces para comer, los pinchó en un palo y los puso sobre las llamas. Estaba muy callado, serio, algo poco habitual en él. Lo observaba. Me encantaba hacerlo en la noche, con el resplandor de las llamas en sus pupilas. Parecía un guerrero, lo que en realidad era.

—¿Por qué no te has casado, Kimball? —Me miró y sonrió ante mi comentario.

—¿De verdad te interesa?

—Sí, me interesa. —Le guiñé un ojo.

—Nunca ha entrado en mis planes. Preferí marcharme a luchar por unos ideales. Soy un hombre que ama su libertad. La excitación en el campo de batalla me da la vida.

—Entiendo. —Su respuesta no me agradó mucho.

Me miró de reojo.

—Quizás no he encontrado a la mujer con la que no me importe pasar el resto de mi vida. —Fijó sus pupilas en mí.

—Seguro que más de una hubiese deseado casarse contigo.

—No te lo voy a negar, un hombre sabe cuándo una mujer quiere algo más.

—¿De verdad? —Me reí.

Me miró.

—¿Y tú? ¿Cómo es que no te has casado?

—Bueno, recuerda que estaba comprometida.

—Sí, pero tú ya deberías estar casada.

—¿Qué estás insinuando? ¿Qué soy mayor?

—Las jóvenes se casan muy jovencitas, y tú ya has pasado esa edad.

—Muchas gracias, Kimball, eres todo un caballero.

—Yo me alegro de que no haya sido así. —Me guiñó un ojo.

—Yo también. —Bajé la mirada.

Alargó el brazo y me dio el pez. Menos mal que esta vez no estaba crudo.

Estábamos uno frente al otro, separados por las llamas de la hoguera.

—No me has respondido a mi pregunta. ¿Por qué no te has casado?

—No entraba en mis planes. Yo también amo mi libertad. —Le sonreí.

—¡Ja, ja, ja!

Permanecimos en silencio.

—¿Por qué tienes que ir en busca del rey Ricardo?

—Él ha hecho mucho por mí. Es mi rey. Le debo mi honor y mi vida.

—¿Estarías dispuesto a morir por él?

—Sí, si fuese necesario. Está secuestrado. Todo es una artimaña de su hermano Juan que ansía el poder. Sin Ricardo en Inglaterra, él asume la corona. Siempre le ha tenido envidia. No es que esté a favor de muchas de las decisiones del rey Ricardo, pero su hermano no mira por Inglaterra, mira por él y por obtener cada vez más poder a costa de freír a impuestos a los campesinos mientras él lo despilfarra con mujeres y fiestas. Yo soy un caballero de Ricardo. A él le juré lealtad, pero no a quién ha querido robarle el trono. Me marcharé en cuanto estés a salvo y me reuniré con Robert y sus tropas.

—Ya. Es más importante esa lealtad que tus tierras o cualquier otra cosa.

Me miró con interés.

—Sí, es un juramento que hice. Mi honor y lealtad son primero hacia mi rey. Lo demás es secundario.

—Ya... —Bajé la mirada.

—El tiempo va en su contra, por eso no debo demorarme más en mi partida. En cuanto lleguemos esperaré unos días para comprobar que todo está en orden y marcharé.

—Lo entiendo. Mañana ya estaremos allí.

Kimball colocó una de las pieles sobre el suelo; me recosté en ella, le dejé un hueco y me tapé con la piel que tenía. La noche era muy fría y húmeda, no paraba de tiritar a pesar de la lumbre. Me puse de lado. Noté que Kimball se tumbaba, se tapaba con su piel. En ese momento sentí la cercanía de su cuerpo sobre el mío, me rodeó con sus brazos y me apretó contra su pecho.

—Tranquila, que no voy a intentar nada. Así no tendrás frío. Es la mejor

manera, créeme.

No respondí, me acurruqué en su pecho. Sus brazos fuertes me rodeaban y me sentía feliz y segura al estar entre estos. ¿Por qué esto tenía que acabar? Me quedé dormida.

Grité y abrí los ojos; estaba sudando y llorando. Kimball me miraba mientras me rodeaba con sus brazos.

—Ya ha pasado, Beth. Has tenido otra vez una pesadilla.

Mi corazón latía con celeridad. Esta vez había sido diferente, más intensa. *Aparecía esa mujer, anciana, vestida totalmente de negro. Sus ojos azules se clavaban en los míos. No hablaba, pero me señalaba a un punto. Me giraba para mirarlo: ahí estaba Eamon, que tenía una copa dorada entre sus manos. El niño me miraba. Me acerqué a él. En ese momento, de la copa empezó a manar sangre. Me asusté. Me tapé el rostro con ambas manos. Cuando quité mis manos, Eamon ya no estaba, era Kimball quien tenía todo su torso cubierto de sangre. Fui corriendo hacia donde él estaba. No me miraba. Tenía a alguien en sus brazos. Miré: era yo. Estaba como muerta y la sangre de su torso era la mía. Manaba sangre de mi corazón. Kimball lloraba. Ahí me desperté. Había sido muy real.*

Me limpiaba las lágrimas con su mano. Estaba muy asustada.

—¿Más tranquila? —me preguntó.

—Se me pasará. Esta vez ha sido muy real.

—Todavía no ha amanecido. A mi lado no te va a pasar nada. Te lo prometo.

Me tumbé. Él se puso a mi lado y me rodeó con sus brazos. Me giré y le rodeé con los míos su tórax.

—Tengo miedo, Kimball.

—No permitiré que nadie te haga daño.

Me quedé dormida.

XXX

No era la primera vez que la veía despertarse de una pesadilla. Me empezaba a preocupar. ¿Qué era lo que le quitaba el sueño? ¿Qué la obsesionaba? No me dejaba entrar en su vida. Había levantado un muro entre los dos. Estaba decidido a romperlo. Sabía que, a pesar de su negativa de querer entregarse por completo a mí, ella me amaba. Era algo que un hombre notaba. Jamás renunciaría a ella.

Desde la lejanía se veía el castillo que se levantaba en la isla Maree, justo ubicado en un hilo de tierra, estrecho, y a ambos lados el agua del gran lago. Habíamos atravesados bosques de robles y acebos. Conforme avanzábamos, había contado cinco islas, boscosas, pero sin lugar a dudas la más bella era la isla Maree. Nos adentramos en aquel trozo estrecho de tierra. Antes de llegar al castillo pasamos por una pequeña ermita. Cerca de esta me sorprendió ver un pozo. Junto a este, un árbol. Me resultó curioso.

Me detuve antes de seguir avanzando.

—¡Ese es el castillo de tu abuelo! Ahí podrás resolver todas tus dudas y descubrir quién eres en realidad.

—Sí, ¡por fin! Gracias, Kimball, te lo debo a ti.

Avanzamos. El castillo parecía como si se fuese a caer en esas aguas. Tenía cuatro torres y muros fuertes y grises. Nos vieron llegar en la lejanía.

El puente levadizo se bajó y pudimos entrar al interior de este. En el interior, toda la guardia amenazante nos rodeaba. Bajamos de los caballos. Avanzó hacia nosotros un hombre mayor, alto, fuerte, de aspecto desaliñado.

—¿Qué hacen en mis tierras, en mi castillo? Preguntó con voz ruda.

—Quiero ver al conde Agnew —dijo Beth adelantándose.

El hombre se acercó a ella. La observaba.

—Soy yo. ¿Qué quiere de mí?

—Soy la hija de Ceridwen.

Cambió su gesto a sorpresa. Se aproximó más a ella. Puse mi mano en la empuñadura de mi espada, ya no me fiaba de nadie y temía que tuviera una reacción impropia que la pusiese en peligro.

—Te pareces mucho a ella —dijo temblándole la voz.

—Ella me dejó una carta y me dijo que le dijese que era su hija.

Beth extrajo un papel arrugado y se lo extendió. El hombre lo empezó a leer. Estaba de espaldas a nosotros. Dobló con cuidado el papel y se giró para mirar a Beth.

—¡Esta es mi nieta! —gritó acercándose a Beth y abrazándola—. Venid.

Nos guio hasta el interior de la fortaleza. Empezó a dar órdenes a sus sirvientes y todos se movilizaron. Después se giró para mirarme.

—¿Quién es él? —le preguntó.

—Es... mi esposo —respondió. Me sorprendí al escucharlo de sus labios. Sonreí para mis adentros.

—¿Tu esposo?

—Sí, soy el conde de Essex, esposo de su nieta.

Nos miró a ambos.

—Muy bien. ¡Dana! Guíalos hasta sus aposentos y encended la chimenea —Miró a Beth—. Ahora descansad, la cena es a las siete, ya tendremos tiempo para hablar.

Subimos unas escaleras estrechas, de piedra y accedimos hasta una galería oscura y fría. Dana se detuvo en una puerta de madera y la abrió. Beth entró. La doncella me miró.

—Les traeré agua caliente por si se quieren darse un baño. Y ropa limpia. El señor me ha dicho que les lave su ropa. A usted, caballero, le traeré ropa del señor y a la señora de su... madre.

Entré en la habitación y cerré la puerta. Me apoyé en esta.

—Kimball, tenemos un problema —me dijo Beth.

—¡Ah! Sí. ¿Y cuál es esta vez?

—La bañera está dentro de la habitación.

—¿Y...? —Sonreí, sabía a lo que se refería.

—Pues que te tienes que ir hasta que me bañe.

Me acerqué a ella con lentitud. Mi dama retrocedía hasta que topó con la pared.

Coloqué mis manos sobre esta, nuestros rostros estaban muy próximos el uno del otro.

—No recuerdas que ya te he visto desnuda... —Se sonrojó.

—¡Kimball! —Se escabulló. Me hizo gracia su reacción.

—Muy bien, me marcharé, pero regresaré pronto.

La verdad es que no me apetecía nada irme de aquella habitación. Deseaba besarla y retenerla entre mis brazos. Bajé las escaleras y fui al exterior. Allí estaba el abuelo de Beth. Me miró.

—¿Mi nieta ya lo ha echado del dormitorio?

—Su nieta es una mujer con carácter. —Se carcajeó ante mi respuesta.

—Entonces sale a su madre y a su abuela. Eran valientes —dijo con cierta tristeza—. ¿Usted la ama?

Me quedé perplejo ante esa pregunta.

—Sí, la amo.

—¿Por qué notó cierta tristeza en su respuesta?

—Estoy convencido de que Elizabeth también me ama, pero hay algo en ella que no le permite ser feliz ni entregarse a mí.

El conde bajó su rostro.

—Debe ser la maldición que persigue a las mujeres de esta familia. Quebranté las normas, y el mal tiñó mi apellido y a todos los que tuviesen que ver con él.

—¿A qué se refiere?

—Mi mujer, la abuela de Elizabeth, era hija de una campesina a la que muchos consideraban una sacerdotisa. Me enamoré de ella. La hija de una campesina, y más si esta era sacerdotisa, no podía enamorarse de nadie y menos de un conde y quedar embarazada de este. Nos amábamos, pero ellos la mataron y después tenían que acabar con nuestra hija y la hija de mi hija. A mi hija la asesinaron, pero a mi nieta... yo la di por muerta, desapareció y nadie supo qué fue de ella. Unos dijeron que murió al nacer y otros rumoreaban que la habían

matado...

—¿Ellos?

—Miembros de la Iglesia con mucho poder, campesinos que espían para ellos...

—Entiendo —respondí.

—Si descubren que Beth es la hija perdida, la matarán.

—¿Por qué a Beth?

—Ella es la... elegida.

—La elegida, ¿para qué?

—Para encontrar el santo Cáliz que escondió José de Arimatea. Mi mujer tenía un don especial, don que se transmitió a mi hija y este a Beth. Un sexto sentido: ven más allá. Ese grupo de poder desea dar con el santo Cáliz para su propio beneficio, para obtener poder. Si descubren que Beth es la elegida, la utilizarán para encontrar el santo Cáliz y después la matarán. Creen que la mujer que posee ese don es una hechicera.

Recordé al obispo de Durham, me estremecí solo de pensar que él pudiese saberlo.

—Beth tiene un colgante con la cruz de David.

El hombre me miró con interés.

—¿Lo ha visto alguien más?

—Sí —le conté todo.

—Entonces ya sabe quién es ella. No cesará hasta encontrarla.

Estaba preocupado. La vida de mi dama en ese instante sí que corría un grave peligro.

Le había dado tiempo suficiente a ella para que se bañara y estuviera lista. En ese momento era mi turno. Aquella conversación con su abuelo me había inquietado aún más. Nunca me había enamorado de ninguna mujer, pero había conocido a una joven que me había hecho perder la cabeza, resultaba que era una enigmática dama que escondía un pasado y un futuro inquietante y lleno de peligros. Estaba intranquilo.

Abrí la puerta y allí estaba Beth con un vestido rojo que la favorecía mucho. Su pelo suelto y húmedo. ¡Dios mío, qué bella estaba! ¿Cómo podía controlarme estando la mujer que amaba frente a mí? Cerré la puerta y me quedé contemplándola en silencio. Se ruborizó.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin querer mirarme a los ojos.

—¡Estás preciosa!

—No es para tanto. Te espero abajo.

Ella avanzó hacia la puerta, pero yo no me retiré de esta.

—¡Kimball! ¿Me dejas salir?

—Pues no lo sé, la verdad. En este momento tengo una lucha interna. Una parte de mí dice que rodeé con mis brazos y te bese; la otra, que me comporte como un caballero.

—Pues eso, compórtate como un caballero —Me miró ruborizada.

Me aproximé hacia ella, la cogí de la cintura y la atraje hacia mí.

—¿De verdad qué es eso lo que quieres?

—Sí, eso es lo que quiero.

Me carcajeé. La retuve entre mis brazos y la besé el cabello.

—Muy bien, esta vez seré un caballero. —Sonreí.

La dejé marchar.

Beth y su abuelo me estaban esperando para tomar asiento. Ambos habían congeniado muy bien.

—Ya está tu esposo. Podemos tomar asiento.

Retiré la silla para que Beth se sentase. Yo me puse frente a ella, y su abuelo estaba presidiendo la mesa. Empezaron a traer las viandas. Todas apetecibles. La carne estaba un poco cruda, como a mí me gustaba, pero sabía que mi linda esposa lo iba a pasar mal a la hora de comer; aunque después de las calamidades que había sufrido ella durante el viaje, esto la debería parecer gloria. La observé, miró la carne, levantó la vista y se encontró con la mía. Arqueeé las cejas, ella comprendió lo que le quería decir, suspiró y empezamos a comer. Le sonreí.

—¿Te gusta la carne, querida? —le preguntó su abuelo.

—Sí...

La miré. Sabía que mentía. Me miró y levantó los hombros; ambos sonreímos.

—Elizabeth, ¿por qué has venido?

Ella lo miró.

—¿Has leído la carta, abuelo? No sé quién soy ni a qué lugar pertenezco. Mi madre me dijo que aquí lo descubriría.

La observé.

—Sí... Yo ya te he contado la historia de tu madre y tu abuela, al igual que a tu esposo. Más no te puedo decir. La habitación de tu madre está tal cual la dejó. Jamás pude volver a entrar allí y tampoco quise mover nada. Era como si, de esa forma, estuviese viva.

La velada terminó y su abuelo se retiró. Beth me miró, no dijo nada y salió a una especie de balcón que había en aquella sala. La seguí. La noche era fría. Me puse a su lado y la observé.

—¿Qué te ocurre, Beth?

Me miró.

—No sé quién soy.

—La verdad es que no me extraña. De repente descubres que tu madre no es la persona que creías que era y te das cuenta de que eres ese eslabón clave para descubrir dónde está el santo Cáliz, reliquia buscada y ansiada por unos cuantos. Además, tu vida corre peligro porque algunos representantes de la iglesia, que forman parte de un grupo secreto que nadie sabe quiénes son y dónde se reúnen, quieren conseguir esa taza santa para quién sabe qué acometidos. Para colmo han descubierto que tú eres la elegida, de la que una leyenda del pasado hablaba y a la que creían muerta. —La miré—. Yo creo que lo que te pasa es normal; es más, cualquier otra mujer en tu situación temblaría de miedo, ¡Ja, ja, ja!

—Fíjate en el cielo, las nubes no dejan ver la luz que proyecta la luna.

La abracé y ella se acurrucó sobre mi pecho. Me miró.

—Tengo miedo, Kimball, estoy muy asustada.

—No tienes nada que temer; yo no permitiré que te pase nada.

—No sé qué se espera de mí.

—Beth, no tienes que hacer nada si no quieres. Eres mi esposa; yo cuidaré de ti en mi castillo. Allí nadie te perseguirá y no tendrás que hacer ni descubrir lo que se espera de ti. Estaré yo para protegerte y hacerte feliz. Deseo acabar con esa preocupación que no te permite estar en paz.

—No es tan fácil, Kimball.

—Sí, lo es. Lo fácil o difícil depende de nosotros mismos.

Se retiró para observarme. Nos miramos en silencio.

Hice un movimiento y la herida, todavía resentida, me dolió. Debió notarlo por la expresión de mi rostro.

—¿Qué te pasa? ¿Es la herida? He estado tan preocupada por mis temas que no la he vuelto a ver.

—No es nada, Beth. Está perfecta. No necesito más curas ni más supervisión.

—Kimball, subamos a la habitación. Necesito analizarla.

XXXI

Estaba sentado sobre una silla de madera. La tenue luz de la vela iluminaba la alcoba.

—Por favor, quítate la camisa —le dije.

Yo estaba detrás él. Kimball fue quitándose la prenda de vestir. Le costaba mover el brazo próximo a la herida. Sus hombros fuertes quedaron al descubierto. Ese hombre me fascinaba. Hipnotizada por su piel suave y dorada, fui a ayudarlo a desprenderse de la ropa. Sin pensar, movida por un impulso, mis manos acariciaron la suave piel de sus hombros que se deslizaban hacia el comienzo de sus bíceps, le ayudé a retirar su camisa y él se deshizo de ella. Respiré; tenía que ser fuerte. No debía permitir que mis sentimientos me traicionasen, tenía que pensar con la cabeza y no con el corazón. Me puse delante de él a observar la herida. Había cicatrizado muy bien y no estaba infectada.

—Tiene muy buena pinta. Debes evitar hacer esfuerzos. —Me costaba no distraerme ante su tórax desnudo frente a mí.

Me levanté y me aparté de él. Si lo miraba, descubriría mis verdaderos sentimientos. Me rendiría ante aquellos ojos verdes. Se levantó y se puso frente a mí. Avanzaba con lentitud, serio, sus pupilas estaban fijas sobre las mías. Me sujetó con suavidad de los hombros y me atrajo hacia él. Su mirada se fijó en mi boca, bajó su rostro hasta que sus labios acariciaron con suavidad los míos. Me besaba con ternura. Levantó la mirada, me cogió en brazos y me llevó hasta la cama. No pude rechazarlo: lo deseaba y lo amaba. Los sentimientos que él despertaba en mí eran tan fuertes que ni podía ni quería alejarlo de mi vida. Me fue desnudando poco a poco. Sus labios retenían los míos con deseo y sus manos recorrían mi cuerpo despertando con cada roce una oleada de placer. Lo anhelaba; sabía que todo mi ser ya le pertenecía.

Me rodeó con sus brazos y besó mi mejilla, me atrajo hasta su pecho.

—Kimball.

—¿Sí?

—¿Todavía sigues con la idea de marcharte y anular nuestro matrimonio? —
le pregunté.

Se carcajeó.

—¡Jamás pensé en hacerlo!

—¿Nunca? —le pregunté sorprendida.

—¡Nunca! —Me giró para que mi rostro estuviese frente al suyo—. Estoy enamorado de ti, jamás pensé que esto me pudiese suceder, pero no sé cómo ni por qué me ha pasado. Te amo, mi preciosa Beth. —Sus labios se posaron en los míos.

Le acaricié la mejilla.

—Yo también te amo, Kimball.

—Vaya, ¡por fin lo reconoces! —Sonrió.

Le respondí al gesto.

—¡No te atrevas a hacerme daño olvidándote de mí! —Lo amenacé.

Se carcajeó.

—Eso, te aseguro que no entra en mis planes. —Me atrajo hacia su pecho y me besó.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro, los rayos de luz se filtraban por la ventana de la habitación. Sin querer abrir los ojos, recordé sus caricias y la pasión de la noche anterior. Toqué con mi mano el lado de la cama donde su cuerpo reposaba, él no estaba allí. En ese momento me asusté. ¿Habría vuelto a la realidad? ¡No!, era lo que menos quería. Abrí los ojos de golpe, me tranquilicé al observar que estaba en aquella habitación del castillo de mi abuelo. ¿Dónde se habrá metido? Me fijé en el anillo que llevaba puesto desde que el fraile nos había casado. Lo llevé a mis labios y lo besé. Me sentía feliz, muy feliz.

Me vestí con rapidez y bajé las escaleras. Entré en la sala que suponía era el comedor, pero no había nadie. Entonces volví a salir y me topé con la doncella de la noche anterior.

—¡Señorita!

—Perdone, ¿sabe dónde está mi esposo?

—Se marchó con su abuelo muy temprano. ¿Desea desayunar?

No me había sentado muy bien la cena de la noche anterior.

—No, gracias.

—¿Desea algo?

—No..., bueno, sí. ¿Dónde está la habitación de mi madre?

Me miró sorprendida ante mi pregunta. Sus ojos me escrutaban, me dio la sensación de que sentía miedo.

—Sígame.

Me guio hasta la última planta. Aquel pasillo era oscuro, frío y parecía como si hiciese mucho tiempo que allí no pisaba nadie. Sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

La habitación estaba al final del pasillo. Dana me miró, pálida.

—Señorita, ¿puede usted abrir la puerta, por favor?

—Sí, no te preocupes.

Observé cómo se iba corriendo de aquel lugar. Me quedé en el pasillo. Tenía la sensación de que había alguien más allí, observé para todos los lados, pero me encontraba sola. Entré en la habitación, estaba a oscuras. Un gran cortinaje tapaba la poca luz que entraba por la estrecha ventana; lo descorrí. Analicé todo lo que tenía a mi alrededor. Así lo había dejado Ceridwen cuando había huido. Era una habitación que, a pesar de la sobriedad de la época, no daba la sensación de estar vacía; era como si su alma estuviese viva allí. Me senté en la cama y sentí una ráfaga de frío. Toqué la ropa de cama y me sobresalté al comprobar que estaba caliente, como si acabara de estar alguien allí acostado. Me levanté por inercia y empecé a observar toda la habitación. Era pequeña y allí no había nadie. Me agaché y observé debajo de la cama, pero tampoco vi a nadie. Intenté tranquilizarme. Algo captó mi atención: una de las patas de la mesa era más corta que las otras. Me agaché para mirarla. Empecé a tocar la mesa, perdí el equilibrio y apoyé la mano en la madera del suelo. Al hacer fuerza, esta se movió. Era un trozo de madera hueco, lo levanté, ahí había algo escondido. Metí la mano con sumo cuidado, ya que tenía pánico a la arañas e insectos. Toqué un rollo de papel. Los desenrollé. Estaba nerviosa. Me senté. Estaba escrito con

tinta negra. La letra era bonita.

Me siento feliz. Mamá me ha dicho que la fiesta de la noche de la tercera luna será mañana. Estoy emocionada. Ya he elegido el vestido que me voy a poner.

Es la primera vez que estaré allí. Soy mayor de edad. El festejo comienza al anochecer, estoy deseando que llegue.

...El corazón me late todavía rápidamente. Leyendo lo anterior que escribí siento ganas de llorar, tantas ilusiones en una noche que ha resultado fatídica. La luna brillaba y resplandecían sus rayos sobre las aguas oscuras del lago Maree. Estaba contenta. Mi padre y mi madre disfrutaban de verme alegre; pero entonces, ahí, junto a ese pozo que tanto temor despierta en mí he visto esa figura oscura. No sé si era un hombre o una mujer, ya que llevaba una capa negra y la capucha puesta; a pesar de no poder distinguir bien la figura, sabía que me estaba observando tanto a mí como a mi madre. Me ha impresionado. Giré el rostro a otro lado y después volví mi mirada hacia el pozo, pero esa figura había desaparecido. De repente un grito nos ha alertado a todos. Era un campesino que había encontrado entre los árboles sagrados cercanos a la ermita el cadáver de una joven. Le habían quitado el corazón. Mi atención ya se centró en aquella joven a la que reconocí enseguida: era la hija de Emili y Ron, unos campesinos que trabajan las tierras de mis padres; Alice, su hija, hacía dos días que había desaparecido. Nadie daba con ella y los rumores decían que se había marchado con un muchacho con el que le habían visto el día anterior cerca del lago. Mi padre suspendió la fiesta y regresamos rápidamente al castillo.

He escuchado un ruido en el pasillo...

Aquí acaba el primer papel. Lo doblé. Mi intención era continuar con las otras hojas, pero en ese momento yo también escuché pasos cerca de la puerta de la habitación de mi madre. Alguien estaba tras esta. Vi cómo se movía el picaporte.

—¿Quién anda ahí? —grité.

Unos pasos ligeros se alejaban con rapidez por el pasillo. Guardé los rollos en el mismo sitio que los había encontrado. Lo coloqué todo tal y como estaba. Fui

a abrir la puerta, pero al hacerlo ya no había nadie. ¿Quién sería? Miré otra vez la habitación antes de cerrarla. «Mañana volveré aquí, mamá», dije.

Bajé las escaleras. Aquella galería era tétrica. Deseaba salir de allí lo antes posible. Tenía la sensación de que me observaban y sentí miedo.

Salí al exterior. Me había parecido escuchar la voz de Kimball. Fui directo a las cuadras, pero allí no había nadie. Observé, pero no estaba él.

—¿Quiere montar a caballo, señorita? —dijo el mozo de cuadras.

—Estaba buscando al caballero y a mi abuelo.

—Su abuelo se ha ido a descansar. El joven ha regresado con su abuelo, pero después se ha vuelto a marchar.

—¿Le ha dicho adónde iba?

—No, pero le he escuchado que decía al señor que necesitaba cabalgar un rato.

—Gracias. Me das un caballo, de los más mansos.

Me monté en los lomos del animal. Lo hacía todavía con miedo. ¿Dónde estaría Kimball?

Quería ir a ver el pozo y la ermita de la que mi madre hacía referencia en su escrito. El paisaje era espectacular. Bajé por la colina. Se divisaban las aguas azules del lago. Me iba acercando a la ermita y al pozo. Até el caballo al tronco de un árbol. ¿Por qué aquel pozo le daba tanto miedo? Lo observé, no había nada en él que inspirase temor. Me fui acercando despacio. Estaba hecho de piedra y tenía una gran circunferencia. Me asomé con cierto temor, pero todo aquello estaba oscuro. Tiré una piedra, no había agua, al menos no se escuchó el ruido cuando la tocó la piedra. Me retiré. Imaginé lo que habría sentido ella al ver a aquella figura al lado de aquel pozo. Me agaché. Llamó mi atención un símbolo grabado sobre la roca: era un anillo con forma de hélice. Escuché un ruido tras de mí. Me levanté y miré a mi alrededor, no vi a nadie, así que pensé que quizás sería algún pájaro o animal.

Tenía una extraña sensación, como si me observasen. La ermita estaba muy próxima a aquel lugar. Me fui andando hasta allí. Era pequeña, estaba justo al ras de la tierra donde comenzaba el agua del lago. Era de piedra y tan solo se filtraba la luz por una estrecha ventana. Entré, alguien terminaba de estar en ese lugar;

ya que la luz de las velas acababa de ser apagada, pero allí no había nadie. Hacía frío en el interior. Había un altar pequeño. La cruz de Cristo estaba sobre la mesa. Me arrodillé frente a esta:

«Señor, ya sé que me he alejado de ti y que no he querido saber nada de ti durante años, pero en este momento te necesito. No sé qué me está pasando, qué significa esto. Si es que soy la elegida para esta misión, soy la menos indicada. Me he enamorado de un hombre que no pertenece a mi mundo. Me persiguen por algo que desconozco, y presiento que la muerte me acecha en todo momento. ¡Ayúdame!».

Otra vez volví a escuchar el mismo ruido que la vez anterior. Esta vez había sido más claro. Sonó justo tras la puerta de la ermita. Me dirigí con sigilo hacia esta y la abrí de golpe. Miré en todas las direcciones; entonces fue cuando vi que algo o alguien se había escabullido entre los arbustos y decidí seguirlo. Me adentré en aquella arboleda, observé que era una persona, llevaba una capa negra con capucha puesta que le ocultaba el rostro. No me estaba dando cuenta de que con seguirla me estaba adentrando en un bosque que desconocía. El encapuchado corría a gran velocidad, lo perdía y, de repente, dejé de verlo. Yo seguía corriendo con la idea de que estaría más adelante; tropecé. Algo del suelo me hizo caer sobre unas rocas, sentí dolor en mis rodillas y en mi tobillo derecho. Intuí que no estaba sola, me giré y allí estaba ese personaje, con su rostro oculto. Apenas se vislumbraba unos labios finos y pálidos. Avanzaba hacia mí con lentitud. Sus manos, que hasta ese momento estaban escondidas en la capa, las sacaba despacio. Me fijé que en una de ellas llevaba una cuerda, gruesa, que iba enrollando poco a poco. ¿Qué pretendía?

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

No respondía; avanzaba. Me fijé que en la barbilla tenía una cicatriz en forma de zeta. Un ruido lo alertó, pero a pesar de ello seguía avanzando. El sonido era más intenso. Se detuvo, guardó la cuerda y se alejó corriendo. En ese momento apareció un campesino con un hombre que, por los rasgos de su rostro, su fisonomía y forma de andar debía tener alguna deficiencia. Este estaba agitado. Me señaló. El campesino se acercó a mí.

—¿Está bien, señorita?

—Sí, gracias. —Intenté levantarme, pero el tobillo me dolía.

El hombre con la deficiencia me dio su mano y me sonrió. El campesino me ayudó a incorporarme.

—Señorita, ¡está sangrando!

Tenía las manos y los brazos heridos por la caída.

—No es nada, no se preocupen.

—¿Qué le ha pasado?

Lo miré.

—Me adentré en el bosque y me tropecé. —No quise contar toda la verdad.

—Allan —dijo el campesino— se puso muy nervioso y quiso guiarme hasta aquí. Él tiene un sexto sentido, desde muy pequeño intuye cuándo alguien está en peligro. Recuerdo que hace mucho tiempo una joven apareció muerta. Él estuvo llorando durante todo el día anterior porque decía que la muerte estaba en los lagos.

Aquellas palabras captaron mi atención. De repente recordé lo que había escrito mi madre sobre la muerte de la campesina. Intenté indagar más.

—¿Y fue hace mucho tiempo?

El campesino me miró.

—Sí, hace bastante.

Se notaba que no quería hablar.

Salimos del bosque y en ese momento vi a Kimball. Nos vio y se acercó hacia nosotros con el rostro desencajado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Señor —dijo el campesino—, encontramos a la joven dama en el bosque, herida.

Kimball centró su mirada en mí; era inquisitiva. Sabía que estaba enfadado conmigo.

—Muchas gracias, señores. Ya me encargo de la joven —les dijo al campesino y a Allan.

Ambos se despidieron, pero antes de que se marcharan Allan se acercó a mí.

—Tenga mucho cuidado, señorita.

—Tranquilo, Allan, lo tendré —le respondí.

Una vez se alejaron, Kimball me miró con los brazos cruzados.

—¿Se puede saber qué hacías en ese bosque?

—Simple curiosidad.

—No te creo —respondió—. Estás herida, cojeas.

Lo miré y empecé a caminar; cojeaba, pero no quería darle ninguna explicación, eso haría que su preocupación hacia mí se incrementase. Me agarró con fuerza del brazo, tiró de mí, caí sobre su pecho y me cogió en brazos. ¡Estaba guapo hasta enfadado! Rodeé su cuello.

—Fui a buscarte. Me dijo el chico de las cuadras que habías salido dirección los lagos. Quería verte.

Me subió a los lomos de mi caballo, el suyo estaba al lado.

—¡No lo vuelvas a hacer! No te das cuenta de que corres peligro. ¿Te puedes imaginar lo que sentí cuando vi tu caballo y no te vi a ti? Pensé en lo peor.

—Pues estoy sana y salva.

—Con heridas y te has hecho daño en el tobillo.

—Son solo unos rasguños.

Kimball se montó en su caballo y nos alejamos de aquel lugar.

Cuando llegamos al castillo, mi abuelo seguía descansando. Kimball me agarró de la cintura y me dejó en el suelo. Dejó los caballos al mozo, quien me miraba sorprendido ante mi aspecto. Kimball me volvió a coger en brazos.

—Estoy pensando que me voy a perder más veces. —Me miró—. Sí, no me mires así, me encanta que me cojas en brazos.

Su expresión cambió ante mi comentario.

—¡Por fin te he arrancado una sonrisa!

—Sabes que no necesitas perderte para que quiera tenerte entre mis brazos.

Subió las escaleras y abrió con la punta del pie la puerta de la habitación. La cerró de la misma manera. Me dejó sobre la cama.

Se agachó. Sin mediar palabra me quitó la bota y me observó el tobillo.

—No está roto.

—Eso ya lo sé yo. Es el golpe de la caída; de hecho, ya no me duele tanto.

Me miró, se levantó y cogió la palangana con agua. La acercó hacia donde yo estaba, la puso en el suelo, cogió unas telas que había junto a esta, las mojó y me limpió la herida. Era algo con lo que yo estaba muy familiarizada, pero me encantaba ver con qué delicadeza y cariño me iba limpiando la sangre de mis manos y muñecas.

—Bueno, ya está —dijo besándome ambas manos.

—Gracias, Kimball.

Sus pupilas estaban fijas en las mías. Se levantó y me cogió la mano forzándome a que yo hiciese lo mismo. Levantó mi barbilla con sus manos y su mirada se centró en mis labios para después besarme. ¡Cuánto deseaba sentir otra vez la suavidad de sus labios sobre los míos! Se apartó.

—Me asusté. Solo pensaba en que, si te había pasado algo, mi mundo se derrumbaría.

—Kimball... —sus palabras me emocionaron. Ver a un hombre rudo, fuerte, un guerrero, el hombre del que me había enamorado, decirme aquellas cosas tan bonitas me llenaba de felicidad. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ahora debes descansar. Ese tobillo necesita reposo. Le diré a la doncella que te suba la comida a tu cuarto. Esta noche hay una fiesta.

—¿Una fiesta? —pregunté.

—Sí, tu abuelo esta mañana me ha enseñado todas vuestras tierras y me ha comentado que hoy es el gran día que todos los lugareños están esperando. Cada año, en la noche de la tercera luna, se celebra la aparición de las primeras flores y la recolección de los frutos.

Se acercó, me rodeó la cintura y me atrajo hacia su pecho, me besó, retuvo mis labios entre los suyos, breve, pero intenso. Me dejó sin aliento, llena de sensaciones y se marchó.

¡La noche de la tercera luna! Era el mismo día en el que ella había escrito. Tenía que ir a su habitación y hacerme con sus escritos. Esperé a estar segura de que Kimball se hubiese alejado de allí. Salí de la habitación y subí al piso superior. Tuve las mismas sensaciones que la primera vez. Aceleré el paso hasta llegar a la habitación, abrí la puerta y la cerré. Suspiré. Busqué la mesa, me agaché y cogí los escritos. Enseguida me di cuenta de que había una hoja que

faltaba, había contado seis y solo había cinco. Esta vez sí que tenía claro que había escuchado un ruido justo detrás de la puerta. El picaporte de esta empezó a moverse. El pánico me enmudeció, no podía articular palabra alguna, se detuvo y unos pasos ligeros se alejaron de allí.

XXXII

Estaba preciosa con aquel vestido azul de su madre. La observaba junto a su abuelo bajar las escaleras. Ya no cojeaba. Me adelanté y le agarré la mano. Me incliné para besársela.

—Estás muy bonita, Beth —sus ojos negros brillaban.

—Cómo te pareces a tu madre. Eres su vivo retrato. El verte ahí, con el mismo vestido que ella llevaba, es como si mi hija estuviera en esas escaleras.

Le cogí sus manos y las envolví entre las mías. Su abuelo se adelantó. Fuimos dirección a las cuadras. La noche estaba despejada, el cielo estrellado y una gran luna llena iluminaba aquellas tierras en la oscuridad.

—Hoy vienes en mi caballo —le dije.

—Pues te lo agradezco, ya sabes que no es lo mío montar a caballo.

—¡Ja, ja, ja! No me lo agradezcas. Lo hago por egoísmo: quiero tenerte esta noche muy cerca de mí; además, tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? ¿Qué es?

—Si te lo dijese ya no lo sería, no preguntes tanto, curiosa.

La cogí de la cintura y la monté sobre el lomo del animal. Di un salto y me monté tras ellas.

Rodeé con mi brazo su cintura y con el otro cogí las riendas del caballo. Me encantaba tenerla cerca, oler su cabello y notar el calor de su cuerpo junto al mío. A pesar de todo, la sentía ausente. Sabía que algo le rondaba por la cabeza. Desde su accidente en el bosque sospechaba que me ocultaba algo.

Llegamos hasta la zona de la ermita. Había mucha gente alrededor de unas hogueras. La música de las gaitas sonaba, y la gente bebía, reía y disfrutaba de la noche. Detuvimos los caballos, los amarramos al tronco de un árbol y nos bajamos. Cogí a Elizabeth de la cintura y la retuve unos instantes junto a mí. En ese momento su abuelo vino hacia nosotros.

—Ahora a divertirse. —Se acercó a su nieta—. Beth, estoy muy feliz que

estés conmigo. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

La música sonaba. El vino y la cerveza pasaban de unos a otros. Beth tomó un trago de vino. Me sorprendí al verla. De hecho me hizo gracia, una dama de su condición no bebería el vino de esa forma tan poco comedida. Bailaba y se divertía, y yo no podía dejar de observarla.

Vi a aquel hombre: Allan, así se llamaba. Iba acompañado del campesino. Me fijé en él. Tenía una mirada huidiza y observaba temeroso por todas partes. Se fijó en Beth. ¿Por qué le habría dicho él a ella que tuviera cuidado? Tenía que descubrirlo. Me fijé en mi Elizabeth, que se dirigía hacia el pozo. ¿Por qué iba allí? Vi que había un hombre con una capa oscura. ¿Qué era lo que ocurría? La seguí. Ella avanzaba con lentitud. El encapuchado se fijó en la joven, pero cuando la vio, desapareció. Ella se acercó al pozo.

—¿Beth! ¿Quién era ese hombre? —Ella se sorprendió al verme.

—No lo sé.

—No te creo.

—Te digo la verdad, no lo sé. Sería un campesino. —Sonrió—. Bueno, estoy esperando mi regalo.

Seguiría con aquella conversación más tarde; en ese momento estaba deseando llevarla a la cascada de fuego.

—¡Anda, ven aquí! —La agarré de la mano, tiré de ella y la propiné un azote cariñoso en su trasero.

—¡Kimball! —gruñó. La guiñé un ojo. La di media vuelta para que me mirase—. Espera, tengo que taparte los ojos.

—¿Qué intriga!

—¿Puedo?

—¿Sabes que sí?

Le oculté los ojos con una cinta de color azul. La cogí en brazos.

—Esto me encanta—. Me revolvió el pelo con sus dedos.

—No puedes estar ni un segundo en silencio, ¿verdad?

—¿Cómo me conoces!

—¡Ja, ja, ja!

La monté en mi caballo. Bajé la ladera hasta llegar al lago. Allí había una pequeña barca que servía para cruzar al otro lado del lago. La bajé, la senté dentro de esta y empecé a remar.

—¿Me tienes intrigada! ¿Estoy en una barca?

—Ya lo verás, ¡impaciente! —Me hizo gracia su incertidumbre y su curiosidad.

Ahí estaba. Acerqué la barca lo máximo que pude hasta estar frente a la gran cascada de fuego. Por lo que pude averiguar, la llamaban así porque cuando el sol aparecía en el horizonte, en las aguas de la cascada se reflejaba la luz del astro que se tornaba de un color rojizo. Caía con fuerza.

—¿Preparada?

—Sí, desde hace tiempo.

Le quité la cinta y me fijé en la expresión de su rostro al contemplar aquello. Apenas pestañeaba, estuvo unos segundos observando cómo el agua caía con fuerza desde una gran altura. Algunas gotas mojaban nuestros rostros. Me miró.

—¡Gracias! Jamás imaginé que alguien me pudiese hacer un regalo tan increíble.

—No me des las gracias, es mi forma de decirte que te amo. Por si te quedaba alguna duda.

Cogí su mano y se la llevé hacia mi corazón para que sintiese mis latidos.

—¿Lo sientes? —Asintió—. Late por ti.

Llevó su otra mano a mi mejilla y la acarició.

—Te amo, ¿lo sabes? —me dijo.

No pude aguantar más. Después de sus palabras deseaba tenerla junto a mí, la necesitaba. La atraje hacia mí pecho, cogí su rostro entre mis manos y la besé. Levanté mis ojos para observarla. Sus pupilas estaban fijas en las mías. Ella tuvo un escalofrío.

—¿Tienes frío?

—Un poco —respondió.

La rodeé con mis brazos.

—Tenemos que regresar.

—No, todavía no. Desde hace mucho tiempo no sentía la paz que me transmite este lugar. Así debe ser el paraíso.

—¡Ja, ja, ja! Regresemos. No quiero que enfermes por mi culpa.

La volví a besar. Cogí los remos y fui hacia la orilla. La ayudé a salir, la acaricié los hombros, estaba deseando tenerla otra vez entre mis brazos y hacerla mía. La monté en el caballo y subí tras ella. Regresamos con lentitud por el mismo camino que habíamos ido. Estábamos muy cerca del lugar donde se estaba celebrando la fiesta; por el bosque escuchamos un ruido, detuve al animal. Ante nosotros apareció Allan, estaba asustado, agitado. Bajé de un salto.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

Movía los brazos con rapidez, pero no podía articular palabra. Le puse la mano en el hombro.

—Tranquilo, Allan, respira.

Respiró. Me miró.

—¡Han venido a por ella! —la señaló. Me asusté.

—¿Quién? —pregunté.

—El hombre del anillo. Un hombre de la iglesia. —Enseguida pensé en el obispo de Durham—. ¡Tiene que huir!

Miré a Beth.

—Aléjate al lago donde hemos estado y espérame allí, junto a la barca. —Ella asintió—. Allan, tú acompáñame y estate tranquilo, si no va a sospechar el obispo que ocultamos algo. —Él asintió. Me dirigí a Beth—. ¡Espérame allí y no te muevas pase lo que pase!

La vi alejarse. Tenía un mal presentimiento. Aquello no me gustaba.

XXXIII

Estaba asustada, al decir Allan que llevaba un anillo enseguida vino a mi mente la imagen de aquel obispo. Había llegado a la orilla del lago. Me senté mirando el lago. A lo lejos veía la cascada. Me entristecí de pensar que lo que hacía unos segundos me había parecido mágico, en ese instante se había convertido en todo lo contrario. ¿Qué pasaba en mi vida? Debía estar volviéndome loca o en un coma profundo del que pronto despertaría. Me llevé la mano al amplio vestido y toqué los papeles escritos de la que se suponía era mi madre. No me había dado tiempo a dejarlos en la habitación. Sabía que había desaparecido uno. Estaba segura de que había seis el día anterior.

Mi mirada estaba fija en esas aguas oscuras. Algo llamó mi atención: unas pequeñas luces flotaban sobre el agua. Tenían forma de pequeñas llamas; cada vez había más. Me quedé fija, mirándolas. ¿Fuegos fatuos? Había leído mucho sobre aquello. Se creía que eran las almas de los muertos, pero jamás creí que pudiera ser cierto. Eran luces pequeñas. Parecía como si danzaran en el agua. Se acercaban a mí. Por un momento pensé que eran las almas de mi madre y de mi abuela que venían a llevarme con ellas. Me asusté, me levanté y empecé a correr en dirección contraria de donde estaba la fiesta. En mi afán por huir, tropecé y me hice otra vez daño en el tobillo. Sentí un gran dolor por todo el cuerpo como cuando había sido atropellada. Me di la vuelta con gran dificultad. Estaba rodeada de esas luces blancas. Me tapé el rostro. «¡No, ahora no! ¡No quiero separarme de él!», dije. Ya solo veía una intensa luz blanca.

XXXIV

Ahí estaba. Era el obispo acompañado de varios de sus hombres y aquel fraile que la había juzgado. El obispo me reconoció.

—Vaya, vaya... Pero si es el caballero que defendió a la hereje.

—Creo que ya quedó claro que ella no es ninguna hereje. Luché por ella y vencí. Si ganaba, la dejarían en paz.

—Sí, así es. Pero resulta que alguien la ha acusado de sus malas artes. No tenemos más remedio que llevarla otra vez con nosotros.

—¿Quién la ha acusado? —pregunté.

—¡Traedla!

Ante mis ojos apareció la gitana que nos habíamos encontrado en el camino cuando la habían secuestrado, la misma que nos había dicho hacia dónde dirigirnos para encontrarla. Tenía la cara con moratones y uno de los ojos hinchado. Estaba magullada; la habían torturado y maltratado. La mujer levantó el rostro, me miró con tristeza y volvió a bajar su mirada.

—¡Ella ha sido la que nos lo ha dicho! ¡Dile lo que me has contado, mujer!

—¡Lo siento, señor! Yo no quería... Ellos me obligaron y torturaron hasta que les dije lo que ellos querían oír desde un principio, pero todo es mentira. ¡Me oye!, ¡es mentira! —dijo mirando al obispo. Le temblaba la voz.

El obispo le dio una patada en sus posaderas.

—¡Lárgate de mi vista si no quieres que te mate! —le dijo.

La gitana hizo intención de correr, pero uno de los hombres que acompañaba al obispo le dio un golpe con un palo en la cabeza. Ella cayó al suelo, muerta.

—Ahora descansará en paz —dijo el obispo burlándose.

—¡La ha matado! ¡Asesino! —Tenía la intención de golpearle, pero el abuelo de Beth me detuvo a tiempo.

—¿Qué insinúas, joven? —Se me acercó a mí con su prominente barriga y sus ojos fríos e inexpresivos.

El abuelo se puso frente al religioso.

—Mi nieta no está con nosotros, se marchó y desconocemos hacia donde ha ido.

El obispo centró su mirada en el conde Agnew.

—Entonces, no le importará que mis hombres den una vuelta por los alrededores.

—Pueden hacerlo.

En ese momento aquel fraile se acercó a mí y fijó sus pupilas en las mías.

—Sé que está aquí, puedo olerla. Huelo a todas las brujas.

—Entonces tiene muy mal olfato, porque aquí no hay ninguna.

Estuvieron bastante tiempo dando vueltas hasta que se convencieron de que allí no había nadie. Luego, Allan se aseguró de que se habían alejado lo suficiente de aquel lugar. La fiesta se suspendió.

—Allan, no te preocupes, voy a buscarla. Márchate tranquilo.

El joven estaba inquieto, nervioso. Se alejó con el campesino.

Fui corriendo por el bosque hasta llegar al lago, pero no estaba. La busqué, grité su nombre, pero ella había desaparecido sin dejar rastro. Exploré cada rincón. Se había ido; se había alejado de mí.

XXXV

—¡Kimball! —grité.

Me incorporé de la cama, sudando. Las lágrimas recorrían mi rostro. Hacía dos años que había vuelto a mi realidad. A la primera que había visto en ese momento había sido a Ann, mi amiga— Ahora me despertaba en mi casa, con mi hija.

—¡Mami!

Me levanté. La había vuelto a despertar. Fui a la habitación de Emma. Estaba de pie, en su cuna. Faltaban dos días para que cumplierse dos añitos. Le sonreí.

—Hola, mi niña. ¿Te ha despertado otra vez mamá?

Emma me miraba con sus grandes ojos verdes. Tenía los mismos ojos que su padre. «¡Kimball!», suspiré. Me recordaba mucho a él. Fue el regalo que tuve tras alejarme de él y regresar a mi mundo. La prueba de que todo había sido real. No di ningún tipo de explicación a nadie. Sabía que, de haberlo hecho, habrían pensado que me había vuelto loca. Mi madre se llevó las manos a la cabeza cuando le informaron los médicos que había salido del coma y que el feto no había sufrido ningún daño. Todavía recuerdo la conversación que tuve en el hospital con ella. Insistía en saber quién era el padre. Le tuve que mentir y decirle que era un inglés que se había marchado del país y del que ya no sabría nunca más nada. En cierta manera era cierto. Ann respetó mi silencio.

Mi padre movió sus contactos para que me encontrasen un trabajo de enfermera en Londres, y así fue como empecé a trabajar en el Royal London Hospital. Gracias a eso pude hacer frente a los gastos que conllevaba cuidar a una niña. Mis padres se marcharon, y allí me quedé yo, embarazada, con los recuerdos y unos papeles de mi supuesta madre que había traído conmigo de aquella época.

No entendía nada. Suspiré. Cogí a Emma en brazos, y ella me miró, alzó su manita regordeta y agarró mi pelo con sus deditos, mientras sonreía.

—¿Sabes, Emma? Tu papá estaría muy orgulloso de ti y se sentiría muy feliz

de tenerte entre sus brazos.

—Papá —dijo.

—Sí, tu papá. Era muy guapo, como tú, mi princesa.

La mecí. Sus ojitos se fueron cerrando hasta quedarse dormida. La volví a meter en la cuna y la tapé.

Fui a la habitación y abrí el cajón de mi mesilla, allí estaban enrollados los papeles de Ceridwen. Los abrí y volví a releerlos.

...Todo el mundo está alterado por la muerte de Alice. Hoy he ido a ver a sus padres. Me han mirado con odio. Ron se ha levantado y me ha dicho que la culpa es mía y de mi madre, que hemos traído la desgracia a ese lugar. Mi madre me ha mirado en ese momento y me ha hecho un gesto indicando que nos teníamos que ir. No entiendo por qué la gente nos odia tanto. Hoy, después de ese acontecimiento ella me ha desvelado el secreto de la familia. Estaba en mi habitación, ha entrado despacio y se ha sentado en la cama. Me ha dicho que tenía que contarme algo. Después me ha mirado con interés y me ha dicho que ella era hija de druidas. Me ha explicado que ellos adoran la naturaleza y tienen ciertas visiones sobre el futuro y lo que va a suceder. También me contó que los druidas jamás pueden casarse con alguien que no sea de su grupo. Siguió explicándome que ella se enamoró de mi padre nada más verlo, los druidas no lo aceptaron y la culparon de que les había llevado a la desgracia. Mi padre la trajo a su castillo y los lugareños del lugar pensaron que lo había embrujado. “A ti tampoco te aceptan, te ven como una amenaza”, me dijo. Le pregunté que si Ron había dicho esas palabras y su respuesta fue afirmativa

Después me dijo que debía tener cuidado, que llegaría un momento en el que me perseguirían a mí y a mi hija. Mi madre tenía visiones de futuro, nunca las revelaba y por eso, en esta ocasión, me sorprendí de que así fuese. Continuó diciéndome que ambas correríamos un gran peligro, que nadie debía saber que ella era mi hija. Insistió en que debería encontrar las barreras del tiempo para ponerla a salvo. Llegado hasta ese punto, tendría que renunciar a muchas cosas para salvar su vida.

No entendía nada, ella intuyó mi desconcierto ante sus palabras, de ahí que me dijese que lo comprendería a su debido tiempo. “Toma”. Extendió su mano y me dio un cordón con una cruz de David tallada en madera. Seis puntas, con seis direcciones y un núcleo central. “En algún momento te ayudará a elegir... el camino correcto”.

Después de la conversación con mi madre, como de costumbre, fui a pasear hasta la ermita. Muy cerca estaba el pozo y me fijé que había un muchacho, bastante alto, asustado. Tenía alguna deficiencia. Lo había visto en alguna ocasión observándome. Me acerqué a él y me senté a su lado. Dejó de llorar.

Le dije mi nombre y él me respondió que se llamaba Allan. Me preguntó por qué estaba llorando y a continuación dijo que él era malo. Le pregunté que quién era él y respondió que “El caballero oscuro”

Entonces recordé la figura que había visto junto al pozo: ese hombre que me había dado un escalofrío nada más verle.

Después le pregunté que por qué era malo y él me respondió que le pegaba y se avergonzaba de él. Que ese hombre le decía que no merecía vivir.

Apretaba con fuerza algo que sujetaba en una de sus manos. Le pregunté que qué es lo que tenía. La abrió. Era un trozo de madera en el que había tallado un símbolo. Tenía forma de hélice dentro de un círculo. Le pregunté por el significado de ese dibujo y él respondió que “invisibilidad”. Después se marchó con rapidez.

Doblé la carta, me quedé sorprendida. Había leído muchas veces aquella parte, pero no había caído hasta ese momento. Ese símbolo era el mismo que yo había visto grabado en la piedra del pozo. Escuché el timbre y fui con rapidez a ver quién era, ya que no quería que se volviese a despertar Emma. Era Ann.

—¿Todavía estás en pijama?

—Sí, hoy es sábado. He dormido mal, y Emma está descansando. No tengo prisa.

—No te acuerdas de que habíamos quedado en llevar a la niña al festival de Glastonbury.

—Pues se me había olvidado. De todas formas, no creo que sea un lugar

apropiado para ella. Va a haber mucha gente.

—¡Vamos, Beth! Ya lo hablamos. Ponen un circo y van muchos niños. Va a ser divertido. Necesitas distraerte.

Fui a mi habitación. Ann me seguía. Tenía que esconder los papeles antes de que ella los viese y pudiese leerlos, pero fue tarde, los cogió y empezó a leer.

—¡Dame eso, Ann!

—¿Qué significa esto, Beth? Sabes que nunca te pregunté qué es lo que había pasado, pero esto..., un papel antiguo, una letra extraña...

Me senté en la cama. Tenía razón. Siempre había estado junto a mí, incluso en los peores momentos.

—Está bien, te lo contaré, pero prométeme que no pensarás que estoy loca.

—Eso no te lo puedo prometer. ¡Estás como una tapia, amiga! ¡Ja, ja, ja!

Sonreí ante su respuesta. La miré y empecé a contarle todo lo que me había sucedido.

—¡Uff!

—No me crees —dije.

—Claro que te creo, pero es difícil de comprender para alguien con limitaciones como yo.

—Ann, ¡no es broma!

—Lo sé. Pues con mayor motivo tienes que ir a Glastonbury. Debes encontrar respuestas.

—No sé cómo.

—¡Vístete! Yo despertaré a Emma. Hans nos está esperando en el coche. — Me quedé mirándola. La verdad que me gustaba haber compartido aquello con ella, ya que la consideraba como una hermana—. ¡Vamos! ¡Date prisa!

Me duché, me puse los vaqueros y un polo de manga corta. Cogí mi chaqueta vaquera. Era mediados de junio, sabía que al atardecer podía refrescar. Me puse las zapatillas, me recogí el pelo en una coleta y ya estaba lista. Por fin, desde hacía dos años, sentía la misma vitalidad que antes de que me ocurriera toda aquella aventura.

Ann ya había vestido a Emma. Cogí su cochecito, lo plegué y nos fuimos a la

calle donde Hans, el íntimo amigo de Ann, esperaba dentro del coche.

Desde que había regresado a mi vida real no había querido ir a ver los sitios por los que había estado con Kimball. ¡Mi Kimball! Lo amaba. Solo pensar que ya no lo volvería a ver... Si no hubiese sido por Emma, habría deseado morir.

La brisa que se filtraba por la ventana del vehículo mecía mi pelo. Cerré los ojos, lo recordé: alto, fuerte, con sus bonitos ojos mirándome. Podía sentir sus caricias y recordar sus besos. Tuve un escalofrío. La manita de Emma se apoyó sobre mi brazo. Le sonreí y me llevé su mano a mis labios.

—Mi preciosa princesa —le dije. Emma me acarició la mejilla. Hasta sus expresiones y gestos eran como las de él.

Ann me observaba a través del espejo.

—No entiendo como no me lo dijiste antes.

—¿El qué? —preguntó Hans.

—¡Ann! —No quería que nadie más lo supiese.

—Beth, él lo tiene que saber. ¡Es mi chico!

—Ah, ¿sí? ¿Desde cuándo?

Ambos se echaron a reír.

—Desde ayer —respondió mi amiga.

—¿Se puede saber qué pasa? —Él volvió a preguntar.

Ann se lo explicó a grandes rasgos.

—¡Uff! Demasiado para mis entendederas.

—¿Cómo era él? —preguntó mi amiga.

—Tenía los mismos ojos que Emma, su misma cara.

—Entonces debía ser guapísimo, porque mi niña es muy bonita.

—Sí, lo era. Un caballero, con armadura, espada, fuerte, valiente y con honor.

—Un cursi —dijo Hans riéndose. Ann le propinó un codazo.

—¿Y en lo demás...? —dijo Ann en un tono pícaro.

—En lo demás..., repetiría mil veces con él.

—Entonces es el hombre perfecto. —Se rio Ann.

En realidad, así lo pensaba yo: era el hombre perfecto. Estuvo junto a mí. De hecho llevaba su anillo, que había regresado conmigo y nunca me lo había

quitado. Miré el anillo que llevaba el emblema de su familia y lo llevé a mis labios.

Glastonbury estaba abarrotado de gente, y fue complicado aparcar. Había niños, adolescentes, mayores y jóvenes. Se escuchaba la música. Observé aquel valle y la colina donde en lo alto estaba la ermita destruida, una ermita que yo vi en su mayor esplendor. Era curioso percibir cómo, con el paso del tiempo, las cosas habían adquirido otra forma. Esas tierras en las que había estado con él, la ermita donde Eamon me había dicho que debía estar escondido el santo Cáliz... ¡Uff!, demasiados recuerdos. Tenía sensaciones encontradas, era como si reviviese otra vez todas las sensaciones que había experimentado antaño.

—¿Qué te pasa?

—¡Ann!, ¿te importa si cuidas un momento de Emma? Tengo que subir aquella colina hasta la ermita.

—Por supuesto, luego me cuentas.

Fui hacia allí y empecé a ascender la cuesta. Hacía calor. Llegué a la colina, allí divisaba todo el valle. Respiré. La ermita la había hecho construir José de Arimatea en honor a la virgen María. Solo eran ruinas y no era la ermita pequeña que yo recordaba. Los restos que tenía frente a mí eran el resultado de posteriores reconstrucciones por incendios y saqueos. Me sentí triste porque sabía que no podía dar respuesta a nada de lo que me había ocurrido. Sabía que allí estaba escondido el santo Grial y que yo era la elegida para encontrarlo. Recorría las ruinas mientras la tristeza me consumía. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. Echaba de menos a Kimball, lo amaba. No había podido apartarle de mi mente. Cada noche soñaba con él. Antes de acostarme cerraba los ojos para que su imagen no se fuese nunca de mi mente: sus ojos, su sonrisa, sus caricias, sus besos, su voz. «¡Dios mío, quiero regresar junto a él!», pensé. No podía más. El corazón me oprimía. Me senté en la hierba, mirando al gran valle desde el que se veía la fiesta.

Fijé mi vista en los restos de una columna que había junto a mí, desentonaba del resto, pero algo grabado en aquella piedra llamó mi atención. La estrella de David, el sol sobre ella, y seis rayos de luz que apuntaban al santo Cáliz. En ese momento sentí su presencia, como si él estuviera justo allí en ese mismo

instante, tras de mí. Me giré, nerviosa, temblaba, lo presentía, pero estaba sola. «¡Kimball!», grité. Pero sabía que era el deseo y necesidad de regresar a su lado.

XXXVI

Había dejado mi caballo atado cerca de la ermita, subí y me senté. Respiré. Una oleada de aire revolvió mi pelo y una sensación extraña invadió todo mi ser. La sentí, podía notar su presencia. Era como si ella estuviera allí.

—¡Beth! —susurré.

Me di la vuelta deseando encontrarla. Sería capaz de perdonar que me hubiese abandonado todo ese tiempo. Había contado cada día esperando a que ella regresase a mi lado, pero nunca llegó ese momento.

Después de aquel suceso en la isla Maree, en el que no hubo rastro de Beth, regresé a mi hogar. La busqué sin descanso durante días. Ante mi desconsuelo y tristeza, decidí marcharme a buscar al rey Ricardo, al encuentro de las tropas de Robert. Necesitaba alejarme de allí. David me había acompañado, pero como me había imaginado, en mis pensamientos solo estaba ella. Soñaba con ella y en cada mujer que me encontraba la veía a ella. Robert me lo había notado, sabía que no estaba concentrado en la batalla y el combate, pero nunca me había preguntado, algo que yo le agradecí.

Un trovador fue el que nos dio la pista de que el rey había sido secuestrado por el duque de Austria, quien pedía una gran suma de dinero a cambio de su liberación. Habíamos reunido la cantidad solicitada y Ricardo i quedó liberado y regresó así a nuestro país. Aquel acontecimiento se había celebrado con vino. Todos habían estado felices, todos... menos yo. Robert me había insistido en que me uniese a sus tropas y acompañásemos al rey en su siguiente hazaña, pero yo no era el mismo de antes y quería regresar a mi hogar. Él, tras el compromiso de su hermana Lorraine con un noble sajón, había vuelto a unirse con sus hombres a las tropas del rey Ricardo para apoyarle en el conflicto con Felipe ii de Francia.

Recordé aquel día en que había entrado con David en mis tierras. Mi intuición me decía que algo no marchaba bien y no me había equivocado. Mi hermana ya había contraído matrimonio con el conde Oton, había llegado tarde, y mi Beth

seguía sin aparecer. Esa esperanza que albergaba a mi regreso se había disipado en cuestión de segundos.

En un principio deseé encontrarla para exigirle explicaciones y hacerle saber todo el daño que me había causado, pero después solo había deseado localizarla para decirle lo mucho que la amaba y necesitaba. Deseaba hacerla ver que mi corazón había muerto al igual que mis sentimientos tras su partida.

En ese momento estaba Grace otra vez en mi vida, se había quedado viuda y su compañía me ayudó a superar mi desconsuelo; además, sabía que necesitaba una mujer a mi lado, además tenía que dar un heredero. Lo único que no me gustaba de ella era que su tío era el conde Oton. También me preocupaba por Eamon. Lo quería como a un hijo y lo había adoptado como mío desde que nos había abandonado Elizabeth. Eamon tampoco había sido el mismo desde su desaparición: no cesaba de explicarme que ella no nos había abandonado, si no que no podía regresar junto a nosotros. Yo no le creía.

Me tapé el rostro con ambas manos. Hacía tiempo que no regresaba a ese lugar. Me recordaba a ella, y ese día tenía la sensación de que mi dama estaba junto a mí, la sentía. ¡Me estaba volviendo loco! Me había prometido olvidarme de Beth.

Estaba comprometido con Grace y fijaría la boda justo ese fin de semana. Mi hermana había tenido su segunda hija y el conde había organizado una gran fiesta, con un torneo, baile y mucha bebida, algo que necesitaba. Grace estaba invitada al igual que yo. David no había querido venir. Yo sabía que estaba enamorado de mi hermana y su matrimonio lo había destrozado. Él se había quedado con Eamon y mi padre, que desde la muerte de mi madre se había encerrado en su habitación y se había negado a salir de ella; solo Eamon lograba sacarlo de vez en cuando. Aquel niño tenía algo especial.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Me las limpié con ambas manos. «Ya no lloraré más por ti, Beth. Comienzo una nueva vida», dije. Cogí mi caballo y cabalgué hasta el castillo. Tenía ganas de ver a mi hermana. Intuía que no era feliz.

Entré en el patio de armas. Un soldado del conde se acercó a mí.

—¿El conde de Essex? —me preguntó.

—Sí.

—Señor, la señora le espera en sus aposentos.

Sabía dónde estaban. Mi hermana y su esposo dormían en habitaciones separadas. Subí con rapidez las escaleras, di dos golpes a la puerta y la abrí sin esperar a que nadie me diera permiso.

Allí estaba Mildred con un bebé en sus brazos y otro de casi dos años en la cuna, durmiendo.

—No hagas ruido, Kimball. Diana está durmiendo y Leonor está casi dormida.

Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla. Después se lo di a mis sobrinas.

—Creí que no vendrías.

Me senté en una silla que había frente a ella.

—¿Cómo pudiste pensar eso? Sabes que no soporto a tu marido, pero te quiero tanto, hermana, que jamás faltaría a la fiesta en honor a Diana.

—Gracias, Kimball. Yo también te quiero mucho.

—¿Qué te pasa? No es habitual en ti decirme palabras tan bonitas.

—Nada, no quiero aburrirte con mis desdichas.

—No me aburres, es más, quiero saberlas.

—Temo que ahora que ya no estoy embarazada vuelva el conde a acudir a mi alcoba. Está obsesionado con tener un hijo varón; desea un heredero.

—Es normal —le respondí.

—Sí, pero solo pensar que tendré que hacer... con él... —No era clara, pero yo sabía lo que quería decir.

—Es tu esposo, Mildred. Tiene plenos derechos sobre ti.

—Sí, pero a mí me da asco. Le tengo miedo. No sé por qué quiere un heredero si tiene un montón de bastardos varones.

—Pero no son legítimos. Piensa que cuanto antes te vuelvas a quedar preñada antes te volverá a dejar en paz.

—Lo sé.

—¿Te ha pegado? Porque si fuese así lo mato.

—No, eso no, pero a veces me da miedo. —Centró su mirada en mí—. Y tú ¿qué tal estás, hermano? Sé que rondas a una dama.

—Sí, Grace.

—Vaya, vaya... Grace. Y... ¿Habrá boda por fin?

—La habrá. Le pediré la mano.

—¡Cuánto me alegro! —Esbozó una sonrisa—. Pero no te veo muy feliz.

—La felicidad no es lo más importante. Ahora debo dar un heredero a mi apellido, y Grace es una buena candidata para ello; además, su físico me gusta y me divierte con ella.

—Pero tú no eres de los que se planteen casarse porque les guste una mujer físicamente. Sigues pensando en ella, ¿verdad?

Bajé el rostro.

—Sí, antes albergaba la esperanza de que algún día la encontraría, pero han pasado dos años y no hay rastro de esa mujer. Me abandonó, se fue sin decirme nada, me mintió.

—Tampoco sabes lo que ocurrió. Y si la capturaron o...

—No, esa opción no la barajo.

—Kimball, no seas tan duro.

—Mildred, por favor. No quiero barajar más hipótesis. No quiero hablar más de ella. Necesito olvidarla.

—¡Pero tú no amas a Grace!

—Eso no importa. Aprenderé a quererla.

—Lo siento, hermano, pero creo que es muy difícil aprender a amar. Podrás tenerla cariño, pero una parte de tu corazón ansiará ese amor no correspondido.

—Bueno, hermanita, ¿no hay un torneo?

—Sí, está a punto de comenzar.

—Te veo luego. Te quiero —le dije acercándome y dándole un beso en la mejilla.

Bajé las escaleras. Quería encontrar a Grace. Estaba sentada, esperando que el

espectáculo diera comienzo. Las damas se sentaban frente a los hombres. Me acerqué a ella.

—¡Kimball! —dijo al verme.

—¡Estás muy bonita, Grace!

—Me sorprendes, caballero, no me habías dicho algo así en mucho tiempo.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Estás contento! ¿Ha ocurrido algo que deba saber?

—Sí, pero ya te enterarás, en el baile. Vas a ser la primera en saberlo.

—No me gusta esperar.

—Pues tendrás que hacerlo. —Le cogí la mano y la besé.

Me alejé y me ubiqué frente a ella. Los caballeros que iban a luchar ya se estaban preparando. Mi hermana se sentó. No veía al conde Oton junto a ella. Le busqué con la mirada; allí no estaba. Los tambores repicaban, daba comienzo al torneo; en ese momento lo vi aparecer; estaba nervioso. Observé la frialdad con la que trataba a Mildred. Sentí deseos de matarlo. Jamás se tendría que haber casado con él. Me llamó la atención un jinete vestido de negro. Llevaba un emblema grabado en su casco, una especie de hélice dentro de un círculo. El conde lo miraba con atención.

Los combatientes empezaron a luchar, iba ganando el hombre del traje negro. El público lo vitoreaba. Este, poco a poco, iba eliminando a todos los combatientes. Fue el vencedor del juego y el público se levantó de sus asientos para aplaudirle. Él, montado en su caballo, se giró manteniendo su lanza levantada. Después fue directo al conde y le apuntó con esta. Había algo que no me encajaba, nadie osaría señalar con su lanza al organizador del evento y menos al conde. Este último estaba asustado. Se levantó de su asiento y apartó la puya, el hombre vestido de oscuro lo miró unos segundos, después le dio la espalda y fue cabalgando hasta salir del recinto del combate.

Decidí seguirle. Tenía que averiguar qué es lo que se traía entre manos el esposo de mi hermana con aquel caballero. Fui directo a las cuerdas. Allí no había rastro de aquel hombre. Decidí mirar por los alrededores. Fue entonces cuando los encontré. Estaban discutiendo, pero no podía escuchar lo que decían. El caballero desenvainó su espada y colocó la punta de esta en el cuello del

conde; después se la retiró. La cara de aquel hombre era muy peculiar. Aprecié que tenía una cicatriz llamativa en su barbilla. El caballero se alejó dejando al conde nervioso y preocupado.

Me fui a mi habitación. Necesitaba descansar para el baile.

Habían transcurrido varias horas. Bajé a la sala donde se estaba celebrando la fiesta. Mildred estaba muy bonita. Me aproximé a ella. Grace, en cuanto me vio entrar, se acercó a mí.

—Querida —dijo Grace a mi hermana—, ¿te importa si me llevo a este caballero?

—Es todo tuyo —respondió Mildred.

Nos alejamos.

—Me tienes intrigada y abandonada; desde el torneo no te he visto.

—Necesitaba descansar.

Salimos al jardín; la noche era cálida.

—Ahora ... ¿Me podrás decir eso tan importante que tienes que contarme?

—¡Ja, ja, ja! Impaciente. —Grace me cogió de la mano y me invitó a que me sentase en un banco de piedra a su lado.

—No te demores —insistía. Sonreí ante su impaciencia.

—Querida Grace, nos conocemos desde hace mucho tiempo, me gustas y lo sabes.

—¡Kimball! ¿Qué me quieres decir?

—Necesito una esposa y quiero que seas tú la mujer con la que compartir mi vida. Cuando regrese a Essex iré a ver a tu padre para pedirle tu mano.

Grace me sonrió ante mi propuesta, me acarició la mejilla y me besó.

—¡Kimball! Pensé que jamás me lo pedirías. Pero... ¿tú no estabas ya casado?

—En realidad no. Esa mujer desapareció, no hay heredero ni rastro de ella. Mandaré una carta al rey Ricardo para que me ayude en la anulación del matrimonio y, así, podamos casarnos.

Me miró sonriente. La besé, aunque en mi corazón y mi mente solo estaba Beth. Tenía la sensación de que la estaba traicionando a ella y traicionándome a

mí.

XXVII

Esa noche tenía que trabajar en el hospital. Ann se quedaría con Emma. Habíamos llegado hacía unas horas de Glastonbury y acababa de mandar un wasap a mi amiga para ver cómo se estaba portando mi pequeñina.

Me puse la bata y los pantalones blancos.

—¡Elizabeth! Te has retrasado —dijo mi compañera y amiga Rose.

—Sí, he estado en el festival de Glastonbury. Se nos ha hecho tarde.

—¿Se nos ha hecho? ¿Has ido acompañada? —dijo mirándome con picardía.

—No he ido con ningún hombre, si es lo que insinúas.

—Pues ya va siendo hora de que empieces a buscar pareja. Eres muy joven y bonita. Es una pena que desperdicies tu vida pensando en un capullo que te abandonó justo cuando estabas embarazada.

—Él no sabía que lo estaba; además, no me abandonó. Fui yo la que se fue de su lado.

—Bueno, bueno..., ya empiezas. —Cogió el suero para la habitación 212—. Toma, yo ya no puedo con la anciana, por favor ve tú y ponle el suero.

La enferma de la habitación 212 era una anciana de 84 años. Solía tener muy mal humor con todas mis compañeras excepto conmigo.

Llamé a la puerta y entré. Estaba despierta.

—Buenas noches, Adelyn. —Me miró—. Te tengo que cambiar la botella de suero. Lo hago rápido y te dejo descansar.

—Tienes que ir a buscarlo —me dijo. Aquella frase me sorprendió—. Él lleva mucho tiempo llorando tu ausencia.

—¿A quién se refiere, Adelyn?

—Tú sabes a quién. Querida, tengo un don desde hace mucho tiempo, un don que me ha martirizado y con el que he sufrido muchas humillaciones. Veo la vida de las personas, no me digas cómo, pero sé muchas cosas de la gente que me rodea.

Me senté en la cama, derrumbada, sin saber qué decir ni qué hacer.

—Pero...

—Nada de peros, tú te resistes a volver. Tienes que tomar una decisión, querida, o una vida con él o sin él.

Mis compañeras me habían hablado de ella, rumoreaban que a veces desvariaba, pero yo no creía que fuese así; de hecho, me agradaba conversar con ella. Continuó hablando.

—Pronto será el solsticio de verano, 21 de junio. Dicen que ahí ocurren cosas mágicas. ¿Tú no sabes que los antiguos griegos definían este acontecimiento como una puerta de entrada a otra dimensión? La puerta de los hombres: así la llamaban. El sol representa el principio de una vida. Durante ese momento en el que el gran astro se resiste a ocultarse, se abre una puerta invisible a través de la cual solo los elegidos, si lo desean, podrán atravesar para empezar una nueva vida lejos de la suya y de su época. Ese día debes estar en Stonehenge. Es en ese lugar es donde se abrirá la puerta de los tiempos, la entrada invisible a otra dimensión. —Me miró. Estaba asombrada ante lo que escuchaba—. Tu madre, Ceridwen, así se llamaba, ¿verdad?

—¿Cómo sabe eso? —No daba crédito a lo que me estaba contando la anciana.

—Ya te he dicho que nací con un don. Veo almas que deambulan entre los vivos, almas de otras épocas que les queda algo por resolver de su vida anterior y, hasta que eso que les preocupa no se resuelve, ellas no pueden descansar en paz. —Me observaba—. Tu madre, antes de morir, logró que tu alma traspasase esa dimensión, esa puerta. Tu espíritu ha vagado por la línea del tiempo hasta que encontró la época y el lugar adecuados para que se desarrollase tu vida, hasta el momento en el que alcanzases la edad idónea de regresar al lugar y época al que perteneces. Debes averiguar lo que le ocurrió a tu madre y a tu abuela. Hasta que no lo descubras, sus almas no podrán encontrar la paz. Además, querida, tu destino está junto a él. Él es tu sino.

Sus palabras me emocionaron. Se me saltaban las lágrimas.

—¿Y qué tengo que hacer, Adelyn?

—Desearlo, solo desearlo.

—¿Cómo? —pregunté.

—¿Lo amas?

—Sí.

—Piensa en él con todas tus fuerzas.

—¿Solo con eso bastará?

—Sí, querida, solo con eso—. Siempre me han tomado por loca, pero tú sabes que no lo estoy porque tú has vivido algo inexplicable para la mente humana. —Estiró sus manos. Le acerqué la mía, y la apretó—. Tú eres la que decides qué camino tomar en tu vida: estar con él y resolver lo que le ocurrió a tu madre y a tu abuela o Londres, pero la decisión que determines será la definitiva. La vida no te va a dar más oportunidades.

—Lo haré. Gracias, Adelyn —Le di un beso en la mejilla.

—No me des las gracias. Es mi deber decírtelo. Estabas perdida.

En ese momento entró otra enfermera. Ella levantó la mano y yo la despedí.

—¡Buen viaje, Elizabeth! —gritó la anciana.

Aquellas palabras me habían dado un halo de esperanza. Necesitaba estar con mi caballero sajón, lo quería en mi vida; además, había dejado muchas cosas pendientes.

Ya estaba amaneciendo cuando regresé a casa. Ann estaba durmiendo en la habitación de Emma. Entré para ver a mi niña, dormía en su cunita. Le di un beso en la mejilla y cerré la puerta. Me puse el pijama, saqué el papel de Ceridwen.

Allan me esperaba en el pozo. Hoy no estaba tan triste, pero le notaba temeroso, inquieto.

—¡Hola, Allan!

—Hola.

—¿Estás mejor hoy?

—Usted y su madre están en peligro.

—¿Por qué?

—Él cree que son malas y han traído la desgracia a nuestra tierra.

—¿Quién es él, Allan?

—El caballero oscuro.

—No lo entiendo, Allan.

—Él es el mal, se vuelve invisible y asesina.

—¿Y por qué lo hace?

—No se lo puedo decir. Me mataría.

Se empezó a poner nervioso. Se levantó, bajó el rostro y no me miraba a los ojos.

—¡Márchese, señorita! Corre peligro.

Le vi alejarse, temeroso, mirando hacia todas partes. No entendía qué era lo que me había querido decir. Me asusté. Regresé al castillo. Estuve encerrada todo el día hasta que llegó la noche. La luna apenas se distinguía de la cantidad de nubes que había. Escuché que alguien bajaba las escaleras. Abrí la puerta con sigilo. Era mi madre. ¿Hacia dónde iría? Me puse la capa, decidí seguirla. Se adentró en el bosque, iba dirección al pozo y a la ermita...

Habían arrancado la hoja que continuaba. Recordé que cuando regresé a coger los papeles había uno menos de los que había contado al principio. Después saltaba directamente a la última hoja:

“Mi padre está muy triste. Las ropas de mi madre han aparecido llenas de sangre. Su cuerpo no se ha encontrado, solo su dedo con el anillo de mi padre. Dicen que la mordió un animal salvaje, pero yo sé que no ha sido así. Estoy muy asustada. Esta misma noche debo partir, se lo he dicho a mi padre y él me ha apoyado. Lo quiero mucho, pero sé que es lo mejor para él y para mí. Aquí corro peligro. Allan, mientras estábamos en la ermita escuchando la misa que daba el sacerdote por la muerte de mi madre no dejaba de mirarme y me ha esperado a la salida de la ermita. Me he acercado a él.

—¡Se lo dije! —me ha susurrado—. La siguiente es usted. Tiene que huir.

—Se ha ido corriendo”.

Doblé los papeles y los guardé en mi mesilla. ¡Allan! Yo también lo recordaba asustadizo. Fue él el que me salvó cuando aquel hombre oculto en su capa negra

y con una cicatriz en su barbilla intentaba matarme. ¿Sería el mismo hombre? ¿Quién había cogido la hoja que faltaba? Yo había escuchado un ruido; era más, habían intentado abrir el pomo de la puerta.

Echaba de menos a Eamon. Me había dicho que él era el guardián y yo la elegida para encontrar el santo Grial. Tapé mi rostro con mis manos. Todo aquello me superaba. Recordé la imagen de los seis picos de la cruz de David dibujados sobre la piedra de la abadía destruida. ¡Me estaba volviendo loca!

Había transcurrido una semana; era sábado 21 de junio y le había cambiado el turno a mi compañera. Ann sabía todo lo que me había dicho aquella mujer. Hans vino a recogernos; nos iba a llevar hasta Stonehenge. Ahí se celebraba el solsticio de verano, que era todo un espectáculo. Hans estaba emocionado por asistir. Tardaríamos en llegar alrededor de dos horas. Me había llevado mantas para Emma y para mí; ya que en el momento en que el sol empezase a ocultarse seguro haría frío. Llevaba mi vestido largo, ancho, de color azul, con mangas anchas hasta el codo. Ann estaba muy seria. Encontramos atasco, pero transcurridas las dos horas llegamos a aquella explanada. Aparcamos con dificultad en la zona habilitada para ello. Se escuchaba la música.

Ante nosotros estaba ese monumento prehistórico de enormes piedras dispuestas en círculos concéntricos que, después de miles de años, se mantenían en pie. Nos sentamos en la pradera, pusimos una manta y sacamos nuestras viandas. Emma se divertía correteando por alrededor nuestro. Me había metido los papeles de Ceridwen en el bolsillo de mi vestido. Quería darle a Ann los que le faltaban por leer en algún momento del día en el que Hans se alejase de nosotras.

Recordaba las palabras de Adelyn y, aunque no dudaba de su testimonio, me resistía a creer que pudiese viajar a la época de él otra vez. Intenté olvidarme de sus palabras. Quería divertirme y disfrutar de aquel acontecimiento, había decidido que aquel día sería decisivo para mí: empezaría de nuevo e intentaría rehacer mi vida. No podía desperdiciar mi juventud en algo imposible e inexplicable.

Comimos, bebimos y reímos. Emma bailaba al son de las gaitas. Así

transcurrió la jornada. Empezaba a acercarse el momento en el que el sol se ocultaría. Cogí a Emma y la senté en mi regazo; la tapé con la manta, empezaba a refrescar. El gran astro empezaba a ocultarse y sus rayos iluminaron las enormes rocas formando un espectáculo solar. Todos los rayos iban enfocados a un único punto desde el que solo se contemplaba el sol y el gran reflejo de este al esconderse, su resplandor formaba un arco que envolvía aquel círculo mágico. En ese momento sentí su presencia. Miré a mi alrededor, nerviosa. Era una sensación muy fuerte e inexplicable, la misma que tuve en Glastonbury. El corazón me latía con fuerza. Empecé a marearme, abracé a Emma y cerré los ojos. Perdía la conciencia.

XXXVIII

Nos rodearon a Grace y a mí; con una cinta nos iban enlazando. A pesar de que lo que se celebraba aquella noche era el solsticio de verano, nuestro anunciado enlace hacía pocos días había provocado el entusiasmo de los allí presentes. Aquella noche iba a ser de festejos. Había varias hogueras con carne de cerdo churrascándose para el gran banquete. David, Eamon y Bejira observaban con curiosidad la celebración que tenía lugar en aquel sitio mágico, rodeado de esas piedras de enormes dimensiones colocadas formando un círculo perfecto. Los únicos que faltaban eran mi hermana y mi padre. Este no quería salir de su habitación, como venía siendo habitual desde la muerte de mi madre.

Me aparté de allí, y David se acercó a mí.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —me dijo.

—¡Claro que sí! ¿Por qué me lo preguntas?

—Tú amas a otra mujer.

—Esa mujer se marchó. Me abandonó. Ya he desperdiciado dos años de mi vida buscándola. Tampoco quiero escuchar más su nombre ni hablar más de ella.

Me miró y me puso una mano en mi hombro.

—Muy bien, pero después no vengas a lamentarte cuando sientas que has cometido un gran error.

—Tranquilo, que no lo haré. ¿Qué te pasa, amigo? Hoy estás muy serio —le pregunté.

—Pienso en tu hermana. Ese hombre con el que está casada es un asesino.

—Lo sé, yo también estoy preocupado.

Eamon se acercó a donde estábamos. Se comunicaba conmigo moviendo sus manos.

—Sí, Eamon, ahora se esconderá el sol, pero lo más impresionante será su resplandor tras los acantilados.

—Elizabeth me prometió que estaría conmigo.

—Ella hizo muchas promesas que no cumplió.

Nuestras miradas permanecieron fijas en aquel espectáculo de color. El sol iluminaba todo el horizonte. Poco a poco fue desapareciendo y escondiéndose en las aguas del océano, las cuales las teñía este de un tono rojizo.

Las risas de una niña llamaron mi atención. Giré mi rostro para encontrar a la pequeña. Tendría dos años, de pelo rubio, rizado. Se reía sin parar. Entonces, una mujer la cogió en brazos. Mi corazón empezó a latir con celeridad. ¡Era ella!, mi Beth. La joven en un principio no me vio, pero después sus pupilas se fijaron en las mías y me sonrió. Yo no podía moverme ni responder a su expresión de alegría. En esos momentos una inusitada alegría y un rencor se debatían en todo mi ser. No vi a Grace acercarse, que puso su mano sobre mi hombro. Me giré para mirarla. Se elevó poniéndose de puntillas y me dio un beso. Sentía la mirada fija de Elizabeth observando cómo Grace me besaba.

—¿Bailas conmigo? —me dijo.

—Márchate tú, ahora te sigo.

Me sonrió y cuando ella se alejó volví a dirigir mi mirada hacia donde había visto a Beth. Mi adorada y amada Beth. La busqué y, entonces, la vi. Estaba lejos de mí, junto a Bejira y a Eamon, que iba agarrado de su mano, feliz de estar junto a ella. ¿Qué hacía aquí? No entendía nada. Tanto tiempo buscándola para que apareciese en ese momento que empezaba a rehacer mi vida. En el fondo estaba feliz, aunque tenía muchas preguntas para ella. Estaba enfado y con mi orgullo herido. Me hubiese gustado ir tras ella, rodearla con mis brazos y besarla. Dos años buscando a esa mujer con noches de insomnio pensando en ella. David tenía la misma cara de asombro que yo.

—¡Kimball! Esa mujer es...

—Sí, Beth.

—Pero... ¿De dónde ha salido?

—No tengo ni idea.

—¿Y la niña?

—No lo sé.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

—De nada, amigo. Esto promete ser divertido. —Dicho esto, se alejó a beber y a bailar con muchachas bonitas.

Grace vino hacia donde yo estaba. Anochecía. Tenía que ir a casa de Bejira en ese mismo instante, no podía esperar más, necesitaba estar junto a ella.

Grace no me deja solo ni un momento.

—Mi querido Kimball, te noto muy lejos de mí esta noche. No me estás prestando atención. —Dijo mientras enredaba mi pelo entre sus dedos.

—Tengo un asunto pendiente que, hasta que no lo solucione, no podré estar tranquilo—. La cogí la mano y se la besé—. Tengo que ausentarme. Le diré a David que te lleve al castillo.

—Pero... ¿adónde vas?

—A ver a Bejira. Enseguida regreso al castillo.

—Bejira, ¡esa judía!

—Esa judía, como tú has dicho, es como si fuera mi segunda madre, y la quiero como tal.

—Perdona, no he querido ofenderte.

—Querida, si vas a ser mi esposa tendrás que respetarla.

—Lo haré. ¡No tardes mucho! Te estaré esperando despierta. —Me guiñó un ojo.

Busqué a mi amigo. Me miró, y le levanté la mano para que se acercase. David dejó a la joven con la que charlaba y se acercó.

—Amigo, ¿puedes llevar a Grace al castillo?

—Por supuesto, ahora mismo.

—Gracias, David.

—De nada. —Me guiñó un ojo.

Los vi alejarse. Cogí mi caballo. Estaba deseando verla; me debía una explicación.

La puerta de la casa de Bejira estaba abierta, até al animal al tronco de un árbol. Dentro estaba Bejira y al lado, en una pequeña habitación contigua, estaban Eamon y la pequeña durmiendo juntos. Miré a la niña, tendría como unos dos años. Era muy bonita. Bejira me observaba. Ella se llevó su dedo índice

a sus labios para que no hablase. Me invitó a que me sentase, pero no lo hice.

—¿Dónde está? —le pregunté serio e impaciente.

—Afuera, necesitaba respirar.

Me di la vuelta para salir a buscarla.

—¡Kimball! —dijo Bejira—. No la juzgues, escúchala con el corazón y no con la cabeza.

No le respondí. Salí a buscarla. Enseguida la divisé: estaba sentada sobre una piedra contemplando el cielo. Llevaba una ropa extraña, al igual que la niña. ¿De dónde las habría sacado? La contemplé. No podía creer que estaba allí. ¡Qué bella era! Cuántas noches había querido recordar su perfil, sus ojos... La amaba, a pesar de creer que lo empezaba a superar, no era cierto, la amaba. Me puse tras ella. Escuchó el ruido de unos pasos y se giró.

—¡Kimball! —dijo, mientras se ponía de pie, frente a mí.

—¡Me abandonaste!

—No, yo no quise...

—¡Lo hiciste! Te he estado buscando durante estos dos años, desesperado, albergando la esperanza de encontrarte, y tú no dejaste ni rastro. Prometiste que me esperarías. —Descargué toda mi rabia contenida en ella.

—No, no fue así. —Se acercó a mí, me agarró del brazo y la aparté. Estaba herido y sabía que cualquier contacto con ella me haría vulnerable.

Ante mi reacción ella se apartó, sus ojos brillaban. Por un momento tuve la sensación de que iba a llorar.

—Debes creerme cuando te digo que no quería desaparecer.

—Entonces, ¿qué ocurrió? Dame una explicación para poder dar respuesta a todas las preguntas que me he ido haciendo durante estos dos años.

Bajó su rostro.

—No puedo. No me creerías.

—¿Y esa niña? —le pregunté.

Levantó su rostro, me miró.

—Es tu hija, Kimball.

Aquello me dejó sin palabras. ¡Mi hija! ¡Tenía una hija! Un sentimiento de

alegría invadió todo mi ser, pero no lo exterioricé.

—¿Mi hija?

—Sí.

—¿Cómo pudiste desaparecer durante dos años sabiendo que esa niña era mi hija? Me has alejado de ella, de verla crecer durante todo este tiempo.

—No fue mi intención.

—¿Cómo se llama?

—Emma.

—¡Emma! Como mi madre.

—Sí, pensé que a ti te hubiera gustado que tuviese el nombre de ella.

Se aproximó y puso su mano sobre mi brazo.

—Me voy a casar, Beth. La mujer con la que me has visto antes va a ser mi futura esposa.

—Pero... ¡Eres mi esposo!

—Nuestro matrimonio en breve va a estar anulado. Tú eres libre, y yo también para hacer lo que queramos con nuestras vidas.

Sus pupilas, brillantes, estaban fijas sobre las mías.

—¿Ya no me amas?

—No, dejé de quererte hace mucho tiempo —mentí.

Me arrepentí nada más pronunciar esas palabras, pero mi orgullo dañado impedía que actuase de otra manera. Me moría por abrazarla y besarla. ¡La amaba, claro que la amaba!, y sabía que jamás podría sentir por otra mujer lo que sentía por ella.

Me dio la espalada.

—¿Cuándo te casas?

—Dentro de tres semanas.

—Te deseo que seas muy feliz. Buenas noches.

Empezó a caminar dirección a la casa de Bejira. La agarré del brazo y la forcé a detenerse.

—Quiero ver mañana a mi hija.

—Muy bien, Bejira y Eamon la llevarán mañana al castillo. Ahora, por favor,

déjame marchar. Estoy cansada.

La solté y vi cómo se alejaba.

De regreso al castillo sabía que Grace me estaba esperando en su habitación. No fui a su encuentro; deseaba estar solo, pensar. Subí a la torre. Allí estaba David.

—¿Tampoco puedes dormir? —le pregunté.

—No, y por lo que veo no soy el único. ¡Ja, ja, ja!

Me senté a su lado.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó David.

—La niña es mi hija.

—¿Tu hija? —Asentí—. ¡Vaya sorpresa! Las cosas se te complican, amigo. ¡Ja, ja, ja!

—No le veo la gracia, David.

—Y ella... ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—No me lo ha dicho. Solo se ha limitado a repetir que no quería abandonarme, que no era su intención, pero no me ha dado más explicaciones. —Me miró. Guardó silencio—. La he comentado que me voy a casar con Grace, y... que no la amo.

—¡Kimball! ¡Eres un orgulloso, cabezota! ¡Cómo le has dicho eso! Ni siquiera la has escuchado.

—Desapareció. Ha estado dos años lejos de mí, sin saber de ella aún a sabiendas que esa niña era mi hija. Eso no se lo perdonaré.

—¡No te entiendo! Amas a esa mujer. Olvídate de todo, ve a por ella y deja atrás tu maldito orgullo. Has estado dos años llorando por ella, deseando encontrarla y, ahora que la tienes cerca de ti, que ha vuelto, la apartas de tu vida y le dices una mentira de la que te vas a lamentar: ¡Qué no la amas!

No le respondí. Sabía que tenía razón, me moría por ella.

Apenas pude conciliar el sueño. En cuanto empezó a amanecer me vestí y decidí bajar a desayunar. No quería encontrarme con nadie y menos con Grace. Entré al comedor. Estaba mi padre, me sorprendí de verle.

—¡Padre! ¿Cómo se encuentra?

—¡Kimball! —Me senté frente a él—. Tú sabes que desde que murió tu madre no tengo muchas ganas de seguir luchando.

—Pero tiene que hacerlo. Le necesito para gestionar las tierras y a los campesinos que las trabajan.

—Hijo, ya no me necesitas. En realidad, nadie me necesita.

—No diga eso, padre.

Me miró, sus ojos estaban apagados, sin luz.

—Tu madre jamás me perdonó que comprometiese a tu hermana con el conde. Se murió con esa angustia.

—Yo tampoco lo entenderé, padre. ¿Por qué con él? Ese hombre es cruel.

—No podía negarme.

—Pero... ¿Por qué? ¿Qué temía?

—Mucho, hijo, mucho. El conocía un gran secreto.

—¡Qué secreto, padre! Mildred me dijo algo de una carta.

Bajó el rostro. Abrieron la puerta, era la doncella.

—Señor, han venido a buscarle.

Me levanté y salí al exterior. Allí estaban Bejira y Eamon, quien agarraba de la mano a Emma. Eamon vino corriendo hacia donde yo estaba, me arrodillé y le abracé.

—¡Ha venido! Elizabeth está con nosotros —me dijo entusiasmado mientras movía la mano para comunicarse conmigo.

—Lo sé, ayer la fui a ver —le respondí de la misma manera.

—Me ha dicho que no viene con nosotros porque tú no quieres verla.

—Luego hablamos, Eamon.

Bejira me miraba seria, al igual que la pequeña que sujetaba con fuerza su dedo índice.

—Así que tú eres Emma.

Me sorprendió comprobar su parecido conmigo, el color de mis ojos, el mismo pelo, aunque la boca era como la de Beth. Me acerqué a ella y la niña se escondió tras la falda de Bejira. Esta se agachó.

—Emma, él es tu papá.

—¡Papá! —repitió la niña.

—Sí, tu papá.

En ese momento asomó su carita entre la falda de Bejira y me sonrió. Me puse frente a ella, de cuclillas.

—¡Papá! —volvió a repetir.

Sabía que aquella niña me iba a cautivar muy pronto. Ya la sentía mía y solo con verla mirarme así ya sabía que la amaba.

—Sí, papá —le dije.

Se apartó de Bejira y vino andando hacía mí, me abrazó las piernas. No me lo esperaba. Rodeé con mis brazos su pequeño cuerpecito, me incorporé con la pequeña en brazos y le di un beso en su cabecita. Eamon, al ver aquella imagen, hizo un gesto de agrado. El muchacho se fue a buscar a David; lo apreciaba mucho.

—¿Dónde está ella?

—Se ha quedado en la cabaña. No quiere verte. ¿Qué le dijiste? Regresó llorando y no quiso contarme nada.

—Que no la amaba, eso fue lo que la dije.

—¡Pero eso es mentira, Kimball!

—Me abandonó; me sentí dolido. Después de dos años sin saber nada de ella no puede aparecer y pretender que todo fuese como antes.

—¡Kimball! Ella no se fue porque quiso —titubeó—. Había olvidado todo. Ha pasado el tiempo necesario para que ella recuerde el sitio al que pertenece y cuál es su destino. No le diste tiempo para que se explicara; la juzgaste, ya tenías una sentencia nada más verla.

—Me ha hecho mucho daño. He perdido toda mi confianza en ella; además, me voy a casar y Grace me gusta.

—Kimball, a lo mejor a los demás los puedes engañar, pero a mí no, yo sé que a quién amas es a Elizabeth, estáis destinados el uno para el otro; ella también te ama. Si te casas con Grace, sabes que cometerás un gran error. Hijo, no te dejes llevar por el orgullo herido. Escúchala, date una oportunidad para ser

feliz. No te cierres esa puerta.

En ese momento Emma dio un grito de alegría y me rodeó el cuello con sus bracitos.

—Papá —volvió a decir.

—Se parece a ti —dijo Bejira.

—Es mucho más bonita porque tiene de su madre, que es preciosa.

Ante mi comentario Bejira sonrió.

—Kimball, ¿acercarás después a la niña a la cabaña?

—Sí, la llevaré al atardecer.

XXXIX

Atardecía. Había decidido ir a los acantilados. Bejira regresó pronto del castillo, me sonrió y relató cómo Emma había reaccionado al descubrir quién era su padre. Se ganaba el cariño de cualquiera. Me senté en la hierba verde mirando al horizonte. Estaba triste. Las palabras de Kimball me martirizaban. Me había dicho que no me amaba. Creí morir cuando lo escuché.

Recordaba el beso que le había dado a esa mujer y sentí deseos de gritarle cuando lo vi abrazarla: aquella imagen la tenía presente. ¿Por qué? No lo entendía. Me sentía traicionada. Yo lo amé durante estos dos años. Era Emma la única que había hecho que me levantase cada día, pero él había estado todos los días en mi corazón, en mis recuerdos y hasta en mis sueños. Me enjugué los ojos; las lágrimas rodaban por mis mejillas. No sabía cómo iba a poder superar aquello. Me llevé la mano al bolsillo y toqué los papeles de mi madre. Sí, eso haría. Regresaría a las tierras de mi abuelo, descubriría lo que había sucedido; además, mi madre en su carta me decía que allí estaría a salvo, aunque los últimos recuerdos que tenía no eran muy buenos.

Me preocupaba mi niña, sabía que el viaje sería largo, duro y peligroso para ella, tendría que dejarla con Bejira. Tampoco sería durante mucho tiempo, y con ella estaría muy bien; además, el castillo de Kimball estaba próximo a la cabaña de esta. Él no permitiría que le pasase nada a su hija. Hablaría con Bejira.

Observé el horizonte. El reflejo de los últimos rayos del sol iluminaba las oscuras aguas del mar del Norte. Escuché unas pisadas tras de mí, me levanté asustada. Me giré, era Kimball, solo de verle el corazón me empezó a latir a gran velocidad. No quería que me viese tan abatida. ¡Qué guapo estaba! Me miraba con intensidad, se acercó. Estaba serio, pero yo no estaba dispuesta a que viese un ápice de tristeza en mí.

—La niña está con Bejira.

—Gracias, mañana, si quieres, la puedes volver a ver.

—¿Quién es Hans?

—¿Hans?

—Sí, la niña no ha parado de nombrarle.

—No creo que tenga que darte explicaciones de nada.

—Pues yo creo que sí. Tienes que explicarme muchas cosas, ¿no crees? —Me asió el brazo.

—No, por supuesto que no. Tú ya no eres mi esposo, así que no tengo que darte ningún tipo de explicación. —Me miraba sorprendido. No daba crédito a cómo le respondía. Yo entendía que no era habitual que una mujer se enfrentase a un hombre en aquella época, pero yo era diferente—. Por favor, suéltame. Me estás haciendo daño.

Él retiró su mano. Me levanté. Quería regresar a la cabaña.

—¡Beth! —No me detuve—. ¡Beth! —Seguía sin hacerle caso. Se puso delante de mí, me impidió el paso—. Te marchaste; fui a buscarte y no te vi, sentí una angustia tremenda pensando en que te había pasado algo, que podías haber muerto. Aquel obispo hizo muchas preguntas. No se creyó que tú no estuvieras en las tierras de tu abuelo. Yo sabía que no iba a cesar en su búsqueda hasta encontrarte. Fui corriendo a tu encuentro para marcharnos de allí. Estuve semanas recorriendo los alrededores, pero no había rastro de ti. Me marché a rescatar al rey Ricardo creyendo, iluso de mí, que la lucha haría que me olvidase de ti, pero no fue así. No hubo noche ni día que no llorase tu ausencia. Regresé y seguí buscándote, pero fracasé. Y justo en este momento te presentas sin más, con una niña que resulta ser mi hija y dices qué no me vas a explicar nada.

—No quisiste escucharme. No obstante, ya no creo que tengan importancia mis explicaciones. Tú te vas a casar y comenzarás una nueva vida.

—Sí que tiene importancia, para mí sí.

—Para ti sí... pero solo por el hecho de tu orgullo. Lo que no soportas es no saber por qué te abandoné.

Se aproximó a mí, me agarró por los hombros y me acercó hacia su pecho, sus ojos se fijaron en mis pupilas y después en mis labios, deseé que me besaría. ¡Cuánto ansiaba que lo hiciese! Pero volvió a mirarme a los ojos.

—Necesito respuestas a tantas preguntas que me he hecho durante todo este tiempo.

—No sabía dónde estaba. Perdí la conciencia de todo. Me alejé y fui a parar a otro lugar al que no quiero regresar. Así he estado dos años, hasta que recordé y supe lo que quería en mi vida. —Decidí decirle aquello. Él jamás entendería la verdad de lo ocurrido.

—¿En qué lugar estuviste?

—No lo recuerdo, Kimball. Tengo algunas lagunas desde que me di un golpe en la cabeza, ¿recuerdas? Pero ya estoy bien, ya sé lo que quiero.

—¿Qué quieres, Beth?

—Cuando regresé a este lugar te quería a ti. Ahora ya no sé lo que quiero.

—Ven mañana al castillo. Me gustaría que trajeses a la niña y que vinieses tú y Bejira. Mi hermana ha venido a verme y voy a dar un baile, quiero que estés en la fiesta.

—No, Kimball. Yo ya no hago nada allí.

—Me gustaría que vinieses. Se lo he dicho a Bejira. Soy capaz de venir a buscarte y llevarte a la fuerza.

—No. Además, no tengo nada que ponerme.

—Mi hermana te dejará un vestido. La fiesta empieza al atardecer. Dos de mis hombres os irán a buscar.

—Pero...

—¡Elizabeth! Vindrás.

Lo vi alejarse y me acerqué a la cabaña de Bejira. Estaba en la lumbre con Emma quien, al verme, se levantó y vino corriendo a abrazarme. La cogí en brazos y la besé.

Cuando acosté a la niña me acerqué a Bejira. La miré. Ella me observaba.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó.

—¿Tú sabes quién soy?

Me miró.

—Sí, sé quién eres. Sé de dónde vienes y sé quién era tu madre. La vi morir. Fui testigo de cómo traspasabas la puerta del tiempo. Todos estos años he estado en tus sueños.

—¿Eras tú la mujer que aparecía en ellos todas las noches? —Asintió.

Me puse a llorar al escuchar sus palabras. La tristeza por el rechazo de Kimball y perder la ilusión que me había llevado hasta allí habían hecho que las lágrimas rodasen por mi rostro. Me abrazó.

—Yo no pertenezco a este mundo.

—Lo sé, lo sé... Tengo mis contactos con el más allá. —Sonrió—veo el pasado de las personas, así como también soy testigo de la presencia de las almas... nací con ese don. Estoy en los sueños de las personas. Estuve en los tuyos, ahora ya lo sabes. —Me miraba—. Tu madre me dijo que la vida de su hija peligraba. Antes de que ella muriese, me hizo prometer que te buscaría. Ella sabía que tú eras la elegida, la portadora del colgante con la cruz de Cristo y la marca de la estrella de David. Los que la asesinaron también sabían de este gran secreto.

—No sé quién soy, ni por qué soy la elegida ni cómo descubrir el secreto mejor guardado de todos los tiempos.

—Lo sabrás a su debido momento.

La miré dubitativa.

—Solo sé que he regresado aquí por el hombre que amo y ahora él... Le tengo que decir la verdad, quién soy.

—Elizabeth, a Kimball no se lo puedes decir. Él no lo entendería y llegaría a pensar que estás loca. Tú ya has elegido y no volverás a traspasar la puerta invisible.

—¡Bejira! Él ya no me quiere. Se va a casar con otra mujer.

Se rio.

—Él te ama, pero es muy orgulloso y terco como una mula. Jamás se casará con esa mujer.

—Los he visto. Lo vi besándola.

—Es un hombre, hija; un hombre que en ese momento llevaba dos años buscando a la mujer que amaba y, después de tanto sufrimiento por no encontrarla, se fijó en otra. Pero eso no quiere decir nada. Kimball tiene sus necesidades como cualquier hombre. Te ha guardado fidelidad estos dos años. Más no le puedes pedir.

—Pues si me amaba no se tenía que haber ido con otra y menos comprometerse con ella. Yo no lo hice.

—Sois los dos iguales, unos orgullosos. —Me miraba con interés—. Hay algo más que te preocupa, ¿verdad?

—Te voy a pedir un favor. Tengo que hacer un viaje hasta las tierras de mi abuelo, ya que tengo que resolver qué le pasó a mi madre y a mi abuela, algo de lo que depende, en parte, mi paz interior. ¿Podrías quedarte con Emma y cuidarla hasta mi regreso? No quiero ponerla en peligro.

—Por supuesto, pero... ¿por qué no se lo pides a él? Kimball es su padre.

—Yo sé que él la cuidará, pero si se lo digo no permitirá que me vaya, y necesito hacerlo. Una de las causas por las que regresé es porque tengo que dar respuestas a muchas preguntas.

—Lo haré. Tranquila. Pero cuando Kimball me pregunte por ti, que lo hará, le diré la verdad. —Asentí.

—Para entonces yo ya estaré lejos de aquí.

Lo había decidido: no iría al baile.

—¿No irás a la fiesta?

—No, quiero marcharme muy temprano.

—Sin caballo, sola... No, Elizabeth, caerías en manos de bandidos y vete a saber lo que te harían. Creo que sé lo que vamos a hacer.

—¿Qué?

—Esta noche, de hecho estará a punto de llegar, viene una monja a la que he hecho muchos favores. Ella se tuvo que ir a Francia, pero ha vuelto y ahora viaja, junto con otras hermanas de su misma orden, hasta Whitby, donde cogerán un barco que las llevará a las Tierras Altas. Te irás con ellas. Creo que son tres monjas, seguro que tienen un traje para ti. Es más seguro viajar con unas religiosas.

—¡Muchas gracias, Bejira! —la abracé.

—Anda, muchacha, lo hago con mucho gusto. Además, es algo que prometí a tu madre: velar por ti.

XL

Emma vino corriendo a mí en cuanto me vio. Grace nos observaba. Tenía que hablar con ella. Hasta ese momento no le había dicho nada, pero sabía que tenía que explicarle lo que ocurría. Me rodeó las piernas con sus bracitos.

—¡Papá! —La cogí en brazos y la besé su moflete sonrosado. Esa niña me había robado el corazón desde el primer momento.

—¿Papá? —dijo Grace mirándome muy seria.

—Sí, es mi hija.

—¿Tu hija? ¡Kimball! No me habías dicho que tenías una niña tan crecidita. ¿Es hija de esa mujer que se alejó de ti?

—Sí.

—¡Vaya!

—¡Grace! Más tarde hablaré contigo de este tema. —Di por zanjada aquella conversación.

Grace se marchó malhumorada. Comprendía que lo hiciese. Observé cómo se alejaba. Emma puso sus dos manitas a ambos lados de mi cara obligándome a centrar la mirada en ella. Le sonreí. Me fijé en Bejira. Beth no había venido con ellas.

—Si buscas a Elizabeth no la vas a encontrar. Se ha marchado.

—¿Marchado? ¿Dónde? —dije molesto. Aquello me cayó como un jarro de agua fría.

—Tenía que zanjar un asunto que tiene pendiente. Me ha dejado al cuidado de la niña.

—¿Qué asunto? —En ese momento se acercó Eamon, quién captó mi atención.

—¿Dónde está Beth? —me preguntó.

—No ha venido. Se ha vuelto a marchar. —Eamon cambió su rostro, se entristeció—. Eamon, juega un momento con Emma. Tengo que hablar con

Bejira. —El niño asintió y cogió a la niña de su manita.

Esperé a que se alejaran. Después giré mi rostro hacia Bejira. Estaba muy enfadado.

—¿Se puede saber qué asunto pendiente tiene? Por favor, Bejira, dime dónde se ha ido.

—Viaja con unas monjas hasta la abadía de Whitby. Allí cogerá un barco que la llevará hasta las Tierras Altas, al hogar de su madre.

—¡Cabezota! ¡No entiendo por qué no me lo ha dicho! Yo la hubiese acompañado. No puede ir sola. Si la reconocen, la matarán.

—Tú estás comprometido. Le has dicho que no la amas, ¿cómo pretendes que ella quiera que la acompañes? Kimball, desde que ha llegado tú la has rechazado y no has sido muy compresivo que se diga.

—Aun así, tendría que habérmelo dicho. La iré a buscar. ¿Cuándo ha partido?

—Esta madrugada.

Estaba muy enfadado. Si le pasaba algo... no quería ni pensarlo. Tenía que partir cuánto antes.

—Querido, no muestres tu enfado ante la mujer con la que te has comprometido. Si no, va a sospechar que sientes algo fuerte por Elizabeth. — Bejira se rio y se alejó hacia donde estaban los niños.

Tenía que marcharme aquella noche, debía ganar tiempo. Mi hermana acababa de llegar. Se lo explicaría.

Mildred estaba con Diana en la biblioteca. Cerré la puerta. Me sonrió al verme entrar y observó mi semblante serio.

—Siéntate frente a mí —me dijo.

La obedecí. Mi mirada era triste, estaba dolido, angustiado. Me lo notó enseguida.

—¿Qué te pasa, hermano?

—Se ha vuelto a marchar.

—¿Quién?

—Beth. Se ha ido otra vez y yo no se lo he podido impedir. —Tapé mi rostro con ambas manos.

—Nunca supe muy bien lo que ocurrió con esa mujer. Sé que te casaste con ella y que después desapareció y no la volviste a encontrar.

—Hace unos días apareció de la nada. Ha regresado con una niña: Emma, mi hija.

—¿Tu hija?

—Sí. Ella insiste en que no fue su intención alejarse de mí, pero perdió la memoria... ¡No entiendo nada!

—¿No le crees?

—Quiero hacerlo, pero me cuesta mucho. Me abandonó y me hirió.

—¡Kimball!, ¿la amas?

La miré. Claro que la amaba, con locura.

—Sí.

—Entonces no pienses más. Si te ha dicho que confíes ella y te ha dado esa explicación, no pienses más en ello. Permítete ser feliz.

—Necesito tiempo.

—Hermano, olvídate de tu orgullo y déjate amar.

—No puedo, Mildred.

Me miró, seria, mientras la pequeña cerraba los ojitos.

—¿Y Grace?

—¡Grace! No puedo negar que es una mujer bonita, pero no la amo.

—Kimball, tienes un problema.

—Lo sé, como también sé que no puedo engañar a Grace y seguir con esta farsa desde que apareció Beth. No puedo casarme con ella.

—¿Y a qué esperas para ir en busca de Elizabeth?

—Esta noche partiré en su búsqueda, pero antes tengo que hablar con Grace. Mildred, te tengo que pedir un favor. Mi hija estará con Bejira. Cuida de ella y de Eamon durante mi ausencia. No creo que tu marido regrese antes que yo, siempre está largas temporadas fuera.

—Sí, en eso tienes razón. Tranquilo, que esperaré a tu regreso. Pero no te demores mucho en volver y cuídate.

—Gracias. —Me levanté y me acerqué a ella—. ¿Te he dicho que te quiero?

—Le sonreí y le di un beso en la mejilla.

—¡Anda!, vete ya y no esperes a la noche, a ver si me voy a arrepentir. ¿Grace se quedará aquí? ¿Se lo vas a decir a papá?

—Eso te lo dejo a ti. —Le guiñé un ojo.

Fui a buscar a Grace. De camino me encontré con Bejira.

—¿Buscas a tu futura esposa?

—Sí.

—La encontrarás en los acantilados. La he visto coger un caballo y marcharse en esa dirección. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a buscar a Beth.

—Una decisión acertada —me dijo Bejira mientras sonreía.

—Cuida de Emma.

—Descuida, conmigo no la pasará nada.

—¡Kimball! —Era David— ¿Qué ha pasado? He visto a Grace marcharse muy alterada.

—David, Beth se ha vuelto a ir a las Tierras Altas, tengo que ir tras ella, protegerla. Tengo miedo de perderla para siempre. Prométeme que cuidarás de Mildred y de todos, incluida Bejira, Eamon y mi pequeña.

—Sabes que lo haré, amigo.

—Gracias, hermano. —Lo consideraba como tal.

Me acompañó hasta los establos, donde estaba Eamon con Emma. Miré al niño.

—Me marcho en busca de nuestra Beth.

—No quiero que te vayas —me dijo triste.

—Lo sé, pero debo traerla con nosotros. —Asintió—. Volveré pronto.

—¿Lo prometes?

—Te doy mi palabra. —Eamon me abrazó, y lo rodeé con mis brazos. Emma se unió al abrazo sonriendo. La cogí en brazos y la besé.

Cogí el caballo y me marché a buscar a Grace.

Anduve hasta el borde del acantilado, desde donde se observaba la playa. Vi a Grace hablando con un hombre que iba vestido de negro con el rostro tapado con

una capucha del mismo color. Me pareció que era el mismo caballero que había luchado en el torneo y con quién había visto hablar al conde Otón. Me extrañó. Parecía que estaban discutiendo. Él la agarró del brazo mientras discutían, después él la dio la espalda y empezó a correr hasta desaparecer entre las rocas. No quería que ella me viese, aunque estaba dispuesto a preguntarle por aquel hombre.

Estaba pálida. No me había visto. Iba directo al caballo.

—¿Quién era ese hombre?

Al escuchar mi voz se giró. Titubeaba.

—¿Quién?

—Con el que estabas en la playa. Lo vi agarrarte del brazo.

—¡Ah! Ese, era... un caminante. Quería unas monedas.

Me acerqué a ella.

—¿Seguro? No lo parecía.

—Pues claro, ¿dudas de mi palabra?

—No, lo único es que me había parecido que lo conocías.

—Pues te has equivocado; además, el que tiene que dar explicaciones de algo eres tú.

—Tienes razón, a eso he venido. Grace, me voy a ausentar durante una temporada no muy larga del castillo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—La mujer con la que me casé ha regresado con la niña que viste hoy, mi hija. Ella... ha emprendido un viaje no muy seguro y me veo en la obligación de acompañarla.

—Tú ya no le debes nada. Ella te abandonó.

—Sí, pero es la madre de mi hija; tengo que ayudarla. Te acompaño al castillo y después partiré sin demora.

—No lo entiendo Kimball, a no ser que todavía sientas algo por esa mujer.

No le respondí. No podía mentirle ni mentirme a mí mismo.

XLI

Jamás hubiera imaginado verme vestida de monja. Me reía para mis adentros de solo de pensarlo. Me sorprendía estar metida en aquel traje, sobrio e incómodo. El velo no lo soportaba, pero tenía que aguantar con él y disimular. Aquella monja amiga de Bejira, Victoria, ya me lo había dicho.

—Nadie tiene que sospechar que no eres una de nosotras.

Éramos cuatro monjas, contándome a mí. Ninguna hablaba. El carro iba a gran velocidad por aquellos caminos. La noche era fría. Me sentía muy cansada. Observé por la ventana. Me acordaba de mi niña, la echaba mucho de menos, era parte de mí. Después vino a mi mente Kimball: amaba a aquel hombre, pero no confiaba en mí. Lo había herido. Recordé nuestra conversación en la que me había asegurado que ya no me amaba. Cerré los ojos y recordé sus besos. ¡Cuánto le necesitaba a mi lado! Un comentario de Victoria me hizo regresar a la realidad.

—Hermanas, vamos a detenernos en el monasterio de Aldeby. Allí podremos descansar. Tenemos que madrugar mucho. Mañana debemos llegar a Whitby al atardecer.

El carro se detuvo, la monja se bajó y las demás la seguimos. Se dirigió al cochero y le dijo unas palabras que no pude escuchar. Aquel lugar daba miedo. Anduvimos hasta una puerta de madera. Se demoraron en dejarnos pasar al interior. Un monje, con túnica negra, capucha del mismo color y un cordón blanco alrededor de sus caderas nos abrió la puerta. Su nariz aguileña y sus pequeños ojos negros le daban un aspecto siniestro. Su tez era muy pálida y estaba calvo. Era muy alto y fuerte, joven. Nos analizó.

—Os estábamos esperando. Habéis tardado mucho —dijo el monje.

—Los caminos impiden avanzar más rápido.

—¡Seguidme! —dijo el monje.

Llevaba una vela en sus manos que alumbraba poco el camino por el que íbamos pasando. Me pareció escuchar lamentos de un ser humano. ¿Qué era ese

lugar? Nos guio hasta una galería oscura. Se detuvo y nos miró.

—Estas son sus celdas. Dentro hay algo para que coman. No salgan de sus estancias bajo ningún concepto.

—Descuide, que no lo haremos —dijo Victoria.

Las otras dos hermanas se metieron en su recinto diminuto. Victoria me miró, seria.

—Ya ha oído, no salga bajo ningún concepto.

—Descuide, no lo haré. Pero... ¿Por qué no podemos salir?

—Querida, acostúmbrese a no preguntar, sino alguien puede sospechar que usted no es una verdadera monja.

—Perdone. No lo volveré a hacer.

—Muy bien, coma algo y descanse; mañana tenemos que partir muy temprano.

Me metí en mi habitación, suspiré. Me senté de golpe sobre la cama y luego me tumbé quitándome, antes aquel velo incómodo. «¡Dios mío, ayúdame!». Por una parte, esta era la época en el que quería estar, pero era para estar junto a Kimball. Sin él nada tenía sentido. «¡Kimball!», suspiré.

Me incorporé, tomé un poco de pan y queso, volví a tumbarme sobre la cama y me quedé dormida.

Unos gritos me despertaron. Eran de un hombre. ¿Qué era aquello? Sabía que me habían dicho que no saliera de la celda, pero no podía estar impasible ante esos lamentos. Además, la curiosidad por saber qué era lo que pasaba no me permitía quedarme encerrada. Abrí la puerta con sigilo. El pasillo estaba oscuro, apenas se veía. Me dirigí hasta el final de este, desde donde provenían aquellos gritos. Abrí la puerta de la única estancia que había allí. Me encontré ante una galería estrecha, fría. Los gritos venían de la última celda. Avancé despacio. No podía verme nadie. Estaba la puerta entreabierta, me asomé con prudencia. Había un hombre de rodillas, de espaldas, se estaba flagelando con una fusta. Su espalda estaba ensangrentada. A su lado un fraile, el mismo que nos había recibido, se encontraba de pie, observándole.

—Es por tu bien, Paul. No te has portado bien.

—Fue mala y él me descubrió.

—Lo sé, pero no debiste hacerlo. Él era inocente.

—Esa hija del mal lo complicó todo.

Sin querer hice ruido con los pies. Ambos lo escucharon. Empecé a correr a gran velocidad por el pasillo y no cesé hasta llegar a mi habitación. No sabía si me había reconocido aquel fraile. Me desvestí y me metí en la cama, tenía miedo de que descubrieran que había sido yo. Escuché pasos por el pasillo donde estaban nuestras habitaciones, tocaron a la puerta de Victoria. Esta estuvo hablando con alguien. En ese momento mi puerta se abrió de golpe.

—¡Elizabeth! —Era la monja.

Disimulé que me despertaba.

—¿Sí?

—Perdone, creí que estaba despierta. —Cerró la puerta tras de sí.

Mi corazón latía con rapidez. Después de aquello, no pude conciliar el sueño.

Era muy temprano cuando partimos hacia la abadía de Whitby. Se había sumado alguien más. Iba sentado al lado del cochero. Llevaba una capa negra y apenas se le distinguía el rostro. Yo lo vi de pasada, ya que cuando fuimos a subir al carro ya estaba sentado. La monja no paraba de observarme. Intenté disimular, pero me estaba poniendo nerviosa. La miré.

—¿Ha descansado? Tiene ojeras —me dijo.

—He dormido bien, gracias. —Volví mi rostro hacia la ventana.

El viaje se hizo largo y muy pesado. Solo nos detuvimos para comer, momento en el que tampoco pude ver quién se escondía tras esa capa. Él se apartó de nosotras.

Era por la tarde y ya se vislumbraban las torres de la abadía. Ese lugar me traía muchos recuerdos: buenos, al recordar a Kimball, y malos, al relacionar el lugar con el obispo de Durham. Solo pensar en él me provocó un escalofrío. No quería volver a verle.

Llegamos a la abadía. El carro se detuvo, y el encapuchado se alejó de nosotras.

—Esta noche partiremos en un barco hasta las Tierras Altas. Esperaremos en el interior de la abadía hasta que llegue el momento de ir a la playa para

embarcar.

XLII

Sabía que, si no me detenía, podía alcanzarla. Ellas iban en carro, tal y como me dijo Bejira, yo iría en caballo, al ser más rápido les alcanzaría. Estaba deseando llegar a Whitby y hablar con Beth. Estaba furioso. Me lo había vuelto a hacer: marcharse sin decirme nada. ¿Cómo había sido capaz? Regresaba a mi vida para después dejarme a una niña y volverme a abandonar. Esta vez no la iba a perder, regresaría conmigo. Era una inconsciente. A pesar de haber transcurrido dos años, si el obispo la volvía a ver, la reconocería al instante. Apenas había descansado desde que había salido del castillo. Divisaba las torres de la abadía. Estaba anocheciendo, temía no encontrarla allí y que ya hubiera embarcado. Dejé el caballo atado al tronco de un árbol. Me dirigí con rapidez hacia el interior de aquel lugar. Había muy poca luz. Me adentré con mucho sigilo. Escuché los cantos gregorianos. Avancé por aquel pasillo.

—¿Qué está haciendo, caballero?

Me di la vuelta. Aquel fraile me resultaba conocido. Él se quedó mirándome y se aproximó más a mí. Lo reconocí. Era John, el fraile que nos había casado a Beth y a mí.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? —pregunté.

Se acercó a mí sonriendo y abriendo los brazos para darme un gran abrazo.

—Muchacho. ¡Qué susto me has dado! Esta es mi abadía. ¿Qué haces aquí?

—Estoy buscando a unas monjas.

—Sí, hoy han venido unas hermanas, pero ya se han ido a la playa, van a embarcar para ir a las Tierras Altas. ¿Qué quieres de ellas?

—Una de esas monjas es mi esposa.

—¿Tu esposa? Creo que sé quién es, con razón su cara me resultaba conocida. Te llevo hasta ellas, aunque lo mismo ya llegas tarde.

—No pensé en encontrarlo aquí después de tanto tiempo.

—Es cierto. Después de ayudar a aquellos judíos pensé en viajar a Francia con ellos, pero aquí, en estas tierras, todavía hay personas que necesitan de mi

ayuda, aunque he tenido que parar mi actividad. ¡Ja, ja, ja! Altos cargos de la iglesia empezaron a sospechar de mí. Mis idas y venidas no les encajaba como actividad de un fraile. Me vigilaban; así que opté por recluirme en la abadía y disimular, aunque sigo luchando contra las injusticias. ¡Ja, ja, ja!

Aquel hombre me divertía. Siempre tenía una sonrisa dibujada en su rostro. Bajamos por un monte escarpado hasta llegar a la playa. Observé.

—¡Ahí están! —dijo el fraile.

Miré hacia dónde apuntaba su dedo índice. Fui en dirección hacia donde estaban, dispuesto a sacarla de allí. El fraile adivinó mis intenciones.

—Espera, muchacho. Ella va camuflada de monja por algún motivo, si la descubres la pondrás en peligro. —Tenía razón.

—¿Y qué es lo que propone que haga? Quiero llevarla a mi hogar.

—Ve con ella. Diré que las acompañarás hasta su destino. Tu esposa... se dirige a la isla de Maree, por lo que escuché a una de las monjas.

—Lo haré, pero solo por evitar que la descubran y que eso la pueda poner en peligro.

Anduvimos hacia donde estaban, Beth se encontraba sentada en la arena de la playa. Junto a ella una monja que estaba en pie.

—¡Hermana! —Se acercó el fraile a la monja—. Este hombre también va a coger el barco con ustedes, las acompañará hasta su destino. Hay muchos peligros y, aunque ustedes lleven hábito, los hombres hoy en día no respetan nada.

—Muchas gracias —dijo la monja mirándome.

—Mi nombre es Kimball, conde de Essex.

Hasta ese momento Beth tenía fija la mirada en la fina arena. Al escuchar mi nombre me miró, seria, y se incorporó de un salto. El fraile fue hacia ella, la susurró unas palabras y se despidió.

—Qué tengan buen viaje —Se alejó.

Beth me miraba sin decir nada. La barca se acercó a la playa, la monja que estaba junto a ella se aproximó a esta, yo la seguí, y Elizabeth vino tras de mí.

Ayudé a las monjas a subir a la barca. Cuando llegó Beth, no permitió que la ayudase, reacción que me hizo sonreír.

—Hermana —le dije a ella—, estaré encantado de acompañarlas. —Ante mi comentario ella permanecía seria, sin mirarme.

Llegamos al barco. La monja se acercó al capitán de la embarcación. Le comentó que la barca debía regresar a la playa, ya que había un hombre al que debían recoger. Noté a Elizabeth inquieta. Su mirada estaba fija en las aguas. La monja no paraba de hablarme, pero yo observaba con detenimiento los movimientos de Beth. Se acercó a la baranda del barco. Noté que tenía miedo. Observaba al encapuchado camuflado con una capa negra, que subía al barco. Iba encorvado y se fue con rapidez hacia un rincón del navío. Tenía que hablar con ella. Debía encontrar el momento idóneo. El capitán había dicho que llegaríamos de madrugada a San Andrés, en cuyo monasterio se quedarían las tres monjas; después yo seguiría con Beth hasta el castillo de su abuelo.

Las monjas se metieron en sus respectivos camarotes, al igual que el misterioso encapuchado. Me acerqué a Beth. Seguía fija en la baranda del barco, contemplando el mar. Me puse a su lado, apoyé mis manos sobre la barandilla.

—¿Qué pretendes, Beth?

—Eso a ti ya no te incumbe.

—Pues me importa y mucho. Te voy a acompañar al castillo de tu abuelo quieras o no, y después regresaré contigo a Essex.

—No tienes por qué hacerlo, sé valerme por mí misma.

—No lo dudo, pero prometí protegerte y así lo haré.

—¡Kimball! Eso fue hace dos años. Ahora ya ha pasado mucho tiempo. Además, ¿qué dirá tu prometida?

—Ella no dirá nada. Eres la madre de mi hija y mi deber es llevarte sana y salva con ella.

—Te lo agradezco. Es todo un detalle por tu parte —dijo con ironía.

Sonreí ante su comentario. Si ella hubiera sabido que me moría por besarla y tenerla entre mis brazos y que actuaba de manera egoísta, porque lo que quería era tenerla junto a mí para siempre...

—¿Qué te preocupa? ¿Por qué quieres volver allí?

—Quiero ver a mi abuelo.

—Sí, pero... ¿Sin la niña? Es un poco raro que no te lleves a Emma contigo. Es porque no quieres ponerla en peligro.

Me miró.

—Es un viaje muy largo para ella, prefiero decírselo primero a mi abuelo y después ya regresaré con Emma.

Mentía. Pero sabía que no me iba a decir sus motivos.

—¿Todavía no confías en mí? —No respondió. Su mirada estaba fija en el mar—. ¿Qué pasa con ese hombre que ha subido al barco? No disimules. Vi el miedo en tus ojos. Le temes.

Bajó su rostro.

—Ayer vi algo que me tiene intranquila. Nos detuvimos en un monasterio para dormir. En mitad de la noche unos gritos me despertaron. Fui a ver qué pasaba y me encontré a un hombre de espaldas flagelándose y diciendo que se había portado mal. Un sacerdote le decía que había pecado y que tenía que evitar hacerlo otra vez. Descubrieron que había alguien observándoles, pero corrí hasta mi celda, y no creo que me hayan visto. Ese hombre... creo que es él.

—¡Eres una inconsciente, Beth! Sabes que el obispo te persiguió. No puedes permitirte el lujo de llamar la atención. Espero que no te hayan visto.

—Tienes razón. Creo que no.

Observé su bonito perfil mientras contemplaba las aguas oscuras.

—Voy a descansar, Kimball.

La vi alejarse de mí.

El capitán nos había informado que ya llegábamos a San Andrés. En el momento en que pisásemos tierra tendríamos que ir a pie. No teníamos caballos. John prometió cuidar de mi caballo hasta mi regreso.

Yo ya estaba en cubierta. Las monjas empezaron a aparecer menos Beth. El encapuchado estaba alejado de todos nosotros. Decidí acercarme a él. Tenía que saber quién se escondía tras esa capucha. Me coloqué a su lado. Él se giró y me dio la espalda.

—¿También va al monasterio San Andrés? —le pregunté.

—No —dijo con una voz seca y fuerte.

—¿Adónde se dirige? A lo mejor podemos ir juntos durante el viaje.

Se dio la vuelta para mirarme. Era un hombre de tez muy pálida, ojos negros y mirada muy fría, de nariz aguileña y tenía una cicatriz en su barbilla.

—No me gusta viajar en compañía de nadie —dicho esto se alejó.

Lo observé. En ese instante Elizabeth apareció con una bolsa sobre su hombro. Se tropezó con aquel hombre, él la miró y ella mantuvo su mirada fija en este. Fueron unos segundos, después aquel hombre se alejó de allí. Ella me estaba buscando. Me acerqué hacia donde estaba la joven.

—¿Me buscabas? ¿Acaso temías que me hubiera marchado sin ti? —dije con una media sonrisa en el rostro.

—Vaya, hoy te has levantado gracioso.

Solté una risotada ante su respuesta, ella sonrió.

Nos acercaron hasta la playa. Aquel hombre se había quedado en cubierta; él iría tras nosotros. El mar estaba revuelto y había mucho oleaje. Las olas chocaban contra las rocas de los acantilados donde se levantaba el monasterio.

—¡Hermana! —le dijo una de las monjas a Beth—, este es el final de nuestro viaje. Ya sabe dónde estamos. Cualquier cosa que necesite venga aquí y pregunte por mí.

—Así lo haré. Muchas gracias por todo.

Fijó su mirada en mí.

—Caballero, le agradezco su compañía durante el corto viaje en barco.

—Ha sido un placer, hermana.

—¿Podrá viajar con la hermana Elizabeth?

—Sí, la hermana tiene suerte. Yo también me dirijo hacia las Tierras del Norte.

—Entonces puedo estar tranquila, gracias.

Debíamos seguir la dirección del río Tummel. Este nos adentraba en las Tierras Altas; de esta manera acortábamos recorrido. Adentrándonos por esos bosques y esa naturaleza nos apartábamos de los caminos más transitados.

Beth me seguía sin rechistar. Caminábamos por la ladera del río. Debíamos llegar antes del anochecer a alguna aldea en mitad del valle. Si no, nos tocaría dormir a la intemperie.

Me puse al lado de ella. Me miró de reojo.

—Me estás sorprendiendo. Jamás imaginé que aguantases tanto caminando con esa ropa que llevas.

—Ir con un vestido de monja tiene su dificultad. Estoy deseando quitármelo.

—Espérate a que llegemos al castillo de tu abuelo. No quiero toparme con nadie que te pueda reconocer, aunque por aquí no creo que se encuentre el obispo ni sus soldados.

—¿Qué paso aquel día, Kimball?

—El obispo se presentó en el castillo con aquel fraile que te había juzgado. Tu abuelo les dijo que su nieta se había marchado, pero al verme a mí no se lo creyeron. Estuvieron buscándote. Su intención no era buena.

—Lo sé, en la abadía de Whitby me vio el colgante con la cruz de David. Fue eso lo que hizo que él se fijase en mí.

—¿Lo llevas puesto?

—Sí, y no me lo voy a quitar.

—Que nadie te lo vuelva a ver. —Dijo Kimball—. Cuando el obispo se fue fui corriendo a buscarte, deseaba abrazarte y besarte, quería llevarte a mi castillo a la mañana siguiente, pero tú ya no estabas. Me desesperé, al igual que tu abuelo, quien temía que te hubiera pasado algo y ya no diéramos contigo. No apareciste. —Guardé silencio recordando los momentos angustiosos que había vivido en esos momentos—. Después regresé a Essex y lo demás ya lo sabes... Me embarqué con David en un viaje a tierras germanas junto con las tropas de Robert. Pensé que alejarme de allí haría que te olvidara, pero no fue así. La incertidumbre de no saber qué había pasado me dañaba por dentro. No he dejado de buscarte durante estos dos años. Cada noche me prometía que al día siguiente te encontraría hasta que me di cuenta de que jamás daría contigo. Decidí dar un giro a mi vida, y ahí fue cuando Grace apareció. Pensé que si intentaba pensar en otra mujer a lo mejor lograba olvidarte.

—Y entonces aparecí yo y estropecé tus planes —me interrumpió.

—Sí, y entonces apareciste tú con Emma.

—Vaya, pues lo siento mucho. Si hubiera llegado a saber que lo que querías era olvidarte de mí no habría regresado.

—He llorado tu ausencia.

—Sé que desaparecí sin dejar rastro, pero yo no quería, Kimball. Yo...te amaba... me vi forzada a hacerlo, os ponía en peligro a todos y me alejé hasta un lugar en el que jamás habrías dado conmigo.

—¿Y por qué regresaste entonces?

—Porque te necesitaba. Mi vida no era la misma sin ti.

Necesitaba escuchar esas palabras y, a pesar de mi deseo de abrazarla y besarla, no lo hice. Continué andando y ella me siguió.

—No tenías que haberte alejado de mí, yo juré protegerte.

—Sí, pero poniendo tu vida en peligro.

—Soy un guerrero, Beth. Mi vida la entrego con libertad a la causa que quiero. Mi brazo es fuerte y hasta este momento nadie me ha vencido. Te puedo asegurar que han sido muchas las batallas que he librado, pero tú ... eras mi tesoro máspreciado. —En realidad seguía siendo mi tesoro máspreciado; era la mujer que amaba—. Jamás vuelvas a decidir por mí.

Estuvimos en silencio durante bastante tiempo. Nos detuvimos para almorzar. Nos ubicamos junto al río. Pescaría algo y haríamos una lumbre.

—¿Puedo ayudarte a pescar?

—¡Ja, ja, ja! Eso es cosa de hombres, Beth.

—Bueno, pero tú sabes que yo soy diferente al resto de las damas que conoces.

—Sí, lo sé. ¡Ven!, te enseñaré—. Mis pies estaban dentro del río. Ella se recogió la falda oscura hasta las rodillas haciéndose un nudo con la ropa. Al ver sus esbeltas rodillas la deseé aún más. Se puso a mi lado—. Siempre hay que hacerlo a contracorriente. Los peces, cuando huyen, lo hacen aguas arriba. En ese momento es cuando hay que intentar acorralarlos. Los animales, al no poder huir, se acobardan. Entonces es cuando hay que cogerlos.

—¡Uff! Parece muy fácil.

—Sí, ¡ja, ja,ja!

La observaba. ¡Qué bonita era! Se escurrió al pisar una piedra. Resbalaban. La agarré del brazo, y me miró.

—Gracias —dijo regalándome una sonrisa.

La analizaba mientras veía cómo intentaba desenvolverse en el agua y capturar algún pez. Estuvo a punto de caerse al agua. Perdió el equilibrio en su segundo intento y cayó sobre mi pecho. Le rodeé la cintura Ella levantó el rostro riéndose y yo me contagié de su risa. Fijó sus pupilas en las mías, se separó y volvió a mirar el agua. Esta vez cogió un pez, y la aplaudí.

—¡Ja, ja, ja! ¡Beth! Cada día me sorprendes más.

Miré a nuestro alrededor. Un grupo de hombres, con ropa de campesinos, palos en las manos y con sus espadas nos rodeaban y amenazaban con las armas que portaban. No me había percatado de su presencia hasta ese momento.

—¡Ese pez nos pertenece! —dijo uno de ellos.

—¡De eso nada! Lo he cogido yo —dijo Beth enfadada.

Me puse delante de ella.

—No respondas, déjame a mí —le susurré.

Coloqué mi mano en la empuñadura de mi espada.

—¡Ya la habéis oído! —respondí.

—Estas tierras nos pertenecen y todo lo que está en ellas también.

—Pero este pez lo ha cogido ella, así que es nuestro.

—Pues lo veremos —dijo un campesino adelantándose con la intención de luchar. Desenvainé mi espada.

En ese momento, uno de ellos, un hombre curtido por el sol, se adelantó hacia dónde estábamos.

—¡Alto, Jack! —Se acercó a nosotros—¿Es una monja?

—Sí —respondí.

—Perdone, hermana. ¿Usted puede ayudar a una mujer a dar a luz?

La miré.

—Sí, por supuesto.

—Es que mi esposa se ha puesto de parto. Está muy nerviosa, con dolores y el

bebé todavía no quiere salir.

—Lléveme con ella.

Me giré para mirarla. Estaba sorprendido.

—¿Pero tú sabes...?

—He estado en muchos partos, tranquilo, Kimball. —Me guiñó un ojo.

Dio su pez a uno de esos hombres, se calzó y les seguimos. Atravesamos el bosque hasta llegar a un valle donde había unas casas hechas de adobe. Había niños, hombres luchando, animales y mujeres trabajando la tierra.

Dark, así le llamaban al que era el jefecillo, nos guio hasta una cabaña.

—Es aquí, puede entrar, hermana. —Se giró para mirarme—. Usted espere aquí.

Estaba nervioso. Me movía de un lado para otro como si fuese mi propia esposa la que estuviese a punto de dar a luz. Dark estaba sentado, observándome.

—¿Qué hace un caballero como usted por estas tierras? —me preguntó

—Estamos de paso. Nos dirigimos a la isla de Maree.

—¿Sin un caballo?, tardará una eternidad.

—Lo sé, pero el mío se quedó en la abadía de Whitby. ¿No lo veo muy nervioso? —le pregunté.

—He pasado por esto cuatro veces. Uno se acostumbra.

—¿Por qué están aquí escondidos?

—El rey Juan nos exigía el pago de muchos impuestos por ocupar sus tierras y, ahora, con el rey Ricardo no nos atrevemos a regresar a nuestras tierras. No confiamos en que él sea diferente a su hermano. Aquí estamos bien, trabajamos para comer y luchamos para estar preparados por si tenemos que defendernos.

—El rey Ricardo es diferente. Eso se lo puedo garantizar. He estado con él durante años en las cruzadas.

—Para usted, un caballero con tierras, un guerrero, sí, puede ser diferente, pero para nosotros, gente pobre y sin tierras propias no es lo mismo. Ricardo es igual que Juan. A nosotros, los pobres, nos exprimen al máximo.

Iba a responderle, pero en ese momento apareció Beth, sin el velo de monja, con las mangas remangadas y las mejillas sonrojadas.

—¡Los necesito!

—¿A los dos? —respondí.

—¡Sí!, a los dos. El esposo tiene que estar al lado de su mujer, y tú, Kimball, tienes que ayudarme.

—Yo no permitiré que otro hombre vea a mi esposa en ese estado.

—Dark —dijo Beth poniéndose frente a él—. No es momento de tonterías. Si no me ayudan ambos su esposa o el bebé pueden morir, así que ¡vamos! No hay tiempo para discutir.

La observaba con admiración. Entramos. Había sangre y la mujer estaba muy pálida.

—Por favor, esté al lado de su esposa, dígame palabras bonitas. Kimball, presiona encima del abdomen. El bebé está todavía muy arriba y hay que ayudarlo a salir.

Me daba miedo presionar. Beth me miró.

—¡Kimball! ¿A qué esperas? Empuja con las manos.

—Lana, ¡haz fuerza!

La campesina empujó. Estaba agotada. Beth intentaba ayudar a salir al bebé. Otra de las mujeres presentes en la sala empapaban trozos de tela en agua para pasárselas por la frente a la mujer. La ropa de esta estaba manchada de sangre.

—Empuja, Lana, que ya veo su cabecita. Un último esfuerzo.

Y en ese momento, las manos de Beth sacaron a un pequeñín lleno de sangre. Elizabeth lo cogió entre sus brazos. Sonreía, estaba feliz. Besó la cabecita del bebé, lo arropó.

—Ya estás aquí, precioso —dijo extendiendo sus manos y dándoselo a su madre. Ambos seguían unidos por el cordón umbilical—. ¡Es un niño, felicidades!

La miré, y ella se sorprendió al ver que la observaba con admiración. Me sonrió.

—Si no les importa, esperen un momento fuera. Dark, enseguida podrás pasar y estar con tu esposa y el bebé.

—Es una sensación maravillosa. ¡Un varón! Es mi primer chico. ¿Usted tiene

hijos?

—Sí, una hija, Emma.

Echaba de menos a mi niña. Quería recuperar el tiempo perdido. Me había cautivado el corazón a pesar del poco tiempo que habíamos pasado juntos.

El nacimiento del varón había contagiado de felicidad a todo el campamento. Dark estaba entusiasmado.

—¡Hoy es un día de fiesta! —dijo.

Empezaron a asar carne en la lumbre. Las gaitas se escuchaban por todo el campamento. Los jóvenes bailaban, y las cervezas y el vino empezaron a pasar de unos a otros.

Transcurrió un buen rato hasta que Beth salió al exterior. Su pelo la caía por la espalda. Se sentó a mi lado. Observaba la fiesta que se había organizado. La cogí de la mano. En ese momento ella me miró.

—Buen trabajo, Beth. —Le sonreí.

—Gracias.

—¿Qué hacen que no bailan? —nos dijo Dark.

—Yo soy una monja, no lo hago muy bien.

—Eso no importa, usted es la que tiene que danzar.

—¡Es verdad! —Tiré de ella, la agarré de la cintura y empezamos a dar vueltas.

—¡Kimball! Ya sabes que no se me da bien.

—Tranquila, no me importa que me pises, ya estoy acostumbrado. —Le guiñé un ojo.

—No han sido tantas veces —dijo.

—¡Ja, ja, ja! Unas cuantas, querida, ¿ya no te acuerdas? —Me miraba con timidez—. Te he echado mucho de menos, Beth.

Mis palabras provocaron que ella se detuviera, mirándome.

—Yo también, Kimball. —Guardó silencio—. En estos dos años deseé regresar a la orilla de aquel río, pero no sabía cómo hacerlo, no podía volver, no recordaba el camino.

—¿Dónde estuviste?

—Muy cerca de ti, pero al mismo tiempo muy lejos.

—¿Dónde, con quién?

—No me preguntes, Kimball, jamás lo entenderías. Solo te pido que confíes en mí, en lo que te he dicho. Nunca quise alejarme de tu lado, lloré todos estos años por ti. Solo Emma me mantenía con vida. Verla a ella era verte a ti. Sois muy parecidos. Sé que no puedo pedirte que olvides estos dos años y retomemos las cosas donde lo dejamos. Soy consciente de que tus sentimientos han cambiado y que ya amas a otra mujer, pero... por favor, solo quiero que creas en mis palabras, en que jamás quise apartarme de tu lado y en que no regresé a ti porque no sabía cómo hacerlo.

Quería creerle, pero me parecía todo muy misterioso. ¿Por qué no podía decirme el lugar en el que había estado? Ambos nos mirábamos. Quería olvidar.

—No puedo, Beth, por más que quiero hacerlo no puedo.

Bajó su rostro. Su expresión se tornó triste.

—Estoy cansada. Voy a dormir, Kimball.

—Sí. Mañana partiremos pronto. Dark nos va a dar dos caballos.

—Hasta mañana, Kimball.

La vi alejarse. Me senté en la hierba y contemplé el cielo estrellado. Tapé mi rostro con mis manos.

—¿Ya se ha ido la monja a dormir? —dijo Dark.

—Sí.

—En los establos pueden descansar. Se lo he dicho a la hermana.

—Gracias, creo que yo también me iré a acostar.

—Si madrugan mucho mañana no me podré despedir de ustedes, pero quiero agradecerles su ayuda, sobre todo a la monja.

—No tiene que agradecer nada.

—¡Muchacho! ¿Qué le preocupa? Tiene una mirada triste. ¿Acaso es una mujer?

—Sí, una mujer. La amo, pero... ella desapareció, me abandonó durante dos años y ahora ha regresado.

—Pues entonces ya está junto a ti, ¿cuál es el problema?

—Que no me da una explicación de por qué lo hizo y dónde estuvo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Se puede saber para qué necesita una explicación? Joven, si una mujer no quiere dártela no se la exijas, confía en sus palabras. Y si la ama ¿a qué espera para hacerla suya?

Ambos nos reímos.

XLIII

Me desperté sobresaltada. La tensión del parto del día anterior me había alterado. Tuve pesadillas. Me levanté y salí al exterior. Estaba amaneciendo. Kimball estaba con los caballos. Al verme, sonrió. Me acerqué a él.

—¡Buenos días, hermana!

—Buenos días.

—Nos tenemos que ir. Come un poco de pan y unas cosas que nos han dejado las mujeres de estos campesinos. Te necesito fuerte, hoy será un día duro.

Mientras comía un poco de pan y unos bollos elaborados por aquellas campesinas, no podía evitar observar a Kimball. Su espalda ancha, así como sus brazos fuertes me hacían suspirar. Si lo viese Ann seguro que se quedaría sin palabras. Era muy atractivo. Me puse triste al pensar en que jamás volvería a sentir sus labios sobre los míos ni sus manos acariciar mi piel. Suspiré. ¿Qué iba a hacer con mi vida? Había vuelto por él. Ya lo pensaría más adelante. Lo odiaba por haber olvidado su amor hacia mí; lamentaba que sus sentimientos no fuesen tan profundos como los míos. ¡Qué pronto me había sustituido por otra mujer! Para colmo se iba a casar con ella. Tantas palabras bonitas. ¡Me había dicho que me amaba! Yo nunca le olvidé. Se acercó a mí; bajé la vista para centrarme en el trozo de pan.

—Estás ya preparada.

—Sí. ¿Podremos llegar hoy?

—Mañana. Hoy tendremos que dormir en plena naturaleza. Dark me ha dado pieles para que podamos taparnos por la noche y también comida. Mañana estarás con tu abuelo.

Me monté en mi caballo. Kimball se puso delante, erguido. Estuvimos cabalgando durante toda la mañana, apenas nos detuvimos para comer.

Estaba cansada. No nos volvimos a detener hasta que empezó a anochecer. Kimball eligió un lugar resguardado dentro del bosque. Bajó del animal. Me dolían mis posaderas. Desde la última vez que había estado allí no había vuelto a

montar a caballo. Descendí con dificultad del animal. Observé cómo Kimball me miraba de reojo. No quería que él supiera de esto y disimulé. Se acercó a mí.

—¿Qué te pasa, Beth?

—¿A mí? Nada.

—No disimules, ¿te crees que soy tonto? Algo te duele.

—Te digo que no me pasa nada, Kimball. Tranquilo, soy una mujer fuerte.

—Eso no lo dudo. Teníamos que haber parado antes. Ha sido un viaje muy largo para ti.

—Kimball, quiero llegar cuanto antes a las tierras de mi abuelo. Era la única manera de poder estar allí mañana.

El me miró sin responder. Colocó una piel en el suelo para que nos pudiésemos sentar, las otras servirían para taparnos, a pesar de estar en tiempo de verano, por la noche refrescaba. Me senté y él se ubicó a mi lado. Comimos en silencio de lo que nos habían dado los campesinos. Una vez que terminamos, él se tumbó y colocó sus manos tras su cabeza, mirando el cielo estrellado. Lo imité.

—Kimball, he pensado que cuando te cases, voy a venir con Emma a vivir aquí, con mi abuelo.

—¡No! —dijo con rotundidad—. Ni Emma ni tú os vais a marchar de mis tierras. Si no quieres vivir en mi castillo, puedo hacerte construir una casa cerca o si prefieres puedes vivir con Bejira.

—No pienso estar allí, Kimball. Además, no creo que a tu futura esposa le guste esa situación.

—Pues tendrá que conformarse con ello.

—Tendrás otros hijos...

—Emma y tú os quedaréis allí.

—No, Kimball. No podrás retenerme. Me marcharé; está decidido. Te guste o no.

—No lo voy a permitir.

—Pero... ¿Qué pretendes? ¡No te entiendo!

—Emma es mi hija. Me has robado dos años de estar con ella. Ahora que

empiezo a tenerle cariño no puedes alejarme de ella otra vez.

—¡No entiendes que allí yo no puedo estar!

—¿Por qué?

—Porque... yo te sigo amando, Kimball. No podría soportar verte con otra.

No respondió al momento. Seguía su mirada fija en el cielo.

—Pues entonces, si es así, márchate tú, pero a Emma no te la llevas.

—Sabes que sin ella jamás me iría.

No respondió. Se levantó y se alejó. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. No podía soportar esa indiferencia y frialdad de él hacia mí. ¿Dónde se había quedado ese amor que dijo que sentía? Me acurruqué como un niño, triste y abatida, hasta que me quedé dormida.

Me desperté con la claridad de la mañana. Kimball ya estaba en pie. Me incorporé. Todavía tenía muy presente las palabras frías de él. Estaba dolida. No abrí la boca. Recogí las pieles, mi bolsa donde llevaba mi ropa y los papeles de mi madre. Comí algo y monté a los lomos del animal mientras esperaba a que él hiciese lo mismo. Él observaba todos mis movimientos.

—Vaya. Ya veo que hoy te has levantado con ganas de iniciar el viaje cuanto antes.

—Sí.

—Hoy no tienes muy buen humor.

No le respondí. Me miró y después se montó sobre su animal. Iniciamos la marcha. Él iba adelante. Poco a poco aparecieron ante nuestros ojos los montes escarpados. Tras ellos se escondían los grandes lagos. Estábamos cerca. ¡Qué bonito era aquello! Respiré. Mientras cabalgaba, cerré por unos segundos los ojos para impregnarme de esa paz. El rumor de la suave brisa, el trinar de los pájaros... ¡Cuánta tranquilidad me transmitía todo aquello! Recordé la primera vez que había visto ese paisaje. Abrí los ojos. Kimball seguía delante de mí.

Estaba atardeciendo cuando llegamos al castillo. Los soldados de mi abuelo enseguida nos reconocieron. Dejamos los caballos en las cuadras.

—¡Señora! —dijo Dana, quien pasaba en ese momento por el patio de armas.

¿Qué hace usted aquí? Pensábamos que estaba ...

—He regresado.

—¡Cuánto me alegro de verla! Ya verá su abuelo qué contento se pone.

A los pocos minutos apareció este, serio, sin dar crédito a lo que veía.

—¿Eres tú, Elizabeth? ¿Qué haces vestida de monja?

Se acercó y me abrazó.

—Una larga historia lo de este traje.

Después miró a Kimball.

—Me alegro de verlo, caballero.

—Yo a usted también.

Ambos se sonrieron. Mi abuelo cogió mi brazo y me llevó al interior del castillo. Kimball nos siguió.

—Disculpe, como imagino que querrá hablar con su nieta, les dejaré solos.

—Acompañe al caballero hasta sus aposentos —dijo mi abuelo a la doncella.

Vimos alejarse a Kimball. Nos quedamos solos. Mi abuelo me invitó a tomar asiento en la biblioteca.

—Hija, ¿qué pasó?

—Me tuve que marchar, abuelo, contra mí, pero tuve que hacerlo.

—¿Adónde?

—No puedo decirlo. Me fui... lejos, muy lejos.

—Pero nos lo tenías que haber dicho. Tu esposo estaba desesperado, vino en varias ocasiones a visitarme. ¿Por qué no regresaste junto a él?

—No podía.

—Pero... ¿Por qué?

—Abuelo, no puedo explicártelo, de verdad que no puedo hacerlo.

—No entiendo nada. Bueno, lo importante es que ahora estás aquí. Me siento feliz de que así sea.

Me alegraba estar con mi abuelo. Subí a mis aposentos. Recordé la habitación de mi madre. Tenía que entrar en algún momento de mi estancia allí. Debía descubrir más cosas. Me metí en mi habitación. Le dije a mi abuelo que no iba a cenar; no me encontraba bien. Además, no quería ver a Kimball. Me quité ese traje de monja y decidí salir a pasear por los alrededores del castillo, que estaba

ubicado sobre unos acantilados. Escuchaba una música de gaitas. Observé, desde lo alto, la playa. Había campesinos que habían organizado una fiesta. Cerré los ojos y empecé a moverme al son de la música. En ese momento noté como me cogían la mano. Abrí con brusquedad los ojos. Era Kimball.

—Me permites.

—Ya sabes que no bailo muy bien.

—Lo sé.

Sus pupilas brillaban en la oscuridad de la noche, me sonreía. Yo, a pesar del dolor que sentía por la frialdad de su corazón, me sentía feliz en sus brazos. Permanecimos en silencio, dejándonos llevar por aquella música hasta que esta cesó. Seguimos bailando a pesar de que ya no nos acompañaba el sonido de las gaitas. Nos detuvimos. Nuestras miradas estaban fijas el uno en el otro. Kimball levantó su mano derecha para retirarme un mechón de pelo que se había cruzado en mi rostro.

—Me sentí muy solo sin ti. Algo me faltaba. Mi corazón no quería seguir latiendo. Recorrí todas estas tierras.

—Kimball... —le interrumpí.

—Déjame hablar, Beth. Necesito decírtelo. Como ya te he dicho en más de una ocasión, fui a unirme a las tropas de Robert para rescatar al rey Ricardo pensando que la batalla me devolvería a la vida, pero no fue así, porque la vida, mi vida, te pertenecía, y ya no podría ser feliz si tú no estabas a mi lado. Supe en ese instante que solo junto a ti quería respirar. Regresé, me encerré en mí mismo hasta que comprendí que jamás te encontraría, que te habías marchado para siempre. En Grace encontré la excusa perfecta para rehacer mi vida, pero yo sabía que ella no me devolvería mi felicidad ni las ganas de seguir viviendo. A ella no la amo, Beth, nunca la he amado.

—Pero... —Puso su dedo índice sobre mis labios para silenciarlos.

—Déjame terminar, impaciente. —Me sonrió—. Al verte, aquel día, supe que Dios, por fin, me había escuchado. Estabas ahí después de suplicarle en tantas ocasiones que te devolviera a mí. —Acarició mi mejilla. Mi cuerpo se estremecía con cada roce suyo. No podía creer lo que estaba escuchando—. Mi orgullo herido quiso dañarte, pero por dentro me moría por besarte, por hacerte

otra vez mía. No puedo y no quiero estar un segundo más sin decirte que te amo, Beth. Sí, ¡te amo!, nunca he dejado de amarte. Vivo por ti. Ya no quiero respirar si tú no estás a mi lado. No quiero seguir hundiéndome en esta amargura. Sigo enamorado de ti. ¿Podrás perdonarme el daño que te he hecho con mis palabras y mis actos?

—Pues no sé... —Me sentía feliz—. Sí, Kimball, claro que sí. Tú sabes que te amo.

Cogió mi rostro entre sus manos y acercó sus labios a los míos. ¡Dios mío, cuánto tiempo había anhelado sus besos! Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Él lo notó. Lo necesitaba. Sus labios acariciaban los míos despacio, sentía el placer que aquel roce provocaba en mí. Kimball fue bajando sus manos hasta llegar a mi cintura, la rodeó con sus fuertes brazos y me atrajo hacia él mientras me besaba. Se detuvo para mirarme. Me sonrió, me cogió en brazos y giró sobre sí mismo.

—¡Kimball! ¡Estás loco!

—Sí, loco por ti, Beth.

Rodeé su cuello con mis brazos mientras él me mantenía en alto. Lo besé; esta vez con el deseo de tenerle solo para mí. Se retiró para observarme.

—¡Cómo te he echado de menos! No vuelvas a apartarte de mi lado. Sabes que te protegería con mi vida si fuese necesario.

—No digas eso, Kimball.

—Pero lo sabes, ¿verdad?

—Sí, pero no quiero escucharte decir eso.

Me dejó en el suelo y me rodeó la cintura. Me tenía retenida, inmovilizada entre sus brazos, besándome el cuello, las mejillas, estaba deseando que sus labios volvieran a detenerse en mi boca. En ese momento escuché un ruido. Kimball también lo percibió, pues ambos nos giramos al mismo tiempo. En la lejanía observé una sombra que huía.

—Regresa al castillo, Beth.

—Pero... ¡Kimball!

Él empezó a correr tras esa sombra.

—¡Hazme caso! ¡Regresa al castillo!

Vi cómo se alejaba de mí. Fui corriendo al interior del castillo.

—Beth, ¿eres tú, querida?

Era mi abuelo.

—Sí, abuelo, soy yo.

—¡Ven!, siéntate a mi lado. Quiero contarte algo.

Me ubiqué frente a él. Estaba nerviosa.

—¿Se puede saber de dónde vienes? Tienes las mejillas encendidas.

—¿Sí? —Me llevé las manos a mi rostro, pero preferí no contestar—¿Qué quieres decirme, abuelo?

—Tú sabes que yo estoy convencido de que tu abuela fue asesinada, a pesar de que jamás apareció su cadáver. La noche anterior, ella estaba intranquila, no hablaba, algo poco habitual. La pregunté que qué la pasaba y me preguntó si había visto alguna vez este símbolo—. Mi abuelo me hizo un dibujo sobre un pergamino. Era una hélice envuelta en un círculo, el mismo símbolo que yo vi en el pozo—. Jamás lo había visto. Le pregunté qué la pasaba. Me dijo que en el árbol sagrado había visto manchas de sangre con este símbolo sobre el tronco. A la mañana siguiente ella estuvo ausente. Fue a ver a Allan. Yo me acerqué al árbol y no vi nada. Cuando ella regresó se lo dije. No se lo podía creer. Aquella noche desapareció y no la volví a ver más. Pero encontré entre sus cosas, escondido, esto. —Extendió la mano y me dio un papel en el que la letra estaba borrosa como consecuencia del paso del tiempo. Lo leí—. Hazlo en voz alta, querida.

—Si sigues buscándome, encontrarás tu desgracia. —Ese mensaje era lo que decía.

Observé que el símbolo estaba en el papel. Levanté mi mirada. Estaba sorprendida. Ese mismo símbolo..., el mismo que recordaba en las paredes del pozo.

—Ya no la volví a ver. Solo encontramos su ropa con sangre.

—¿Sospechas de alguien, abuelo?

—Unos días antes, tu abuela recibió una visita de un sacerdote muy joven.

Aquel obispo que vino a buscarte aquel día me recordaba a él, aunque claro, el obispo de Durham es mucho más gordo. Pero ese día que se encontró con él, me dijo que tenía miedo. Yo entonces no le entendí y tampoco quise escucharla, algo de lo que me he arrepentido desde su desaparición. —Se frotó los ojos, estaba cansado—. Bueno hija, es muy tarde, solo quería compartir esto contigo. Quiero que te quedes este papel y hagas lo que quieras con él. A mí me hace daño cada vez que lo veo.

—Hasta mañana, abuelo. Yo también me voy a descansar.

Subí las escaleras, temerosa ante todo lo que me había dicho. Decidí ir a la habitación de Ceridwen. El pasillo que conducía a la habitación de mi madre estaba muy oscuro. La puerta de la habitación estaba abierta.

—¡Dana! ¿Qué haces aquí?

La joven doncella estaba sentada sobre la cama. Al verme entrar se asustó y se incorporó de un salto. Llevaba un papel en la mano.

—Perdone, señorita.

—No entiendo nada, a ti te daba miedo este lugar.

—Y es cierto. Yo amaba a su madre. Era una niña cuando entré en esta casa a servir. Mis padres habían muerto, y el señor me ofreció un trabajo, techo y comida. Su madre... Antes de que ella se marchara me hizo prometer que escondería unos papeles que ella escribió, en su habitación. —Su voz temblaba.

—Continúa, Dana. No temas.

—El día que desapareció yo guardé sus papeles en la madera del suelo que usted descubrió. Su madre me dijo que, si en algún momento alguien descubría sus escritos, tenía que asegurarme de que no leyese una de las hojas. —Me mostró el papel que tenía en sus manos—. Cuando usted se interesó en ir a la habitación, me puse nerviosa por si descubría los escritos. De ahí que intentase meterle miedo, hacer ruido en el pasillo para ver si la asustaba, pero usted es valiente, como ella. —Me lo dio—. ¡Lo siento, señorita! ¡Perdóneme! Yo solo hice lo que le prometí.

—Lo entiendo, Dana. Actuaste como debías.

—Gracias, señorita.

Dana se marchó. Fijé mi mirada en aquel papel. Solo había escrita una frase:

«...Cómo no me di cuenta antes, son dos, esa es la clave».

Cerré la puerta de mi habitación. Tenía que contárselo a Kimball. Debía compartir con alguien lo que me había dicho mi abuelo y los escritos de mi madre. Todavía no había regresado.

Estaba preocupada, no me podía dormir hasta no asegurarme de que él estaba sano y salvo. Transcurrieron varias horas hasta que escuché sus zancadas subiendo las escaleras, se detuvieron en mi puerta. No entró. Debió pensar que estaba dormida. Salí a su encuentro.

—¡Kimball!

Él se giró y vino hacia mi cuarto, tiró de mí hacia el interior de este, me atrajo hacia su pecho y me besó. Me aparté para mirarle a los ojos.

—¿Lo has alcanzado?

—No, se ha escabullido por el bosque. He estado buscando, pero nada. Ni rastro. Pero ahora no quiero pensar en eso —dijo mientras me besaba el cuello.

—Espera, Kimball, tengo que contarte y enseñarte algo.

—¿No puede esperar?

—No. —Dije apartándome con brusquedad, ya que sabía que si seguía besándome perdería la razón y el sentido de la realidad y me abandonaría en sus brazos.

Me miró con intensidad. Le di los papeles que había escrito mi madre. Después le conté lo que me había dicho mi abuelo y lo que me había ocurrido aquel día en el que fui hacia el pozo.

—¿Por qué no me lo contaste, Beth? Tenías que haber confiado en mí. La intención de ese hombre era matarte.

—Lo sé, pero preferí no preocuparte más de lo que estabas.

—Beth, Beth... No debiste regresar aquí.

—Necesito saber qué es lo que ocurrió, Kimball. Hay algo que me persigue a mí y a mis antepasados: una maldición que repercutirá para siempre en mi vida. Hasta que no averigüe este rompecabezas, no podré ser feliz.

Me senté sobre la cama. Kimball se movía nervioso de un extremo a otro de

la habitación.

—Tendríamos que habernos quedado en mis tierras. El obispo te dio por muerta, al igual que todo el mundo que te buscaba.

—¡Kimball! Huir y esconderse no es la solución. Está mi abuelo, y quiero que conozca a Emma, y luego mi tía, a la que algún día tendré que ir a ver. Desde que me raptaron no ha sabido nada de mí.

—La visité. Pensé que quizás hubieses ido a verla. Le conté todo. Ella también pensó que habías muerto.

—Pero entiende que no podemos vivir ocultándonos, Kimball.

Se acercó a mí. Se sentó a mi lado en la cama. Me agarró las manos.

—No quiero perderte y esto es peligroso. No sabemos quién es el enemigo. Tengo miedo de que te pase algo, Beth. Me moriría. No podría seguir viviendo.

Le acaricié la mejilla.

—No me va a pasar nada.

Cogió mi mano y se la llevó a los labios. Le acaricié su rostro y lo besé.

—Te amo, mi caballero.

Me sonrió. Sus manos se deslizaron por mis brazos hasta llegar a mi cintura; la rodeó con suavidad y me acercó hacia su pecho. Me tumbó sobre la cama y se puso sobre mí: quería que ocurriese lo inevitable. Sus manos recorrieron mis muslos. Lo necesitaba. Me excitaba conforme él me tocaba. Levantó la falda de mi vestido. Sus dedos acariciaban cada milímetro de mi piel provocando un quejido de placer con el su roce. Mi cuerpo reclamaba, con cada movimiento, al hombre que me aprisionaba con sus brazos y sus caricias, me hacía vibrar con cada uno de sus besos hasta sentirme suya. Ambos necesitábamos amarnos con urgencia.

—Te amo —me dijo.

No podía dormir. Él estaba a mi lado, abrazándome, dormido. Ya habían salido los primeros rayos de sol. Estaba intranquila por todo lo que había descubierto. Necesitaba ir a ver a Allan. Me vestí y bajé con sigilo las escaleras. Estaba el mozo de cuerdas, quién me miró sorprendido. Era muy temprano.

—¡Por favor! Si ves al caballero, dile que he ido a la cabaña de Allan. Él asintió.

Salí al exterior, descendí ladera abajo pasando primero por la ermita, después por aquel pozo. Me adentré en el bosque. En la lejanía vislumbraba la cabaña. Me acerqué. Observé, a cierta distancia, para ver si salía alguien al exterior y aprovechar ese momento para entrar en la cabaña. Vi que salía Allan. Se dirigía al lago, y lo seguí. ¿Qué hacía tan temprano yendo allí? Lo notaba intranquilo; miraba para todos lados. Lo llamé por su nombre y él se volvió. Al verme se quedó pálido y se acercó hacia mí con rapidez.

—¡Señorita!

—Hola, Allan.

—Estuve preocupado por usted. Pensé...

—Lo sé. Pero no fue así. Tuve que marcharme lejos.

—¡Tiene que irse ahora mismo de aquí!

—¿Por qué?

—Corre peligro. Él... él está cerca, y si la ve la hará lo mismo que a las otras.

—¿Quién es él? ¿Qué me va a hacer?

—No se lo puedo decir. —Colocó ambas manos sobre su cabeza y cayó al suelo de rodillas—. Si la descubre la va a matar. —Lloraba.

—Pero... ¿quién? —insistí.

—¡No! —gritó.

Sentí como me tapaban mi boca presionando un paño húmedo sobre esta. Unas manos recias me tenían inmovilizada. Algo había en ese paño. Su olor me daba náuseas. Empecé a sentirme mareada y la vista se me nublaba.

XLIV

Me desperté con brusquedad, lo primero que hice fue ver si ella se encontraba a mi lado. ¡No estaba! Me vestí y bajé con rapidez las escaleras. Fui al comedor, pero allí no había nadie; salí al exterior, ni rastro de ella por ningún sitio.

—¡Señor! —me dijo la doncella que salía de las cuadras en ese momento—. La señorita me ha dicho que le diga que se iba a la casa de Allan.

—¿Allí? ¿No le ha dicho nada más?

—No, señor.

—¿Hace cuánto que se ha marchado?

—Hace ya tiempo, señor.

—Gracias.

Me metí en las cuadras y cogí un caballo. ¿Cómo se le ocurría salir sin mí después de todo lo que me había contado la noche anterior? El corazón me latía con celeridad. Temía que la hubiese pasado algo.

Me dirigí hacia la casa de aquel hombre. Até mi caballo al tronco de un árbol y fui andando hasta aquella cabaña. Llamé a la puerta, pero allí no había nadie. Entré. Estaba la lumbre, pero en aquel pequeño recinto estaba todo solitario; entonces escuché un ruido. Era el anciano que siempre iba con Allan.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó.

—Quería hablar con Allan.

—No está.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—¿Por qué lo busca?

—La señora Elizabeth creo que ha venido a hablar con él, pero como ella no ha regresado... he venido a buscarla.

—¿La señorita Elizabeth? ¿Desde cuándo está aquí? La última noticia que tenía es que había desaparecido.

—Ha venido a ver a su abuelo.

—Pues él no está. Le tengo que reconocer que estoy preocupado. Me dijo que se iba al lago como todas las mañanas. Siempre lo hace, pero enseguida regresa.

—¿Al lago?

—Sí.

—Voy hacia allí.

—Lo acompaño.

Me guio por un sendero tras el cual enseguida encontramos el lago. Observé la arena, percibí algo extraño que no le dije a aquel hombre. Había marcas de pisadas. En total cuatro, de distinto tamaño. Por la longitud de estas, debían de ser de hombres. Estas desaparecían justo en un lado de la playa del lago donde ya se metía a la zona de bosque.

—¿Ha encontrado algo? —me preguntó.

—No, solo observo por si encuentro alguna pista. —El hombre se sentó en la arena y puso sus manos sobre la frente. Me senté a su lado.

—¿Teme por la vida de su hijo?

—Él no es mi hijo, pero le quiero como si lo fuera.

—Yo pensaba que sí.

—No, su madre, mi hermana, murió en el parto. —Me miró—. Ella tuvo gemelos. El primero, Paul, nació sano, sin ninguna deficiencia, pero con Allan todo se complicó. Tardó en salir del vientre de ella; de hecho, creíamos que moriría, pero no, vivió, y mi hermana murió. Ella perdió mucha sangre.

—Lo siento —le dije— ¿Y dónde está Paul?

—Él... viene y va. Son muy diferentes. —Me miró. Sabía que me ocultaba algo y que no quería seguir hablando—. Voy a regresar a la cabaña, por si ha vuelto.

—Sí, lo acompaño.

Retrocedimos el camino andado. Allí no había nadie. Me despedí de él. Fui a mi caballo con la intención de acercarlo más al lago. Cuando estuve allí escuché el relinchar de otro animal. Me acerqué. Era el caballo de Beth. En ese momento sí que empecé a sentir miedo. Ella no estaba y el hombre al que había ido a ver tampoco. Regresé al castillo para dejar el caballo de Beth. No me vio nadie, algo

que me facilitó que pudiese marcharme con rapidez. Fui otra vez a la cabaña. No había nadie en el exterior. Estaba a punto de marcharme cuando observé que el anciano se acercaba a la puerta de la choza, se detuvo y empezó a hablar con alguien que estaba dentro de esta. No lograba oír lo que decían. Me acerqué un poco más, con mucho cuidado para no ser visto.

—¡No tendrías que haber vuelto!

Solo lograba escuchar al anciano.

—¿Qué has hecho con él?

Deduje que se refería a Allan. En ese momento oí la voz del hombre que estaba en el interior.

—¡Ve a buscarle! Lloro como una niña; no lo soporto.

El anciano miró para todos los lados y se adentró en la cabaña y cerró la puerta.

Había algo raro en todo aquello. Esperé un rato, pero de ahí no salía nadie. Decidí regresar al lago. Volví a ver las pisadas que llevaban al bosque. Me adentré allí, anduve un poco, observé alguna rama rota y seguí la pista hasta un gran roble que había en mitad de la arboleda. Allí perdí el rastro.

Estaba nervioso. Intuía que algo malo le había ocurrido a Beth. Me lamentaba de no haberme despertado cuando ella lo había hecho. Regresé donde estaba mi caballo. La puerta de la cabaña seguía cerrada. Tenía que volver al castillo. Había pasado muy rápido el tiempo. Era la hora de almorzar, y no quería que su abuelo sufriese otra vez la pérdida de su nieta. Ya inventaría alguna excusa. Por la tarde retornaría a la cabaña y no me marcharía de allí hasta averiguar con quién hablaba aquel hombre. Me daba la sensación de que ocultaba algo y sabía más de lo que decía con las palabras.

XLV

«¡Qué dolor de cabeza!». Me sentía mareada. Abrí con rapidez los ojos con miedo a que hubiese regresado a mi época. No, estaba en una habitación oscura. Sentía frío. Las paredes eran de piedra y no había ninguna rendija por la que se filtrase la luz. Empecé a agobiarme. Aquel espacio en el que estaba era pequeño, con mucha humedad. Toqué una puerta. Era de madera.

—¿Hay alguien ahí? —grité. Mi voz hacía eco—. ¡Sáquenme de aquí!

Me empecé a asustar. ¿Dónde me encontraba? Parecía no haber nadie.

Empecé a llorar. «¡Dios mío, ahora no! ¡Ayúdame!», pensé. Tenía frío, hambre y sed. Algo rozó mi pierna, y vi correr un animal diminuto. No era uno, ni dos, sino unos cuantos roedores. Me acurruqué contra la pared y recé. Era la única esperanza.

No sé cuánto tiempo transcurrió, me había quedado traspuesta. Escuché un ruido detrás de la puerta. Esta se abrió, no distinguía quién era la persona que estaba frente a mí. Era alto, delgado y llevaba una cogulla.

—¡Vaya, vaya! A quién tenemos aquí. —Por la voz lo reconocí; era aquel fraile que me había juzgado en Durham. Tenía miedo.

Me cogió del brazo. Me sentía débil y con pocas fuerzas para luchar. Me hacía daño. Salimos de la celda, y me llevó por un pasillo oscuro hasta llegar a una sala con más luz. Me empujó hacia el interior y cerró la puerta tras de mí. La sala no era muy grande. Al principio a mis ojos les costó adaptarse a la luz. Después empecé a observar el lugar en el que me encontraba sin percatarme que no estaba sola; en una esquina, sentado, estaba el obispo que observaba cada movimiento. Lo reconocí nada más verlo.

—¡Por fin dimos con usted! Sabía que tarde o temprano reaparecería. Claro que para ser una bruja ha sido poco acertada su decisión de venir a ver a su abuelo.

—¿Qué quiere de mí? —le dije.

—¡Ja, ja, ja! ¡Querida, tú lo sabes muy bien! —dijo mientras se levantaba y se

acercaba despacio a mí. En una esquina de la sala estaba aquel hombre encapuchado que nos acompañó durante todo el trayecto hasta San Andrés.

—¡No sé qué quiere de mí! Yo no tengo nada que le pueda interesar.

—Sí lo tienes. Eres la elegida, la única que puede encontrar el santo Grial.

—Yo no soy la elegida y desconozco donde está el Cáliz.

—¡Mientes! —gritó. Estaba rabioso, agresivo. Respiró, guardó silencio y controló su furia—. Resulta que, de camino al condado de Essex, pasé muy cerca de las tierras del hombre al que has hechizado con tu magia. Decidí hacerle una visita e ir a su castillo. ¿Y cuál ha sido mi sorpresa que allí? Me he encontrado a una niña, Emma, sí, ese era su nombre. —Al oír el nombre de mi hija, mi corazón empezó a latir con celeridad. El pánico invadió todo mi ser—. ¡Vaya! te has puesto pálida. Pues sí, esa niña es muy parecida a tu caballero, aunque también tiene rasgos de su madre.

—¿Qué pretende? ¿Qué es lo que quiere?

—Tú ya sabes lo que quiero. Si no me das el santo Grial, muy a mi pesar, no volverás a ver más a tu hija. Una lástima que eso tenga que pasar. Era muy simpática.

—¡Ni se le ocurra hacerla daño! —grité.

—De ti depende.

—Muy bien, lo llevaré hasta allí.

—¡Por fin has recordado! Me alegro de que lo hayas hecho, por el bien de Emma. —Fue a la esquina donde estaba aquel hombre con la túnica negra y la caperuza y le susurró algo en el oído. Después vino a mí seguido muy de cerca por aquel extraño—. Hoy descansarás en una habitación más confortable y tendrás comida para llevarte a la boca. Partiremos mañana de madrugada hacia Glastonbury. El viaje es largo y no quiero que desfallezcas.

Se dirigió hacia la puerta. El encapuchado me agarró del brazo y tiró de mí. No veía su rostro, pero sí la barbilla, donde pude distinguir aquella cicatriz que había visto a aquel hombre del bosque que había intentado matarme. ¡Era él! «¿Dónde estás, Kimball?», pensé. Nunca hasta entonces había tenido tanto miedo como en ese momento, la vida de mi hija peligraba y Kimball no sabía nada de lo que estaba pasando. Tenía que pensar algo, pero en ese instante no

tenía las ideas claras.

Me empujó dentro de una habitación, más pequeña pero confortable, con una cama, iluminada tan solo por la luz de una tenue vela.

XLVI

Había pasado un día desde su desaparición. Seguía sin rastro de mi Beth. Tuve que mentir a su abuelo y decirle que ella se había vuelto a marchar, aunque esta vez regresaría.

Sabía que en cualquier momento Allan volvería a su hogar. Acerté. Lo encontré sentado en el exterior. Fui con gran decisión hacia él. Estaba rabioso y temeroso por la vida de Beth.

—¿Dónde está Elizabeth? —Fui directo al grano.

El hombre se asustó, se puso de pie con la intención de huir al interior de la casa. Lo agarré del cuello y lo arrinconé. No estaba dispuesto a que se marchara sin decirme nada.

—Intuyo que tú sabes algo. Estoy muy nervioso y dispuesto a cualquier cosa. Ahora mismo no razono y no controlo mis impulsos; así que me dices lo que sabes o no respondo de mis actos.

—¡Yo no fui, yo no fui! —gritaba.

Salió el anciano de la cabaña. Fue directo a mí.

—¡Suéltelo ahora mismo! Él dice la verdad —dijo el hombre—. ¡Venga conmigo!, le contaré todo.

Bajé mi mano, lo seguí. Tras de mí venía Allan.

—¡Siéntese!, por favor.

Estaba impaciente.

—Mi hermana tuvo dos hijos, él —señaló a Allan— y Paul. Son gemelos, como ya le dije. Paul nació primero y él después, con tanta mala suerte que hubo complicaciones y nació mal. Ella murió en el parto y yo me quedé con ambos, los cuidé a los dos igual, pero mientras que Allan tiene un corazón noble, es bueno, Paul creció con odio y rencor. En su espíritu anidó el mal desde bien pequeño. Ellos son los hijos del obispo de Durham. Él es su padre. Ese hombre fue forzado por su progenitor a ingresar en la Iglesia, pero no tenía una verdadera vocación. En él anidaba la ambición y la maldad. Es frío y calculador.

Se encaprichó con mi hermana nada más verla y la obligó a compartir lecho con él amenazándola con que, si no lo hacía, la acusaría de hereje. —Tapó su rostro con ambas manos—. Yo no sabía nada de esto. Me enteré después, cuando ya era tarde y estaba embarazada de los gemelos. El obispo sabía que ella iba a tener hijos suyos y vino a nuestro hogar muchas veces a amenazarla para que nunca dijera quién era el padre. Él también le dijo que a los niños no les faltaría de nada; pero cuando ambos nacieron, el obispo, al ver a Allan, pensó que estaba poseído por el mal. Estaba convencido que había sido un castigo del cielo y le apartó de su vida. Ella murió, y yo me quedé a cargo de ellos pero, cuando ambos cumplieron diez años, el obispo nos hizo una visita. Solo se fijó en Paul. Se ocupó de su educación y lo alejó durante largas temporadas de nuestro hogar... Ese hombre le inculcó que él provenía del mal, que su madre estaba impregnada del Maligno y que, por lo tanto, su alma estaba manchada desde el momento que había nacido. Paul vio en las mujeres su desgracia, las causantes de su agonía y las causantes de todas las desdichas de la humanidad. Mató a Alice, la hija de Emili y Ron... y a otras muchas. Siempre ha tenido sed de sangre y no solo ha matado a mujeres, sino que, en muchas ocasiones, como un animal salvaje, ha recorrido Inglaterra de norte a sur sembrando su semilla, matando y descuartizando a animales para hacer rituales con sus órganos, asesinando a niños... Como el muchacho que asesinaron cerca de Norwich; eso lo hizo Paul. Al obispo, en cierta manera, su forma de actuar lo beneficiaba, ya que siempre utilizaba esos crímenes como pretexto para acusar a los judíos como los causantes de todo ello. La abuela de la señorita lo descubrió, no sé cómo, pero ella sabía que él era el asesino. Quiso hablar con él, pero Paul es el mal. Su mente y su corazón están sellados por un pacto oscuro que jamás descubriré. Él la mató. Confesó el asesinato al obispo, su padre, el cuál es conocedor de todos los crímenes de Paul. Es un monstruo. Actúa como un animal salvaje.

La hija de la señora también fue consciente de todo ello y tuvo que huir, pero la persiguieron. El obispo no podía permitir que su gran secreto se descubriese. Además, ellas llevaban la cruz de la elegida y él lo sabía. Existe una leyenda que dice que la mujer que llevase ese símbolo sería la única que podría encontrar el santo Grial escondido por José de Arimatea antes de que este muriese. El obispo creía en esa leyenda. Una vez que ambas murieron sin dejar rastro ni desvelar

ese secreto, él descubrió que Ceridwen podría haber dado a luz una niña. Siempre la buscó. Encontrarla significaba poder alcanzar el poder que siempre había ansiado. —Me miró—. La señorita corre un gran peligro. Allan me ha dicho que la llevan a Glastonbury. Es de lo único que se ha podido enterar. Está muy triste porque aprecia a Elizabeth. —Hizo una pausa—. Paul no nos quiere. Se avergüenza de su hermano y de mí. Cuando ella les diga dónde está la taza Santa, la matarán. —Bajó su rostro—. Tiene que salvarla, señor.

Estaba atónito, jamás había sentido tanto miedo como en ese momento. No podía permitir que la matasen.

—Ella ya no está —dijo Allan—. Esta mañana, de madrugada, se han ido, señor.

Tenía que ponerme en marcha cuanto antes

—La encerraron en una casa oculta en el bosque. Esta tiene pasadizos subterráneos con celdas, lugar que utilizaba Paul y el obispo para guardar a las víctimas y después enterrarlas allí. Nosotros lo sabíamos, pero teníamos miedo de decirlo. Él siempre nos amenazó e incluso estuvo a punto de matarlo. — Señaló a Allan —¿Lo entiende, caballero?

—Sí. Solo me llevan unas horas de adelanto. Daré con ellos. No permitiré que la asesinen como a tantas otras. Gracias.

En ese momento comprendí la frase que había escrito la madre de Beth. Al decir dos se refería a que eran los gemelos, Allan y Paul.

Me marché de allí. No podía perder más tiempo. En ninguna de las batallas que había librado había sentido tanto miedo como en ese instante. No quería ni podía perderla. Si le pasaba algo, jamás me lo perdonaría. Me culparía de no haber estado alerta, pendiente.

Me despedí del abuelo de Beth. Intuía que él no se había creído del todo lo que le había contado, pero no estaba dispuesto a darle más detalles. No quería que sufriera más de lo que había ya pasado. Beth se había tenido que marchar, pero regresaría pronto. Eso fue lo que le dije. Justifiqué mi partida explicando que tenía que ir a mis tierras, ya que mi hermana pronto se reuniría con su esposo y debía despedirme de ella. Sé que no se lo creyó, pero tampoco

preguntó, algo que agradecí.

Tenía que llegar a San Andrés cuanto antes. Sabía que de allí salían los barcos que partían hacia la abadía de Whitby. El abuelo de Beth me había dejado un corcel. Al animal lo tendría que dejar en libertad una vez que llegase a San Andrés. En Whitby buscaría al fraile John. Él me había prometido cuidar de mi caballo.

Ellos llevaban ventaja, pero yo tenía que alcanzarlos. Intuía que no se arriesgarían a ir en barco. Evitarían ser vistos con Beth. Avanzarían por caminos secundarios e intentarían pasar desapercibidos haciendo noche en conventos o monasterios que encontrasen en su recorrido. Yo debía llegar antes que ellos. Iba solo y era rápido. Estaba acostumbrado a sobrevivir sin apenas descanso, con poca comida y bebida. Mi experiencia en las batallas me había hecho tener esa ventaja frente a los que se dedicaban a la vida contemplativa.

Sentía odio y ganas de venganza. Aquel obispo, desde el primer momento, tuvo la intención de capturar a Beth y, a pesar de que vencí en aquella lucha, en sus planes nunca contempló la idea de dejarla escapar. Cómo le hiciera algo... Preferí no pensarlo. Llegaría antes que ellos a Glastonbury y los esperaría en la ermita. Sabía que lo primero que harían nada más llegar a la colina sería visitarla. Ambicionaba apoderarse del santo Grial.

XLVII

Habían transcurrido varias semanas desde que habíamos salido de la isla Maree. El obispo, astuto, había ido por caminos poco transitados, en su carro, y yo dentro de este para que nadie me viese.

Estábamos ya cerca de Glastonbury, pero él se había asegurado de que no pasara por ningún sitio en el que pudiese ser vista por los hombres de Kimball.

El carro y la pequeña comitiva que le acompañaba se detuvo. Estuvimos toda la tarde en un bosque cercano a la gran colina, escondidos hasta el anochecer. Aquel hombre con capucha y capa negra siempre estaba próximo a mí. Notaba como retorció la cuerda que llevaba siempre en sus manos. Le temía.

El obispo apenas se dirigía a mí, siempre lo hacía aquel fraile que me había juzgado en aquella ocasión, recordándome mi promesa de enseñarles el lugar dónde se encontraba el santo Grial. Estaba nerviosa. No dejaba de pensar en lo que iba a hacer cuando estuviese en aquella ermita. Temía por la vida de mi hija. Esos hombres eran capaces de matarla.

—Es la hora —dijo el obispo.

El sol se ocultó, y la espesura del bosque lo hacía todo más oscuro. Lo atravesamos. Tenía miedo. Salimos a una llanura y en un alto se divisaba la ermita. Era pequeña, una construcción antigua, sencilla. Me llevaban con rapidez. El hombre encapuchado, en un momento en el que el fraile y el obispo iban delante, se acercó a mí y me susurró:

—Tú y tu hija bastarda vais a morir. Una bruja y su hija no merecen vivir.

No le contesté, pero aquella voz aguda y fría me impactó. Seguía a mi lado, y aceleré el paso.

Subimos hasta lo alto. Ahí hacia viento. Miraba para todas partes con la esperanza de que alguien pudiese verme. Estaba solitario.

—No pienses que te vas a poder escapar —me dijo otra vez.

El obispo, seguido del fraile, abrieron la puerta de la ermita y encendieron unas velas que había en la entrada. Hacía frío en el interior. La tenue luz de las

velas proporcionaba un aspecto mucho más tétrico reflejando sombras escalofriantes en las paredes. Frente a mí había una sencilla imagen de la Virgen, así como también una cruz. Las paredes policromadas representaban escenas de la crucifixión del Señor. Los tres se giraron para mirarme.

—Ya estamos aquí. Ahora dime dónde está.

—Tengo que observar el lugar. —Me posicioné cerca de la puerta. Tenía la intención de huir, salir corriendo. Era lo único que se me ocurría.

Disimulé. El encapuchado se aproximó a mí; quizás presentía lo que iba a hacer. Era el momento. Empecé a correr colina abajo, era rápida pero el encapuchado también lo era; venía tras de mí. Decidí no mirar para atrás y avanzar. Estaba muy asustada. Escuchaba la respiración del hombre que me perseguía muy próxima a mí.

—¡Beth! —era la voz de Kimball. Me detuve en seco y miré hacia atrás, no le veía por ninguna parte.

En ese momento me agarraron del brazo. Era aquel hombre. La capucha se le había quitado, tenía una parte de la cara desfigurada por haberse quemado y una gran cicatriz en la barbilla. Era un ser siniestro con mirada fría. Le di un pisotón y empecé a correr con tan mala suerte que tropecé y rodé monte abajo. Me di un fuerte golpe en la cabeza. No podía levantarme. Llevé mi mano a esta: tenía sangre. La vista se me nubló. Lo único que vi antes de perder el conocimiento fue una figura masculina que se acercaba hacia donde yo estaba. Estaba perdida. Aquel ser siniestro me mataría.

XLVIII

Aquel loco la perseguía. David estaba en el interior con el obispo y el fraile. Como había calculado, a pesar de haber salido más tarde que ellos, había llegado con un día de antelación. Sabía que se dirigían allí, pero necesitaba ayuda. Fui al castillo. Nadie me podía ver a excepción de David. Apenas lo dejé hablar. Supo que pasaba algo grave. Le expliqué todo, y no hizo preguntas. Eso es lo que me gustaba de David, siempre me prestaba su ayuda incondicional, sin esperar respuestas.

Esperamos a que se hiciese de noche y nos escondimos en la colina. Por fin los vimos llegar. Por un momento pensé que mis cálculos e intuición habían fallado. Deseé matarles nada más verlos, pero sabía que eso pondría en peligro la vida de Beth. Cuando la vi correr y, tras ella, a ese loco, fui tras él. Me asusté al verla caer. Se golpeó la cabeza. Ese hombre se acercó a ella, estuvo a punto de matarla, pero gracias a Dios llegué a tiempo. Le hundí mi espada en su costado. Se dio la vuelta y me miró con odio. Enseguida lo reconocí por la cicatriz: era el hombre que había visto con el conde Oton en aquel torneo, el último torneo al que había asistido. Paul llevaba en la mano una daga dorada. Se aproximó a mí y con la otra mano apretaba su costado. La sangre salía a borbotones.

—Tu bruja no va a vivir, te voy a matar a ti y después a ella.

—No creo que vivas para verlo.

Me acerqué a él, di una patada en su daga y esta salió volando. Hundí mi acero en su vientre. Él cayó al suelo.

—Hoy arderás en el infierno —le dije, mientras su vida se escapaba de ese cuerpo maligno.

Fui corriendo hacia donde estaba Beth. La cogí en brazos. La tumbé en la hierba, estaba inconsciente, pálida. Tenía que volver a la ermita y ayudar a mi amigo con el fraile y el obispo.

Encontré al fraile muerto dentro de la ermita. Busqué a David, no lo vi. En ese momento sentí la punta de una espada sobre mi espalda.

—¿Buscas a tu amigo? Siento decirte que está muerto.

¡Muerto! No podía ser cierto.

—Sí, y muy pronto lo vas a estar tú al igual que tu preciosa hija. Es una pena que acabe así la vida de una niña.

Me giré con odio. Aquello no lo iba a permitir. Daría mi vida por mi hija. Actué con rapidez: cogí la punta de su acero, me hice con esta. Él se resistió, hizo un movimiento brusco, impulso que aproveché para colocar la punta de la espada en su estómago. El obispo se acercó con la intención de hacerse con el arma blanca, pero le salió mal la jugada, ya que en ese movimiento el acero se hundió en su vientre.

—¡Maldito! —le dije.

David estaba en las proximidades de la iglesia, malherido.

—¡No estás muerto! —Sonreí al verle vivo.

—No te vas a librar de mí con tanta facilidad, amigo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Puedes andar?

—Claro, esto es solo un rasguño.

Se incorporó y fue caminando con dificultad.

—¿Puedes montar a caballo?

—Amigo, parece mentira que me preguntes esto. Tú sabes que no es la primera vez que me hieren.

—Tienes razón. Beth está inconsciente.

Dejé a David y fui colina abajo a buscarla, tenía que llevarla cuanto antes al castillo.

XLIX

Los rayos de luz me despertaron. Abrí los ojos. No podía ver con claridad, así que los volví a cerrar. Por un momento sentí miedo, lo último que recordaba era ese hombre con el rostro desfigurado queriéndome matar. Intenté levantarme, pero me dolía todo el cuerpo y, sobre todo, la cabeza.

La luz del sol entraba por el pequeño balcón. ¿Dónde estaba? Tenía claro que seguía en la época en la que quería estar. Entonces recordé que lo que me había hecho caer había sido escuchar la voz de Kimball. ¿Había sido real o un sueño?

Escuché ruido en el exterior. En ese instante una ráfaga de viento acarició mi mejilla. Lo agradecí. No quería estar tumbada. Me levanté con mucho cuidado. Vi que tenía un camisón ancho que me tapaba los pies. Pisé el suelo de piedra, que estaba frío. Me acerqué hacia el balcón, me asomé por la ventana y allí lo vi, en el patio, estaba entrenando a Eamon con la espada mientras Emma corría de un lado para otro pasando entre medias de ambos. En uno de esos momentos, Kimball la agarró de la cintura y la cogió entre sus brazos mientras la besaba y la hacía cosquillas. Emma se retorció de la risa. Eamon los miraba divertido. Kimball dejó a la niña y después se acercó al muchacho a quien empezó a perseguir para hacerle también cosquillas. Los tres se reían y se estaban divirtiendo. Esa escena me hizo sonreír. Aquella faceta no la había visto antes en Kimball. El haberla descubierto hacía que me confirmase más el amor que sentía por él. Me sentía feliz, estaba en su castillo. No sabía lo que había ocurrido, pero esta vez nada ni nadie me separarían de él. Vi a una mujer que me resultó muy familiar acercarse a ellos. Era mi tía. ¡Dios mío!, ¡qué hacía ella aquí! Emma corría hacia ella y esta la cogía en brazos mientras le daba un beso en la mejilla; jamás imaginé que podía ser tan cariñosa. Me hizo gracia ver a mi niña con aquella ropa tan poco cómoda. Kimball dijo algo a Eamon. Este último se fue con mi tía y Emma a las cuerdas mientras que Kimball levantaba su rostro y fijaba su mirada en el balcón. Me aparté; no quería que me viera. Me fui a la cama. Escuché unas fuertes pisadas que subían a gran velocidad por la escalera.

La puerta se abrió de golpe. Todavía no me había dado tiempo a llegar a la cama. Lo miré, le sonreí, y él, vino hacia mí, me rodeó con sus brazos y me besó.

—Cuidado, cariño, que me duele todo el cuerpo —le susurré.

—Tienes razón. Soy un bruto, ¡pero he deseado tanto este momento!, volverte a ver viva. —Me cogió en brazos y me tumbó en la cama—. Creí que te morías, Beth, fue un milagro que salieses de esta. Bejira te ha estado cuidando y...

—¿Mi tía? —le pregunté.

—Sí, ¿nos has estado espiando?

—Sí. ¡Ja, ja,ja!

—Tu tía ha acudido al castillo en varias ocasiones tras tu desaparición y, después de irnos esta última vez, volvió a visitarnos. Ha hecho amistad con mi hermana, la cual sigue todavía aquí. Al ver a Emma hizo muchas preguntas y, al final, Mildred le tuvo que decir la verdad. Se quedó en el castillo. No hubo manera de echarla. Quería esperarte y ya de paso cuidar y disfrutar de su sobrina. Cuando me vio aparecer contigo en brazos, medio muerta, se volcó en ti. A pesar de vuestras diferencias en el pasado y de su forma de ser, te quiere, Beth.

—Imagino.

—¡No seas tan dura con ella! Ama a Emma, y la niña se ha encariñado mucho con ella.

—Lo intentaré.

—¿Cómo te encuentras, amor mío? —me preguntó mientras llevaba mi mano a sus labios.

—Ahora, estupendamente. Kimball esos hombres...

—Lo sé todo.

Me empezó a relatar toda la historia. Comencé a comprender por qué aquel hombre estaba en la isla Maree, porque había matado a mi abuela y a mi madre.

—Pero hay algo que no me cuadra —dijo Kimball— y que estoy dispuesto a averiguar.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Ese hombre, el gemelo de Allan, Paul, lo vi hablando con el conde Oton y después con Grace. Lo reconocí por la cicatriz inconfundible de su barbilla. Le

dijo algo que atemorizó al conde. Tengo que saber qué era lo que ese hombre se traía entre manos con el conde. —Fijó sus grandes ojos verdes en los míos—. Pero ahora, lo más importante es que te recuperes. Te amo, Beth.

—Yo también, mi adorable caballero.

En ese momento, Emma entró en la habitación seguida de Eamon y de mi tía. Los dos vinieron corriendo para abrazarme. Mi tía se quedó a cierta distancia, observando. Los rodeé a ambos con mis brazos y los besé. Emma se agarró a mi cuello y ya no me soltaba.

—Eamon —dijo Kimball—, vamos a dejar a Beth a solas con su tía un momento, después podrás regresar para estar con ella. —Emma se quedó, se resistía a separarse de mí.

—Hola, tía —le dije.

Ella me miraba severa.

—No sé por qué desapareciste. No entiendo cómo pudiste casarte con otro hombre, pero viendo a esta preciosa niña, a tu esposo que te ama y el hogar que has formado, me alegro de que lo hicieras, Beth. —Me sonrió y se acercó a mí. Le agarré ambas manos.

—Gracias, tía. Me alegro de que estés aquí. —Si lo pensaba, era la única familia que tenía. Se sentó en la cama.

—No me he portado bien contigo. Después de lo que pasó con tu padre, tu madre... y toda la desgracia que cayó en nuestra familia como consecuencia de aquello, yo no quería que sufrieses lo que tu padre y yo habíamos pasado. Pensé que el capitán Alexander podría ser un buen partido para ti, pero me equivoqué y lo siento. Lamento no haberme dado cuenta antes de la clase de hombre que era, de todo lo que pasaste por mi culpa y de la toma de esa desacertada decisión.

—Muy equivocada, tía —le dije.

Bajó su rostro.

—Sí, bastante. Lo siento Beth, espero que algún día puedas perdonarme.

—Ya lo he hecho. —Le sonreí.

Me abrazó.

—Solo quiero que entiendas que actué por egoísmo, por protección y sobre

todo por miedo. Ahora veo con claridad las consecuencias de mis malas acciones.

Le acaricié su mano delgada y blanca.

—Tía, todo está olvidado.

Había transcurrido un mes, y ya me encontraba recuperada. Hacía calor, estábamos en pleno verano. Sentía la necesidad de pasear por los acantilados. Me senté en la hierba y contemplé las olas que rompían contra la costa. Lo echaba de menos. Hacía una semana que se había ido con David a acompañar a su hermana a las tierras del conde Oton. Mildred se había ido triste y abatida, y a mí me preocupaba ese viaje después de lo que me había dicho Kimball: había visto a Paul con el conde y con Grace. ¡Pobre Mildred! Me asusté al escuchar ruidos detrás de mí, me giré, y allí estaba el padre de Kimball con Eamon. Este último al verme salió corriendo hacia mi encuentro, me rodeó el cuello, y yo le di un beso en la mejilla. Emma se había quedado con mi tía, quien la consentía demasiado. El padre de Kimball se sentó a mi lado mientras Eamon se entretenía jugando con todo lo que iba encontrando por el suelo.

—Creía que era el único al que le gustaba venir a este lugar —me miró.

—Pues estaba equivocado. Ya somos dos a los que nos gusta contemplar el horizonte.

—Gracias, Beth.

—Gracias... ¿por qué?

—Por haber devuelto la alegría a estas tierras.

—No creo que se deba a mí.

—Sí, claro que se debe a ti. Desde que mi mujer murió, la tristeza llenó mi hogar. Mi hijo estaba abatido, sin ganas de vivir. Y mi hija... —Bajó su rostro— ya la has visto: no es feliz con ese marido que tiene, y de esa infelicidad soy yo el causante.

—¿Usted? No creo que tenga la culpa de que el conde Oton sea tan déspota y cruel. Va en su forma de ser.

—Sí, si lo soy. —Me miró—. Mi madre era judía. ¿Puede imaginarse lo que

eso significa para alguien que tiene el título y reconocimiento de ser el conde de Essex? —Negué con la cabeza— Si alguien desvelara que llevo sangre judía por mis venas, el rey no dudaría en quitarme todas mis tierras y todas mis pertenencias. Mis padres lo guardaron en secreto, pero a veces el más mínimo detalle, del cual nosotros no nos damos cuenta y no reparamos en ello, alerta a otros y es el momento en el que se descubre todo.

—¡No le entiendo! —dije.

—El padre del conde Oton deseaba mis tierras, ya que junto con las suyas le proporcionarían más poder. En una visita a su castillo, el conde Oton, que entonces era un jovencito muy entrometido, escuchó una conversación privada que tuve con mi padre en el que se mencionaba la descendencia de mi madre, que en ese momento había fallecido. Al principio pensamos que no lo había escuchado, pero él guardó aquel secreto hasta que lo utilizó. Me amenazó a través de una carta con desvelarlo si no le concedía la mano de mi hija...

—¿Kimball sabe esto?

—Sí, antes de partir se lo confesé. Él tenía que saberlo.

—Kimball lo odia y, si ahora sabe todo..., puede ser capaz de cualquier cosa.

—No, eso nunca. Sabe que pondría en peligro el bienestar en su hermana.

Estaba asustada. Temía por su vida. Sabía que hasta que él no regresase estaría intranquila.

L

Ambos nos mirábamos con intensidad. Aquella cena estaba resultando de lo más tensa. David no dejaba de observar a mi hermana, y tanto el conde como yo manteníamos la vista fija el uno en el otro.

—Me sorprendes, Kimball.

—¿Por qué? —Estaba deseando escuchar su respuesta.

—Hace unos meses te ibas a casar con mi sobrina y ahora me encuentro que no solo no te vas a casar con ella, sino que has sido capaz de rechazarla después de haberte comprometido. Le has partido el corazón. ¿Se puede saber a qué se debe ese cambio?

—Es una decisión mía que no voy a compartir contigo. De todas formas, dudo que le haya partido el corazón. —Mildred me miraba con interés. Tenía miedo. Sabía que temía la hora de ir a la cama con ese hombre. Maldito.

—¡Ja, ja, ja! Me gustaría saber el motivo de tu decisión, aunque puedo intuir cuál es.

—¿Y cuál crees que es?

—Perdonad, —interrumpió Mildred—, no me encuentro bien. Si me disculpáis, me voy a mi habitación.

David no la quitaba ojo mientras su esposo solo me miraba a mí.

—Muy bien, puedes marcharte —dijo con desprecio.

Sentía ganas de matarle con mis propias manos.

—Yo también estoy cansado, me retiro —dijo David.

El conde y yo nos quedamos solos. Lo miraba desafiante. Estaba dispuesto a todo. Lo odiaba por haber tenido amenazado a mi padre durante tanto tiempo y por haberse casado con mi hermana de una manera tan sucia.

—Ahora que ya estamos solos —me dijo—. Sé que tu visita aquí no ha sido solo para esperarme y darme la bienvenida. Tú, el gran Kimball.

—Tienes toda la razón. Es muy poco convincente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Lo sabía!

—Estoy preocupado.

—¿Preocupado? ¿Tú? —Se carcajeó ante mi comentario.

—Sí, he descubierto que mi hermana está casada con un hombre que tiene cierta amistad con Paul. —Arqueó las cejas y cambió su semblante—. Sí, ese jinete que se batió la última vez en el torneo que organizaste antes de tu larga ausencia. He descubierto que ese personaje es un asesino. ¿Me puedes explicar qué tratos tienes tú con criminales?

—Desconocía que lo fuese.

—No me lo creo. Te vi ese día con él; es más, me dio la sensación de que tenías miedo. Él también te tenía amenazado, ¿verdad? Lo mismo que hiciste tú con mi padre, te lo hicieron a ti.

Se levantó.

—No sé qué es lo que estás insinuando, Kimball, pero prefiero no averiguarlo. Estoy cansado, mañana seguiremos con esta conversación, ahora no me veo con fuerzas para continuar con ella.

Se marchó del salón.

Yo también me subí a la habitación. No podía dormir. Ni siquiera me había quitado las botas. Echaba de menos a Beth, a Emma y a Eamon, a quien le consideraba como un hijo.

Sabía que ese hombre escondía algo. Tenía que averiguarlo, pero él era muy astuto. Escuché unas pisadas y abrí la puerta. Era él. Decidí seguirle con mucho cuidado para que no me viese. Salió al patio y se fue a las cuadras. Después se alejó del castillo en dirección a los acantilados con su caballo. Enseguida cogí mi caballo y lo seguí a cierta distancia. Até al animal al tronco de un árbol. Con mucho sigilo me fui acercando hacia donde estaba él. No estaba solo. Había una mujer con él a la que besaba con pasión. Observé cómo acariciaba su tripa. Intuí por los gestos que hacía que ella estaba embarazada. Enseguida distinguí quién era ella. ¡Era Grace! De lo que estaba seguro era que el bebé que esperaba no era mío. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Ella era su sobrina. Me daba asco ver aquella escena. ¿Y Grace? Hacía tan solo unos meses estaba comprometida conmigo y en este momento... Entonces recordé como él me la

había metido por los ojos después de mi regreso de tierras germanas. La furia se apoderó de todo mi ser, pensé en mi hermana y en mí mismo. Me habían engañado, se habían reído de ambos. Fui hacia ellos. Se percataron de mi presencia. Observé cómo el conde llevaba su mano a la empuñadura de su espada.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—¿No sé a qué te refieres? —respondió él.

—Yo creo que sí. Lo he visto todo, a mí no me engañáis.

—¡Kimball! Espera que te explique —dijo Grace acercándose a mí y posando su mano sobre mi antebrazo. Se la retiré.

—¡No la toques! —gritó, amenazándome con su acero.

—Si es lo que quieres —le dije desenvainando mi espada.

Empezamos a luchar. Tenía tanta ira que quería acabar con el desgraciado que tenía frente a mí. El conde tropezó y yo presioné la punta de mi espada sobre su cuello, Grace gritó.

—¡No, Kimball!, ¡por favor, no le mates! —La miré y el conde aprovechó mi despiste para dar una patada a mi espada y alejarla de mí. Él se adelantó para herirme con su arma blanca, pero yo lo agarré del brazo y perdió el equilibrio y tropezó. Fui hacia él; dio varios pasos hacia atrás sin percatarse que estaba al borde de los acantilados y cayó al vacío.

—¡No! —gritó Grace.

Yo no quería ese final, pero era lo que se merecía. Se había hecho justicia.

—¡Asesino! ¡Esto no va a quedar así!

—Grace, te aconsejo que te marches muy lejos de aquí, a las tierras de tu difunto esposo. Estás embarazada de tu tío, ¿sabes lo que significa y las consecuencias que eso conlleva?

—¡Te odio! —Lloraba, pero era una mujer lista, sabía las consecuencias de sus actos. No la volvería a ver. Se fue corriendo hacia el bosque, y la perdí de vista.

Me senté y suspiré. Mi corazón latía con celeridad ¡Por fin todo había acabado! Pensé en mi hermana y en David, sabía que iban a ser muy felices. Y

pensé en mi Beth. Estaba deseando darle la vida que se merecía y demostrarle todo lo que la amaba. Mañana partiría, deseaba abrazarla y sentir el roce de sus labios sobre los míos.

LI

Emma se había quedado con Bejira. Eamon y yo habíamos decidido subir la colina e ir a la ermita.

—¡Está muy oscuro! —me dijo el niño moviendo sus manos.

—Tranquilo, vamos a coger esa vela. —Señalé una que había en el altar.

La ermita era pequeña. Fui directo a una de las columnas. Eamon me seguía. Ahí estaba el dibujo que había observado en mi época anterior. Se distinguía con claridad. Había unas palabras escritas. Eamon lo tradujo.

—Tú custodiarás el Grial y, después de ti, aquellos que tú designes. Se detuvo y me miró—. Lo escribió él, seguro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Tras la resurrección de Jesús, José de Arimatea fue encarcelado, acusado por los judíos de haber sustraído el cuerpo de su sepulcro. Se le encerró en una torre donde recibió la visión de Cristo resucitado y la revelación del misterio del santo Grial. Jesús le dijo las mismas palabras que están escritas aquí.

—Me sorprendes, Eamon. ¿Cómo sabes todo eso?

Sonrió ante mi comentario.

—Ya sabes que soy el Guardián; me lo transmitieron mis antepasados. —Me guiñó un ojo.

Me hacía gracia la importancia y misterio que quería dar a todo aquello.

—Pues entonces aquí está la clave. Observemos.

Después de saber lo que me acaba de decir Eamon, entendía mejor el dibujo: un hombre que debía representar a José de Arimatea. En lo alto un ojo del que salían rayos de luz y la figura de Cristo crucificado; en las manos del santo, la taza sagrada, y junto a él, a sus pies, una fuente que manaba agua. Entonces lo vi claro. En la subida había visto esa fuente creada por naturaleza, de la que fluía agua a borbotones. Mire al muchacho.

—¡Está en la fuente!

Me levanté, dejé la vela y salí corriendo colina abajo, ya que estaba junto al río que bordeaba la colina. Eamon me seguía entusiasmado.

Me detuve, sin aliento. Allí estaba, frente a nosotros. Ambos analizábamos cada detalle, Eamon llamó mi atención. Me indicó con su dedo índice una roca. Enseguida vi lo mismo que había descubierto el muchacho, el símbolo que Eamon tenía tatuado en su piel en pequeñito, el mismo que estaba incrustado en mi cruz, la cruz de David, dibujada encima de esta la cruz de Cristo. Miré al niño y ambos nos reímos. Estábamos nerviosos por todo lo acontecido. Eamon empezó a escarbar alrededor de la piedra en busca de la sagrada taza. Lo detuve.

—¡No! Creo que lo debemos dejar ahí, en el lugar donde lo guardó el santo, escondido. Su búsqueda ha traído muchas muertes y sufrimientos. Si lo sacamos de este lugar, la ambición de las personas por querer conseguirlo y ansiar el poder nos perseguirá para siempre. Nunca podremos ser felices.

—Pero... ¿entonces?

—No lo buscaremos. Será nuestro secreto y permanecerá ahí eternamente, al paso de todos los siglos. Se creará una leyenda en torno al santo Grial y, al final, quedará en eso, en una leyenda.

El niño bajó su rostro, lo levantó al instante y me sonrió.

—Sabía que tú eras la elegida. Solo tú pensarías y harías lo mejor para todos.

—¡Anda! —Le revolví el pelo con mis dedos. Él movió la cabeza para ambos lados—. Regresemos y no digamos a nadie nuestro secreto.

Él me agarró de la mano y nos fuimos en silencio hasta la casa de Bejira, donde se encontraba Emma.

La niña estaba fuera de la casa jugando entre las plantas de Bejira. En cuanto nos vio, vino corriendo hacia nosotros, me rodeó las piernas con sus bracitos regordetes. La cogí en brazos y le di un beso muy fuerte en sus sonrosados mofletes.

—¡Papi!

—El vendrá pronto, cariño.

—¡Papi! —dijo señalando con su dedito al interior de la cabaña.

El corazón empezó a latirme a gran velocidad. ¿Sería posible que Kimball estuviera allí? Dejé a Emma en el suelo, miré a Eamon y fui corriendo al interior

de la cabaña. Antes de que yo abriese la puerta, él apareció frente a mí. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Kimball! —dije.

No me dio tiempo a decirle nada más, me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia su pecho, me besó con esa dulzura, algo que tanto me gustaba. ¡Cuánto había deseado sentir aquello otra vez! Lo amaba, y no quería separarme nunca más de él.

Muchas cosas inexplicables habían pasado en mi vida, pero sabía que todo había tenido un porqué. Quizás mi madre y mi abuela quisieron que se hiciese justicia por sus muertes, o quizás yo fuese la elegida como Eamon se empeñaba en asegurar, o esa puerta dimensional se había abierto por casualidad en el momento en el que yo estaba ahí... Sabía que jamás lo averiguaría, pero todo lo que había pasado tenía un motivo y esa razón era él. Ambos estábamos destinados a estar juntos y el azar se había encargado de que así fuese. Nuestras almas se habían buscado durante mucho tiempo hasta que la luz permitió que nos uniésemos para siempre.

LII

Había pasado un año desde los últimos acontecimientos. Pronto partiríamos a las Tierras Altas a visitar a su abuelo. Esta vez vendría su tía con nosotros. Se haría duro con esa mujer.

Faltaban unos minutos para que el sol se ocultase y se produjese el momento mágico tan ansiado por todos nosotros, ese resplandor rojizo sobre el mar que solo tenía lugar un día al año. Emma estaba jugando en la ladera junto a sus primas. David, que se había casado con mi hermana. Se veía feliz a la espera de su primer hijo con Mildred. Los campesinos que trabajaban mis tierras también se habían sumado a aquel espectáculo, pero me faltaba ella. Por más que la buscaba allí, donde estaban todos reunidos, no la encontraba. Miré hacia la gran colina que terminaba en los encrespados acantilados. Seguro que estaba en ese lugar. Le encantaba refugiarse allí, a mí también. Subí rápido, como si me fuera la vida en ello, quería estar junto a ella. La contemplé, sentada, observando el mar y el horizonte. La brisa mecía su pelo. Me senté a su lado. No me miró. Pasé mi brazo por su hombro y la atraje hacia mí.

—¿Has tardado mucho en venir!

—¡Ja, ja, ja! Es que cada vez me lo pones más difícil. —La miré—. Sabía que te encontraría aquí... donde la tierra acaba y el mar comienza.

Permanecemos en silencio.

—Cuando era un muchacho me encantaba venir a este lugar, contemplar el horizonte cuando se ocultaba el sol. Era mi secreto, el lugar donde encontraba esa paz tan ansiada, me sentía libre. Ahora no solo me siento como antaño, sino que hay algo más.

—¿Y se puede saber qué es ese algo más?

—Me siento feliz no solo por estar aquí, sino de estar contigo. Tú eres mi felicidad. ¡Te amo, Elizabeth!

Me miró, sonrió ante mis palabras.

—¿Tenías ensayado lo que ibas a decirme?

—¡Ja, ja, ja! Esta vez no. Me ha salido del corazón.

—¡Kimball! ¡Qué voy a hacer contigo! Diciéndome estas cosas haces que cada día te amé más.

Tenía un regalo para ella. Estaba en mi poder desde hacía varios días. Quería dárselo en un momento especial y este era ese momento. Solos, contemplado el océano.

—Tengo algo para ti —le dije.

Ella volvió su rostro hacia mí.

—¿Qué sorpresa me vas a dar ahora?

Saqué del bolsillo de mi casaca un anillo. Era igual que el mío, de oro. Tenía una piedra negra con el emblema de mi familia. Este lo había hecho tallar para ella, adaptado al tamaño de su dedo. Le cogí la mano, le retiré mi anillo y le puse el suyo. Después yo me puse el mío, que era el que ella había llevado desde que nos habíamos casado.

Una expresión de sorpresa se dibujó en su rostro. Ella contemplaba la joya.

—Este sí que es para ti, amor mío.

—¡Te he dicho cuánto te quiero! —me dijo.

Le sonreí, acaricié su rostro. La tentación era muy fuerte como para no besarla teniéndola tan cerca. ¡Qué más podía pedir a la vida! Tenía una hija maravillosa y a Eamon, al que también consideraba como un hijo. Mi padre había cambiado desde la muerte del conde Oton: salía y disfrutaba de las pequeñas cosas de la vida. David y mi hermana enamorados..., y yo tenía ante mí al amor de mi vida, la mujer que me había devuelto a la luz estaba conmigo, para siempre. La amaba, y mi vida sin ella ya no tenía sentido.

Sabía que podía sentirme libre, en paz conmigo mismo, pero aquello no bastaba para ser feliz. El amor era la clave, y para mí el amor era mi Beth.

Entonces ocurrió, el resplandor de la luz del sol tiñó de rojo las aguas del mar, este desapareció ante nuestras miradas en el horizonte. Nuestros rostros estaban muy próximos el uno del otro.

—Te amo, Beth. Voy a dedicar todos los días de mi vida a hacerte feliz.

Nos fundimos en un apasionado beso.

FIN

Nota de la autora

Una creencia mitológica griega, transmitida a través de los siglos, hablaba sobre la existencia de una puerta imaginaria llamada la Puerta de los Hombres, un acceso que era la entrada a otra dimensión, a otros mundos y a otras épocas. Este paso se abría, sobre todo, en el solsticio de verano, pero en cualquier momento un hombre o una mujer podía traspasarlo sin dejar rastro.

La elegida es el primer libro de la serie *Los caballeros del tiempo*. Cada novela es independiente de la siguiente, se pueden leer cada una de ellas sin necesidad de haber leído la anterior. Algunos personajes aparecerán en los dos libros posteriores a *La elegida* y ayudarán a los protagonistas en sus aventuras.

Agradecimientos:

A mis padres, por su apoyo incondicional.

A mi hermana, por estar junto a mí cuando más lo necesito.

A mi amiga Rosa, por su ayuda, su apoyo, sus ánimos y su amistad.

A mis dos pequeñines, Marina y Jaime, mis más fieles seguidores.

A Lola Gude, por su ayuda y cariño.

A Selección BdB y B de Books, por seguir confiando en mí.

A mis compañeros de Selección BdB, por compartir sus experiencias y conocimientos.

Y a todos los que en el día a día seguís apoyándome y dándome ánimos con vuestros comentarios. ¡Gracias!

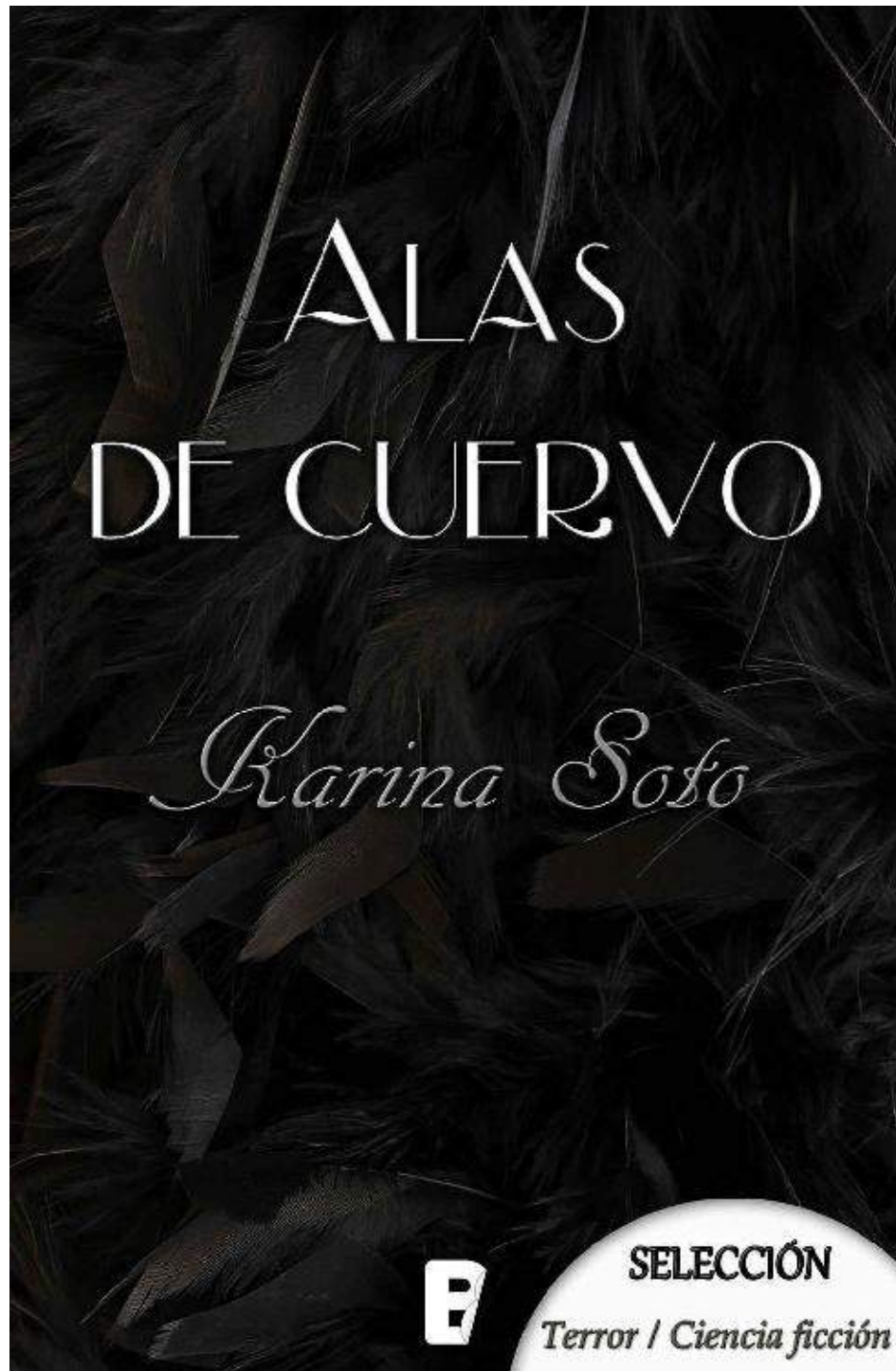
Si te ha gustado

La elegida

te recomendamos comenzar a leer

Alas de Cuervo

de Karina Soto



Decimosegundo cumpleaños

Ese día fue el último que celebraron juntas.

Daphne regresó para recoger el envase de palomitas y colocarlo en el bote de basura. Miró hacia la sala, el chico que trabajaba en el cine aún estaba limpiando. Decidió ayudarlo recogiendo otros envases que tampoco habían llegado al bote, esperaba que el chico no se fuera a casa tan tarde.

—Apúrate —le pidió su mamá, desde la puerta de la calle—. Ya van a ser las nueve y media.

Daphne corrió hasta ella, dio un brinco y se colgó de su brazo. Ambas trastabillaron y casi cayeron al suelo encharcado.

—¡Oye! —se quejó su mamá—. Por poco me tiras.

—Ay, solo te levantas y ya.

—Mereces un par de chanclazos, mocosa. Espera a que te tenga cerca.

Daphne corrió alejándose y riendo. Su mamá sonrió también, se apresuró para acercarse a ella.

Ambas tenían la misma estatura, casi la misma complexión y, de no ser porque se notaba solo un poco la diferencia de edad, podrían pasar por hermanas; excepto por la tez clara de Daphne y sus ojos. Su madre siempre solía culpar al hombre desconocido que la dejó embarazada y que luego se largó, así nada más. «Es culpa de ese hombre que tengas la piel clara». Más bien, para su madre ese hombre tenía la culpa de todo, de los ojos azules de Daphne o incluso de que ella fuera tan malcriada.

—¿Mocosa yo? ¡Ña! —se burló Daphne, empujándola para que tropezara y luego huyó.

—¡Vas a hacer que nos arresten!

—¡Entonces corre! Ya solo faltan veinte minutos para el toque de queda.

Daphne se subió a una jardinera de cemento mientras su madre caminaba apresurada al lado de ella. Había más gente corriendo, otros pasaban en bicicleta y algunos caminaban sin tanta prisa confiados de que llegarían a tiempo a sus casas. Al bajar de la jardinera, Daphne se topó de frente con un hombre grande que fumaba en una esquina, traía una boina que le brindaba una ligera sombra en la cara, ella se disculpó intimidada por sus ojos fríos. Por el uniforme se trataba de un policía esperando las diez para comenzar a arrestar a quienes violaran el

toque de queda. Esos policías siempre daban miedo. Lo ignoró y corrió al lado de su madre.

—Oye, Niki —le dijo a su mamá mirando el cielo estrellado—. ¿Por qué no te casas?

—¡Otra vez con eso! Porque no quiero —gruñó ella.

—¿No te gustaría tener un hombre contigo, Niki?

—¡Que no!

—¿Qué te parece tu jefe? Es guapo.

—Fuma como chimenea y a mí no me gusta ese tipo de hombres.

—¿Y el vecino que te mira como si fueras un pastel de chocolate?

Niki siseó y le golpeó el hombro. Daphne solo rio por sus bromas y se alejó para evitar otro golpe.

—Tu jefe solo tiene ese problema. Es amable conmigo y además...

—¡Cállate ya!

—Además le gustas mucho.

—Vuelve a decir eso y vas...

—¡Le gustas mucho a tu jefe!

Daphne continuó riendo, alejándose. La luz de las farolas creaba sombras espeluznantes en el asfalto, lucían como un ser demoníaco que perseguía a su presa con las fauces listas para devorar. Daphne comenzó a saltarlas, por esto no notó que su madre ya no la seguía. Miró hacia atrás para encontrarla intentando huir del policía que había visto antes, lo empujaba para poder pasar. Su corazón se aceleró al notarla en peligro, aún no eran las diez de la noche. Corrió hasta su madre sin pensárselo, y él se volvió con lo que paralizó a Daphne al instante. Los ojos de ese hombre brillaron en la oscuridad como los de un perro. De hecho, pareció gruñir como tal.

—Daphne, vuelve a casa.

La voz de su madre sonaba horrorizada. Tal vez quería asaltarlas, pero no tenían dinero ni nada.

No iba a dejarla sola. Miró a su alrededor. Todo estaba solitario, ya no había ni un alma que pudiera ayudarlas. Buscó en el suelo algo que sirviera como arma

y encontró una piedra sobre una de las jardineras. La agarró e hizo el amago de arrojarla, pero el hombre se movió tan rápido que Daphne no notó cuándo le torció el brazo. La piedra rodó lejos de ella.

—No le hagas daño a mi hija —sollozaba su madre.

Daphne vio cómo el hombre acorraló a Niki, la tomó del cuello y la levantó unos veinte centímetros del piso tan rápido que pareció irreal. Corrió hacia ella sin pensarlo, se arrojaría sobre ese hombre y... Algo la golpeó en la cabeza... De pronto, sin saberlo, estaba en el piso. Escuchó los gritos de su madre y la vio peleando con...

Su vista comenzó a emborronarse, se disolvió a negro. Lo último que escuchó fue el grito de Niki.

Cuando abrió los ojos vio a su madre en el suelo y a un ser monstruoso sobre ella. Algo estaba mal. Niki la miraba, pero sus ojos parecían ciegos. Daphne se limpió la sangre de la cara y trató de levantar la cabeza.

Ese ser mordía algo mientras su madre intentaba arrastrarse.

—Mamá.

El ser se volvió hacia ella. Sus ojos brillantes la miraron con dureza. Tenía sangre en el hocico y algo colgaba de su mentón.

Miró a su madre. Ya no se movía.

—¡Oh, Dios! ¡Llaman a la policía!

Alguien gritaba a lo lejos, pero a Daphne solo le interesaba acercarse a su mamá. El ser se retiró brincando a toda prisa y fue entonces cuando supo que ella estaba muerta. El monstruo le había mordido el vientre, sus órganos estaban regados por la acera.